CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

3


IBRERIA
ADERO
TEL 10-20-68 · MEXICO, D. F.

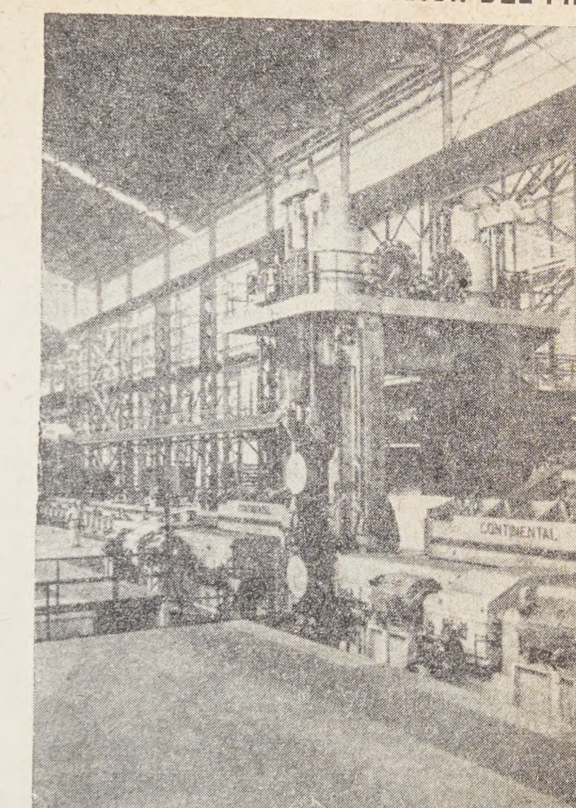
IAS ANTIGUA Y PRESTIGIADA PLANTA INDUSTRIAL SIDERURGICA DEL PA

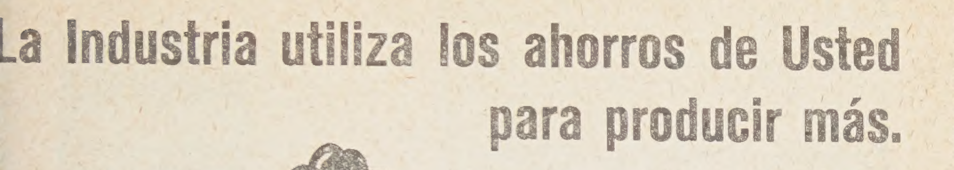
A CIA. FUNDIDORA DE FIERRO
ACERO DE MONTERREY, S. A.

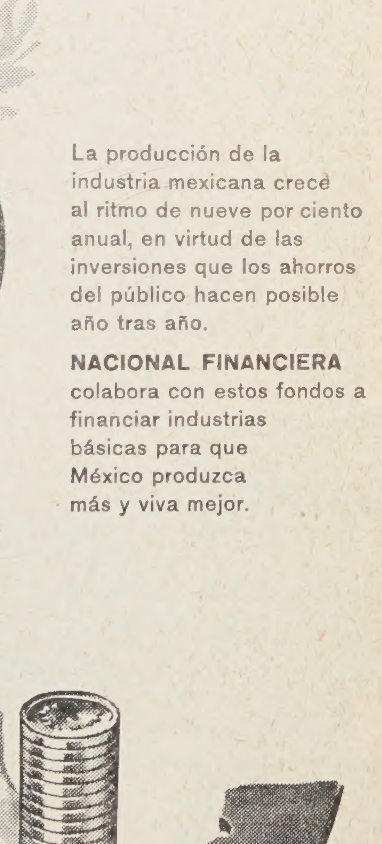
F R E C E :

PLANCHA NIVELADA
LAMINA EN CALIENTE Y
LAMINA EN FRIO

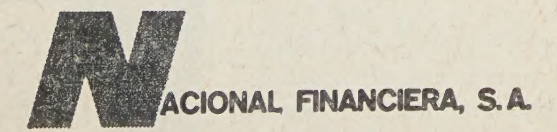
oducidas con el acero de la calidad ecuada cuyo análisis controlamos constemente, todo ello rodeado de nuestra s seria responsabilidad para salvaurdar los intereses de usted y nuestro jo y bien cimentado prestigio en la industria siderúrgica.




La Industria utiliza los ahorros de Usted
para producir más.


La producción de la
industria mexicana crece
al ritmo de nueve por ciento
anual, en virtud de las
inversiones que los ahorros
del público hacen posible
año tras año.
NACIONAL FINANCIERA
colabora con estos fondos a
financiar industrias
básicas para que
México produzca
más y viva mejor.




NACIONAL FINANCIERA, S.A.


LO DEMAS
ES
LO DE
MENOS...
LO QUE
IMPORTA
ES
RON
BATEY
DESTILADORA CORDOBESA
Si usted dispone de RON BATEY, lo demás es lo de menos, porque BATEY es el RON PERFECTO!
Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito; agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto . ¡ no importa ! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos . . . ¡ lo que importa es RON BATEY!
Vea y escuche "La Ho
con Paco Malgesto"
lunes a las 21.30 h
XEW-TV Canal

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XX VOL. CXVI

3

MAYO - JUNIO
1961

MÉXICO, D. F., 1º DE MAYO DE 1961

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3 Mayo-Junio de 1961 Vol. CXVI

INDICE

NUESTRO TIEMPO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

PRESENCIA DEL PASADO

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Nuestro Tiempo

EL CONGO

LA TRAGEDIA DE UN PUEBLO

Por *Modesto* SEARA VÁZQUEZ

"ENTONCES SOPLARA EL GRAN VIENTO DE LA HISTORIA".

Conferencia de Bandung

INTRODUCCIÓN

A) *El Congo en el cuadro político mundial*

La importancia estratégica, económica y política del Congo, justifica el interés con que el mundo sigue la evolución de su crisis que, mucho nos tememos, ha dejado de ser ataque agudo, susceptible de rápida curación, para convertirse en enfermedad crónica, menos alarmante, pero peligro constante que se cierne sobre la humanidad y que un día puede ser el polvorín que haga estallar una paz precaria en que los hombres reposan engañosamente confiados.

Situado en el corazón de África, y siendo el país más rico del continente negro, el Congo no podía esperar que su evolución política quedase libre de las influencias extrañas a sus solos intereses.[1]

---

1 Contra la hipocresía de los nuevos intervencionistas que se proclaman liberadores de los pueblos coloniales, clama Jacques Chastenet: "¿Cuáles son los títulos de esas dos potencias (Estados Unidos y Unión Soviética) para darnos la lección con tanta intransigencia moralizadora? . . . Los yanquis, establecidos en el Nuevo Mundo, han resuelto allí el problema que presentaban los indígenas, suprimiéndolos, pura y simplemente, bien con ayuda del alcohol, o bien con las armas. En cuanto a los rusos soviéticos, son decenas de millones de seres humanos —musulmanes y cristianos— los que han esclavizado a su ley, después de haber exterminado una parte, deportado otra, y sometido

Terminada la comedia de la independencia, el sedicente mundo libre occidental, que no había hecho más que soltar el lastre de un colonialismo demasiado claro, se apresuró a tomar las medidas necesarias para preservar los "ideales" de los accionistas, que no se resignaban a perder sus privilegios de la explotación de riquezas, que sólo pertenecían en justicia al pueblo congoleño.[2]

También el sedicente mundo socialista oriental, se puso la careta de defensor de los nacionalismos (¡pedid el testimonio de Estonia, Letonia y Lituania!, ¡que hablen Finlandia y el pueblo de Polonia!) y lanzó sus cantos de sirena para los ingenuos que creían en la libertad, y explotando los legítimos deseos de un pueblo que quería ser libre, encontró en ellos la base para su propaganda multifacial y para su diplomacia de taconazos en los pupitres.[3]

Pero otro peligro acecha a los congoleños: el llamado neutralismo de Nasser, que diciéndose amante de la paz, no termina su estado de guerra con Israel. Apoyándose en el panislamismo, pretende substituir su influencia (o dominio) a las influencias oriental y occidental.[4]

Las circunstancias limitan, sin embargo, las posibilidades de independencia del pueblo congoleño: reducido a un estado

el resto a un régimen policíaco de un rigor jamás igualado . . . " (J. Ch.: "Pas de mauvaise conscience", "Les Nouvelles Literaires", Paris, 5 enero, 1961).

[2] Ver "United States imperialism in Africa" ("International Affairs", Moscú, septiembre 1960, p. 31).

[3] Von Hans Zehrer analiza la política rusa respecto al Congo en un artículo general bajo el título "Windstille im Weten" ("Die Welt", Hamburgo, 18 de febrero de 1961, p. 1).

[4] Para conocer un poco las ideas "neutralistas" del coronel Nasser, conviene leer su obra "Filosofía de la Revolución", escrita en 1955, de la cual extraemos el siguiente párrafo: "No podremos abandonar jamás, cualesquiera que sean las circunstancias, nuestra responsabilidad, de difundir con toda nuestra fuerza, la luz y la civilización en las profundidades más recónditas de la selva". Parece, sin embargo, que los dirigentes africanos se han dado cuenta de lo que es realmente el "altruismo" de Nasser; y así, Sekou Touré declaraba en 1959 al semanario *Der Spiegel:* "África no es el espacio vital de una expansión cualquiera, no será colonizada, poblada, o explotada ni por los asiáticos, ni por los árabes, ni por los europeos, África pertenece a los africanos". (Ambas citas tomadas de Philippe Decraene: "Le Panafricanisme", (Colección "Que sais-je?" de Presses Universitaires de France, Paris, 1959).

de anarquía y desorden político y económico, dependerá en gran parte de la ayuda extranjera económica y humana, ayuda que, de modo más o menos directo, implicará ciertas dondiciones políticas.

La única solución viable, sería una ayuda prestada a través de organismos internacionales, como la O.N.U., que, a pesar de las furiosas críticas, a veces fundadas, de que es objeto por parte del bloque soviético, continúa siendo el medio más adecuado para evitar influencias extrañas.[5] Evidentemente, la O.N.U. no es un organismo todo lo eficaz que sería de desear, pero no hay que olvidar que la O.N.U. no tiene más fuerza que la que los países miembros quieran darle, y si algunos países, como Rusia, se niegan a apoyarla y tratan de limitar sus poderes ¿por qué se quejan luego, diciendo que no es suficientemente eficaz? La palabra la tienen los pueblos afroasiáticos, que ya han proclamado su deseo de que la ayuda les llegue por canales internacionales, preferentemente a las ayudas unilaterales; y ellos, por su gran número de votos, pueden influir en un cambio de la actitud de las Naciones Unidas. Naturalmente para eso es necesario que actúen con unidad, y les será bastante difícil, porque tanto un bando como el otro, hacen lo posible por sabotear dicha unidad. La alternativa a esa situación, es la perpetuación de la situación actual, que podría dar lugar a incidentes en que la aparición de "voluntarios" de uno y otro lado, conduciría a repetir la experiencia de Corea.

Pero el problema del Congo, no es completamente artificial. Las potencias extranjeras no habrían podido crear esa situación si no hubiese una base. El problema es un poco, el que hubiera podido producirse en los otros países africanos. Los factores de división son, en efecto, muy numerosos: las rivalidades entre las tribus, las ambiciones personales, el choque entre la estructuras políticas tradicionales (anarquías, "chefferies", estados) y las estructuras políticas modernas, etc. todo constituia materia fácilmente inflamable. Si a eso se añade, por una parte, los intereses económicos de otros países, por otra parte los intereses de la propaganda, y la necesidad de aprovechar todas las circunstancias para la expansión ideoló-

---

5 En este sentido se expresa el editorial que bajo el título "Myths", inserta el semanario londinense *The Observer,* del 26 de febrero, 1961, p. 10).

gico-imperialista, tendremos, junto con la carencia de cuadros administrativos y políticos capaces de mantener la cohesión, todos los presupuestos que explican la aparición del problema congoleño.

La importancia que el Congo reviste para los dos campos es evidente: para el campo occidental, y dejando aparte su finalidad negativa de oponerse a la expansión soviética; tiene mucha importancia desde el punto de vista económico, principalmente para los Estados Unidos y para Bélgica, por las razones que analizaremos más tarde;[6] para el campo oriental, significa una cabeza de puente en su camino de expansión universal: situada en el Centro de África, su posición estratégica les abriría las puertas para la hegemonía en el continente negro. Su interés por el Congo es tanto más grande, cuanto que la idea de utilizar a Nasser como instrumento de penetración, se reveló imposible por su afán de seguir una política independiente y sólo orientada a sus propios fines. Continúan naturalmente alimentando el fuego del nacionalismo panárabe, pero solamente como elemento de lucha contra el Occidente, y por eso necesitaban encontrar otra base para lanzar su ataque, esta vez con fines más concretos. Los errores occidentales se la ofrecieron en el Congo, y ellos no hacen más que aprovecharla.

Mientras tanto, los otros países africanos, hacen el juego a los dos campos contendientes: unos, por el temor de ser tachados de comunistas (matarratas político universal), se alinean con el campo occidental, defendiendo posiciones que les son extrañas; otros, por el temor de ser acusados de apoyo al colonialismo (otro matarratas de uso estrictamente comunista) defienden las posiciones del bloque oriental, sin ver que se convierten en instrumentos de otra política no menos extraña. Ninguno de los países acierta a ver cuál debería ser su política.

En virtud de ello, el Congo se ha convertido en un problema universal, al lado del desarme, y la reunificación alemana, o Berlín.

Quizá se condene al sueño este problema, como se han condenado otros (Corea, Alemania, etc.) y ello sólo revelaría

---

[6] Ver "International Affairs", de Moscú, septiembre, 1960, p. 104.

la incapacidad de ambos contendientes para modificar en su favor el "status quo".

Estados Unidos propone de manera ingenua, la celebración de elecciones libres, para unificar el país, y previa anulación del ejército de Mobutu y de los otros bandos, y al hacer así olvidan, o quizá no, que donde no hay cultura no puede haber democracia. Por otro lado son también ingenuos al suponer que Rusia va a transigir y aceptar una solución que termine con un punto de fricción, que sirve perfectamente a sus fines.

Los dos bloques, en fin, están dispuestos a dejar que la situación actual se perpetúe, antes que consentir que se realice la unidad y la paz, si esa paz y unidad significan la pérdida de sus posiciones. En consecuencia, los propios congoleños son los únicos que pueden enderezar la situación, y para ello, no sólo no deben contar con la ayuda de las potencias extranjeras, sino que tendrán que luchar contra sus intereses. Sin embargo, esta acción por parte de los congoleños será bastante difícil, porque sus dirigentes actuales están demasiado ligados a los bloques, y porque el pueblo no posee la cultura necesaria para darse cuenta de la situación. Entonces sólo la ayuda conjunta de los países africanos a asiáticos independientes podría sacarlos del callejón sin salida, realizando una gran operación en que los dos campos se verían en la alternativa de ceder o perder sus posibilidades y sus simpatías en el tercer mundo que se va configurando.

Quizá Nehru ha visto la realidad, y de ahí su decisión de enviar tropas indias bajo el mando de las Naciones Unidas, pero si los otros países no comprenden su ejemplo, esta tentativa será también condenada al fracaso.

Sea como quiera, la solución no será fácil, y el problema del Congo ha de figurar largo tiempo en el orden del día de las Naciones Unidas y de las conferencias internacionales.

Entre tanto, unos seguirán enviando flotas de paz para transportar alimentos que se envían a título caritativo, olvidando que en el mundo moderno no se pide caridad sino justicia, otros se rasgarán las vestiduras ante el asesinato de un dirigente que amaba a su pueblo, pero que no había vendido su pensamiento a ningún imperialismo de color rojo; y el pueblo congoleño, el único interesado, seguirá sin ser oído, mu-

riéndose de hambre, y esperando que un día ocupará el lugar que le corresponde en la historia y en el mundo.

B) *El país*

Situado en el África Ecuatorial, el Congo, con su superficie de 2.345,525 Km.², es unas ochenta veces mayor que Bélgica. Su población es aproximadamente de 14 millones de habitantes, de los cuales 115,000 eran europeos, antes de comenzar los disturbios; después del éxodo de los últimos meses resulta difícil calcular el número exacto de los que quedaron y de los que volvieron.

La población es fundamentalmente negra, pigmeos, y hamitas. De los europeos allí establecidos, un 70% era de origen belga.

La capital de la República es Leopoldville, y en el momento de la independencia, el país estaba dividido en 6 provincias: Leopoldville (capital Leopoldville), Ecuador (capital Coquilhatville), Oriental (capital Stanleyville), Kivu (capital Bukavu), Katanga (capital Elisabethville), Kasai (capital Luluabourg).

El Congo es uno de los países africanos más ricos en recursos naturales, y la obra colonial belga, aplicada a su explotación, merece un análisis, en que al lado de éxitos indudables, observaremos fracasos evidentes. En ese aspecto podremos distinguir en ella dos características positivas y una negativa:

1.—Positivas:

a) Su preocupación de lograr desarrollar al máximo la economía congolesa. Lo han conseguido plenamente y nadie lo discute. Por medio de un planteamiento científico de la economía, siempre dominado por el deseo de conseguir el máximo de productividad, acompañado por grandes inversiones en plantaciones y en la industria minera, han convertido al Congo en una gran potencia económica africana.

Por sus recursos naturales, ocupa uno de los primeros lugares en el mundo: el primero respecto al cobalto y los diamantes industriales, el cuarto en el estaño, y el quinto en cobre. La extracción del uranio, zinc y manganeso, ocupa también un lugar importante. Pero además hay depósitos de oro, tungsteno, berilio y otros minerales. En realidad una gran parte de sus recursos naturales no ha sido todavía explorada.

Respecto a las cifras de producción, señalaremos las de 1957: uranio, 30,000 Tm.; cobre, 242,000 Tm.; zinc concentrado, 188,000 Tm.; zinc puro, 49,000 Tm.; manganeso, ... 367,000 Tm.; cobalto, 9,400 Tm.; berilio 1,511 Tm., etc.

Para explotar esos recursos acudió el capital extranjero, principalmente de Bélgica, Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña, y quedó, en su mayor parte, invertido en la industria minera, que está concentrada en Katanga.

El 90% del capital invertido pertenecía a cinco compañías que controlaban un tercio del territorio y la mitad de los trabajadores negros. Las industrias claves congoleñas estaban en manos de cuatro grupos monopolísticos belgas: Societé Générale de Belgique (que cooperaba con el gobierno, y controlaba un 60% de las actividades económicas de la colonia) Ampen, Cominière, y Banco de Bruselas. Los principales monopolios eran: Union Minière du Haut Katanga (subsidiaria de la Societé Générale, especializada en la extracción de cobre, cobalto, zinc y uranio), Forminière (también subsidiaria de la Societé Générale), Societé Minière de Beseka (diamantes), Societé de Mines d'Or de Kilo-Moto (oro).

La mayor parte de los productos de la minería son exportados, y un 70% de esas exportaciones consisten en materiales estratégicos. En 1955 se había concluido un acuerdo entre Bélgica y Estados Unidos, y por él Bélgica se comprometió a enviar uranio a Estados Unidos, Inglaterra y Canadá hasta 1960, en una cantidad igual al 75% de la producción.

Los intereses económicos estadounidenses en el Congo son bastante importantes: ya en 1950, el grupo Rockefeller adquirió, por intermedio de "British Tanganyka Concessions", ... 600,000 acciones de la Union Minière du Haut Katanga; también los inversionistas americanos se mostraron interesados en las industrias manufactureras, y así, el International Basic Commodity Corporation (del grupo Rockefeller) posee el 30% de las acciones de las fábricas de tejidos de Albertville; y la Pacific Iron and Steel Company posee una fábrica de tejidos en Leopoldville. En fin, los Estados Unidos importan del Congo alrededor del 60% del cobalto, 64% del manganeso, 79% del tántalo, y 87% de los diamantes industriales. Por ello no es de extrañar el interés que los Estados Unidos tienen en la evolución del problema político congoleño, y su deseo de que la situación vuelva a una normalidad que les permita asegu-

rar su comercio. La URSS, al contrario, es la única beneficiada con la continuación del actual estado de cosas, y su interés estaría ya justificado por el deseo de que los Estados Unidos se viesen privados de todas esas materias que importan del Congo, y el hecho de que los congoleños saliesen beneficiados es cosa secundaria a sus fines.

Pero no es sólo la minería la gran riqueza del Congo, también la agricultura tiene un lugar importante. Las condiciones excelentes del suelo y clima se conjugan para facilitar el cultivo de gran variedad de productos: aceite de palma, café, algodón, caucho, etc. El gobierno colonial belga impuso una serie de reformas, con arreglo a las técnicas más modernas, y para aumentar la productividad, los granjeros tenían fijadas unas cuotas mínimas de producción de algodón.

En el aspecto energético, hay que señalar las inmensas posibilidades que ofrece la industria hidroeléctrica, por la gran cantidad de ríos y sus características de gran caudal y desniveles en su curso, que hacen que el Congo posea un quinto de las reservas hidroeléctricas mundiales. Para aprovechar esa fuerza, se han construido ya muchas centrales hidroeléctricas.

La política de mejoramiento de los transportes, promovió la construcción de carreteras, que son excelentes, y unos 5,200 Km. de vías férreas. A esas vías de comunicación, hay que añadir las fluviales, que ocupan un lugar muy importante, ya que los tramos navegables tienen más de 14,500 Km., y están explotadas por una moderna flota fluvial.

b) Obras sociales.—En materia de viviendas para negros, Bélgica ha desarrollado un programa de construcción que las hace indiscutiblemente las mejores de África, pero ese programa fue siempre insuficiente.

La enseñanza se desarrolló siempre en los grados inferiores: enseñanza primaria (en 1955 asistía a las escuelas alrededor de un 40% de la población en edad escolar), y enseñanza técnica: que ha conseguido un gran número de obreros negros especializados.

La obra social era muchas veces dejada a la iniciativa privada, como la compañía de diamantes de Bakwanga, que aseguraba la asistencia sanitaria a los 85,000 habitantes de aquella región, y construyó un gran número de edificios públicos, estadios, salas de espectáculos, catedrales, tiendas, etc. Todo ello era resultado de una política paternalista que se esforzaba

en mejorar lo más posible la situación económica del país, pero creyéndose autosuficiente y rechazando siempre cualquier intervención de la población nativa en los asuntos de su país. De ahí, el reverso de la medalla:

2.—Características negativas

a) En el aspecto educacional, la limitación de la enseñanza a los estadios inferiores, con lo cual, en el momento de la independencia, el gobierno congoleño se encontró con la falta absoluta de cuadros administrativos, políticos, económicos y técnicos.

b) En el aspecto laboral, de los salarios y el empleo, la obra colonial belga fue un fracaso. En el régimen capitalista y colonial del Congo, los hombres quedaban supeditados a las conveniencias estrictamente económicas lo que equivalía a su capitulación incondicional ante los intereses de las grandes empresas. De ese modo, la situación era angustiosa para los campesinos, cuyo ingreso anual medio era de unos 900 francos belgas, de los que había que deducir los impuestos. El salario medio anual de los obreros africanos era de unos 7,000 francos belgas. Dichos salarios deben ponerse en comparación con el mínimo anual de subsistencia que es del orden de 20,000 francos.

El desempleo alcanzaba también cifras alarmantes, y sólo en Leopoldville era del orden de los 55,000, en una población de 371,000.

c) En el aspecto social, las necesidades económicas de mano de obra, produjeron un éxodo del campo hacia las ciudades, donde los nuevos habitantes, destribalizados, alejados de sus sistemas político-sociales tradicionales, sin que fueran substituidos por otros que significasen su participación activa en las nuevas estructuras (el nombramiento de jefes responsables en cada barrio no podía ser una solución) se encontraron desorientados y en cierto modo defraudados, originándose el ambiente propicio para la anarquía que, una vez abandonados a ellos mismos, no iba a tardar en producirse.

La oposición socialista belga había comprendido el peligro, y lanzaba violentos reproches al gobierno, por su empeño en mantener un sistema paternalista que sólo podía conducir a la catástrofe, y *Le Peuple,* de Bruselas, señalaba los tres poderes que existían en el Congo: las Sociedades capitalistas, las Misiones, y el gobierno colonial.

La negativa a permitir la participación de los negros en el gobierno y en la dirección de las empresas, produjo los resultados que sabemos.

PRIMERA PARTE

El Congo belga

REPRESENTANDO los intereses belgas y franceses, los exploradores Stanley y Brazza, realizaban una serie de viajes por los territorios del Congo, viajes que cristalizaron en una rivalidad entre los dos exploradores, y en un conflicto franco-belga, resuelto por las conversaciones celebradas en París el 23 y 24 de abril de 1884. Según el acuerdo a que se llegó, el Congo era cedido a la Asociación Internacional Africana, que había sido fundada en Bruselas por Leopoldo II en 1876, y dicha Asociación se comprometía a no enajenar el territorio objeto del acuerdo, concediendo a Francia un derecho de precedencia, en el caso de que se viese obligada a hacerlo. La Conferencia de Berlín, de 1885, convierte al Congo en un reino independiente, bajo la corona de Leopoldo II de Bélgica, que de ese modo creaba una unión personal con el territorio africano. El 18 de octubre de 1908, en virtud de una donación del rey belga, el Congo pasaba a ser una colonia del reino de Bélgica.[7]

El pueblo belga había opuesto ciertas reservas a la aceptación del acto real, al considerar la empresa de colonizar el Congo un poco encima de sus fuerzas. Fueron los hombres de negocios quienes iniciaron el trabajo, haciendo primero un inventario de los recursos naturales que podrían ser puestos en explotación.

En la primera época, el desarrollo económico del Congo fue lento y difícil, y las inversiones muy restringidas. Sólo después de la Primera Guerra Mundial, el Congo se convierte en una empresa rentable.

El sistema implantado por los colonizadores belgas, era muy diferente al de los franceses o ingleses, y en cierto modo

---

[7] Más detalles sobre ese período pueden encontrarse en la revista *Revue de Défense Nationale,* en el artículo: "En marge de la Table Ronde de Bruxelles: Le premier 'Etat Indépendant' du Congo", París, mayo, 1960, p. 906.

parecido al de los portugueses. Procuraron evitar toda discriminación racial (oficialmente se entiende) e implantaron un sistema paternalista, en que a los congoleños sólo les quedaba la alternativa de obedecer y respetar las decisiones que, en principio, iban dirigidas a su bienestar. Al mismo tiempo, trataron de formar un pueblo, empezando por la base, de ahí el desarrollo de la enseñanza primaria; pero evitando la enseñanza superior que, al crear una "élite" consciente podría dar origen a ideas peligrosas para la estabilidad. En resumen, se creó una estructura social netamente jerarquizada, y en la cual los belgas ocupaban la escala superior, de la dirección de los asuntos del país, en la que no admitían ingerencias de los nativos.

Quizá hubiese triunfado la experiencia, si el Congo estuviese aislado completamente del mundo exterior. Pero la situación era muy distinta, y al estar inscrito en la realidad africana, tarde o temprano tendrían que sentirse los efectos y las influencias de los grandes movimientos anticolonialistas africanos.

Ya en 1924 la inquietud política, quizá en esa época un poco inconsciente y desorientada, se había traducido en el movimiento Kibangu, que originó una revuelta y gran número de masacres. Veinte años más tarde, en 1944, la inquietud aparece de nuevo con el movimiento Kitabala, que seguía a un año de diferencia al intento de reforma agraria de las dos columnas de guerreros dirigidas por "enviados de Dios", que se denominaban a sí mismos Jesucristo y Aleluya, y que habían tratado de sublevar la región del Congo superior.[8]

Los belgas siguieron sin embargo con su política, y mientras el plan decenal de 1949 preveía la inversión de 100 millones de dólares en el desarrollo de la producción y en la organización de servicios sociales, mantenían por otra parte, la prohibición absoluta de sindicarse los obreros negros, y hasta la de presentar cualquier género de reivindicaciones. Pero ya nada ni nadie podría impedir la evolución y la toma de conciencia por parte de los nativos. En las ciudades se va formando una clase media de comerciantes, transportistas, y las carreras liberales y administrativas se abren en las escalas infe-

---

[8] Ver Ch. André Julien: "Histoire de l'Afrique", Colección "Que sais-je?" de Presses Universitaires de France, Paris, 1955; y Hubert Deschamps: "L'éveil politique africain", de la misma colección, año 1952, p. 111).

riores a un número restringido de evolucionados. La agitación, basada a veces en las estructuras políticas tribales, a veces en sistemas políticos más modernos, se entrecruzan y contradicen a menudo, pero coinciden en un punto fundamental: la necesidad de obtener la independencia.

La represión fue endureciéndose, y en 1952, el gobierno belga reconoció la existencia de 3,818 internados políticos, de los cuales 612 estaban clasificados como "peligrosos".

En 1954, las autoridades se decidieron a abrir la primera Universidad (Lovanium), en la que fueron admitidos 11 congoleses. Otra sería abierta más tarde, y el número de estudiantes universitarios congoleños alcanzó la cifra de 204.

La presión política que iba en aumento a la escala local, obligó a conceder en 1957 unas elecciones municipales. Los partidarios de la independencia obtuvieron la mayor parte de los votos en los Consejos municipales de Leopoldville, Elisabethville y Jadotville. Fue la primera llamada de peligro, que los belgas desoyeron creyendo tener todavía el control de la situación. La persistencia de medidas anacrónicas con respecto al resto de África, más evolucionado (segregación racial, prohibición a los blancos y a los negros de salir en la noche de los barrios que no fueran los suyos, prohibición a los negros de salir de su región sin permiso especial), no hizo más que mantener de momento aquella sensación de estabilidad que luego se resolvería por una gran explosión.

Los primeros manifiestos reclamando la independencia, datan ya de 1956. El primero, titulado "Conscience Africaine" fue redactado por un grupo de congoleños de tendencia católica. Este documento pedía que fuesen otorgados los derechos políticos a los congoleños, y la independencia pasado un plazo de treinta años. El segundo manifiesto tuvo por autor al Comité director del Abako (entonces Association Culturelle des Bakongo). Este último era más radical y exigía la independencia inmediata.

Al impacto producido por esos dos manifiestos vino a añadirse el efecto que la aplicación de la Loi-cadre francesa, al conceder la autonomía interna a los territorios de ultramar franceses, produjo en los congoleños que veían eternizarse su sistema, mientras sus vecinos evolucionaban hacia la independencia completa.

Joseph Kasavuvu surge como el primer líder congoleño que reclama la independencia. Al frente del partido del Abako (Association des originaires du Bas-Congo), que se localizaba en Leopoldville, obtiene en las elecciones municipales de 1957 una gran victoria, y entre los 170 puestos que se disputaban consigue 129; además fueron elegidos ocho burgomaestres de ese partido.

El discurso de De Gaulle en Brazzaville, en 1958, fue una nueva sacudida a la conciencia nacional congoleña. Los autores del manifiesto "Conscience Africaine", formaron el M.N.C. (Mouvement National Congolais) decidido a luchar por la independencia. Sus tres dirigentes, Patrice Lumumba, Gaston Diomi, y Joseph Ngalula participaron en el Congreso de Accra, del mismo año. Allí estaba también Kasavuvu. El contacto personal establecido con los otros dirigentes nacionalistas africanos, les aseguró de su apoyo, y les hizo volver más decididos que nunca a luchar por la independencia de su país.[9]

En agosto y septiembre de 1958, la agitación se extiende por todo el país, y en Katanga hay luchas callejeras entre los nativos y las fuerzas públicas. A ello se añaden las luchas raciales, en el vecino Ruanda-Urundi, que agregan un motivo más de inestabilidad. Tal situación de inquietud y agitación entre la población indígena tenía una causa bien definida: el cansancio de los nativos ante ese paternalismo que no cuadraba en la época. Pero la crisis económica de 1958 contribuyó en gran medida a aumentar el malestar: disminuyeron las exportaciones de cobre, y las empresas mineras se vieron obligadas a despedir a gran número de trabajadores. Las inversiones extranjeras abandonan el Congo por Iberoamérica, produciendo una mayor disminución de la actividad económica.

En estas circunstancias, el 4 de enero de 1959 se producen los disturbios de Leopoldville, que duraron 4 días, y en los que el Abako tuvo una parte muy activa. Los belgas se vieron desbordados, y en su intento de seguir el ritmo de los acontecimientos, adoptaban medidas que, por tardías, nunca satisfacían a los congoleses.

El 13 de enero de 1959, el rey Balduino expone un programa de reformas progresivas, pero los africanos lo juzgan

---

[9] Ver la revista *La Vie Africaine,* en la que podrá encontrarse un resumen de los principales partidos políticos en presencia en el Congo, editada en París, julio-agosto-septiembre, 1960, p. 12.

insuficiente, y los Bacongos exigen la salida de los belgas para fines de 1959.

En septiembre de 1959, los incidentes se suceden en el Bajo Congo y en Leopoldville, donde los Bacongos tratan de crear sus propias escuelas y boicotear las belgas. Un mes antes, el gobernador general interino Schoeller había dirigido al gobierno un informe de la situación, pidiendo que en los primeros meses de 1960 se crease un gobierno provisional "negro", único que podría mantener el orden.

El Abako envía una comisión a investigar sobre los incidentes, actuando como si ejerciese el poder efectivo.

El 14 de octubre M. de Schryver, ministro del Congo, anuncia en Bruselas la constitución de un gobierno congolés, para septiembre de 1960, y añade que en un plazo de cuatro años el Congo podrá alcanzar la independencia total. La reacción no se hace esperar, y el Abako decide boicotear las elecciones, lo mismo que el Movimiento Nacional Congolés, cuyo presidente, Lumumba, proclama "el divorcio inmediato y definitivo entre Bélgica y el Congo".

De nuevo M. de Schryver lanza otro llamamiento a la cordura, el 3 de noviembre, convocando para el 20 de noviembre una conferencia en el Congo, para que el gobierno belga pudiese exponer a los dirigentes africanos cuál era la política que iba a aplicar y para que estos dirigentes pudiesen al mismo tiempo someterle sus puntos de vista. Los representantes de los tres partidos políticos belgas deberían tomar parte en dicha conferencia; pero el partido socialista decidió no asociarse a la política del gobierno. Como resultado de esta decisión, y de la negativa de algunos dirigentes congoleses, el gobierno belga abandonó el proyecto; a pesar de todo M. de Schryver fue al Congo para discutir individualmente con los líderes congoleses. El 24 de noviembre, después de la llegada del ministro, fue publicado, por tres partidos (el Abako, el ala moderada del M.N.C., y el "Parti de la Solidarité Africaine"), un plan para un Estado Federal independiente del Congo. Este plan, que exigía la inmediata realización, proponía que las seis provincias existentes fuesen transformadas en estados, cada uno con una asamblea electiva y un gobierno, con un gobierno federal al que cada estado debería ceder una parte de soberanía. Después de discusiones con los tres dirigentes citados, se acordó celebrar conversaciones en Bruselas. Una delegación congolesa

de siete miembros dirigida por Kasavuvu, presidente del Abako, Albert Kalonji, del ala moderada del M.N.C., y Gizenga, presidente del P.S.A. llegó a la capital belga el tres de diciembre.

La reunión no dio ningún resultado positivo y sólo sirvió para poner en evidencia el desacuerdo fundamental. El 15 de diciembre se anunció en la Cámara de Representantes que en enero se celebraría una conferencia de mesa redonda con participación de todos los dirigentes congoleses y de representantes del gobierno belga y del Parlamento. Inmediatamente después, el rey Balduino hizo un viaje al Congo, y consiguió apaciguar momentáneamente los ánimos.

La conferencia de mesa redonda, tuvo lugar en Bruselas, del 20 de enero al 1º de febrero. Por el lado belga asistieron el gobierno y 10 representantes del parlamento (cristiano-demócratas, socialistas y liberales), y por parte congolesa 44 delegados de todos los partidos, incluido Lumumba, que para ello fue liberado de la prisión en que se encontraba por su participación en los disturbios de octubre. En una reunión previamente celebrada, los dirigentes congoleses acordaron la adopción de un frente común, sin embargo el día 25, Kasavuvu se retiró de la conferencia, al no obtener satisfacción a su demanda de que la conferencia en convirtiera en asamblea constituyente.

La conferencia terminó el 1º de febrero habiendo llegado a diversos acuerdos: el Congo pasaría a ser estado independiente el 30 de junio; se determinaron las modalidades de formación del primer gobierno, de los poderes del jefe de estado, sobre la constitución del parlamento, de la división de autoridad entre las provincias y el gobierno central sobre las instituciones provinciales, el sistema electoral, las relaciones entre Bélgica y su colonia (se preveía un tratado general de amistad, asistencia y cooperación), etc. Se acordó también que hasta que el Congo fuese independiente (el 30 de junio), el gobernador general estaría asistido de seis congoleses, y cada gobernador provincial tendría a su lado tres congoleses.

La situación no estaba, sin embargo tranquila. Los desórdenes y las luchas tribales se extendían por todo el país. Y así, los desórdenes del 12 y 13 de marzo, ocasionaron 7 muertos y más de 100 heridos, al chocar elementos del Conakat (Confederación de Asociaciones de Katanga, que exigía

una amplia autonomía para Katanga), con elementos de la rama local del ala lumumbista del M.N.C.

En el mes de marzo hay que señalar también dos hechos, que se refieren a las reclamaciones presentadas al gobierno belga por el gobierno francés y por el primer Ministro de la Federación de Rhodesia y Nyassaland; el primero, basándose en los acuerdos de 1884 y 1908, recordaba su derecho a comprar el Congo; el segundo manifestaba que, una vez proclamada la independencia, Katanga podría desear unirse a su Federación.

Del 26 de abril al 16 de mayo tuvo lugar en Bruselas una Conferencia económica destinada a regular las futuras relaciones entre los dos estados. Se acordaron diversas disposiciones de mutua cooperación, entre ellas la concesión de la cláusula de nación más favorecida, libertad de movimiento laboral, de transferencia de todo o parte de los beneficios, etc. Esta conferencia fue boicoteada por Lumumba.

En mayo se celebraron las elecciones para la Cámara de representantes, elecciones que estuvieron acompañadas por brotes de violencia en todo el país, brotes de violencia de carácter tribal o partidista. A veces, los partidos se identificaban con los intereses de las tribus. Tal situación motivó el envío de refuerzos armados belgas y el establecimiento de la ley marcial.

Lumumba siguió una política de no cooperación, y presentó una reclamación para que se constituyese inmediatamente un gobierno provisional. El 8 de junio fueron conocidos los resultados de las elecciones para la Cámara de Representantes, que constituyeron un triunfo personal de Lumumba.

Distribución de los 137 puestos (Cámara de Representantes):

Mouvement National Congolais (ala lumumbista) ..	41
Mouvement National Congolais (ala de Kalonji) ..	8
Parti National du Progrès (P.N.P.)	22
Parti Solidaire Africain (P.S.A.)	13
Association des Bakongo (Abako)	12
Centre du Regroupement Africain (Cerea)	10
Balubakat	7
Varios	24

Distribución por provincias de los 84 puestos en el Senado:

KASAI. M.N.C. (ala de Lumumba), 9; M.N.C. (ala de Kalonji), 4; Independientes, 1.
LEOPOLDVILLE. Abako, 5; Luka, 1; P.S.A., 5; Unilac, 1; Independientes, 2.
KATANGA. Conakat, 6; aliados del Conakat, 2; Balubakat, 3; aliados del Balubakat, 2; Independientes, 1.
ECUADOR. Parti de l'Unité National Africaine (Puna), 7; aliados del Puna, 1; M.N.C. (ala de Lumumba), 3; Union Mongo (Unimo), 2; Independientes, 1.
KIVU. Cerea, 6; tribu Kabare, 1; tribu Konda (de Kasongo), 1; Alianza tribal Banyangala (de Beni), 1; Independientes, 5.
PROVINCIA ORIENTAL. M.N.C. (ala de Lumumba), 10; tribus Bantu, 3; P.N.P., 1.

La enseñanza fundamental sacada de las elecciones fue el indudable apoyo popular de Lumumba, cuya ala del M.N.C. se reveló como el partido más fuerte en la Cámara de Representantes y en el Senado.

Partiendo de esa base de fuerza que le proporcionaban las elecciones, Lumumba presentó a la administración belga una lista de cinco peticiones:

1.—Inmediata retirada de todas las tropas belgas del Congo.
2.—Inmediata retirada de Walter Ganshof van der Meersch (Ministro belga para asuntos generales en África).
3.—Elección del jefe de estado, por voto popular directo, en vez de ser elegido por el Parlamento, como se había establecido.
4.—Rechazo del proyecto para la bandera nacional del Congo.
5.—Nombramiento del jefe del gobierno, escogiéndolo en el partido que demuestre gozar de apoyo popular más amplio.

Lumumba mostró también claramente su preferencia por el sistema presidencial americano, dejando ver que, si él fuera dejado en la oposición, el gobierno "no duraría dos meses". Sin embargo añadió que él deseaba que los belgas permaneciesen y cooperasen en el desarrollo de la economía del Congo, donde gozarían de todas las garantías.

Después de laboriosas negociaciones, se llegó a un acuerdo por el cual Kasavuvu pasaba a ser el jefe de estado, y Lumumba jefe del gobierno.

Lumumba formó su gobierno, en el que participaban casi todos los partidos, a excepción del ala de Kalonji, del M.N.C.

En fin, el 30 de junio, la independencia fue solemnemente proclamada, con la asistencia del rey Balduino.

Desbordados por los acontecimientos, los belgas habían tenido que ceder y consentir en que su colonia pasase del período colonial, casi sin transición, a la plena independencia. Las consecuencias serían muy graves, y la salida de los belgas, que no habían sabido o querido formar un cuadro de dirigentes nativos, llevaría al país a la anarquía y al desorden.

SEGUNDA PARTE

La evolución del problema del Congo a partir de la independencia

En las ceremonias relativas a la independencia, el rey Balduino pronunció un discurso en el cual les exhortó a abandonar las luchas tribales que podrían poner en peligro su independencia, peligro al que se añadía "la atracción que algunas de vuestras provincias pueden sentir por potencias extranjeras que están dispuestas a beneficiarse del menor signo de debilidad", lo cual era una clara advertencia respecto a Katanga.

Contestó este discurso el presidente Kasavuvu, agradeciendo la ayuda prestada por Bélgica para el desarrollo de la nación congoleña. Pero a continuación, Lumumba hizo otro discurso atacando vigorosamente la colonización belga, y del cual presentamos algunos extractos: "ningún congolés digno de ese nombre, podrá olvidar nunca que esta independencia ha sido ganada gracias a la lucha... en la que no hemos aho-

rrado nuestra energía ni nuestra sangre... Hemos conocido ironías, insultos y golpes que teníamos que soportar mañana, tarde y noche porque éramos negros. Hemos visto nuestras tierras arrebatadas en nombre de leyes que reconocían solamente el derecho del más fuerte. Hemos conocido leyes que diferían solamente según que trataran con negros o con blancos..." La violencia del discurso sorprendió a todos los asistentes, pero más tarde, en la comida que siguió a las ceremonias, Lumumba reconoció las realizaciones belgas: "En el momento en que el Congo alcanza la independencia, todo el gobierno desea rendir un homenaje solemne al rey de los belgas y al noble pueblo que representa, por el trabajo aquí realizado durante tres cuartos de siglo. Deseo que mis sentimientos no sean interpretados torcidamente".

Cuando parecía que las cosas iban a marchar bien, en la noche del 5 al 6 de julio, estallaron motines de las tropas de la "Force Publique" en Thysville (suroeste de Leopoldville) y en Campo Leopold II (en los alrededores de Leopoldville). El presidente Kasavuvu y Lumumba intentaron restablecer el orden accediendo a las peticiones de los amotinados. Pero pronto se vio que eso no era más que parte de un movimiento general contra los belgas y otros residentes europeos. Los desórdenes se extendieron rápidamente por todo el país sumiéndolo en la anarquía.

El 7 de julio, los belgas iniciaron una huida en masa hacia los territorios vecinos, al mismo tiempo que el gobierno belga anunciaba el envío de refuerzos armados.

Como la situación se hacía insostenible, el gobierno congolés apeló a las Naciones Unidas el 11 de julio, mientras Chombe proclamaba la independencia de Katanga.

En Consejo de Seguridad autorizó el envío de fuerzas armadas, cuyos primeros contingentes llegaron a Leopoldville el 15, y que alcanzarían el número de 10,000 a fines de ese mes.[10]

El gobierno de Bélgica, a petición del Consejo de Seguridad anunció que retiraría sus fuerzas, pero puso como condición que las tropas de la ONU asegurasen la vida de los súbditos belgas residentes.

---

[10] Un examen crítico de la actuación de las Naciones Unidas en el Congo puede encontrarse en el artículo de Hamilton Fish Armstrong: "U. N. in Trial", de *Foreign Affairs,* New York, abril, 1961, p. 388, especialmente pp. 404 y siguientes.

Entre tanto, el gobierno del Congo rompió las relaciones diplomáticas con Bélgica, denunciando el tratado del 29 de junio, que concedía a los belgas el derecho de mantener bases militares.

Chombe por su parte, solicitaba la presencia de las fuerzas belgas, y se negaba a aceptar a las tropas de las Naciones Unidas, advirtiendo que haría uso de la fuerza si intentaban entrar en Katanga. El gobierno belga decidió, a petición de las Naciones Unidas, retirar inmediatamente 1,500 hombres (principalmente del Bajo Congo), pero no fijó ninguna fecha para la retirada de los 7,000 restantes.

El Secretario General de las Naciones Unidas hizo un viaje al Congo para estudiar personalmente la situación y entrevistarse con los dirigentes congoleños, al mismo tiempo que Lumumba hacía una visita a Washington, donde se entrevistó con Herter, y a Canadá, desmintiendo las acusaciones de violaciones y asesinatos contra blancos; añadiendo que había dado instrucciones terminantes a los magistrados (belgas) para que actuaran con toda energía, y que éstos no lo habían hecho.

El viceprimer ministro Gizenga (adicto a Lumumba) presentó a Dag Hammarskjöld ciertas quejas contra la actuación de las tropas de la ONU. Rusia por su parte, acusó a la NATO y a las potencias occidentales de fomentar el desorden en el Congo, y anunció el envío de ayuda material (entre otras cosas, la salida de 100 camiones).

Chombe continuaba manteniendo su posición, y decretó la movilización general para evitar una posible intervención de las Naciones Unidas en Katanga.

Lumumba seguía su plan de visitas (Inglaterra, donde encontró una delegación de Ghana, Túnez, Marruecos y Guinea), para obtener el apoyo a su posición.

Ante la decisión de Chombe de oponerse por la fuerza a la entrada en Katanga de las tropas de la ONU, el Secretario General prefirió esperar a la reunión del Consejo de Seguridad para recibir nuevas instrucciones, acuerdo este que fue vivamente criticado por Lumumba.

En la reunión del Consejo de Seguridad (8-9 agosto) fue adoptada una resolución en el sentido de: 1.—Pedir a Bélgica que retirase inmediatamente sus tropas de Katanga, 2.—Reafirmar que las tropas de las Naciones Unidas debían entrar en

Katanga, 3.—Reiterar que las fuerzas de la organización no deben intervenir en los asuntos internos del Congo.

El 8 de agosto, Lumumba regresó a su país, después de haber visitado los últimos estados objeto de su viaje (Liberia, Ghana, Togo), y poco tiempo después hubo una serie de manifestaciones que mostraban una creciente oposición a su tendencia centralizadora.

Al día siguiente, Albert Kalonji aumentó el desorden al proclamar la independencia del "Estado Minero" del Kasai del Sur, dando lugar a duros combates entre Luluas y Balubas. La creación de este estado había sido decidida en la conferencia de Bakwanga, celebrada el día anterior. Después de una serie de conversaciones preliminares e intercambios de telegramas, el Secretario General fue a Katanga, donde quedaron instaladas las tropas de las Naciones Unidas. La actuación de Dag Hammarskjöld fue fuertemente criticada por Lumumba, y por la Unión Soviética, que abrió el fuego contra él, en un violento artículo del diario moscovita *Izvestia*.

La segunda mitad de agosto se caracterizó por un empeoramiento de las relaciones entre el Secretario General y Lumumba, y por la ruptura entre éste y Kasavuvu, ruptura originada en la diferente posición de ambos respecto a las medidas que deberían ser tomadas en Leopoldville, Kasai y Ecuador.

La diferencia con el Secretario General radicaba en la diferente interpretación que daban a las instrucciones del Consejo de Seguridad, y mientras Lumumba exigía que las tropas de la ONU estuviesen a las órdenes del gobierno central, el único legítimo del Congo, el Secretario General consideraba que por ser un asunto interno, él debía mantenerse neutral y limitarse a garantizar la seguridad de las personas, relevando a las tropas belgas.

Desde el punto de vista estrictamente jurídico, puede que la posición de Dag Hammarskjöld fuese la más correcta, ya que la intervención de las fuerzas internacionales hubiese ido contra la Carta de las Naciones Unidas, pero desde el punto de vista de la situación política, quizá Lumumba estaría en lo cierto, y si las Naciones Unidas hubiesen tenido una actuación más enérgica, y al lado del Gobierno Central, se habría terminado con la anarquía que tanto daño está produciendo. Naturalmente que eso tendría que decidirlo el Consejo de Seguridad, y expresarlo de manera inequívoca, lo cual no sucedió. En

fin, todavía podría añadirse que la interpretación de un mandato deja siempre un cierto margen para adaptarse a las circunstancias.

Los frecuentes incidentes entre las tropas congoleñas y las fuerzas de la ONU, agriaron todavía más la situación de tirantez existente entre Lumumba y el Secretario General.

Por esas fechas se recibieron informes de la llegada de ayuda rusa al gobierno de Lumumba, ayuda que consistió en armas, y en una ocasión en el envío de 15 aviones "Ylyushin 14", lo cual motivó una gestión de Dag Hammarskjöld ante la delegación soviética en las Naciones Unidas para que explicase ese gesto, que estaba en contradicción con las instrucciones dadas por el Consejo de Seguridad y con las anteriores protestas soviéticas acerca de la utilización por las Naciones Unidas de aviones pertenecientes a los Estados Unidos.

El 25 de agosto se abrió en Leopoldville una Conferencia de Estados Africanos (delegados del Camerún, Etiopía, Ghana, Guinea, Liberia, Libia, Marruecos, Sudán, Togo y Túnez, además de los delegados del gobierno congoleño) convocada por Lumumba, y que adoptó por unanimidad cierto número de resoluciones: total apoyo al mantenimiento de la integridad territorial del Congo, condena de las "maniobras colonialistas" destinadas a dividir el territorio, y una recomendación para que hubiera "franca y leal colaboración" entre el gobierno congolés y la ONU.

Las tropas del Gobierno Central proseguían su lucha contra las del "Estado Minero", realizando notables progresos que ponían en peligro la existencia precaria del estado citado.

La situación complicada, se volvió todavía más confusa, cuando el 5 de septiembre, Kasavuvu anunció por la radio que había depuesto a Lumumba, nombrando en su lugar a Joseph Ileo. A su vez Lumumba, en otro discurso radiado, declaró haber privado de su cargo a Kasavuvu. Más tarde, el Parlamento invalidó ambas decisiones.

Ante el peligro de que se produjeran graves desórdenes, las fuerzas de la ONU cerraron todos los aeropuertos y estaciones de radio.

El Consejo de Seguridad fue de nuevo convocado el 9 de septiembre, a petición, por una parte, del Secretario General, y por otra parte, de la Unión Soviética y Yugoslavia. La reunión se limitó a un duro ataque por parte de la Unión So-

viética, a la actuación de las Naciones Unidas, a las que acusó de actuar de acuerdo con las potencias de la NATO. La reunión del Consejo se terminó en la noche del 16 al 17 de septiembre, cuando un proyecto de resolución de Ceylán y Túnez se estrelló ante el veto de Rusia. Dicho proyecto expresaba el apoyo de la organización a la actuación de Dag Hammarskjöld.

Un nuevo elemento de confusión fue introducido en la situación congoleña, cuando el coronel Mobutu, jefe del ejército, anunció que las fuerzas armadas tomaban el poder, y que los gobiernos rivales eran suspendidos hasta el 31 de diciembre. Inmediatamente después ordenó el cierre de las embajadas soviética y checoslovaca en Leopoldville. El 12 de septiembre, Lumumba fue por primera vez arrestado, pero liberado por las mismas tropas un poco más tarde; al día siguiente, el Parlamento aprobó, por 88 votos contra 25, conceder poderes especiales a Lumumba y su gobierno.

Con tres gobiernos centrales y dos gobiernos provincial-separatistas, el Congo no tenía ninguna posibilidad de llegar a una solución de sus problemas.

En las Naciones Unidas, después de una batalla oral encarnizada, es reconocida la delegación de Kasavuvu, sin que ello signifique que vaya a gozar del apoyo incondicional de las fuerzas de la organización. El mismo Kasavuvu se presenta a la Asamblea y le dirige un dicurso pidiendo la ayuda para el pueblo congolés.[11]

Lumumba se apoya cada vez más en las fuerzas que le permanecían fieles, en Stanleyville, pero el 3 de diciembre, es arrestado por las tropas de Mobutu, y ya desde entonces desaparecería físicamente de la escena. Su detención produjo una recrudescencia de los desórdenes en el Congo, y provocó la ira de las potencias afroasiáticas, en Nueva York.

El 14 de diciembre, Gizenga, lugarteniente de Lumumba, establece en Stanleyville un gobierno que se fija como fin el dominio del resto del territorio congolés, para restablecer el poder de un gobierno central, contando para ello con el indudable apoyo de los lumumbistas en un gran sector de la población, y la ayuda, expresamente prometida, de la Unión Soviética. Por el momento, después de haber ganado a su causa la Provincia Oriental (donde Lumumba había obtenido el 90% de

---

[11] Documento de las Naciones Unidas: A/PV.912 (8 nov., 1960).

los votos), y la de Kivu, ha obtenido también el control del norte de Katanga en el país Luluaba. A primeros de enero, era todavía posible una reconciliación de Lumumba y Kasavuvu; y André Mandi, ministro de asuntos exteriores interino del gobierno de Stanleyville, lo afirmaba: "Kasavuvu es el aliado natural de Lumumba. Uno y otro han luchado por la independencia del Congo, y han jurado defender la integridad y la unidad del territorio. Pueden muy bien entenderse para liquidar la secesión katanguesa y restablecer un gobierno central en Leopoldville".

La transferencia de Lumumba a Katanga (17 de enero) terminó con todas las esperanzas de una comprensión entre ambos dirigentes.

La actitud de los países neutralistas se hace más radical, y se niegan a todo compromiso, exigiendo el reconocimiento de Lumumba como jefe legítimo del gobierno. Dag Hammarskjöld proponía por su parte la neutralización del ejército congolés, mientras que Estados Unidos, por boca de Fulbright, presidente de la comisión de asuntos exteriores del Senado, declaraba que la formación de un gobierno de coalición en el que entrase Lumumba "sería muy peligrosa", por la amistad que Lumumba había demostrado respecto a Rusia. El señor Fulbright, no sabía, o había olvidado, que Lumumba se había dirigido antes que todo a los Estados Unidos, en solicitud de ayuda, y si esa ayuda le fue negada, debe comprender el señor senador que hay otros países dispuestos a darla de modo "desinteresado".

En estas circunstancias, el gobierno de Chombe anuncia la evasión de Lumumba, anuncio que provocó la emoción en todos los medios internacionales, y que hizo creer en un intento de ocultar su asesinato. Su muerte a manos de los habitantes de una pequeña aldea fue anunciada el día 13, pero algún tiempo más tarde se sabría que había sido asesinado el día 8 de febrero.

La muerte de Lumumba fue un acontecimiento cuyas consecuencias pueden todavía ser muy graves.[12] Todo el mundo acogió con emoción la noticia, y mientras el grupo occidental lamentaba un hecho cuyas consecuencias desastrosas no debía ignorar, el grupo soviético encontraba en la torpeza de sus adversarios un argumento magnífico de propaganda.

---

[12] Esa es la opinión de Immanuel Wallerstein: "What next in the Congo?" en *The New Leader,* 6 de marzo de 1961, p. 3.

Pero el Lumumba que vivo no había podido llegar a conseguir la unidad de su pueblo, podrá ser, muerto, mucho más peligroso, al convertirse en mito político. Lumumba no era comunista, como ciertos periodistas occidentales (movidos por no sabemos qué fines "astutos") quisieron hacer creer, ni como la maquinaria propagandística soviética se empeñó en afirmar. Era simplemente un hombre que había comprendido a su pueblo, y que estaba en la línea de los neutralistas afro-asiáticos.

Se le reprocha que había aceptado la ayuda soviética, pero se olvida (¿?) que primero se había dirigido a la ONU, y a Estados Unidos, y a Canadá, y a Marruecos, Guinea, Ghana, Túnez, y que nadie quiso o pudo ayudarlo.

¿Cuál era su política? La abolición de instituciones bárbaras, como los matrimonios forzosos (práctica seguida por todas las naciones civilizadas), la separación de la Iglesia y el Estado (México), la abolición de la discriminación racial (Iglesia Católica), el aumento de los salarios (sindicatos social-demócratas y católicos), la industrialización, etc. Ni siquiera admite la nacionalización de la industria como sistema. En su posición internacional, antes de que fuera forzado por los acontecimientos a aceptar ayudas que él no hubiera deseado verse obligado a admitir, su posición era neutralista, y casi pro-occidental. ¿No declaraba el 4 de julio, ya conseguida la independencia, que esperaba "crear lo más pronto posible un ejército congolés mandado por oficiales belgas"? No era comunista Lumumba, y ello pese a los que por motivos, desde luego demasiado claros, se empeñan en echar lodo sobre su cadáver, o a los que pretenden aprovecharse de sus despojos para izarlos en bandera.

Mientras las manifestaciones antibelgas se extienden por todo el mundo, la RAU, Ceylán y Liberia, presentan, en nombre de 21 potencias neutralistas, un proyecto de resolución en el Consejo de Seguridad. El proyecto es aprobado con la abstención de la Unión Soviética y de Francia. Esta resolución adoptada, autoriza a las tropas de la organización a hacer uso de la fuerza, si ello fuera necesario para impedir la extensión de la guerra civil.

El 18 de febrero, en un telegrama dirigido a Dag Hammarskjöld, el premier de Ghana Nkrhumah, anuncia que irá personalmente a las Naciones Unidas para exponer un nuevo plan de solución al problema del Congo. Según él, debería cons-

tituirse un nuevo mando de las Naciones Unidas, formado por los países africanos, quienes pondrían al Congo bajo su tutela, provisionalmente, después de desarmar las tropas congoleñas de todas las tendencias, y asegurarían el mantenimiento del orden en todo el territorio. El plan propuesto por Nkrhumah ofrece indudables aspectos positivos, y es a nuestro juicio, el único sensato para terminar de una vez con el desorden y la anarquía que destruyen al pueblo congolés; pero dejando aparte consideraciones legales (constituiría un precedente peligroso de intervención colectiva), dudamos que los Estados Unidos y Rusia acepten un plan que comprometería, si no anula completamente, sus posiciones.

Al considerar que el momento oportuno había llegado, Chombe tomó la iniciativa de convocar en Tananarive (Madagascar) una conferencia de mesa redonda, con la finalidad aparente de solucionar la crisis congolesa, pero con el propósito bien claro de consolidar sus posiciones. Todos los dirigentes políticos fueron invitados, pero el gobierno de Stanleyville no quiso participar, quizá por considerar que ello sería una traición a Lumumba, de quien Gizenga se considera heredero.

La conferencia decidió derogar la constitución unitaria y convertir al Congo en una confederación. Pero, si por un lado, la reconstrucción del gobierno central parece tarea imposible, por las inmensas diferencias que separan los diferentes pueblos congoleses, por otro lado no es menos difícil llegar a determinar cuáles son los límites exactos entre los diferentes estados que formarían la confederación, tarea que se revela, en realidad, imposible, dado las diferentes influencias que se cruzan y entrecruzan. Posiblemente, la participación de Gizenga hubiera aumentado las probabilidades de un arreglo, pero su negativa, para la que no le faltaban razones, ha echado por tierra todas las esperanzas que hubieran podido tenerse. En efecto, Stanleyville, controla una gran parte del territorio, y no es de esperar que en un futuro próximo transija con el grupo Chombe-Kasavuvu, lo cual reducirá los escasos resultados de la Conferencia de mesa redonda de Tananarive a un acuerdo entre los dirigentes asistentes cuya representatividad es limitada.

Tal como está ahora la situación, nada permite creer que haya un desenlace rápido en uno u otro sentido, y parece evidente que ya los congoleses serán incapaces de resolver por

ellos solos la crisis. Sería necesario un período de paz, para enfriar los ánimos, y un programa de restauración de una economía al borde de la parálisis, antes de llegar a una consulta directa al pueblo congolés, para ver lo que realmente quiere el único interesado, y el único a quien no se ha pedido hasta ahora la opinión. Ya el 10 de octubre había declarado Sekou Touré (Guinea) ante la Asamblea General: "Vean en el Congo parte de la vida de nuestra humanidad, que el destino ha reservado a millones de hombres, mujeres y niños. Que se hable menos de los señores Lumumba, Kasavuvu, Mobutu, Ileo y otros hombres, y que se preocupen seriamente de encontrar una solución justa a la causa de un pueblo que aspira sólo al bienestar, a la paz y al progreso."

CONCLUSION

Examen de la situación constitucional del Congo

La intervención de las Naciones Unidas en el Congo, experiencia que hubiera podido tener las más brillantes consecuencias, se convirtió en un enorme fracaso, y no hizo más que llevar la confusión a las mentes de todos, aun de los que, librándose de prejuicios, pretendían hacer un examen imparcial de la situación.

Por eso nos parece necesario someter a un análisis crítico la "Ley fundamental del Congo", que podrá arrojar mucha luz sobre este intrincado problema.[13]

El art. 35 de dicha ley dispone: "El Gobierno se compone del Primer Ministro y demás Ministros que incluye, por lo menos, un miembro de cada provincia. El Primer Ministro y los Ministros son responsables ante las dos cámaras, conforme a las disposiciones de los arts. 42 y 46". En consecuencia, lo mismo el Jefe del Gobierno, que sus Ministros, sólo pueden ejercer sus funciones cuando han solicitado y obtenido la investidura parlamentaria. Este artículo invalida de modo terminante el nombramiento que el presidente Kasavuvu hizo de

[13] Análisis que expuso brillantemente en la Asamblea General de las Naciones Unidas, el delegado de Guinea, Ismael Touré (A/PV. 912).

Ileo como jefe del gobierno, ya que ese nombramiento fue rechazado por el parlamento.

Desde luego, el art. 22 prevé que el Jefe del Estado nombrará al Primer Ministro y a los demás Ministros, pero este artículo hay que interpretarlo a la luz del anteriormente citado. Además, aunque ese art. 22 concede al Jefe del Estado el poder de revocar al Primer Ministro, el art. 44 establece en su párrafo 2º: "Hasta que se forme un nuevo gobierno, los asuntos corrientes seguirán siendo tratados por el gobierno saliente".

De hecho, la interpretación conjugada de los artículos 35, 42, 44 y 46, equivale a la concesión al Jefe del Estado de una facultad "condicionada", de revocar al Primer Ministro; decimos "condicionada", porque mientras el parlamento no acuerde conceder la investidura al nuevo gobierno, sólo el saliente podrá seguir teniendo existencia legítima, y los gobiernos propuestos por el Jefe del Estado no tienen más valor que el de "proyectos", mientras el parlamento, representante del pueblo, no le dé su respaldo. Según esto, el gobierno Lumumba era el único legítimo, y lo será mientras el parlamento no acepte otro nuevo.

El hecho de la intervención de las Naciones Unidas en el asunto congolés, nos obliga a considerar la actitud que la organización ha asumido respecto a la crisis objeto de nuestro estudio.

Ya el 1º de julio, la República congolesa, en su primer día de nación independiente anunció su intención de solicitar el ingreso en la organización mundial, y someterse a las obligaciones impuestas por la Carta. El 5 de julio el Consejo de Seguridad aprobó dicha solicitud y recomendó la admisión del Congo, a la Asamblea General. En fin, el 20 de septiembre, después de ser adoptada por unanimidad una resolución de acuerdo con la recomendación del Consejo de Seguridad, el Congo entró en las Naciones Unidas.

Es preciso recordar que el 13 de julio, el presidente Kasavuvu y el Primer Ministro Lumumba habían dirigido una petición de asistencia a las Naciones Unidas, petición que obtuvo una respuesta favorable del Consejo de Seguridad al día siguiente. La resolución del Consejo de Seguridad, definía los límites de la asistencia de las Naciones Unidas, en consulta con el gobierno del Congo, a fin de proporcionar a este go-

bierno la asistencia militar que requiere, y hasta el momento en que las fuerzas nacionales de seguridad, gracias a las fuerzas del gobierno congolés, y con la asistencia técnica de las Naciones Unidas, estén en condiciones, en opinión de este gobierno, de aceptar todas sus responsabilidades.

Claramente se desprende de ello, que las Naciones Unidas sólo tenían como misión en el Congo, la asistencia al gobierno congolés, y como gobierno congolés se entendía el gobierno central, según señala la resolución 1474 (del 20 de septiembre): "es esencial que las Naciones Unidas continúen prestando asistencia al gobierno central del Congo".

La verdad es que las Naciones Unidas redujeron su colaboración con dicho gobierno al mínimo, y sólo aceptaron órdenes del Consejo de Seguridad. Además, al señalársele como misión la de colaborar con el gobierno central su actitud respecto a los gobiernos de Katanga y Kasai, debería ser de considerarlos como simples sediciosos.

De la ignorancia de todos esos factores (1.—Que el Gobierno Central era el único con quien deberá tratar, 2.—Que, mientras no interviniese una decisión del parlamento, Lumumba era el legítimo jefe del gobierno congolés, 3.—Que Chombe, Kalonji, etc., eran sediciosos que habían violado la Constitución, 4.—Que su estancia en el país había sido solicitada por el gobierno central, y que la oportunidad de la prolongación de dicha estancia estaría subordinada a lo que el gobierno central estimara oportuno), proviene el fracaso de las Naciones Unidas, fracaso cuya gravedad trasciende al mero problema del Congo, y podría poner en peligro su misma subsistencia como organismo internacional.

La actuación real de las Naciones Unidas, se redujo a abrir la puerta a todas las influencias, y a colocar esta cuestión dentro de la lucha de la guerra fría, que era lo que precisamente trataba de evitar.

El porvenir del Congo

PERO esta crítica de la actuación de las Naciones Unidas se refiere únicamente al criterio observado, y no al principio mismo de la intervención. Porque consideramos que el problema congolés sólo podrá encontrar una solución en la ayuda de todas las naciones del mundo. Desgraciadamente esta ayu-

da implicará otras consecuencias políticas, y por eso, sería de desear que dicha asistencia internacional, aun cuando tendría que ser efectuada dentro del cuadro de la ONU, debería conceder el máximo lugar a las naciones africanas, las más directamente interesadas en un arreglo definitivo y pronto. En este sentido, la solución más adecuada es, en nuestra opinión, la expresada por el señor Nkrhumah, y a la cual nos hemos referido en otra parte de este trabajo. Este período turbio de su historia, está costando al Congo un retraso enorme en su desarrollo, que hubiera podido conducirlo rápidamente al primer lugar de las potencias africanas; pero es un problema que hubiera sido fácil de prever, porque las potencias extranjeras (y al hablar de potencias extranjeras, no me refiero únicamente a los tan zarandeados "colonialistas" belgas, ni a los Estados Unidos que actúan entre bastidores, sino también a las otras potencias que piensan, a largo plazo, en otras Hungrías, Checoslovaquias, Tibets, Letonias, etc.) no hubieran podido permitir que la riquísima nación del Congo tuviera la iniciativa de aprovecharse ella sola de sus riquezas.

Si algún elemento positivo ofrece la crisis del Congo, es la muestra clara de ese directorio internacional que los dos colosos quieren imponer a los otros pueblos pequeños; y si las naciones africanas sacan de la crisis congolesa las lecciones correspondientes y tratan de unirse para llevar una política independiente, tanto de los anticomunismos occidentales, como de los anticolonialismos orientales, o los neutralismos nasserianos, podrán agradecerle al pueblo del Congo su sacrificio y decirle que no ha sido en vano.

Las Naciones Unidas incurrieron en una grave falta al aceptar intervenir en los asuntos internos de una nación, pero una vez aceptado ese principio, debieron llevarlo a sus últimas consecuencias, y habrían conseguido un éxito allí donde no cosecharon más que fracasos, si hubieran podido presentar el cuadro de un orden constitucional restablecido. Algunas hablan de la gravedad del precedente que se establecería, pero olvidan que el precedente ya está establcido.[14] En todo caso, la intervención tendría lugar de acuerdo con la carta de las Naciones Unidas, porque el peligro de quebrantamiento de

[14] El editorial "Un dénoument inattendu", de *Le Monde* (22 febrero, 1961) expresa ese temor de la creación de un precedente que él estima peligroso.

la paz por causa del Congo era evidente, y la aplicación del art. 42 de la Carta no ofrecía duda ninguna; en efecto, sin la intervención de las Naciones Unidas (y ese es el único aspecto positivo de la intervención armada internacional), las dos potencias universales habrían escogido inmediatamente su campo (como a pesar de todo lo hicieron, aunque de forma limitada) y las consecuencias de tal acto no habrían dejado de tener gravísimas repercusiones.

Finalmente, y puede que pequemos de excesivamente pesimistas, no creemos que, si no se producen acontecimientos totalmente inesperados, la crisis congolesa pueda resolverse en fecha próxima. De lo que no hay ninguna duda es que ni las partes congolesas en presencia, ni las Naciones Unidas, ni la URSS o los Estados Unidos pueden ya obtener un desenlace favorable a sus intereses. Tampoco tiene esa posibilidad el pueblo congolés, sometido a tantas presiones. La única posibilidad de salvación y de arreglo, está en los otros países africanos, que esperamos sepan comprenderlo, y se decidan a ello con medidas enérgicas, por razones de humanidad, y por su propia seguridad.

EL PROBLEMA LIMÍTROFE ECUATORIANO-PERUANO

Por *Demetrio AGUILERA-MALTA*

El caso del Ecuador —convertido en Ifigenia de América por el protocolo de Río de Janeiro de 1942, según afortunada afirmación que, a raíz de esa fecha hiciera Pío Jaramillo Alvarado— no puede ser un hecho aislado en la historia de nuestro Hemisferio. Los principios de entendimiento, cooperación, construcción y progreso, a base de mutuo respeto y amistad recíprocos, y la jurisprudencia originada por dichos principios, muchos de los cuales constituyen fundamento de doctrinas y legislaciones incorporadas a organismos de vigencia internacional, como la OEA y la ONU, tienen que aplicarse, también, a la nación ecuatoriana, a despecho de cualquier interés en contrario. Máxime en nuestro tiempo, en que debe afirmarse, categórica y definitivamente, que en el Nuevo Mundo han terminado las guerras de conquista; que éstas no dan —ni deben dar nunca— justificación para adquisiciones de ninguna extensión territorial, por mínima que sea. La invasión y la agresión no generan derechos y, por lo mismo, merecen, y merecerán permanentemente, nuestra repulsa, nuestra condena y, si es necesario, nuestra beligerancia en todos los terrenos.

Ante el movimiento reivindicatorio de nuestros derechos territoriales, se ha creado, como pocas veces, una gran unidad nacional en mi patria. Fue el doctor José María Velasco Ibarra, actual Presidente Constitucional del Ecuador, quien, en su histórico discurso del 17 de agosto de 1960, en la ciudad de Riobamba, afirmó: "*El protocolo de Río de Janeiro es nulo*. Nosotros no queremos la guerra. Pero nosotros no *reconoceremos jamás el Tratado de Río de Janeiro*". A continuación, la Honorable Cámara del Senado, en su sesión del 26 de agosto de 1960, respaldó al Primer Magistrado ecuatoriano, *resolviendo,*

después de las consideraciones pertinentes, "*desautorizar y protestar* contra toda versión foránea que trate de poner en tela de juicio nuestros sagrados e inalienables derechos amazónicos, genética, geográfica e históricamente ecuatorianos...". En ese mismo 26 de agosto de 1960, la Cámara de Diputados acordó: "1.—Aplaudir y respaldar la patriótica declaración del Presidente electo, doctor José María Velasco Ibarra, elegido con la mayor votación popular que registra nuestra historia republicana; 2.—Proclamar que estas declaraciones concuerdan con la invariable posición ecuatoriana frente al problema limítrofe con el Perú; 3.—Declarar que existe problema de límites con el Perú; 4.—Rechazar airadamente las insolentes y arbitrarias declaraciones del mencionado diputado peruano (esta cláusula se refiere al diputado Delgado Arévalo que, al aludir al problema, lo calificó de 'morbosas intenciones del Ecuador de crear un clima de agitación en América'); y 5.—Reafirmar la decisión inquebrantable del pueblo ecuatoriano de exigir a la conciencia de América que se le haga justicia".

Los juicios y actitudes del Jefe del Ejecutivo ecuatoriano y del honorable Congreso Nacional del Ecuador han sido aprobados y secundados por toda la ciudadanía de mi patria: los diversos partidos políticos, los partidarios y los adversarios del régimen, la prensa, el clero, el ejército, los intelectuales, los estudiantes, los empleados públicos y privados, los obreros, los campesinos y, en general, los integrantes de toda la nación, en forma unánime, han presentado un frente cohesionado y decidido, adhiriéndose a esta campaña en pro de equidad y justicia en el diferendo limítrofe que nos ocupa.

Y no sólo ha sido dentro del Ecuador. También fuera de él, por medio de nuestras representaciones diplomáticas; o por los intelectuales y tratadistas especializados en la materia; o por delegaciones enviadas en misión especial a los países amigos o fraternos, mi país va consiguiendo, además del apoyo irrestricto de los ecuatorianos, cada vez mayor solidaridad y comprensión de parte de sus hermanos del Continente.

Por si esto fuera poco, el doctor José Chiriboga Villagómez, actual Canciller ecuatoriano en la Asamblea General de las Naciones Unidas reunida en Nueva York el 28 de septiembre de 1960, hizo una atinada síntesis del problema limítrofe ecuatoriano-peruano. Los conceptos emitidos por el doctor Chiriboga Villagómez en el alto organismo internacional han con-

tribuido a crear, en un ámbito regional y mundial, una atmósfera de comprensión y simpatía para la justa causa ecuatoriana.

Ahora bien, antes de entrar a estudiar los motivos que, según la tesis ecuatoriana, vician de nulidad el Tratado de Paz, Amistad y Límites, firmado en Río de Janeiro el año 1942, creemos que se hace indispensable recordar, siquiera en la forma sucinta que impone la limitación de este trabajo, el proceso del desarrollo del problema limítrofe del que hablamos, por lo menos en sus orígenes y en sus aspectos básicos. Sólo así tendremos elementos de juicio suficientes para juzgar este asunto con fundamentales conocimientos de causa. Sobre todo, si tomamos en cuenta que este problema arranca desde antes de la conquista española; desde la iniciación de la política expansionista de los incas; desde la época de ese Tahuantinsuyo que, según todos los síntomas, y para intranquilidad de América, hoy se intenta revivir.

En la recopilación de las Leyes de Indias, título 15, libro 2o., consta la Cédula de 29 de noviembre de 1563, suscrita por Felipe II y que, en su parte pertinente, dice: ..."y tenga por distrito la provincia de Quito, y por la Costa hacia la Ciudad de los Reyes, hasta el puerto de Paita, exclusive; y por la tierra adentro hasta Piura, Cajamarca, Chachapoyas, Moyobamba y Motilones, exclusive, incluyendo hacia la parte suso dicha los pueblos de Jaen, Valladolid, Loja, Zamora, Cuenca, la Zarza y Guayaquil, con todos los demás pueblos que estuvieran en sus comarcas y se poblaren; hacia la parte de los pueblos de la Canela y Quijos, tenga los dichos pueblos con los demás que se descubrieren; y por la Costa hacia Panamá hasta el puerto de la Buenaventura inclusive; y la tierra adentro a Pasto, Popayán, Cali, Buga, Chapanchica y Guarchicona, porque los demás lugares de la Gobernación de Popayán son de la Audiencia del Nuevo Reino de Granada, con la cual y con la Tierra-Firme parte términos por el Septentrión; y con la de los Reyes por el mediodía, teniendo al poniente la Mar del Sur y al levante, provincias aún no pacificadas y descubiertas".

Este documento constituye la fe de bautismo, protocolizada, de la nación ecuatoriana. La personalidad peculiar de la Presidencia de Quito subsiste de acuerdo con las características del antiguo reino de Quito, gobernado por los Schyris, es

decir, los confines del territorio de los Pastos, al norte; la línea del Macará, al sur; y al este, los límites de las tribus amazónicas más cercanas, cuya corriente migratoria llegaba constantemente a la altiplanicie andina.

Pero antes de este año de 1563 había ocurrido un hecho histórico de gran trascendencia en el destino de América, y fundamental para Ecuador, desde todo punto de vista. Nos referimos al descubrimiento del río Amazonas, que inspiró la "Relación que escribió Fr. Gaspar de Carvajal, de la orden de Santo Domingo, del suceso del nuevo descubrimiento del famoso río grande, que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana, desde su nacimiento hasta salir a la mar, con cincuenta y siete hombres que trajo consigo y se echó a su ventura por el dicho río, y por el nombre del capitán se llamó el río de Orellana", cuyo manuscrito se conserva en la Academia de la Historia de Madrid: Fondo Muñoz, tomo 91, fols. 68-113.

Y a este propósito, queremos consignar aquí algunos conceptos que tiñen de ecuatorianidad, casi desde el comienzo, el descubrimiento del Amazonas. Precisamente, en la introducción hecha por Jorge Hernández Millares a la edición de la obra: *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande de las Amazonas,* incluido en la Sere de Cronistas de Indias, de la Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica, encontramos párrafos en que el erudito escritor aporta elementos valiosos para apoyar nuestra tesis: "Entre los historiadores modernos de los fabulosos hechos de la conquista hispana de América", dice, "es frecuente la confusión de la leyenda de El Dorado con la que se ha llamado del País de la Canela. Tal confusión se explicaría, tal vez, por haberse originado ambas leyendas en Quito y casi al mismo tiempo"... "Al parecer, según noticias obtenidas en Quito por los conquistadores, el árbol de la canela abundaba en el Oriente de la Cordillera, más allá de las nevadas cimas del Cotopaxi, del Antisana y del Pichincha"...

Dos años después de que Francisco de Orellana fundara Guayaquil, en 1539, llegaba a Quito el nuevo gobernador Gonzalo Pizarro, hermano de los famosos conquistadores Francisco, Hernando y Juan, y quien, al poco tiempo de ejercer su gobernación, empezó los preparativos para la expedición al país de la canela. Cuando Francisco de Orellana se enteró de ello, mar-

chó a Quito para ofrecer al flamante gobernador sus servicios en la empresa. No nos interesa aquí seguir las peripecias de ésta. Lo único que nos interesa es consignar que la expedición se motivó en Quito, se inició en Quito y que gran parte de los elementos con que se hizo —hombres, además de los españoles; dineros, pertrechos, provisiones, etc.—, fueron obtenidos en Quito.

EN el transcurrir de la colonia, la presidencia de Quito, con sus delimitaciones peculiares y debido a los cambios, agregaciones y segregaciones que hacía el rey de España para lograr un mejor gobierno civil o, simplemente, eclesiástico, formó parte del virreinato del nuevo reino de Granada y, también, del virreinato del Perú.

Es por eso que, después de las campañas libertadoras, en el momento de la consolidación definitiva de su independencia, la Presidencia de Quito, totalmente autónoma, decidió incorporarse a la Confederación de la Gran Colombia, en mayo de 1822, y lo hizo conservando intactos los títulos territoriales del viejo reino de Quito. Así lo consigna Noboa, en la página 84 del tomo I de su Colección de Tratados de 1901, transcribiendo el Acta que en su parte resolutiva dice: "Resuelve: 1a.: Reunirse (no anexarse) a la República de Colombia, como el primer acto espontáneo dictado por el deseo de los pueblos, por la conveniencia y por la mutua seguridad y necesidad, declarando las provincias que componían el antiguo Reino de Quito, como parte integrante de Colombia, bajo el pacto expreso y formal de tener ella la representación correspondiente a su importancia política".

El 25 de junio de 1824, se sancionó la ley de división territorial de la Gran Colombia, por la cual se dividió ésta en doce departamentos y la Presidencia de Quito fue fragmentada en tres departamentos dentro de la división general: el departamento del Ecuador, capital Quito; el departamento del Azuay, capital Cuenca; el departamento de Guayaquil, capital Guayaquil. Antonio Flores, en su estudio *El reino de Quito según las relaciones del nuevo reino de Granada* establece que la ley colombiana de 1824 sobre división territorial reconoce plenamente el derecho ecuatoriano exclusivo a los territorios orientales hasta el Caquetá, conformándose en esto con los antece-

dentes históricos de la Presidencia de Quito, según las Relaciones de los Virreyes del Nuevo Reino de Granada y de muchos documentos de épocas modernas. (Pío Jaramillo Alvarado, *Estudios históricos,* 1934, Editorial Artes Gráficas de Cándido Briz Sánchez, Quito).

Poco después que la Capitanía General de Venezuela se erigió en República independiente, separándose de la Gran Colombia, lo hizo, a su vez, el Ecuador, o sea la antigua Presidencia de Quito, constituyéndose en República y en su primera Carta Fundamental declaró que "El territorio del Ecuador comprende los tres departamentos del Ecuador en los límites del antiguo Reino de Quito".

Al ingresar a la comunidad internacional, el Ecuador conservó, fiel a las normas que habían regulado hasta entonces sus actos, la misma circunscripción territorial, que fue reconocida, según consta en la página 231 de la Memoria Histórica-Jurídica, de Honorato Vásquez, 1904, en los siguientes términos: "Su Majestad Católica usando de la facultad que le compete por el Decreto de las Cortes Generales del Reino, de 4 de diciembre de 1836, renuncia por sí, sus herederos y sucesores, la soberanía, derechos y acciones que le corresponden sobre el territorio americano conocido bajo el antiguo nombre de Reino y Presidencia de Quito, y hoy República del Ecuador".

De esa manera, pues, el principio del *uti possidetis* de 1810, que consagra el reconocimiento de la entidad territorial que poseía cada Estado americano al independizarse de España, es de clara aplicación en lo concerniente al territorio con que el Ecuador concurrió a formar la Gran Colombia, con la demarcación precisa de los límites de la Presidencia de Quito.

Los antecedentes de circunscripción territorial; de descubrimiento del Amazonas y de los vastos territorios por él regados; y el contacto con las tribus del oriente amazónico, hubieran significado elementos básicos para crear derechos ecuatorianos en tal zona. Pero hubo algo más. Paralelo a los afanes de descubrimiento y penetración del Oriente por el norte, se estaba realizando un movimiento idéntico por el sur. Loja, una de las provincias invadidas en el año de 1941, fue un factor decisivo en este aspecto, constituyéndose en el auxiliar más poderoso de la Presidencia de Quito, para el ensan-

chamiento de sus dominios territoriales. Desde su fundación en Cuxibamba, "la llanura sonriente", por don Alfonso de Mercadillo, esta ciudad tuvo el privilegio de convertirse en una fortaleza, en el derrotero obligado para las comunicaciones entre Quito y Lima. De Loja salieron los españoles con don Diego de Vaca, a la conquista de Mainas; con los Mercadillo, a los dominios de Yahuarzongo; con don Juan de Salinas y don Pedro de Vergara hasta Jaén, Cumbinamá y Loyola y con los misioneros a todas las reducciones de indios.

La colonización oriental realizada por el esfuerzo lojano obtuvo los más grandes éxitos. Mainas llegó a ser muy pronto el centro principal de las actividades políticas y religiosas dirigidas eficazmente por la Presidencia de Quito; Jaén de Bracamoros que comprendió en la conquista a Cumbinamá, Valladolid y Loyola, en su jurisdicción, adquirió fama inmensa por sus minas de oro; así como los lavaderos del mismo metal en Zamora y Santiago de las Montañas. Y todo ello fue obtenido con máximo esfuerzo, sudor y sangre ecuatorianos.

Sin embargo, aún antes de que se consolidara definitivamente la independencia del Perú, en junio de 1822, comienzan los problemas con este país hermano, problemas que culminan seis años más tarde con la invasión de Loja y Cuenca y el dominio de Guayaquil. El 27 de febrero de 1829, por la victoria de Tarqui, el mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, derrota las fuerzas invasoras, terminando la contienda militar y celebrando el Tratado de Guayaquil, del 22 de septiembre de 1829, que debiera haber sido la fórmula jurídica definitiva que marcara los límites territoriales entre nuestros dos países.

"El Congreso del Perú, después de haber aprobado el Tratado de Paz y Límites de 1829 declaró al negociador Larrea y Loredo 'benemérito de la Patria en grado eminente', por el servicio realizado en sus tareas diplomáticas, al suscribir el Tratado de Guayaquil.—El Secretario General del Presidente del Perú, J. M. de Pando, manifestó al Canciller Peruano el júbilo del Presidente del Perú por el anuncio del ajuste del Tratado de Guayaquil, por 'el pacto celebrado, a todas luces ventajoso y decoroso para el Perú'.—Este júbilo lo testifica el sabio estadista Unanue que en octubre del '29 escribió al Libertador:

'Hace tres días que por la paz que la generosidad de V. Excelencia ha concedido al Perú no cesan de repicar las numerosas campanas de Lima, desde que nace la aurora hasta que, muy entrada la noche, es preciso dar lugar al sueño'.—Y cuando murió el negociador del Tratado, señor Larrea y Loredo, en julio de 1830, el Gobierno del Perú dictó un significativo Decreto rindiendo homenaje al ilustre fallecido que prestó eminentes servicios a la Patria, firmando, dice el Decreto, 'el Inmortal Tratado de 1829' ". (Párrafos tomados de *El Protocolo de Río de Janeiro* es nulo de acuerdo con el Sistema Jurídico Interamericano y con el Derecho Internacional.—Publicación del Ministerio de Relaciones Exteriores, Quito, octubre de 1960. —Casa de la Cultura Ecuatoriana).

Este entusiasmo despertado por el "Inmortal Tratado" no fue algo provocado por el estímulo inmediato; por la satisfacción de comprobar que, a pesar de la invasión y a pesar de que la derrota había sido definitiva, las condiciones pactadas y los límites determinados eran ecuánimes y justos. No, la convicción de esa ecuanimidad y justicia resultó un criterio constante durante muchos años, de estos 139 que dura el litigio fronterizo. Repetidas veces, el Perú invocó y reconoció la validez y vigencia del Tratado de Guayaquil.

Entre el sinnúmero de esas declaraciones oficiales del Perú vamos a reproducir, en vía de ejemplo, por lo menos algunas de ellas tomándolas sólo de las comprendidas entre los años 1848 a 1891, tiempo en el cual se han publicado más de 44 reconocimientos oficiales: "El Tratado de 1829 es un pacto de aplicación permanente". (Nota del Canciller Peruano, de 20 de diciembre de 1852).—"Las Conferencias de Quito, León-Valdivieso; las Conferencias de Lima, Daste-Charún;. . .prueban que tanto el Ecuador como el Perú han juzgado el Tratado del '29 como la base, como el punto de partida para el arreglo de la cuestión de límites. . .".—"El Perú, en las discusiones diplomáticas con el Ecuador y en otros documentos oficiales que son del dominio público, ha sostenido la vigencia del Tratado de 1829, muchísimos años después de la disolución de Colombia". —"El Perú no puede negar la vigencia del Pacto del '29".— ". . .y, por último, los términos mismos de la Convención Arbitral de 1887 prueban que tanto el Ecuador como el Perú han juzgado el Tratado del '29 como la base, el punto de partida para el arreglo de la cuestión de límites". (Cuatro citas del

Memorándum Reservado para el Canciller del Perú, del doctor José Pardo, 28 de julio de 1888, cuando preparaba el alegato peruano ante el Rey de España).

Sin embargo, el Perú no cumplió el Tratado de 1829. Y a partir de esa fecha ha sido imposible conseguir una fórmula definitiva de entendimiento y que satisfaga a las partes, a pesar de las concesiones de 1830. Y así el Perú frustró el tratado de 1890 con las reformas arbitrarias que pretendió introducir el Congreso de Lima; hizo fracasar el arbitraje del Rey de España; violó el *statu quo* de 1936; y, por último, con referencia al Protocolo de Río de Janeiro de 1942 ha obstaculizado su ejecución durante 11 años, negándose a aceptar que se haga un reconocimiento de la Zona Zamora-Santiago, en la que no existe un importante elemento geográfico que se determina en dicho Protocolo; ha violado dicho Protocolo obstaculizando la libre navegación en los afluentes del Amazonas.

El Protocolo de Río de Janeiro se origina en la invasión peruana al Ecuador, efectuada en julio de 1941.

Meses antes, algunos diplomáticos acreditados ante el Gobierno del Perú, tuvieron informaciones concernientes a los preparativos bélicos que se estaban realizando y que seguramente pondrían en peligro la paz del Continente Americano. Los Gobiernos de Argentina, Brasil y Estados Unidos, ante la inminencia de los hechos que se avecinaban, se dirigieron en forma espontánea a los Gobiernos del Ecuador y Perú ofreciéndoles "sus amistosos servicios para promover la pronta solución, equitativa y final, del diferendo de límites". El ofrecimiento de mediación, hecho cablegráficamente el día 8 de mayo de 1941, según constancia escrita de los Observadores de los Países Mediadores, llegaba en un momento que no podía ser más oportuno, pues, ya se tenía conocimiento de que desde mediados de abril del mismo año de 1941, el Perú venía concentrando tropas en el norte del país, especialmente en Talara, Piura y Túmbez, de acuerdo con un bien preparado plan de invasión.

Siguiendo en su intención de cooperar al mutuo entendimiento entre Ecuador y Perú, los Países Mediadores, el 20 de mayo de 1941, ofrecieron presentar a los Países "sugestiones relativas al método de reunir las partes y a los Gobiernos Oferentes para conferenciar acerca del asunto". Ecuador aceptó el

modo de pensar de los tres Gobiernos. Perú rehusó la acción de los mismos y el 5 de julio de 1941 inició la agresión del Ecuador, atacando a las guarniciones fronterizas ecuatorianas. El 22 de julio del mismo año invadió el territorio del Ecuador. Se acordó una suspensión de hostilidades para el día 26 de julio. Pues bien, sin respetar ese acuerdo, Perú intensificó sus bombardeos aéreos a ciudades abiertas de la Provincia de El Oro, como Machala, Puerto Bolívar, Pasaje, Santa Rosa y Arenillas. La segunda suspensión de hostilidades acordada con los Mediadores para el 31 de julio, tampoco fue observada por el Perú. A partir del 1o. de agosto no sólo ocupó territorios de la Provincia de El Oro, sino que, también, atacó poblaciones y posesiones ecuatorianas de la Región Oriental, como Santiago, Chito, Zumba, Curaray, Tarqui, Rocafuerte y Huachi. Vanas fueron las proposiciones hechas por los mediadores para solucionar el conflicto, ya que el Perú las rechazó o no las respondió.

México —que siempre tuvo una firme política exterior y resultó un paladín de las causas justas— en virtud de las condiciones que asumía el problema, presentó, el 19 de septiembre de 1941, una iniciativa consistente en que los Gobiernos Mediadores "extiendan una invitación general a las demás Cancillerías Americanas para interesar de común acuerdo una gestión colectiva y se procure así poner término en el más breve lapso a una situación que, de prolongarse, afectará hondamente a los países en controversia y podría tener sensibles repercusiones en nuestro Hemisferio".

Pocos días después, el 4 de octubre, los Mediadores presentaron un Memorándum en que, amén de anotar importantes antecedentes y graves incidentes, insistieron en que las dos partes retiraran sus tropas a una distancia de por lo menos 15 kilómetros atrás de la línea del *statu quo* de 1936, proponiendo, además, que "a continuación del retiro de las tropas, los Gobiernos del Perú y Ecuador designen Plenipotenciarios para proceder inmediatamente, en Buenos Aires, a discutir allí todas las fases de la disputa limítrofe". En esta discusión tomarían parte Representantes de los tres Gobiernos Oferentes de buenos oficios. La gestión de los Mediadores no tuvo ningún éxito con su Memorándum: El Perú no retiró las tropas, ni aceptó la negociación en Buenos Aires y ni siquiera respondió a dicho Memorándum. Entre tanto, y mientras todavía seguían ocupa-

dos territorios de las provincias ecuatorianas Loja y El Oro, en el mes de noviembre, un nuevo país hermano unió su gestión a la de los anteriores: La República de Chile.

A fines de 1941 y principios del 42, como es por todos sabido, ocurrió una serie de hechos de gran importancia internacional. El ataque del Japón a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941; la participación de Estados Unidos de Norte América en la II Guerra Mundial; y la convocatoria a la III Reunión de Consulta de Cancilleres en Río de Janeiro, fueron acontecimientos que cambiaron un poco el proceso de la gestión de los Mediadores. Y es curioso observar cómo en esa Reunión de Cancilleres hubo vehementes discursos condenatorios de la agresión cometida por los japoneses y, sin embargo, no hubo ni una palabra de censura para la agresión y la invasión contra ciudades abiertas que habían sido destruidas y ocupadas —que aún seguían ocupadas durante la Reunión de Cancilleres— por las tropas de nuestros hermanos del Perú, en esta guerra de conquista realizada en nuestros días. Por el contrario, a partir de la iniciación de la Conferencia —eso sí, fuera del seno de ella— algunos de los Mediadores insistieron en la conveniencia de llegar a un arreglo definitivo de la controversia. El Ecuador, a pesar de la insistencia, manifestó que lo oportuno sería un arreglo, un protocolo preliminar, dentro de las sugestiones del importante Memorándum de 4 de octubre de 1941, es decir, con previo retiro de las tropas invasoras. Es más. Consta de prueba irrefutable que la Delegación del Ecuador sostuvo ante los Mediadores, especialmente ante los Representantes de Brasil, el Canciller Oswaldo Aranha, y de Estados Unidos, el Subsecretario de Estado Summer Welles, que cualquier acuerdo, cualquier pacto suscrito cuando todavía estaban ocupados territorios ecuatorianos por tropas del Perú, estaría viciado de nulidad; que todo protocolo o tratado hecho bajo la presión de la fuerza, sería absolutamente nulo. ¡Y, sin embargo, en aras de la Solidaridad Continental, hubo de firmarse el famoso Tratado de Paz, Amistad y Límites, el 29 de enero de 1942!

En el texto mismo del protocolo aparecen dos Artículos que vician de nulidad original el Instrumento. El Artículo Segundo,

que dice: "El Gobierno del Perú retirará, dentro del plazo de quince días, a contar desde esta fecha sus fuerzas militares a la línea que se haya descrita en el Artículo Octavo de este Protocolo"; y Artículo Tercero, que establece: "Estados Unidos de América, Argentina, Brasil y Chile cooperarán por medio de observadores militares a fin de ajustar a las circunstancias la desocupación y el retiro de tropas en los términos del Artículo anterior". Por si fuera poco, además de lo que se consigna en el propio Protocolo, Perú no ha ocultado en ningún momento que dicho Protocolo lo obtuvo por la fuerza. El señor Presidente Manuel Prado, al dar cuenta de la suscripción del Protocolo de Río, declaró al pueblo peruano: "La Providencia me ha dispuesto la gracia inmensa de que ese juramento de honor que defendimos valerosamente en los campos de batalla, haya sido mantenido con inalterable firmeza en el Documento que ha puesto fin al conflicto".—El Presidente del Senado del Perú dijo, en discurso dirigido al Presidente de la República: ..."sellando gloriosamente el triunfo militar, ha ganado ahora usted la batalla diplomática".—Y el General Manuel Odría, en su discurso de 24 de febrero de 1950, como Presidente de la Junta de Gobierno, expresó: "Tuve la suerte de ser el Jefe de la Primera División la que, pese a tener sus unidades incompletas y con escasos efectivos, se batió en la frontera del norte y supo pasear en triunfo nuestro amado bicolor desde Zarumilla hasta el Jubones. Gracias a la acción victoriosa de nuestras armas, el Perú liquidó el secular problema de límites".

En *El Protocolo de Río de Janeiro ante la Historia,* publicado por el Gobierno del Perú, se enuncia lo siguiente: "Después de la acción victoriosa de nuestras fuerzas armadas, que establecieron la frontera que nos correspondía, el Ecuador ha aceptado en Río de Janeiro"... un arreglo de línea de frontera según el cual el Perú ha obtenido una línea que le da más de 200,000 km.² que en el Tratado de Guayaquil de 1829; más de 70,000 que en el Tratado Herrera-García, de 1890; más de 43,000 que la línea con que el Perú propuso modificar la línea del Tratado Herrera-García; más de 113,000 de lo que se determinaba en la línea propuesta al Rey de España por el Comisario Regio Ramón Menéndez Pinal, en 1910; más de 56,000 que lo señalado en la línea de la Comisión Técnica propuesta al Arbitro Español; más de 20,000 de la línea que propuso el Consejo de Estado Español...

ANTES de referirnos a las razones principales que tiene el Ecuador para proclamar la nulidad del Protocolo de Río, debemos mencionar dos causas por las cuales, según el Derecho Internacional, los Tratados cesan de regir, afectando la validez de los mismos. Dichas causas son: *a) Inejecutabilidad del Tratado.*—En el caso del Protocolo de Río de Janeiro, esto se ha debido a la falta de un elemento geográfico determinado en dicho documento, como parte esencial para la demarcación de la línea de frontera, en un sector importante de la zona Zamora-Santiago, zona que el Perú se ha negado reiteradamente a permitir que sea estudiada y comprobada de hecho por comisiones mixtas especiales o representantes de Sociedades Geográficas Europeas o Americanas, para constatar si existe o no un *divortium-aquarum* señalado en el Protocolo; y *b) La falta de cumplimiento, por una de las Partes, de cláusulas del Protocolo.*—Ahora bien, en el Artículo 6o. de dicho Protocolo se prescribe: "El Ecuador gozará para la navegación en el Amazonas y sus afluentes, de las mismas concesiones de que gozan el Brasil y Colombia, más aquellas que fueren convenidas en un Tratado de Comercio y Navegación destinado a facilitar la navegación libre y gratuita en los referidos ríos". El Perú no ha cumplido esta cláusula.

ADEMÁS de estas causas, existen razones mucho más importantes que determinan la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro, dentro del ordenamiento jurídico del Sistema Americano.

Según la publicación del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador (ya citada anteriormente y que sirve de base documental para esta parte de nuestro trabajo), el Protocolo de Río de Janeiro es nulo entre otras razones: 1o.—Porque fue el resultado directo de una agresión premeditada y alevosa; y la agresión está condenada por los principios y normas del patrimonio jurídico del Sistema Interamericano; 2o.—Porque el Protocolo se firmó estando invadidos y ocupados territorios de Provincias Ecuatorianas por tropas Peruanas; y la invasión y la ocupación de territorios de otro Estado están prohibidas en el Derecho Internacional Americano; 3o.—Porque en esas condiciones, no hubo libre consentimiento del Ecuador; y 4o.—

Porque el Derecho Internacional Americano no acepta ni reconoce la conquista de territorios, ni la adquisición de territorios por la fuerza y la violencia.

Refiriéndonos al primer numeral y según los antecedentes ya enunciados, es evidente que hubo agresión en territorios ecuatorianos por fuerzas armadas peruanas. Ahora bien, consignemos aquí algunas de las condenaciones específicas a estos actos, que constan en el Ordenamiento Jurídico Interamericano vigente: La VI Conferencia Internacional Americana (1928) RESUELVE: 1o.—Toda agresión se considera ilícita y, por tanto, se declara prohibida.—Esto se reforzó con el Tratado sobre renuncia de la guerra, que se firmó en París seis meses más tarde, el 27 de agosto, al que se adhirieron Ecuador y Perú, y del que transcribimos los siguientes artículos: "1o: Las Altas Partes contratantes declaran solemnemente, en nombre de sus respectivos pueblos, que condenan el que se recurra a la guerra para solucionar controversias internacionales y renuncian a ella como instrumento de política nacional en sus relaciones entre sí; 2o: Las Altas Partes contratantes convienen en que el arreglo o solución de toda diferencia o conflicto, cualquiera que fuese su naturaleza o su origen, que se suscitare entre ellos, jamás procurarán buscarlos por otros medios que no sean pacíficos".—El 3 de agosto de 1932, los Representantes de las Repúblicas Americanas —con excepción de Bolivia y Paraguay— afirmaron en una Declaración que "las Naciones Americanas se oponen a la fuerza y renuncian a ella tanto para la solución de sus controversias cuanto para usarlas como instrumento de política nacional en sus relaciones recíprocas".—Y criterios y principios análogos se mantuvieron en el Tratado Antibélico de No Agresión y Conciliación, de 1933; en la Conferencia Internacional Americana de Montevideo, del mismo año; en la VIII Conferencia Panamericana, reunida en Lima en 1938; en la Primera Reunión de Ministros de Relaciones de las Repúblicas Americanas; en la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, reunida en México en 1945; en la Conferencia Interamericana de 1947, para el Mantenimiento de la Paz y Seguridad del Continente, en la cual se aprobó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca; en la Carta de Bogotá, de 1948; y finalmente, en la

propia O.E.A. entre cuyos principios se establece: "e) Los Estados Americanos condenan la guerra de agresión; la victoria no da derechos; f) La agresión a un Estado Americano constituye una agresión a todos los demás Estados Americanos; g) Las controversias de carácter internacional que surjan entre dos o más Estados Americanos deben ser resueltas por medio de procedimientos pacíficos".

En lo que atañe al segundo numeral de las razones que tiene el Ecuador para proclamar la nulidad del Protocolo, debemos mencionar que acerca de esto existe, también, un nutrido conjunto Jurídico Interamericano. Así, en la Declaración que firmaron los Representantes de las Repúblicas Americanas el 3 de agosto de 1932, en Washington, se establece: "Las Naciones de América declaran que no reconocerán arreglo territorial alguno que no sea obtenido por medios pacíficos, ni la validez de adquisiciones territoriales que sean obtenidas mediante ocupación o conquista por fuerza de las armas".—En el Tratado Antibélico de No Agresión del 10 de octubre de 1933 se declara "que las cuestiones territoriales no deben resolverse por la violencia y que no reconocerán arreglo territorial alguno que no sea obtenido por medios pacíficos, ni la validez de la ocupación o adquisición de territorios que sea lograda por la fuerza de las armas".—En el Artículo 11o. de la VII Conferencia Internacional Americana se dispone: ..."el territorio de los Estados es inviolable y no puede ser objeto de ocupaciones militares ni de otras medidas de fuerza impuestas por otro Estado, ni directa ni indirectamente, ni por motivo alguno, ni aun de manera temporal".—Y aun en la VIII Conferencia reunida en Lima en 1938 se declaró que "no tendrán validez ni producirán efectos jurídicos la Ocupación ni la Adquisición de territorios, ni ninguna otra modificación o arreglo territorial o de fronteras, mediante la conquista por la fuerza",

Y aquí vale la pena consignar dos importantes opiniones. La del doctor Alejandro Alvarez, que fue Juez de la Corte de Justicia Internacional de La Haya, que dice: "La ocupación por el Perú de territorios incontestablemente ecuatorianos, tal como la provincia de El Oro, es un atropello manifiesto a los principios del Derecho Internacional Universal y, en especial, del Derecho Internacional Americano que condena en absoluto

el empleo de la fuerza": y la del internacionalista mexicano Genaro Fernández Mac Gregor que opina: "La conclusión que se impone después de todas esas consideraciones es que las incursiones del Perú en los territorios disputados al Ecuador, especialmente las verificadas después de 1933, son absolutamente contrarias al espíritu y a la letra de los Tratados Panamericanos vigentes".

En cuanto al numeral tercero de las razones por las cuales el Ecuador ha proclamado la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro, debemos de repetir aquí algo que es un principio universal, proclamado en el Derecho Internacional "que es un requisito básico para la validez de los Tratados el que las Partes que lo suscriban lo hagan en pleno uso de su libre consentimiento". Y resultaría ingenuo y pueril pensar que el Protocolo de Río de Janeiro se suscribió con el libre consentimiento del Ecuador.

El último numeral de las razones del Ecuador para la proclamación de la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro es algo que tiene un viejo historial, que arranca desde la Primera Conferencia Internacional Americana reunida en Washington el 2 de octubre de 1889, cuando se establece el no reconocimiento ni la aceptación de los territorios adquiridos por la fuerza y la violencia.

El 18 de abril de 1890, los Estados Americanos resuelven: "1o.: El principio de conquista queda eliminado del Derecho Público Americano; 2o.: Las cesiones de territorio que se hicieren serán nulas si se hubieren verificado bajo la amenaza de la guerra, o la presión de la fuerza armada; 3o.: La Nación que hubiere hecho posible tales cesiones tendrá derecho para exigir que se decida por arbitramiento acerca de la validez de ellas".

El 3 de agosto de 1932, en Washington, los Representantes de América declararon que "Las Naciones de América no reconocerán arreglo territorial alguno, ni la validez de adquisiciones territoriales que sean obtenidas por fuerza de las armas". Y en el Tratado Antibélico de No Agresión, de Río de Janeiro, de octubre de 1933; y en la Conferencia Interameri-

cana de Consolidación de la Paz, del 21 de diciembre de 1936; y en la VIII Conferencia Internacional Americana reunida en Lima, en 1938; y en la II Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de La Habana, de 1940; y en la expresión de los internacionalistas más destacados, aunque varíe la letra, el espíritu de condenación,´ de no aceptación, y de no reconocimiento de la conquista ni de la adquisición de territorios por la fuerza y la violencia sigue el mismo, como un signo de esperanza en un futuro mejor para nuestros pueblos.

Concluyendo, pues, pensamos que la actitud ecuatoriana —del Gobierno y del Pueblo, unidos— ética, jurídica y patrióticamente, es la que corresponde respecto de ese Protocolo de Río de Janeiro, "cuya esencia y substancia consiste en reconocer, consagrar y solemnizar abiertamente la adquisición de enormes extensiones territoriales ecuatorianas por medio de la agresión armada, la invasión y la ocupación".

LA CONFERENCIA LATINOAMERICANA POR LA SOBERANÍA NACIONAL, LA EMANCIPACIÓN ECONÓMICA Y LA PAZ*

Por *Lázaro* CÁRDENAS

El discurso inaugural

SEÑORES delegados: Asistimos a un acontecimiento de gran importancia internacional: la inauguración de los trabajos de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz.

Los mexicanos celebramos la presencia de ustedes, ilustres representantes de diferentes sectores sociales de nuestra América y delegados fraternales de pueblos de otros continentes, y les deseamos una muy grata estancia en nuestra patria.

Están por cumplirse 12 años desde el día en que un reducido grupo de patriotas se reunió en la ciudad de París para celebrar el Primer Congreso Mundial por la Paz. En esa memorable reunión se formularon importantes conclusiones en pro de una paz perdurable. Los traficantes de guerras las combatieron y quisieron mantenerlas ignoradas pero sus propósitos fueron inútiles; el resultado fue el despertar de las conciencias y de las voluntades humanas en todos los rincones del

* En la primera quincena del mes de marzo próximo pasado, tuvo lugar en la ciudad de México la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz. A dicha conferencia asistieron más de 200 delegados de todos los países de nuestra América, incluyendo a Puerto Rico. Además, se recibieron adhesiones de numerosos organismos que luchan en favor de la paz, tanto de Europa y de América, como de Asia y de África. El general Lázaro Cárdenas dio la bienvenida a los delegados en conceptuoso discurso; y por tratarse de personalidad tan destacada y de las ideas que contiene, no obstante que ya ha sido publicado, lo damos aquí a la estampa para conocimiento de nuestros lectores.

globo hasta alcanzar millones de hombres y mujeres que se han adherido al movimiento por la paz.

América Latina tiene una tradición pacifista. Reuniones y congresos en distintos países han dado fe del espíritu que priva en nuestros pueblos, en favor de la paz. Y a realizar esta gran aspiración concurren en la actualidad, en todos los continentes, hombres y mujeres, de diversos credos religiosos, de diferentes escuelas del pensamiento filosófico y de distintas doctrinas políticas. Las razas, los sexos y las edades, se confunden en el camino para alcanzar este anhelo común. A todos los pueblos nos une el mismo deseo: combatir la guerra imperialista, para poder desarrollarnos integralmente.

Hablar de la paz y discutir las medidas más adecuadas para alcanzarla, es una de las finalidades básicas de esta Conferencia Latinoamericana. Para cumplir esta noble misión analizamos brevemente los problemas derivados de la guerra y de la paz, a la luz de las condiciones históricas en que viven y se desenvuelven todos los pueblos.

En el escenario de la política mundial se encuentran dos grandes grupos de países: pertenecen al primero los Estados socialistas; al segundo, los Estados capitalistas.

Las naciones que se encuentran dentro del sistema capitalista, no representan un todo homogéneo; por el contrario, su agrupamiento se encuentra dividido en dos sectores. Por una parte, un pequeño núcleo de Estados con alto grado de industrialización, que siguen la ruta de un ascendente desarrollo económico, que concentran la mayor parte de la riqueza mundial, que cuentan con niveles muy elevados de ingreso medio real por persona y que son poseedores de un gran poder militar y político. Por otra, y formando la mayoría de naciones, un grupo de pueblos que viven esencialmente de la agricultura, en un ambiente de pobreza económica y cultural, que perciben, por habitante, un ingreso real que es tan solo una pequeña fracción del que disfrutan los individuos de los países desarrollados. Muchos de estos pueblos estuvieron, hasta fecha reciente, sometidos a la dominación política de potencias imperialistas, otros aún lo están, y los que conservaron su soberanía política, estuvieron o están dominados económicamente desde el exterior, resintiendo efectos semejantes a los de las colonias.

Es así como se observa que en el mundo actual, la des-

igualdad en el acceso a la riqueza, a la cultura y al poder es norma entre estas naciones.

Es natural que esta desigualdad determine diferentes y contradictorias concepciones del derecho, de la economía y de la política internacional; mientras las naciones poderosas pretenden mantener su dominio en el mundo, los pueblos oprimidos luchan por liquidar para siempre el sistema colonial y por conquistar su independencia política, que significa la libertad de organizar su propia vida de acuerdo con sus intereses nacionales.

Afirmamos, por tanto, que mientras haya un país sin libertad, que presenciemos la existencia de naciones sin independencia política, se mantenga vulnerada, en cualquier forma, la soberanía nacional, y confrontemos el espectáculo injusto del sometimiento económico o político de un país a otro, no será posible que la paz prevalezca en el mundo. Una paz perdurable está ligada a la liberación de los territorios coloniales, al respeto absoluto de la soberanía y a la consolidación de la emancipación económica de las naciones.

A este grupo de pueblos, de los pueblos poco desarrollados, pertenece la mayoría de la humanidad. En él están considerados numerosos pueblos de África, de Asia, del Cercano y Medio Oriente y de América Latina.

La solidaridad entre los países menos desarrollados está siendo una práctica común y, con el tiempo, se transformará en una de las más grandes de la historia. Los resultados se perciben ya en la modificación de la situación mundial, en donde existe ahora un mayor equilibrio de las fuerzas democráticas. El apoyo colectivo de los movimientos de liberación e independencia de los pueblos débiles, y sus resultados favorables, ilustran las posibilidades de avanzar en la conquista de la independencia económica y política de América Latina.

Aceptar el aislamiento entre nuestros propios pueblos, que tienen la misma historia y están unidos por la sangre y el idioma, sería un grave error, como también querer permanecer ajenos al desarrollo de otros continentes, cuando resulta evidente que nuestros problemas no son extraños al cuadro del proceso mundial.

Por otra parte, la lucha por la paz se encuentra vinculada con los movimientos que se realizan en todos y cada uno de los países de Latinoamérica, para hacer desaparecer las desigual-

dades económicas, sociales, raciales y políticas, que desde siglos vienen caracterizando la vida de nuestros pueblos.

América Latina está dotada de grandes recursos naturales, puede producir todas las materias primas para sus necesidades en sus extensos territorios, cuenta con grandes reservas petroleras y otros importantes yacimientos minerales, fuentes de energía hidráulica y una población de 200 millones de habitantes. Si aprovechamos estas grandes riquezas en beneficio de nuestros propios países, América Latina podrá transformar la pobreza en prosperidad. Los bienes de capital necesarios para su desarrollo deben invertirlos los propios latinoamericanos. Sólo así se logrará la emancipación económica de nuestras naciones.

Y así nuestros países, que están limpios de toda ambición territorial, pueden llegar a constituir una unidad pacifista, que con su fuerza moral contribuya con los demás continentes, a la amistad entre todos los pueblos y, por lo tanto, a la seguridad mundial.

En toda Latinoamérica se mantienen formas anacrónicas en su estructura económica, principalmente las que se relacionan con la tenencia y explotación de la tierra, prevaleciendo, en muchos países, el latifundismo. El latifundio condiciona la agricultura de monocultivo, que obliga a mantener la producción de materias primas que se exportan y elaboran en otros países, aun con detrimento de las necesidades esenciales del consumo de su población.

Y mientras ese régimen agrario de tenencia de la tierra se sostenga, el desarrollo económico encontrará obstáculos que en muchos aspectos son insuperables. El latifundio impone sistemas de explotación del trabajo de los hombres, mantiene un ínfimo patrón de vida y de consumo y, como consecuencia, la miseria, el atraso técnico y la ignorancia de grandes masas de trabajadores.

Los pueblos que habitan desde la Patagonia hasta la península de Baja California, aspiran a romper el latifundismo y las formas de servidumbre feudal, mediante la realización integral de la Reforma Agraria.

Sobre esta estructura de concentración de la propiedad rural y de explotación de grandes masas campesinas, se levantan, en algunos países de nuestro Continente, regímenes políticos que se niegan a dar solución al grave problema de la tierra.

Estas condiciones de inferioridad e injusticia, tendrán que sustituirse mediante su transformación política en naciones positivamente democráticas, y con el cambio de su estructura económica, que eleve los niveles de vida de sus habitantes por medio de la industrialización.

A los defensores de la paz se les formula el cargo de que su lucha no es congruente, ya que oponiéndose a la violencia cuando se trata de los peligros de la guerra, apoyan los métodos violentos en la lucha contra regímenes dictatoriales enemigos de los intereses populares.

El cargo, tendenciosamente, identifica la violencia bélica con la violencia revolucionaria. Los que pretenden confundir una y otra violencias, olvidan o quisieran olvidar que una revolución es asunto interno, mientras que una guerra es asunto entre naciones; que en nuestra era atómica aquélla no amenaza a la humanidad, en tanto que ésta pone en peligro su existencia; que aquélla es promovida por las mayorías, como única salida justa y viable, dentro de condiciones represivas y antidemocráticas, y en cambio ésta la deciden ciertas minorías, sin auscultar previamente la voluntad de sus conciudadanos, como una falsa solución para las crisis económicas que esas mismas minorías han ocasionado, con su imprevisión y su afán de lucro. Así, revoluciones y guerras, son en su origen y en su esencia, diferentes e incluso antitéticas.

Con lo anterior, no estamos predicando la violencia, solamente la estamos explicando. No creemos que los problemas de Latinoamérica deban resolverse, siempre, precisamente por la violencia. Para evitarla, los pueblos deben organizarse políticamente y luchar por la democracia como expresión de la voluntad ciudadana.

Pero, aunque parezca paradójico, las mismas tácticas imperialistas que confunden violencias y guerras, amenazan hoy día en convertir, objetivamente, las luchas revolucionarias en conflictos bélicos.

El mecanismo imperialista por el cual las demandas populares latinoamericanas, tienden a convertirse en revoluciones y éstas en conflictos bélicos, está integrado por un par de fuerzas, una tenaza de acción: el enlace de la política anticomunista con los programas de austeridad económica.

La política anticomunista en Latinoamérica trata de presentar como movimientos subversivos de inspiración comunista

a toda lucha democrática, a todo intento de independencia económica y a todo afán de preservar la soberanía nacional, por cuanto estas tres corrientes se ven enfrentadas a los intereses del gran capital financiero.

La política de austeridad en América Latina sólo afecta a los trabajadores de la ciudad y del campo, mediante la congelación de sus salarios, y significa la explotación de sus fuerzas productivas en beneficio de los grandes consorcios internacionales.

La defensa de los intereses de la clase obrera, debe ser obra de su propia unidad. Dispersa y dividida, como está, será siempre víctima de la explotación.

El pueblo cubano, encabezado por líderes incorruptibles, hizo caer no sólo a un gobierno antinacional, sino a los latifundistas extranjeros, a las compañías telefónicas, eléctricas y petroleras, a los grandes diarios subsidiados, a los ejércitos mercenarios y a los opositores criollos. Esto explica que el impacto de la Revolución Cubana haya repercutido en todos y cada uno de los países en que funcionan los mismos instrumentos que se rompieron en la mayor de las Antillas. Demuestra asimismo que un asunto estrictamente interno, como lo es la Revolución Cubana, se haya convertido en un problema internacional. Para cualquier gente de buena fe y de criterio independiente, queda claro que la responsabilidad de la internacionalización que sufrió un caso estrictamente nacional en sus orígenes, recae, total e inapelablemente, en los grandes consorcios monopolistas. El Gobierno y el pueblo cubanos son esencialmente pacifistas. Rechazan y combaten la guerra; pero defienden su Revolución. Han manifestado estar dispuestos a resolver, por los conductos diplomáticos normales y en forma amistosa, el conflicto suscitado con el Gobierno norteamericano. Deseamos que así sea, ya que este entendimiento entre dos pueblos vecinos fortalecerá la conciencia continental por la solución pacífica de todos los conflictos, por el absoluto respeto al desenvolvimiento libre de su vida cultural, política y económica, y por la condenación de cualquier ingerencia que atente contra la voluntad soberana de los Estados.

En nombre del Comité Organizador de esta Conferencia, patentizamos a los organismos nacionales que han auspiciado los preparativos y realización de la misma, nuestras más cálidas congratulaciones por haber demostrado, una vez más, su

espíritu cívico y su gran patriotismo, en defensa de los intereses generales de nuestros pueblos, y por haber realizado un amplio trabajo, que hizo posible la participación de todos los sectores sociales de sus países.

Esta Conferencia acordará tesis generales sobre cada uno de los temas propuestos y también los métodos para hacerlas realidad. Nada adelantaríamos si al terminar sus sesiones lo aquí resuelto sólo quedara como un buen deseo o como una sana intención. Habremos de poner en práctica nuestras ideas, no sólo para saber si son o no justas, sino, fundamentalmente, para luchar porque sean verdaderamente libres nuestras naciones y humana la vida de nuestros pueblos.

Los programas concretos de acción para cada país, habrán de formularse tomando en cuenta las peculiaridades de cada uno de ellos; peculiaridades que determinan su geografía, su población, su desarrollo actual, su sistema jurídico, la etapa histórica en que viven, y sin lesionar su soberanía. Es por esto mismo, que habrán de ser los Comités de Auspicio de cada país los que promuevan la realización de los acuerdos a que se llegue en esta conferencia.

Los problemas enunciados deben estudiarse con serenidad, con franqueza, con decisión. Al hacerlo, es necesario tener presente el pensamiento de nuestros próceres. Recordemos, por tanto, al Libertador Simón Bolívar, que en su convocatoria al Congreso de Panamá, señaló este camino a nuestra América: "Solidaridad, defensa, unión de las repúblicas latinoamericanas, no para combatir ni conquistar a nadie, no para hacer a nadie la guerra, sino para defenderlas de peligros comunes, para lograr el respeto a su soberanía, para solucionar conciliatoriamente sus diferencias y para luchar por su prosperidad y progreso".

Señores delegados: Una vez más, nuestra cordial bienvenida.

LA VOZ Y EL DERECHO DE AMÉRICA LATINA

Por *Jorge CARRIÓN*

DURANTE los días 5, 6, 7 y 8 de marzo se escuchó en México, pese a las densas "cortinas" de silencio con que se la quiso apagar, la voz de los pueblos latinoamericanos. En un ambiente popular y auténticamente representativo, al que contribuyó la entusiasta afluencia del público mexicano de todos los sectores sociales, se reunieron los delegados de 21 naciones latinoamericanas para deliberar sobre los problemas de la soberanía nacional, la emancipación económica y la paz en América Latina. Fueron 21 naciones, porque también Puerto Rico, triste estado asociado, tiene el derecho de aspirar a su plena soberanía nacional y a la autodeterminación de su pueblo.

La Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, convocada por el Gral. Lázaro Cárdenas, de México, el Ing. Alberto T. Casella, de la Argentina, y el Lic. Domingos Vellasco, del Brasil, logró levantar la voz y expresar el derecho de los pueblos de América Latina. Voz sin mieles diplomáticas de rancio panamericanismo oficial; derecho severo, hincado en las necesidades y demandas de 200 millones de seres humanos que aspiran a un nivel de vida más alto y a mejores condiciones de desarrollo material y cultural.

No obstante las condiciones políticas que en muchos países latinoamericanos dificultan el envío de representantes populares a eventos democráticos, a pesar del obstáculo de las largas distancias, agravado por la austera decisión de los convocantes que impuso la condición de que los gastos de la Conferencia los sufragaran los mexicanos y los del envío de delegaciones los países de origen, y venciendo, además, la campaña del silencio o la calumnia contra la reunión, llegaron a ésta delegaciones de cada uno de los países latinoamericanos. Desde las muy ampliamente representativas de Argentina, Cuba, Chi-

le y Venezuela, hasta aquellas como las de la República Dominicana, Paraguay, El Salvador o Bolivia, integradas por un solo representante, las delegaciones trabajaron, junto con la de México, naturalmente muy nutrida, con firme tesón, animadas por el propósito de encontrar fórmulas comunes para sus pueblos en lucha contra las contradicciones fundamentales, que traban el desarrollo independiente de sus fuerzas productivas y enajenan su soberanía nacional.

Ceremonia inaugural

Los malolientes y débiles intentos de provocación del putrefacto macartismo —una bomba pestilente que en su olor delataba su origen— no lograron deslucir la ceremonia inaugural.

Periodistas de todo el mundo, fotógrafos y camarógrafos del Columbia Broadcasting Sistem y de una compañía televisora de Miami, Florida, enviada especialmente en misión de espionaje por los grupos antirrevolucionarios cubanos que ahí sostiene el Departamento de Estado de los Estados Unidos, pregonaban en torno a la mesa presidencial la importancia de la Conferencia y la atención mundial que atraía.

En la mesa de la presidencia tomaron asiento el Gral. Lázaro Cárdenas, el Ing. Alberto T. Casella y el Lic. Domingos Vellasco, los tres miembros por la América Latina de la presidencia colectiva del Movimiento Mundial de la Paz. Estuvieron con ellos los presidentes de todas las delegaciones efectivas y los delegados fraternales de la República Popular de China, de la URSS, del Canadá, de Francia y de Guinea.

La jornada inaugural fue larga y laboriosa. Hablaron los tres presidentes de la Conferencia —que habían sido designados para presidir alternativamente, expresando así el espíritu colectivo de los trabajos— y la Profesora Olga Poblete, secretaria de la Conferencia y delegada de Chile.

Los cuatro discursos de los miembros de la presidencia fueron en verdad un anticipo, un guión, de las tareas que en los días sucesivos habían de llevarse al cabo. Desglosaron con claridad el temario; hicieron evidente la necesidad de América Latina de vincular su lucha por la paz con las tareas fundamentales, de combatir el imperialismo, el colonialismo y de obtener la plena soberanía nacional a través de un disfrute irrestricto de los propios recursos y del desarrollo independiente de las fuerzas productivas; pusieron en evidencia las ligas estrechas

entre las fuerzas del imperialismo y los regímenes dictatoriales o antidemocráticos; señalaron las coincidencias de la lucha de los pueblos semicoloniales como los de América Latina, con los países que en otras partes del mundo (África y Asia) batallan por obtener sus independencias nacionales, y estuvieron de acuerdo todos en ejemplificar con la revolución victoriosa de Cuba, cómo un pueblo puede rescatar sus recursos y obtener su plena independencia política y económica derrotando los caducos mitos de la fatalidad geográfica y la invencibilidad del poderoso imperialismo norteamericano.

Hubo también en los discursos las rutas para solucionar los graves problemas que afectan a los 200 millones de habitantes de América Latina: la Reforma Agraria integral, el uso racional de los grandes recursos que posee esta porción del continente, el impulso de las fuentes de energía, el comercio libre con todos los pueblos del mundo, el repudio del monroísmo y el panamericanismo, la expresión de la solidaridad con todos los pueblos oprimidos y coloniales...

Esas rutas habrían de confluir, al final de la Conferencia, en las firmes resoluciones adoptadas y en la declaratoria que las sintetiza brillantemente. Los discursos de Lázaro Cárdenas, Alberto Casella, Domingos Vellasco y Olga Poblete, auguraron, junto con las cuantiosas ponencias recibidas y clasificadas desde antes de la reunión, el buen éxito de la Conferencia. Los discursos de los presidentes de cada una de las delegaciones le dieron patética razón de ser, justificaron económica, social y políticamente el esfuerzo consumado para realizar lo que un orador calificó de "parlamento de los pueblos latinoamericanos".

Desfile de desventuras

DESFILE de desventuras de pueblos oprimidos por tiranos criollos, cortejo de andrajos y miseria alrededor de las oligarquías latinoamericanas asociadas al imperialismo, denuncia de las condiciones económicas abismales en que se sumerge a millones de hombres y mujeres de América Latina y protesta contra la represión antidemocrática y la persecución política en casi todos los países, esa fue, en resumen, la imagen que los presidentes de cada una de las delegaciones dejaron en el ánimo de los concurrentes a las dos sesiones dedicadas a que aquéllos expusieran sus puntos de vista.

Hablaron, como representantes de sus respectivas delegaciones: Argentina, el diputado Carlos Becerra y el ingeniero Alejandro Clara; Brasil, doctor Valerio Konder; Colombia, Francisco Trujillo; Costa Rica, Teodoro Martín; Cuba, Vilma Espín de Castro; Chile, Luis Figueroa; Ecuador, Demetrio Aguilera Mata; Guatemala, Manuel Gallich; Honduras, Lisandro Gálvez; México, Gral. Heriberto Jara; Nicaragua, Edelberto Torres; Panamá, Jorge Turner; Paraguay, Carmen Soler; Perú, Genaro Carnero Checa; Puerto Rico, Gabriel Vicente Maura; Santo Domingo, José Ramón Grullón; Uruguay, Judith Lémez; Venezuela, Dr. José Herrera Oropeza.

Esa era la voz auténtica y el derecho irrestricto de los pueblos de América Latina. Desfile en que sólo una clarinada, la de la revolución cubana, ponía timbres de legítimo orgullo y a la vez de esperanza de liberación en cada uno de los oradores que ya no desconocen que al defender a "Cuba contra toda agresión, los pueblos latinoamericanos saben que... defienden su propio destino". En la intervención de Vilma Espín de Castro, presidenta de la delegación cubana, se erigió el ejemplo sin vanaglorias ni ánimo de exportar revoluciones: hoy los pueblos latinoamericanos se alzan para conseguir su emancipación económica y su plena soberanía nacional, como hace ciento cincuenta años se levantaron en impulso unánime, sin importaciones ni exportaciones, para obtener su independencia nacional.

Si la Conferencia no se hubiera proyectado de acuerdo con las características especiales que la lucha por la paz tiene en América Latina, características que la diferencian de una protesta simple contra las armas nucleares o una petición popular de desarme general, el inventario de desgracias económicas, políticas y sociales hecho por los oradores hubiera sido razón suficiente para orientar los trabajos de las comisiones de estudio hacia la lucha contra el imperialismo, la defensa de los recursos naturales y el desarrollo industrial destinado a elevar el nivel de vida de los pueblos, en fin hacia el camino que el propio título de la conferencia, y en ese orden, señalaba como el único posible para la paz.

En las sesiones inaugurales, que abarcaron el día 5 y parte de la mañana del 6, fueron leídos también los saludos procedentes de todos los países del mundo. Los hubo de personalidades y de organizaciones de trabajadores y políticas; de dirigentes de gobiernos como Nikita Jruschov, de la URSS, y Chou-

En-Lai de China; de escritores norteamericanos como Harvey O'Connor y de rectores y sabios reconocidos internacionalmente como el Dr. Ignacio Chávez, de México.

Comisiones y resoluciones

TERMINADA la jornada inaugural se procedió a integrar las comisiones: cuatro para los temas fundamentales de la Conferencia. La tarea fue abrumadora, se habían recibido más de 300 ponencias que hubieron de ser clasificadas, desglosadas y distribuidas a las comisiones de estudio respectivas. Algunas de éstas, ante la gran cantidad de ponencias recibidas, se dividieron en varias subcomisiones, con objeto de poder discutir y elaborar un dictamen provechoso.

La Comisión I trató de los asuntos de la soberanía nacional y de problemas políticos y obreros. Hecha la depuración de las ponencias que no reunían los caracteres de tales, recibió 45 documentos, clasificados por la comisión de ponencias del siguiente modo: a) La igualdad jurídica, la autodeterminación de los pueblos y la no intervención. b) La integridad territorial y los compromisos, pactos y bases militares extranjeras. c) La liberación de los pueblos y la abolición de las formas de dependencia colonial y semicolonial. d) Las intervenciones imperialistas en América Latina y la agresión a Cuba. e) Los problemas de la actuación de los países latinoamericanos en la O.E.A., la O.R.I.T. (Organización Regional Interamericana de Trabajo) y en otros organismos internacionales.

La Comisión I fue presidida por el Lic. Vicente Lombardo Toledano, de México; vicepresidenta la Sra. Vilma Espín de Castro, de Cuba, y fungieron como secretarios el senador venezolano, Carlos Augusto León y Carmen Soler, del Paraguay. Fue relator Ramón Grullón, de la República Dominicana.

El dictamen formulado por esta comisión, objetado en lo particular por algunos miembros de la delegación argentina, tomó como base de la proposición a la asamblea plenaria los puntos de acuerdo y elementos comunes de las ponencias estudiadas. A su vez la asamblea lo enriqueció para aprobar unánimemente la resolución sobre soberanía nacional.

Abarca esta resolución cinco capítulos: I) Principios generales. II) Lucha contra el imperialismo. III) Lucha contra el colonialismo. IV) Defensa de la Revolución Cubana. V) Reivindicaciones de América Latina.

La resolución, como arma de lucha de los pueblos, apela a éstos y les aclara cuáles son los medios más eficaces para destruir la influencia del imperialismo, para acabar con el colonialismo, para defender con utilidad para toda América Latina a la Revolución Cubana y para tener buen éxito en reivindicaciones esenciales como la independencia de Puerto Rico, la devolución del área del Canal de Panamá a esta nación, y el rescate de los territorios ocupados por el gobierno norteamericano en diversas regiones del continente, así como la supresión de las bases militares oficiales o encubiertas con que se amenaza la paz de los pueblos latinoamericanos en aventuras bélicas que nada tienen que ver con los intereses de éstos.

La resolución se define en la fórmula —recogida por la declaración final de la Conferencia— que opone ante el panamericanismo, opresor y falaz, el latinoamericanismo liberador y solidario.

La Comisión II estudió los problemas de la emancipación económica. Se discutieron 69 ponencias distribuidas en cuatro subcomisiones: sobre la estabilidad económica; la Reforma Agraria; la nacionalización de recursos y empresas; las inversiones extranjeras y la cooperación económica internacional. La presidieron: David Turner, de Panamá, y Gilberto Lamonte, peruano, en carácter de vicepresidente. Secretario: Fernando Carmona, de México. Las subcomisiones fueron presididas por: Alfonso Magallón, mexicano; Angel Cabrera, argentino; Nabucodonosor Santori, argentino; y Ramiro Bermúdez, mexicano.

Esta comisión presentó a la asamblea plenaria un proyecto de resolución objetado, como el de la primera, por algunos miembros de la delegación argentina que dejaron constancia de su voto en contra de los puntos 2 y 3 del apartado IV referentes a la denuncia de la O.R.I.T. como instrumento de división de la clase obrera y la recomendación del estudio de la Carta de los Derechos sindicales aprobada por el Consejo General de la Federación Sindical Mundial.

Salvo esa constancia de voto en contra, y con algunos retoques de detalle hechos por la asamblea, la resolución fue aprobada unánimemente en lo general.

La resolución sobre emancipación económica comprende los siguientes apartados: I) Política de desarrollo económico. II) Reforma Agraria. III) Nacionalización. IV) Los derechos de los trabajadores, libertad, autonomía y democracia sindicales. V) Trabajadores latinoamericanos en Estados Unidos. VI)

Algunos aspectos específicos. VII) Recomendación a los pueblos latinoamericanos para la emancipación económica.

Sin duda fue éste uno de los temas que más cuidado y estudio merecieron. Pero no fue en vano el trabajo y el tiempo destinados a esa tarea. La resolución profundiza en el problema de la emancipación económica, recoge las experiencias comunes de los pueblos y propone las soluciones inmediatas y de largo alcance de dimensión latinoamericana.

La declaración final de la Conferencia sintetiza así, en uno de sus párrafos, las resoluciones de la Comisión II: "Sin emancipación económica no hay independencia política. Para consolidarla necesitamos: Reforma Agraria integral y atención preferente a la población indígena, rescate de las riquezas nacionales hoy en poder de los monopolios extranjeros, impulso de las fuentes básicas de energía y de las industrias fundamentales, libre acceso a todos los mercados, asistencia técnica y económica sin condiciones lesivas".

La Comisión III —América Latina y la paz mundial— discutió en dos subcomisiones: 1) sobre los problemas de la paz y 2) sobre la educación y la defensa de las culturas nacionales. Recibió 37 ponencias. Presidieron José Venturelli, de Chile y los vicepresidentes Valerio Konder, del Brasil, y Manuel Gallich, de Guatemala.

La resolución de la asamblea se basó en el dictamen de esta comisión y comprende: Consideraciones generales; efectos de la "guerra fría"; la defensa de Cuba; bases militares (norteamericanas); Propaganda de guerra; armas nucleares; desarme general; lucha contra las leyes antidemocráticas y contra la represión, y un detallado programa para la cultura y la educación en América Latina que, sin inaceptables nacionalismos mezquinos, defienda el patrimonio cultural y la idiosincracia de cada pueblo, e impulse la creación artística y científica.

La exigencia de la declaración final, que reclama "la denuncia de todos los pactos militares y la liquidación de todas las bases militares", la apelación a los pueblos para "contribuir a un acuerdo sobre desarme mundial, terminar con el colonialismo, poner fin a la «guerra fría», y asegurar la coexistencia pacífica entre pueblos y regímenes diferentes", corresponde, en síntesis, al tratamiento detallado que la resolución da a tales problemas. Como al plan educativo y de defensa de las culturas nacionales dentro de un concepto universalista, proyectado desde el hombre mismo, corresponden estas palabras de la de-

claración de la Conferencia: "Necesitamos terminar con la situación de dependencia que hoy nos caracteriza, en violento contraste con el avance ineludible del proceso liberador y con las perspectivas que la ciencia y la técnica abren al hombre contemporáneo".

Cuarenta y ocho ponencias, acerca de un solo tema —la acción común de los pueblos latinoamericanos ante sus problemas—, recibió la Comisión IV, presidida por Luis Figueroa, secretario general de la Confederación Unitaria de Trabajadores de Chile y cuyos vicepresidentes fueron Jesús Soto, dirigente de la Confederación de Trabajadores de Cuba, y Alejandro Gómez, ex vicepresidente de la Argentina. Intervinieron, además, como secretario Luis Rivera Terrazas, y como relator Francisco López Cámara, mexicanos.

La resolución aprobada por la asamblea plenaria, con base en el proyecto presentado por la Comisión, contiene los siguientes puntos: I) Resolución general. II) Acción obrera. III) Información. IV) Solidaridad con Cuba. V) Cooperación económica y ayuda técnica. VI) Libertades individuales y perseguidos políticos. VII) Desarme y antimilitarismo. VIII) Integridad Latinoamericana.

Se trata de puntos concretos con vista a las perspectivas de un movimiento que puede adquirir con el tiempo y el esfuerzo pertinaz el esqueleto y la dinámica de un organismo latinoamericano permanente.

Las resoluciones concretas encontraron en la declaración final la concisión de estas palabras: "La estrecha cooperación y solidaridad entre todas las fuerzas democráticas de cada país y entre todos los pueblos latinoamericanos, nos permitirá alcanzar estos objetivos en un breve período histórico.

"La comunidad de nuestros problemas define claramente la dimensión continental de nuestra lucha.

"No estamos solos. Nos respalda la fraternidad de los pueblos amantes de la libertad y de la paz. Pero la liberación que buscamos dependerá primordialmente de nuestros propios esfuerzos".

Las perspectivas de la lucha

Las resoluciones finales de la Conferencia, como las intervenciones de cada uno de los oradores y la decisión de la presidencia de las sesiones y de la convocatoria, establecieron con

claridad las tareas concretas del movimiento por la soberanía nacional, la emancipación económica y la paz:

"Crear, estimular o ampliar movimientos nacionales por la soberanía, la emancipación económica y la paz, que discutan y apliquen los acuerdos de esta Conferencia..."

Confiar la labor de información y coordinación de los movimientos nacionales, para mantener su carácter latinoamericano y con la mira puesta en su estructuración orgánica, a la secretaría general de la Conferencia que contará con el apoyo y el estímulo de la presidencia.

Recomendar la celebración de la II Conferencia en tiempo oportuno para lo que se debe mantener una estrecha cooperación entre los distintos movimientos nacionales de América Latina.

En México desde luego estas recomendaciones encuentran ya eco y auspicio. El ex Presidente Lázaro Cárdenas preside las tareas para dar cumplimiento a las resoluciones de la Conferencia. Él, en persona, impelido por la realidad de una prensa adversa a los propósitos de la soberanía y la emancipación económica, aliada en su mayor parte con el imperialismo, se entrega a la tarea de divulgar las resoluciones y la declaración de la Conferencia. Se trabaja asimismo para consolidar como organismos estatales los que funcionaron como comités de auspicio de la reunión latinoamericana y con el designio de celebrar pronto la Conferencia Nacional por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz en la República Mexicana.

La Ceremonia de Clausura

NUEVAMENTE se levantó una "cortina" de silencio contra la Conferencia cuando esta anunció su propósito de efectuar la ceremonia de clausura en un local más amplio que el que sirvió para alojar los trabajos y el acto inaugural. Los periódicos de México se negaron a publicar anuncios pagados de tal traslado. No obstante ello, y a pesar del apremiante tiempo de que se dispuso para anunciarlo por otros medios —la comunicación verbal y el volante— el acto en la "Arena México" tuvo un resonante éxito con la asistencia de más de diez mil personas que en la ceremonia inaugural no pudieron encontrar acomodo.

Sobre la marcha, en el mismo acto de clausura, comenzó la tarea de dar cumplimiento a las resoluciones. El Gral. Lázaro

Cárdenas incluyó en su discurso la lectura de la declaración, que ya había sido leída en la asamblea plenaria efectuada poco antes, al mismo tiempo que hacía llamado a las fuerzas progresistas de sus compatriotas, para que se unieran en torno de los propósitos de la Conferencia.

Pronunciaron discursos en ese mismo sentido y con idéntico entusiasmo, el ex vicepresidente de Argentina, Alejandro Gómez, el ministro del Tribunal Superior del Trabajo, Domingos Vellasco, del Brasil, y la señora Vilma Espín de Castro en representación de todas las delegaciones latinoamericanas que quisieron así evindenciar su homenaje a la Revolución Cubana.

El acto terminó con las poesías de Nicolás Guillén, el poeta cubano y de Carlos Augusto León, senador y poeta venezolano, leídas por ellos.

Pero todos los concurrentes sabían, al aplaudir a los oradores y a los poetas, que una nueva era se abría para América Latina. Todos llevaban en los labios las palabras iniciales de la declaración de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz: "La nueva etapa de la liberación ha empezado en América Latina".

Y todos se aprestaban a acelerar su pleno advenimiento.

PRESENCIA DE MÉXICO EN LAS NACIONES UNIDAS *

EL CASO DE CUBA

Por *Luis PADILLA NERVO*

La situación de que se está ocupando ahora la Comisión Política ha sido y es motivo de honda inquietud tanto en los países de nuestro Continente como en otras regiones del mundo. La grave y peligrosa tensión que existe entre Estados Unidos y Cuba preocupa profundamente al Gobierno y a la opinión pública de México. En pocos países, esta situación conflictiva ha tenido tanta repercusión e impacto como en el mío y la razón de ello es fácil de entender. Las excelentes relaciones de amistad que por ventura existen entre México y los Estados Unidos son uno de los ejes principales de su política exterior. Por el otro lado, los estrechos vínculos que tradicionalmente han unido a México con Cuba, se suman ahora a la simpatía natural que sentimos por las aspiraciones y esfuerzos que realiza el pueblo cubano para mejorar aceleradamente sus condiciones de vida.

Como dijo públicamente el Señor Presidente de México, don Adolfo López Mateos, al recibir en mi país el año pasado al Señor Presidente de Cuba, *encontrará usted que México, respetuoso de la autodeterminación de cada pueblo, está atento a Cuba y la comprende con fraternal interés, seguro de que cuanto allá ocurre, no puede de ninguna manera sernos extraño y de que los cubanos sabrán hallar en medio de los esforzados sacrificios que toda mutación inevitablemente produce, los mejores caminos para realizar su genio y sus aspiraciones nacionales.*

Participamos en este debate con la conciencia de cumplir una obligación, no sólo como Miembros de las Naciones Uni-

* Discurso pronunciado por el Jefe de la Delegación Mexicana ante las Naciones Unidas el 18 de abril del presente año.

das, sino como buen vecino de Estados Unidos y de Cuba e imbuidos de un sentimiento de fraternal amistad para uno y el otro. Pensamos que sólo podremos cumplir cabalmente nuestro deber expresando nuestra opinión con claridad y sin retórica y adoptando la posición que sinceramente nos parezca más constructiva. Nuestra actitud puede resumirse en los siguientes puntos, expuestos no en orden de importancia, sino lógico:

La cuestión de competencia: creo que nadie se atrevería hoy en día a poner en duda la competencia de las Naciones Unidas para conocer de una queja o situación entre dos Estados Miembros por el hecho de que ambos pertenezcan a la vez a un Organismo Regional. Las Delegaciones de Ecuador, Uruguay y Argentina, criticaron severamente esta tesis en Plenaria, en el año de 1954, al comentar la lamentable decisión que ese año tomó el Consejo de Seguridad en el sentido de negarse a inscribir en la Agenda una queja de Guatemala. Argentina sostuvo con razón que el aceptar esta tesis *crearía la posición absurda de que un Estado que además de ser Miembro de la Organización de las Naciones Unidas integre un acuerdo regional, tendría una menor capacidad que aquellos Estados que por razón de cualquier índole no pertenecen a organismos regionales.* El Secretario General, señor Hammarskjold, en su Informe anual para 1954 comentó lo siguiente: ...*toda política que reconozca enteramente el papel que desempeñan los organismos regionales, puede y debe proteger el derecho que la Carta confiere a los Estados Miembros a ser oídos por la Organización.*

Pero hay un segundo aspecto de esta cuestión que merece ser aclarado. El reconocimiento de esa competencia que tienen los órganos de las Naciones Unidas para conocer situaciones o controversias, aun cuando sus partes sean miembros de organismos regionales, tiene una consecuencia lógica y jurídica necesaria, a saber: una vez planteada una queja o situación ante las Naciones Unidas, el órgano que conozca de ellas puede discrecionalmente recomendar el método de solución pacífica que le parezca más conducente a la solución del problema atentas las condiciones peculares de cada caso, y no está necesariamente obligado a adoptar, como único procedimiento, o siquiera como el primero, el envío del asunto al órgano regional. La tesis del envío obligado al Organo regional significaría una discriminación injustificada en contra de los Miembros que integran un órgano regional frente a los demás, ya que

a aquellos no podría recomendárseles la utilización de una multiplicidad de métodos, bajo los auspicios, el auxilio y la vigilancia directos de las Naciones Unidas, mientras que a los demás Miembros sí. En nuestra opinión, la Asamblea puede recomendar el procedimiento que le parezca más eficaz, tomando en cuenta todos los factores del caso, incluyendo, entre otros, la preferencia de las partes.

En el caso que nos ocupa, creemos que la acción de la Comisión *ad-hoc* de Buenos Oficios, compuesta por los Primeros Magistrados de seis países latinoamericanos y creada en la Séptima Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores del Continente Americano, celebrada el año pasado en San José, constituiría un método adecuado e imparcial para esclarecer los hechos y ayudar a las partes a componer sus diferencias, previa la solicitud de los gobiernos directamente interesados, tal como se prevé en la Resolución que creó dicho Comité. Pero en caso de que una u otra de las partes no consideren conveniente utilizar este procedimiento, la Asamblea General debe esforzarse por alcanzar la solución del problema por otros medios. Debido a la gravedad de este asunto y a los peligros que entraña para la paz, sobre todo a la luz de recientes acontecimientos, es imperativo que la Asamblea ejerza su acción pacificadora de inmediato y en forma eficaz, evitando así el deterioro creciente de la situación.

Los principios aplicables a esta situación son los siguientes: el principio de No Intervención; el derecho de los pueblos a darse el régimen político, económico y social que deseen, sin imposición exterior; el principio de la integridad territorial e independencia política de los Estados; el principio del respeto a los tratados y la necesidad de solucionar pacíficamente las controversias.

La concepción y formulación interamericanas del principio de No Intervención son particularmente severas. No sólo excluyen la intervención armada, directa o indirecta, individual o colectiva, sino toda forma de ingerencia atentatoria de la personalidad del Estado, de los elementos políticos, económicos y culturales que lo constituyen, y sea cual fuere el motivo, según reza el Artículo 15 de la Carta de la Organización de los Estados Americanos.

El Artículo 16 de la misma Carta completa el concepto estableciendo que *ningún Estado podrá aplicar o estimular medidas coercitivas de carácter económico y político para forzar*

la voluntad soberana de otro Estado y obtener de éste ventajas de cualquier naturaleza.

El derecho de cada país para darse el régimen político, económico y social que le convenga es un derecho fundante de los Estados, en el Continente Americano o en cualquiera otra parte. Este derecho debe respetarse, independientemente de la antipatía que se sienta por determinado sistema, de los intereses extranjeros que afecte, o de que el giro que asuma su política exterior parezca a otros desatinado y contrario a los mejores intereses de ese país. El ejercicio efectivo de la democracia representativa es uno de los principios del sistema interamericano, pero no se impone o sanciona internacionalmente. Como dijo el Ministro de Relaciones Exteriores de mi país, don Manuel Tello, la Organización de Estados Americanos *no fue instituida para crear, mantener o derrocar gobiernos.* En la Décima Conferencia Interamericana tuve ocasión de expresar en nombre de mi Delegación, lo siguiente:

Rechazamos la idea que ha sido expresada en diversas ocasiones de considerar que la misión de velar por el mantenimiento de nuestras instituciones ha dejado de ser asunto de la exclusiva jurisdicción nacional de nuestros respectivos gobiernos, para convertirse en materia de carácter internacional susceptible de acción colectiva. Si aceptáramos esta doctrina estaríamos invadiendo el dominio reservado a los Estados y, por consiguiente, estaríamos violando tanto la Carta de Bogotá como la de San Francisco, que nos prohiben intervenir individual o colectivamente en los asuntos de la jurisdicción interna de los Estados y estaríamos convirtiendo a nuestra Organización en un tribunal supraestatal encargado de enjuiciar nuestras instituciones y de regular el fervor democrático de nuestros gobiernos.

El Gobierno y la opinión pública de México son particularmente sensibles a este aspecto del problema, es decir, al respeto escrupuloso del derecho a la libre determinación, debido, entre otras razones, al recuerdo de amargas experiencias históricas.

Nuestro reconocimiento del derecho a la libre determinación entraña, como es natural, el reconocimiento del derecho de un pueblo a rebelarse contra la opresión. Ningún principio podría ser más caro al pueblo mexicano. Nuestras principales etapas históricas han tenido su origen en rebeliones armadas. La vida política de Latinoamérica no habría tenido sentido histórico sin la revolución.

Ciertamente, la Carta de las Naciones Unidas no prohibe la rebelion interna armada y las Naciones Unidas no tienen por qué defender a los gobiernos establecidos contra la insurrección interna. En la medida en que la cuestión de Cuba sea, como se ha dicho, asunto de cubanos, y las Naciones Unidas no tienen por qué intervenir. Pero tenemos el derecho, y añadiría, el deber muy claro, de pedir que no se violen al respecto las obligaciones de los Estados en observancia de los instrumentos internacionales pertinentes.

Las revoluciones han sido tan frecuentes en América y sus proyecciones internacionales tan peligrosas, tanto en su preparación como en sus consecuencias, que los Estados Americanos se han visto en la necesidad de reglamentar internacionalmente, mediante tratados, toda esta situación. Nuestra preocupación de que las revoluciones en América sean un asunto primordialmente interno y nuestro propósito de evitar la intervención extranjera indirecta, se han reflejado en un instrumento obligatorio firmado en La Habana en 1928 y ratificado, entre otros países, por México (1929), Estados Unidos de América (1930) y Cuba (1934). El propósito de la Convención de Derechos y Obligaciones de los Estados en caso de Luchas Civiles es prohibir el auxilio de otros Estados a los rebeldes para evitar así intervenciones extranjeras ilícitas. Sus estipulaciones son especialmente severas. Por su importancia daré lectura a las principales:

Artículo 1º Los Estados contratantes se obligan a observar las siguientes reglas respecto de la lucha civil en otro de ellos:

Primero: Emplear los medios a su alcance para evitar que los habitantes de su territorio, nacionales o extranjeros, tomen parte, reunan elementos, pasen la frontera o se embarquen en su territorio para iniciar o fomentar una lucha civil.

Segundo: Desarmar e internar toda fuerza rebelde que traspase sus fronteras siendo los gastos de internación por cuenta del Estado donde el orden hubiese sido alterado. Las armas encontradas en poder de los rebeldes podrán ser aprehendidas y retiradas por el gobierno del país de refugio, para devolverlas, una vez terminada la contienda, al Estado en lucha civil.

Tercero: Prohibir el tráfico de armas y material de guerra salvo cuando fueren destinados al gobierno, mientras no esté reconocida la beligerancia de los rebeldes, caso en el cual se aplicarán las reglas de neutralidad.

Cuarto: Evitar que en su jurisdicción se equipe, arme o adopte a uso bélico cualquier embarcación destinada a operar en interés de la rebelión.

Artículo 3º El buque insurrecto, de guerra o mercante equipado por la rebelión, que llegue a un país extranjero o busque refugio en él, será entregado por el Gobierno de éste al gobierno constituido del país en lucha civil y los tripulantes serán considerados como refugiados políticos.

En 1957 se abrió a la firma un Protocolo Adicional a esta Convención, si bien el Protocolo todavía está escasamente ratificado. El objeto principal del mismo es hacer más detalladas y estrictas las disposiciones de la misma que se refieren a buques y embarcaciones, a las aeronaves de cualquier tipo, ya sean civiles o militares.

El Presidente Kennedy ha declarado que *bajo ningunas condiciones habría una intervención en Cuba de fuerzas armadas norteamericanas* y añadió lo siguiente: *este Gobierno hará todo lo que esté en posibilidad de hacer, y creo que podrá descargar sus responsabilidades, para asegurar que ciudadanos americanos no se verán envueltos en ninguna acción dentro de Cuba.*

Este es un importante elemento para preservar el carácter interno de la situación cubana, pero las obligaciones de los Estados no se agotan en esta prohibición. Las obligaciones que las Repúblicas Americanas han asumido mediante tratado son las que he leído y se refieren con toda precisión a prácticamente toda forma de ayuda indirecta.

Obviamente, esto no significa el internamiento de los refugiados y asilados e inclusive la prohibición de toda forma de actividad política. Los Estados del Continente Americano, y muy especialmente Estados Unidos y México, así como otros países, pueden enorgullecerse de su larga tradición de acoger generosamente al perseguido político. Pero entre el no internamiento y el silenciamiento de los refugiados y el llamado abierto a la rebelión y los preparativos públicos para llevarla a cabo, media una gran distancia. Simplemente para dar una idea de los sentimientos de las Repúblicas Americanas sobre este asunto, a pesar de su tradicional acogida a los refugiados, daré lectura a dos disposiciones de la Convención sobre Asilo Territorial firmada en Caracas en 1954, si bien este instrumento no ha sido aún ratificado por varios Estados. Pero en todo caso, revela claramente la preocupación y el deseo de las Repúblicas

Americanas de evitar hasta el máximo la internalización de las revoluciones. Dicen así:

Artículo VII

La libertad de expresión del pensamiento que el derecho interno reconoce a todos los habitantes de un Estado no puede ser motivo de reclamación por otro Estado, basándose en conceptos que contra éste o su gobierno expresen públicamente los asilados o refugiados, *salvo el caso de que esos conceptos constituyan propaganda sistemática por medio de la cual se incite al empleo de la fuerza o de la violencia contra el gobierno del Estado reclamante.*

Artículo VIII

Ningún Estado tiene el derecho de pedir a otro Estado que coarte a los asilados o refugiados políticos la libertad de reunión o asociación que la legislación interna de éste reconoce a todos los extranjeros dentro de su territorio, *a menos que tales reuniones o asociaciones tengan por objeto promover el empleo de la fuerza o la violencia contra el gobierno del Estado solicitante.*

La propia Organización de las Naciones Unidas se ha pronunciado ya en el sentido de evitar el auxilio internacional a las revoluciones. La Resolución 290 (IV), intitulada "Bases Esenciales de la Paz" dice así:

La Asamblea General,
Invita a todas las naciones,. . .
3. A abstenerse de toda amenaza y de todo acto que, directa o indirectamente, tienda a menoscabar la libertad, la independencia o la integridad de cualquier Estado, *o a fomentar las discordias civiles o a subvertir la voluntad del pueblo en cualquier Estado.*

En opinión de la Delegación de México, las obligaciones internacionales en esta materia no son vagas, sino claras y precisas. Los Estados están obligados a emplear, no una diligencia ordinaria, *sino diligencia suma,* atentas las circunstancias de cada caso, para evitar que en su territorio los particulares lleven a cabo actos contra la independencia política y la integridad territorial de otro Estado. En el célebre caso del Alabama, el Tribunal, apoyado en las llamadas tres reglas de Washington

que se han convertido en normas consuetudinarias de derecho internacional, se pronunció en ese sentido. A pesar de que en ese caso ya había habido reconocimiento de beligerancia —lo cual, obviamente, es una situación menos grave que cuando existe un solo gobierno constituido frente a grupos de particulares que no tienen *status* internacional alguno— el Tribunal rechazó el argumento de la Gran Bretaña de que su responsabilidad se limitaba a ejercer una diligencia igual a la que ejercería en asuntos propios, *diligentia quam in suis rebus.*

El Tribunal dijo así: *La diligencia debida (due diligence) a que se refieren las reglas 1 y 3 debe ser ejercitada por gobiernos neutrales, en proporción exacta al riesgo a que puedan estar expuestos uno y otro de los beligerantes, como consecuencia del incumplimiento de las obligaciones de neutralidad por parte de dichos gobiernos neutrales.*

Otro de los aspectos intenacionales del problema de Cuba preocupa profundamente a mi Gobierno. El campo de las democracias occidentales está empeñado en una lucha de largo alcance que le ha sido impuesta, en que la victoria no se decidirá en los campos de batalla sino en las conciencias de los hombres. Debido al carácter de esta lucha, las mejores armas de las democracias son los principios morales, el escrupuloso respeto de los tratados y el principio de que las dificultades y controversias entre países no se deben resolver por las armas sino mediante la negociación. En más de una ocasión, las guerras civiles auxiliadas desde el exterior han puesto en peligro la paz internacional y el Occidente ha resistido y está actualmente resistiendo en otras partes del mundo los intentos de adueñarse de países por interpósita persona, esto es, mediante el empleo de elementos nocivos disidentes, inspirados, financiados y pertrechados desde el exterior. Es preciso que las democracias conserven toda su autoridad moral para denunciar y luchar contra otros casos de revolución interna instigada y auxiliada desde fuera. Como decía el Secretario de Relaciones de mi país en otro contexto, al referirse a los límites que debíamos imponernos para la intervención colectiva, *no lancemos al viento del futuro, un boomerang que pudiera volverse, con el tiempo, contra nuestros propios pueblos.*

Este caso puede ser una piedra de toque que pondrá a prueba la política y los principios invocados en otros casos que ha considerado la Asamblea General. Los preceptos de la Carta deben ser cumplidos. Todos tratamos de establecer un

orden mundial donde impere el derecho y se acaten los tratados, porque en un mundo caótico la urgencia revolucionaria de los pueblos pobres favorecerá las ideas extremas.

¿Cuál sería en el futuro la estructura social de un mundo en donde se abandonasen los principios básicos como los de no intervención, de autodeterminación de los pueblos y de fiel cumplimiento de los tratados, y en donde los Estados más grandes y fuertes quisieran imponer a los débiles la fisonomía que más les plazca porque sirva mejor sus intereses?

Presentes en el ánimo de todos estarán seguramente los elevados conceptos expuestos recientemente por el Presidente de los Estados Unidos y que nos parece constituyen no sólo un postulado unilateral sino algo que debiera ser una norma de conducta colectiva: *Prometemos* —dijo el Jefe del Gobierno de este país, en su discurso inaugural— *convertir nuestras buenas palabras en buenas obras... Recordemos que la cortesía no es señal de debilidad, y que la sinceridad está siempre sujeta a prueba... No negociemos nunca por temor, pero no tengamos nunca temor de negociar.*

Mi Delegación está persuadida de que es en normas como las que acabo de citar en las que debiéramos inspirarnos para que el arreglo de la deplorable situación que actualmente está siendo examinada por esta Comisión no prevalezca la violencia, sino que se hagan esfuerzos sinceros para que el conflicto al que nos enfrentamos pueda resolverse mediante la negociación o cualquier otro de los medios pacíficos previstos en la Carta de las Naciones Unidas.

Es derecho de un pueblo recurrir a las armas para arrojar de su territorio una intervención armada extranjera, o para derrocar a un tirano, o para llevar a cabo una revolución social. Pero ningún Estado extranjero tiene derecho de intervenir, instigar o fomentar la caída de un gobierno que no es de su agrado.

En este mundo cada vez más pequeño es imposible evitar que cualquier país en cualquiera región geográfica sea campo de batalla de terceras potencias si no se respeta el principio de No Intervención y el de autodeterminación. Cada intervención contraria a los fines y principios de la Carta siembra la semilla de un conflicto mundial.

No queremos que Cuba sea el lugar, la ocasión y el motivo que pudiera iniciar una reacción en cadena que podría conducir a una nueva explosión mundial.

Cuba está en América, pero está también en el centro del mundo político actual como están Laos, el Congo, Corea y Alemania. En nuestra época ningún país está realmente lejos de otro, cada día que pasa nos encontramos todos más cerca y más unidos a un mismo destino. Más tarde o más temprano todos seremos medidos con la medida que midamos a los demás.

La seguridad de cada uno de nosotros y la de todos dependerá cada vez en mayor grado de nuestra fidelidad a los principios y fines que proclamamos defender y del estricto respeto a los derechos de los demás.

Hace pocos días el Presidente Kennedy citó una frase de Jefferson, quien hace ya muchos años dijo: *La libertad es contagiosa.* Regocijémonos al constatar esta gran verdad, pero no olvidemos que el odio es también una enfermedad contagiosa. Nuestro mayor anhelo es que todos en esta Organización contribuyamos a propagar la libertad y a combatir el odio, creando así condiciones necesarias para el mantenimiento de la paz.

Para concluir, señor Presidente, debo dar lectura a la siguiente declaración de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México:

> Ante la situación que prevalece en Cuba, la Secretaría de Relaciones Exteriores juzga indispensable reiterar algunos de los postulados esenciales de la política internacional de México.
>
> En uso del derecho de autodeterminación de los pueblos, sin el cual los conceptos de soberanía e independencia carecerían de contenido, corresponde al pueblo cubano, sin ingerencias extrañas, traducir en realidades concretas sus aspiraciones de mejoramiento económico y social, que tan favorable eco han encontrado en la conciencia de los pueblos de América.
>
> El Gobierno de México reitera su firme adhesión al principio de no intervención, según el cual ningún Estado o grupo de Estados puede intervenir, directa o indirectamente y sea cual fuere el motivo, en los asuntos internos de otros Estados, pues está convencido de que este principio constituye la mejor garantía de pacífica convivencia entre las naciones.
>
> Pacifista por tradición y convencimiento, México no ha recurrido a la guerra sino en los casos de legítima defensa y ha condenado invariablemente las agresiones externas en contra de los Gobiernos constituidos.
>
> Seguro como está de que no existen conflictos, por graves que sean, que no puedan ser solucionados por los medios pací-

ficos que consagra el Derecho de Gentes, ha ofrecido públicamente y por medio de comunicaciones oficiales, sus buenos oficios para resolver situaciones como las que confronta en estos momentos nuestro hemisferio. No cejará en su empeño de hacerlo en toda ocasión propicia.

La Secretaría de Relaciones Exteriores ha dado instrucciones al Delegado Permanente de México ante las Naciones Unidas para que ajuste su actuación a los principios aquí enunciados.

Por otra parte, las Autoridades Mexicanas ejercerán estricta vigilancia para impedir que salga del territorio nacional cualquier clase de ayuda que pueda favorecer a los elementos contrarios al Gobierno cubano.

Quisiera ahora indicar cuál es, en las actuales circunstancias, la acción que en opinión de mi gobierno podríamos recomendar a la Asamblea General y que deseo someter a la consideración de los distinguidos Miembros de la Comisión Política:

MÉXICO: PROYECTO DE RESOLUCIÓN

La Asamblea General

HABIENDO escuchado las exposiciones formuladas por el Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, por el Representante de los Estados Unidos de América y por otros representantes,

Profundamente preocupada por la situación puesta de manifiesto en las mencionadas exposiciones cuya continuación pondría en peligro la paz,

Considerando que es propósito permanente de las Naciones Unidas fomentar relaciones de amistad basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y al de la libre determinación de los pueblos,

Convencida de que el principio de no intervención en los asuntos internos de cualquier Estado impone a los Miembros de las Naciones Unidas la obligación de abstenerse de propiciar o fomentar las luchas civiles en otros Estados,

Recordando que es un deber de todo Estado, conforme al Artículo 33 de la Carta, buscar el arreglo pacífico de las controversias por los procedimientos que allí se enumeran,

1. *Hace un llamamiento urgente* a todos los Estados para

que eviten que sus territorios o sus recursos puedan ser utilizados para fomentar la guerra civil en Cuba;

2. *Los insta* a que se ponga fin inmediatamente a toda actividad que pueda resultar en la continuación del derramamiento de sangre;

3. *Les pide* que, de conformidad con el espíritu de la Carta, cooperen en la búsqueda de una solución pacífica a la situación existente.

Señor Presidente:

Es posible que el proyecto de resolución que mi Delegación tiene el honor de presentar pudiera no ser considerado satisfactorio para algunas delegaciones del Continente Americano, con cuyos países estamos estrechamente unidos en los ideales y principios proclamados por Bolívar, San Martín, Juárez, Lincoln, Martí y por tantos otros próceres que veneramos como portaestandartes de la libertad, la independencia y la solidaridad de los pueblos de América, solidaridad en la defensa de una amistad basada en la igualdad y el respeto recíprocos, en el acatamiento de los compromisos voluntariamente contraídos y en la defensa de la dignidad humana.

Mi Delegación lamentaría no contar con el apoyo de todos; respetamos la opinión de los demás por divergente que pudiera ser de la nuestra, pero deseo afirmar categóricamente que nuestra proposición no debe interpretarse como hostil a los puntos de vista de cualquiera otra Delegación que tiene, como la nuestra, el derecho de expresar su propio punto de vista sea o no compartido por las demás.

México no puede en ninguna ocasión, cualquiera que ésta sea, eludir el deber de afirmar los postulados esenciales de su política internacional, varias veces citada en esta intervención y que compartimos con otros muchos Estados dentro y fuera del Hemisferio Occidental.

Al hacerlo estamos seguros de cumplir con la responsabilidad que nuestro Gobierno tiene con el pueblo de México, con el Continente Americano y con este Organismo Mundial.

Aventura del Pensamiento

DOS BIÓLOGOS FRENTE A FRENTE

Por *Luis ABAD CARRETERO*

RECIENTEMENTE ha publicado el Fondo de Cultura Económica los libros de dos biólogos: *La biología del espíritu* del profesor norteamericano Edmund W. Sinnott y *El hombre y la vida* de Jean Rostand, investigador francés bien conocido.

Nos encontramos en un tiempo en que la biología se ha puesto en la avanzada de una lucha contra el misterio que nos rodea, con el firme propósito de abrir en él una brecha que nos permita ver la aparición de un horizonte diáfano. Y no es solamente el biólogo quien está en la primera línea del frente, sino que el etnólogo y el paleontólogo, así como el matemático y el médico y en general el hombre de ciencia, se adentran por caminos que antes les parecían vedados, por ser más propios de la filosofía. Pero una vez que ésta puso a la vida como foco de las preocupaciones cósmicas del hombre, era de esperar que cuando la auténtica ciencia de la vida, la biología, hiciese su espectacular aparición en nuestro siglo, habría de producirse una verdadera crisis en el conocimiento del hombre, dado el doble significado de la palabra vida. Cuando el biólogo entra en el dominio filosófico, se produce en él un terrible choque que no puede sufrir más que a costa de perder mucho del ímpetu que le llevó en un principio a analizar la materia con la ayuda del microscopio.

Porque el biólogo, ni quiere ni puede ya detenerse en su medio propio y por eso pretende abordar problemas metafísicos, lo mismo que hacen los demás científicos, y así nos dice Sinnott en su citado libro: "El físico presta atención a cuestiones tales como la naturaleza de la realidad física, el matemático a las relaciones del tiempo y el espacio, y el cosmógono al origen y destino del universo" (p. 121).

Diríase que antes era la filosofía quien precedía y sensibilizaba al hombre en sus interrogaciones, y que ahora pa-

rece suceder a la inversa, que es la ciencia quien ha penetrado con decisión en los planos de la filosofía, excitando al filósofo a plantearse los problemas.

Lecomte du Noüy ha demostrado en sus libros ser muy sensible a las cuestiones humanas y lo mismo otros biólogos, entre los cuales tenemos a Huxley, Rostand y Sinnott, porque como éste dice: "De día en día el biólogo se va viendo obligado a encarar problemas que la biología ha de compartir con la filosofía" (p. 109). Pero repetimos, esta penetración de los biólogos por los planos humanos de la vida, habría necesariamente de llegar a producir una seria crisis en ellos.

Si la biología ha de afirmarse en los resultados del análisis de los organismos, ha de ser una sola la respuesta, puesto que una sola es la composición de la célula, origen de esos organismos; pero el hombre no es un simple traductor de la naturaleza, sino que añade a ella lo propio de sus creaciones. Y ahí es cuando los biólogos comienzan a tomar posiciones, a diferenciarse unos de otros, al aparecer la sensibilidad del pensamiento. Ya no puede el biólogo apoyarse con exclusividad en la materia, de la que ha de liberarse para tratar de explicarla, porque ve que hay algo más que ella, que existe una actitud volitiva y mental en el hombre, que al estar en cierto modo al margen de la materia, necesita también de explicación.

Y en la actitud del biólogo ante la materia no le quedan más que dos caminos: o seguir sin desfallecer por los abiertos en la materia misma, afirmando la absoluta condición animal del hombre, o penetrar en los medios del humanismo enlazándose con las respuestas que la poesía, la filosofía, el arte y la religión, encontraron para defender al hombre en su eterna inquietud. Estas dos posiciones son la del materialismo y la del espiritualismo. La primera es la que adopta Rostand, la segunda es la que toma Sinnott. Y el caso es que unà y otra postura no dejan de plantear cuestiones que abruman al biólogo, tanto al materialista como al espiritualista, aunque sean de más volumen las que atenazan a éste que a aquél.

Porque mientras Rostand no acude a otras fuerzas que a las de la razón para resolver sus interrogaciones, en cambio Sinnott renuncia voluntariamente a ella con estas palabras: "El espíritu humano es un cristal a través del cual nuestra mirada penetra más a fondo en la realidad que cuando sólo

cuenta con instrumentos puramente racionales" (p. 180). Lo cual ya nos lo había dicho al principio de su libro, cuando afirmaba que "La esencia de nuestra tesis consiste en que el hombre no es sólo un ser racional, sino fundamentalmente un ser que busca, que apetece, que ambiciona. De ahí arranca la fuerza que le mueve y le guía" (p. 85).

Por eso Sinnott, al verse encerrado en el estrecho recinto del cromosoma, alrededor del cual venían oscilando sus más decisivas y fuertes reflexiones, para no caer en el peligro de asfixiarse, rompe convulsivamente con su religión biológica, y como un apóstata declarado reclama el aire puro de una religión espiritual, diciéndonos: "Lo que los hombres necesitan hoy a toda costa es un espíritu interpretado más por la religión que por la fisiología y la psiquiatría, para lo cual puede servir de poco la ciencia, ya biológica, ya de cualquier otra índole" (p. 140). Por eso no son de extrañar las inquietudes tan grandes que embargan en general a los biólogos al pasar de la vida de la materia a la del espíritu, ya que éste tiene sentido para muchos de ellos, y en sus dudas y vacilaciones acaso suscribirían estas otras palabras de Sinnott: "En semejante discusión el biólogo corre el peligro de naufragar en aguas procelosas y desconocidas" (p. 141).

Rostand en cambio es un biólogo materialista sin medias tintas ni concesiones al espiritualismo, y con todas sus consecuencias, ni se somete ni pacta. Es el biólogo que no acepta principio religioso de ninguna clase. Y así nos dice estas palabras: "Los que creen en un Dios ¿piensan tan apasionadamente en su presencia como pensamos en su ausencia nosotros, los que no creemos en Él?" (p. 63). No cae por ello en el agnosticismo propio de Sinnott; mas no se crea que carezca de problemas de diversa índole, sobre todo morales. Por ejemplo, él llega a asignar a los cromosomas un sentido de responsabilidad, sin que nosotros podamos comprender cómo puede ser sensible a ésta, ya que su determinismo biológico le lleva a la negación absoluta de todos los problemas morales. Su materialismo le impulsa a hacer afirmar propiedades a la materia que sin embargo consideramos inexplicables, como cuando nos dice que "Nuestras recompensas y nuestros castigos no se deben nunca sino a la química y al azar" (p. 15). Y niega la libertad con insistencia, unas veces cuando nos dice que "El acto voluntario no es más que una integral de reflejos", y

otras al afirmar que: "Aun aquél que cree en su libertad no podría hacerse ilusiones sobre el papel que ella puede desempeñar ante los factores tanto biológicos como sociales, de su conducta. Sería tan imposible como saber en qué sentido ha soplado la brisa sobre una piedra que cae" (p. 17).

El hombre para Rostand es simplemente un animal y nada más. He aquí una de sus muchas frases que lo revelan: "El hombre tiene el derecho y tal vez el deber de no querer tratarse a sí mismo como ganado, pero debe saber que así rechaza el único medio de acentuar la distancia biológica entre él y la bestia" (p. 25). Y el caso es que la actitud materialista de Rostand es la que más aceptación ha tenido en nuestra época, la que más se prodiga y propaga en los tiempos actuales, lo cual nos ha impulsado a nosotros a preparar un libro titulado *Presencia del animal en el hombre,* de no lejana publicación, en el cual su tesis es probar que hemos comenzado a vivir en "la época de la animalidad".

Sin embargo, leyendo a Rostand, lo mismo *El hombre y la vida* que *De la mosca al hombre* (Ed. La Boétie. Bruselas, 1947), pronto aparece el pesimismo y hasta la desolación, que se han ido anidando en el alma de este biólogo, como no era menos de esperar. Así nos dice en el primero de dichos libros, al cual siempre nos referiremos: "La ciencia no ha hecho hasta aquí sino dar al hombre una conciencia más clara de la trágica rareza de su condición" (p. 51). Por eso en Rostand se ven, lo mismo que en otros biólogos, escepticismo, contradicción y exaltación del dolor del hombre como su eterno acompañante. Y leyéndole pensaríamos del espíritu que es como una excrecencia enfermiza, nacida para revelarnos nuestra propia debilidad y miseria, como se pensaría cuando exclama: "Lo que nos enajena nos inspira" (p. 77). O bien al expresar: "Un poco de neurosis, si no es indispensable para la excelencia, lo es sin duda para su renovación" (p. 78). En cuyas frases se ven no obstante eternos problemas que siempre han inquietado y seguirán inquietando a los hombres, como son los de la libertad y el sentido moral.

Pero en fin, mientras que Rostand es un materialista *enragé,* en cambio en Sinnott vemos al hombre vacilante y sensible, que se plantea la vida como una verdadera problemática. Indudablemente que es más ingenuo que Rostand, pero tiene más ojos que él para atisbar el mundo del espíritu.

Por eso no es extraño que lo que en él hay de místico y de gnóstico se ponga en camino para encontrar soluciones "iluminadas" a las inquietudes que su condición de biólogo le ha negado.

En Rostand y en Sinnott tenemos los dos polos opuestos en que el biólogo se debate actualmente. Rostand dio de lado a encontrar una explicación espiritual al mundo, Sinnott se adentró resueltamente en ella, pretendiendo crear nada menos que una *biología del espíritu*, de la cual se ha dicho que es absurda a causa de la oscuridad del concepto de espíritu. Sin embargo, tal audacia atrae nuestra simpatía. Por esto hemos de encararnos con sus ideas más que con las de Rostand, quien aunque no lo crea, hace también gala de espíritu. Es cierto que Rostand es menos complejo y contradictorio que Sinnott por su radical materialismo; pero ambos contienen savia suficiente para hacernos meditar seriamente sobre la vida, no la biológica, sino la humana.

Lo más grave que sucede en Sinnott es, en efecto, la significación de lo que sea el espíritu. Porque sobre él nos da perfiles diferentes. O bien lo considera como "esos anhelos y deseos espontáneos, fundamento de las emociones, que son la más alta expresión de la persecución biológica de metas" (p. 130); o bien es para él un principio religioso, pues "A su alrededor se han levantado las grandes religiones del mundo" (p. 140). Así es que por una parte el espíritu es base del cromosoma, y por otra el Espíritu superior autor de todo. Por eso no es sorprendente, viendo esta doble y dispar concepción del espíritu, que Sinnott mismo nos diga que "Lo más probable es que aquí la discusión derive hacia un laberinto de ideas brumosas" (p. 134).

El propósito de Sinnott es hallar el mismo principio regulador del cuerpo y de la mente, y así nos dice: "El concepto de que tanto el desarrollo físico como la conducta —bases del cuerpo y la mente— son expresiones (aunque en dos formas distintas) de la autorregulación y el finalismo evidentes en todas las actividades de la materia viva, no es pues una especulación vacía"... "La primordial preocupación de cada una de ellas es la intencionalidad protoplasmática" (p. 84).

Sinnott como Rostand ven en el cromosoma intención y origen de vida organizada, y asimismo que el instinto regula toda la conducta. Y sin embargo, del mismo punto de partida

emanan direcciones diferentes en cuanto a la libertad, pues mientras que como ya hemos visto Rostand la niega, Sinnott dice que los hombres somos agentes libres, pues "Si no existieran cosas tales como la libertad y el libre albedrío ¿por qué habría de existir necesariamente el dolor?" (p. 160). Y aunque al rechazar Sinnott mecanicismo y vitalismo acepta con cierta reticencia un organicismo, su postura no pasa de ser la de un agnosticismo biológico. Y en esta posición ¿dónde queda la libertad? Si aceptamos como él dice el automatismo de la autorregulación, y si la influencia protoplasmática y glandular es tan grande, entonces es inútil que se vea en la espontaneidad del deseo, como Sinnott pretende, un principio del que pueda emerger la persona, que ha de apoyarse en la libertad, persona que él afirma con caracteres propios y distintivos de todas las demás.

Reconocemos el sentido de la autorregulación y de la motivación de que nos habla Sinnott, y que ambos actúan lo mismo en el cuerpo que en el alma, y por este lado habría que considerar la unidad de la naturaleza humana como hecho absoluto e indudable; pero de ahí no podemos concluir como él dice, que sólo difieran en intensidad el desarrollo de un embrión, el nacimiento de un designio consciente en la mente, y las aspiraciones del espíritu humano, porque son tres funciones de tipo cualitativo esencialmente distintas. Las funciones del cuerpo y el alma son muy diferentes, y no se concibe la coincidencia entre ambos más que en el momento de la realización del acto, no pudiendo afirmarse su disociación hasta tanto no interviene la vida mental; es decir, que el pasado y el futuro no aparecen como tales hasta tanto el recuerdo y el juicio no se han hecho presentes. Esto revela que la libertad y la responsabilidad se dan en el hombre por el poder que tiene de actuar con sentido en el momento del acto, pues entonces es cuando se ha de poner en conmoción todo lo que orgánica y psíquicamente contribuye a su formación. Y el acto no es un simple instante físico, sino una posición personal en la que ha de haber tiempo suficiente para que en él puedan caber otros seres ajenos al ser que hace el acto. Esto es lo que origina que ni el pasado ni el futuro puedan ser previstos, lo cual es contrario al determinismo del biólogo y por ello él no puede tocar el reino de la libertad, por lo que

Sinnott, bien a su pesar, cae en contradicción en sus ardientes deseos de ser libre.

Pero Sinnott no se somete, persiste, y por eso se dirige hacia el mundo de los valores, para ver si en ellos puede encontrar una tierra de salvación adonde llegar y librarse del naufragio definitivo. Y como él cree que los valores de moralidad, de belleza y de verdad tienen su origen y nacimiento en el cromosoma, de ahí que el impulso vital coincida con las más altas finalidades del hombre.

Pretender sacar todo de los cromosomas, como hacen los biólogos, no solamente los organismos, sino también principios y valores, nos trae a la memoria aquel gracioso estudiante al que en un examen de física el profesor pidió que dibujase en el pizarrón una máquina pneumática, y como aquél pintara una caja, el profesor le inquirió por la máquina y el alumno contestóle que estaba dentro de ella.

Pero dejémonos de chistes y vengamos a la médula del asunto que ahora nos preocupa. El problema básico en que penetra Sinnott, clave de toda filosofía, según él y nosotros, es cómo pasar de la materia al espíritu, o mejor dicho, cómo realizar el tránsito de la fuerza espiritual individual, en la que según Sinnott se apoya el cromosoma, al Espíritu superior que ha hecho el mundo y lo mueve, o sea Dios.

No entremos ahora en la confusión que aparece en Sinnott a propósito de personalidad, yo y alma, de mente y espíritu; pasemos asimismo por alto la contradicción entre su escepticismo biológico y su fe religiosa. Entremos, como hemos dicho, a ver cómo se esfuerza en construir el puente de enlace entre el cromosoma y Dios.

Para ello vengamos a detenernos en los "anhelos o deseos espontáneos" de que antes nos habló Sinnott, porque en ellos encontramos nosotros el material con el cual ha empezado a edificar el puente de unión, esto es, el material esencial. Gran número de páginas de su libro están consagradas al concepto de deseo. Advertimos que para nosotros desear y querer es lo mismo, sólo entendiendo que el desear apunta al futuro y el querer se detiene y clava en el presente mismo.

Expresa Sinnott: "Acaso la ciencia contribuya a desarrollar técnicas mediante las cuales pueda encontrarse la vida buena, pero nunca llegaremos a alcanzarla si no la *deseamos* ardientemente" (p. 103). Y el "deseamos" lo subraya. Y se

pregunta a continuación cómo se aprende a desear algo, qué desear y cuáles sean los deseos más altos. Y sigue estudiando el deseo, viendo cómo y por dónde aparece. Y nos habla del interés y la atención provocada; pero no pretende hacer un estudio psicológico del deseo y del querer, sino que los ve desde el punto de vista moral, a pesar de habernos dicho que la diferencia entre unos hombres y otros estriba en la que existe entre los deseos, y de reconocer el alto valor de la ambición, el amor y el ensueño, como nosotros mismos lo hacemos a propósito de éstas y otras *fuerzas psicológicas.*

Continúa Sinnott que "Se puede considerar al hombre como un sistema material empujado por fuerzas físicas, como supone la biología; pero también se le puede considerar arrastrado por el propósito y el deseo. El desarrollo del primer concepto ha contribuido a vastos descubrimientos a su respecto, pero es posible que el segundo revele todavía más, si se le sigue diligentemente sin prejuicio" (p. 97). Parecería que Sinnott hubiera tomado estas palabras del segundo capítulo de nuestro libro *Instante, querer y realidad,* donde nosotros hablamos de la necesidad de hacer una fenomenología del querer, de no haber aparecido su libro tres años antes que el nuestro, pues consideramos que este sería un camino extraordinariamente fructífero para un nuevo planteamiento de los problemas psíquicos. Pero en cambio no podemos seguir a Sinnott cuando escribe que "el deseo es la tendencia a la autorregulación y la persecución de metas que distingue a toda actividad orgánica, corporal o mental". Y aún menos le seguiríamos al decirnos que "Así como la forma y carácter de ese individuo maduro se hallan inmanentes, aunque no realizados todavía, en el huevo que lo engendra, sugiero que en las células del cerebro podría haber inmanente una intención por realizar... Un propósito *consciente* es la experiencia interna de este finalismo protoplasmático" (p. 64).

Nos dice Sinnott que para la psicología sigue siendo un grave problema la forma de traducir el impulso en deseo. En realidad todo es impulso y todo es deseo en el hombre que realiza un acto, pues cuando el impulso obliga a hacerlo, es porque ya se ha enlazado indisolublemente con un deseo, porque éste es quien convierte al individuo en persona. Todo acto es personal, puesto que hemos de romper con el devenir temporal para situarnos en él. La necesidad es la que obliga,

lo mismo al impulso inmediato a unirse con la imagen, que al preparado para el futuro o al evocador del pasado al conectarse con el recuerdo; mas es el presente quien obliga siempre a dar forma al deseo. La *meta* de que nos habla Sinnott va también dentro de la necesidad psíquica, pero del futuro que aparece en el presente, pues no es la *meta* el futuro, sino la manera de formularla en el presente mismo.

Sinnott cree con Gordon Allport que la psicología norteamericana se empeña vanamente en recorrer las vías del pasado, en lugar de dirigirse hacia las del futuro. Esto es lo característico del racionalismo; pero tampoco Sinnott se detiene en el presente, que es el lugar de toda realidad, y donde precisamente hay que estudiar la actuación del querer y del deseo, bases de nuestros actos. Sólo dos veces cita Sinnott la palabra "presente" en su libro, y esto de manera circunstancial, no como estación de reposo y enlace, sino como mero punto de tránsito. Por eso nosotros, al ver cómo él destaca la fuerza del deseo, lamentamos que no haya seguido por ese camino, apoyándose en el presente, por el cual hubiera podido seguramente afirmar los pilares que sostuvieran el puente que se empeña en levantar para unir el espíritu individual con el Espíritu universal. Porque no cabe duda que es el querer actual quien modela nuestros actos, y de lo que encontramos en él dependerá la explicación de nuestra conducta y la condición de nuestra naturaleza humana.

Claro es que se nos pedirá cuál sea el sustentáculo físico del querer. Podrá contestarnos el biólogo que es el cerebro y todo el conjunto celular que lo compone; pero acaso el problema del acto, en el que todo al fin reposa, sea más complicado de lo que el propio biólogo supone, ya que no es solamente el cerebro quien lo apoya y produce, sino el cuerpo entero, pues un acto es una unidad muy compleja, síntesis superior al pensamiento, ya que en él se da la conexión definitiva entre el querer y la motivación.

Filosofía de la motivación llama Sinnott a su *biología del espíritu*, y también *telismo* o *filosofía de los fines*, por entender que en la naturaleza humana hay un finalismo biológico. Pero ¿cómo compaginar este finalismo con el acto del querer en el que él pretende apoyarse y que produce un acto libre? Libre en el sentido de que el hombre ha de hacer frente en cada instante a una situación vital nueva, sin pedir consejo a

nadie, y sólo apoyándose en sus *fuerzas psicológicas,* puesto que para actuar ha de romper con su pasado y su futuro.

Cita Sinnott a Jennings para convencernos de que los materiales biológicos incluyen deseos, propósitos, ideas, etc. No tenía que esforzarse en hacerlo, pero eso no da a entender que está todo determinado de antemano. Una cosa es el determinismo vital, y otra el que en un momento preciso el hombre haya de hacer un acto como si hubiera estado previsto. No hay dos actos iguales y además los nuestros, en el momento, no solamente dependen de anteriores iniciativas, sino del inmediato choque entre nuestro querer y el ajeno. Por eso es difícil que en los cromosomas pueda estar prevista la conducta circunstancial e histórica de un hombre, sino en su actual impulso.

En realidad nosotros llamamos querer a lo que Sinnott llama espíritu. Desconocemos la naturaleza de ese querer, lo mismo que Bergson desconocía la de su "impulso" y Schopenhauer la de su "fuerza vital"; pero sabemos muy bien lo que damos a entender, con una ventaja para nosotros, y es que nuestra concepción del querer sintetiza y abre camino a nuestras *fuerzas psicológicas,* sin caer en contradicción, como sucede con el "espíritu" de Sinnott.

El autor de *La biología del espíritu* se revuelve contra los materialistas, pero no sabe cómo podría liberarse de su propio materialismo. Su doctrina muestra el conflicto en que es susceptible de caer toda biología al entrar en el plano humano. Rostand lo ha presentido, y por ello ha conservado con bastante entereza su independencia para no verse envuelto en graves complicaciones de las que difícilmente hubiera podido salir sin menoscabo, como le ha ocurrido a Sinnott, quien al penetrar en el estudio y el análisis de la materia, ha debido llegar a límites donde ha sentido deterioro o mengua de sus primitivas fuerzas.

La actitud de Sinnott es la de un hombre honda y honradamente preocupado de la vida y de la explicación de su origen y doble bifurcación en su sentido; pero se le ha visto retroceder contrito al no poder abarcar los dos caminos. El eslabón entre su condición de biólogo y su actitud de creyente ha quedado roto, y todo su esfuerzo ha sido tratar de rehacerlo psicológicamente con el querer, con el deseo, cosa no lograda porque su materialismo biológico se lo ha impedido. Se le ve debatirse al pretender enlazar su espíritu con Dios. Parece

como si hubiera la pretensión de que Dios fuese un biólogo máximo, que con sus últimas ramificaciones creadoras hubiera llegado a penetrar en el centro mismo de la célula para desde allí forjar todo lo que de vivo existe en el universo entero. De este modo llegaría entonces al hombre algo del poder divino. No es por ello extraño que el biólogo se sienta muy pagado de su ciencia, que considera superior a la de los demás hombres, seguramente más en Sinnott que en Rostand, cuando éste nos dice: "Si Dios se dejara ver en la estructura de los seres, los biólogos tendrían demasiada ventaja sobre el común de los mortales" (p. 40).

Hemos puesto frente a frente a dos biólogos de condición y tendencia opuesta, porque entendemos que todo contraste es bueno para la producción de ideas. Sin embargo, si se nos preguntara cuál de los dos preferiríamos, optaríamos por alejarnos de ambos. No aceptamos a Rostand por huir nosotros de la deificación del hombre. Rechazamos a Sinnott porque no nos agrada un Dios absorbente y deshumanizado. Preferimos en cambio un Dios accesible, en contacto con el corazón del hombre, que permita realizar libremente a cada uno su destino.

EL NEO-PLATONISMO EMPÍRICO*

Por *Frederic H. YOUNG*

TERMINARÉ este libro exponiendo mi propio sistema filosófico, en cuanto pensador contemporáneo de los Estados Unidos. No me es posible presentar en un solo capítulo mi pensamiento explicándolo detalladamente con toda amplitud; pero comunicaré al lector la estructura general del mismo. Diré primero unas palabras acerca del orden de la exposición.

La denominación misma de "neo-platonismo empírico" requiere una pequeña declaración general preliminar. "Neoplatonismo" indica la referencia a una metafísica de la realidad como un todo, en tanto que "empírico" se refiere a una fenomenología de la experiencia humana dentro de esa realidad total. Estos dos aspectos de mi sistema se complementan mutuamente de una manera tan estrecha como es posible que lo haga cualquier par de conceptos, tales como espíritu y naturaleza, causa y efecto, alma y cuerpo. La exposición se ajustará al orden siguiente: 1) empírica, o fenomenología de los cuatro planos de la experiencia; 2) metafísica, o metafísica neo-platónica de la realidad total; y 3), fusión de los dos aspectos anteriores en un sistema unificado.

SOSTENGO que una fenomenología de la experiencia humana revela cuatro planos, a saber: actualidad, facticidad, idealidad y realidad. Veámoslo en este mismo orden.

Por actualidad entiendo la esfera de los fenómenos existentes, tomados ya colectivamente o en el medio específico de un organismo individual. Dicho brevemente, es el universo de lo que existe *fenoménicamente,* ya sea o no sea conscientemente observada y experimentada alguna parte de él. De la actualidad puede decirse también, de otra manera, que es el dominio

* Del libro en prensa titulado *La filosofía contemporánea en los Estados Unidos de América del Norte: 1900-1950.*

total de los objetos que existen fenoménicamente. Así, incluye todas las cosas experimentadas o experimentables en los campos de los seres animados o inanimados, aparte de todo juicio de cualquier mente acerca de ellos. Permítaseme un ejemplo.

Esta sala en que estamos ahora, con las personas, las sillas y todas las demás cosas que la ocupan, es un grupo dado de objetos que simplemente existen, independientemente o no de que alguien piense o no piense acerca de ellos. Supongamos que todas las personas que nos hallamos aquí estuviéramos profundamente dormidas. Entonces, en ese estado de inconsciencia, existiríamos mera y temporalmente como partes de la actualidad dada de los contenidos de esta sala. La actualidad, pues, es el dominio de lo directa e inmediatamente *dado,* incluidos nosotros mismos. Es, psicológicamente hablando, la intuición totalmente espontánea de la existencia como lo que es dado; es el más fundamental de los supuestos que consideramos tales, ya estemos despiertos, dormidos o profundamente traspuestos. Si un niño de seis meses de edad ve una gran mancha anaranjada cruzada de franjas negras que avanza hacia él, no sabe que es un tigre de Bengala. Ni siquiera sabe lo que es "anaranjado" ni lo que son "franjas negras". Unicamente ve *que* algo está delante de sus ojos. Ve sólo aquella mancha, sin nombre y sin saber lo que es. Es una pura percepción. Cuando aprende el nombre de *lo que ve,* habrá entrado en el segundo plano de experiencia, el plano de la facticidad, en el cual debe distinguirse el hecho de la ilusión, y el mero y vago *saber que* empieza a convertirse en *saber lo que.*

El plano de la facticidad pone en acción la forma primera y más elemental de juicio que formula la mente sobre el puro ser dado de su ambiente. A esta forma de juicio podemos llamarla "juicio de hecho"; y si el acto mental de juzgar se expresa verbalmente, su expresión verbal se llama, desde luego, "proposición".

Antes de ir más lejos, será útil estudiar algunas definiciones de las etapas del proceso de aprender en general, lo cual aclarará el concepto de "juicio". Todo aprendizaje empieza con una *percepción* que, cuando se la analiza, implica la conciencia de que el objeto o los objetos que estimulan uno o más de nuestros órganos sensoriales, están físicamente presentes; mientras que *imaginación,* incluida la memoria, supone la conciencia de que el objeto u objetos a que se refiere la imagen, no están presentes físicamente, sino mentalmente. Y debe advertirse que

la percepción y la imagen tienen una relación estrictamente punto por punto con los objetos a que se refieren; mi percepción de esta sala es sólo de esta sala; y la imagen que llevaré de ella en mi memoria cuando regrese a los Estados Unidos será sólo de ella y por ella.

Pasemos ahora de la percepción y la imagen al *concepto,* que puede definirse como la abstracción del sentido de una percepción o de una imagen. La luz verde significa que el tránsito puede reanudarse; la imagen que uno tiene de su padre da lugar a pensar el concepto de paternidad con todo lo que implica de cualidades como amor, protección, justicia. Y ahora no hay una relación punto por punto del concepto al objeto, sino una aplicación de lo uno a lo universal. La imagen que Aristóteles tuvo de su padre era un singular; pero su concepto de la paternidad es un universal, y podemos percibir su significado a través de los siglos, en tanto que la imagen de su padre nos es inaccesible.

Pero el concepto solo no puede dar sentido. Verdad, justicia, belleza, no significan nada hasta que se dice algo de ellas en forma de un *juicio.* Todo juicio asevera algo acerca de un concepto, del cual puede decirse entonces que es verdadero o falso. De aquí que el juicio sea la primera unidad completa de discurso inteligible, tanto para la inteligencia de uno mismo como para la relación entre la inteligencia de uno y otras inteligencias. El *razonamiento* combina juicios afirmando o negando una relación de validez entre dos o más juicios; y finalmente *el análisis filosófico y el método científico* son el coronamiento de la busca de conocimiento, ya que afirman o niegan una relación de exactitud entre el razonamiento supuestamente válido y el mundo de hechos y de realidad a que se refiere el análisis. No es necesario llegar aquí a distinciones aún más elevadas entre conocimiento, comprensión y sabiduría, por importantes que puedan ser en otras ocasiones.

Si se comprende la naturaleza del juicio, es evidente que el juicio de hecho es el más primitivo. Hay, digamos, veinte personas en esta sala; las luces están encendidas; el color de la pared que está a mi derecha es azul: todos estos son juicios de hecho, a los cuales, cuando se les comunican a ustedes en forma de proposiciones, ustedes contestan "es verdad" o "es falso". Es importante, después, señalar los principales factores implícitos en la actividad de hacer juicios de hecho.

Todo juicio directo de hecho depende de la apelación a

uno o más de nuestros órganos sensoriales; la cantidad de actividad mental es relativamente pequeña, porque la razón es pasiva; y en tercer lugar, los hechos son sorprendentemente mutables: hace un minuto las agujas de nuestros relojes estaban en otra posición; hace un minuto estaba yo diciendo algo diferente de lo que digo ahora. Y sin embargo, si se hace una vez un juicio de hecho verdadero, es eterno. El hecho de que Jorge Washington nació en 1732 será siempre un hecho. La palabra clave para definir el juicio de hecho muy bien puede ser inconexión o atomicidad. Cada juicio de hecho se relaciona con ese solo hecho en sus circunstancias de espacio y tiempo.

El juicio de verdad es el tipo siguiente, y su característica principal es que organiza e interpreta juicios de hecho atendiendo a relaciones significativas, como la de causa y efecto. Hay aquí mucha actividad mental, porque las relaciones internas entre los hechos no son dadas, sino que las descubren la intuición creadora, el razonamiento y la experimentación. Por consiguiente, la palabra clave para definir el juicio de verdad, en contraste con el juicio de hecho, es conexión u organicidad.

El último y más elevado tipo de juicio es el juicio del valor, que es una combinación de juicios de hecho y de juicios de verdad, más su propia aseveración de valor. Esto resultará manifiesto si volvemos a la correlación de estas clases de juicios con los planos de experiencia.

La experiencia que el hombre tiene de la facticidad, empleando como instrumento crítico el juicio de hecho, es el primer paso desde el *saber que* hacia el *saber lo que,* aun cuando este último es aún muy elemental si se le compara con la etapa siguiente de experiencia, o idealidad.

El tercer plano de experiencia, la idealidad, pone ante nosotros el juicio de verdad. Este juicio es de enormes implicaciones, porque si pueden atribuirse a la vida sub-humana juicios de hecho —cosa absolutamente discutible, en realidad—, es evidente que sólo la inteligencia humana, por lo menos en este planeta, en todo caso, es capaz de juicios de verdad. Porque, como hemos visto, este juicio es la organización de un número dado de hechos atendiendo a relaciones significativas, como las de causa y efecto, orden, estructura y función. Por ejemplo, si hay en esta sala veinte personas, esto supone veinte juicios de hecho. Pero, ¿cuál es la verdad acerca de la presencia de esas veinte personas en esta sala? Para responder a esta pregunta, tenemos que abandonar la esfera sensorial de la facticidad fe-

noménica y entrar en la del significado, o de la idealidad, invocando el concepto de finalidad, o *la razón por la cual* están aquí esas veinte personas, que no es otra, ostensiblemente, que estudiar la filosofía contemporánea en los Estados Unidos. Así, pues, la causa es una finalidad específica, y el efecto es nuestra presencia aquí.

Quizás la mayor gloria del hombre sea su capacidad para vivir en este plano de las ideas, o idealidad. Esta capacidad de la mente para *pensar* el mundo y la vida, con conceptos, categorías, signos verbales, juicios, metáforas, símbolos, mitos, hipótesis científicas, concepciones filosóficas y fes religiosas, esto es lo exclusivamente humano, frente a los aspectos no humanos del mundo. De esta capacidad para combinar ideas nacen las ciencias, las artes, la filosofía y la religión, en realidad la civilización y la cultura mismas. El hombre civilizado vive y bracea diariamente en un mar de ideas mediante símbolos de ideas como los alfabetos, los signos matemáticos, las notaciones musicales, etcétera. Por el poder de las ideas y de sus símbolos, el hombre ha desposado su inteligencia con la facticidad, la idealidad y la realidad. Por ejemplo: sobre lo puramente dado de su planeta ha trazado una red de latitudes y longitudes en el espacio; sobre el fluir del puro cambio y de la sucesión en el tiempo ha construido sus calendarios y sus registros. Las inteligencias maduras viven mucho más en el plano de la idealidad que en el de la mera facticidad.

El cuarto plano de la experiencia es la realidad. Es evidente que no me refiero aquí a la realidad como un todo, pues esta es el tema propio de una metafísica especulativa que, hasta cierto punto, debe transcender la experiencia directa. Me refiero a la realidad tal como es conocida y sentida, tal como la creemos, *dentro* de los límites de la experiencia humana. La realidad total será el tema de la parte siguiente de este capítulo. Hay tanta diferencia, para fines analógicos, entre la realidad como un todo y la realidad como experiencia, como entre el espacio matemático absoluto de Newton y el espacio existencial y estéticamente experimentado.

En este cuarto plano de la realidad aparece el tercero, último y más importante de los juicios humanos: el juicio de valor. Así como el juicio de hecho presuponía la efectividad y el juicio de verdad presuponía el de hecho, así los juicios de valor presuponen tanto los juicios de hecho como los juicios de verdad. La riqueza peculiar de los juicios de valor está en que

son simultáneamente las tres clases de juicios, pero con predominio del aspecto valorativo.

Sólo cuando el individuo tiene en cuenta el *valor* de los hechos y de las verdades, siente y cree que se ha acercado todo lo posible a la realidad *para él.* Porque se registran hechos y se busca la verdad precisamente porque hay la intuición previa de que el hacerlo tiene valor; en realidad, el hallazgo de hechos y el descubrimiento de verdades son de valor instrumental para la investigación de los supremos valores del bien, la belleza y la verdad absoluta.

No es esta la ocasión de entrar en la complicada región de la teoría general del valor; pero es necesario, en el momento presente, distinguir los dos grandes tipos de valor en relación con sus efectos sobre la experiencia, a saber: valores filosóficos y estéticos, que requieren *estimación* valorativa; y valores morales, que requieren *aplicación* o dedicación para ser realizados. Mientras que un sistema filosófico —Santayana dijo en una ocasión que todo gran sistema filosófico es como un poema— y una obra de arte se presentan al sujeto estimador como acontecimientos culturales ya realizados, una situación moral pone a uno ante la exigencia de que compruebe su valor para él mismo ejercitando su propia voluntad y su esfuerzo. El *encanto* de la obra de arte está en que, si es una obra maestra, es una combinación espléndida de hechos, verdades y valores; la *incitación* de la obligación moral consiste en que el sujeto debe contribuir a realizar el valor para sí mismo por su propio esfuerzo. La una requiere el ejercicio de la facultad estimativa. La otra requiere consagración y esfuerzo. Históricamente, la religión exige una combinación de ambos tipos de reacciones, dando nacimiento, por una parte, a la *contemplación* del ser de Dios, y por otra parte a la *consagración* a la voluntad de Dios en la conducta. En religiones como el hinduísmo y el budismo, lo importante es la contemplación meditativa; en religiones como la zoroástrica, la judaica, la cristiana y la islámica, lo importante es la dedicación o consagración, porque, en esos monoteísmos éticos, lo importante es *hacer* la voluntad de Dios. Pero aun en el cristianismo calvinista, con toda su vigorosa insistencia en la realización de la voluntad divina, hay el famoso Catecismo de Westminster, que empieza: "El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozarlo eternamente".

Así, pues, en resumen, hallamos que la palabra clave de los juicios de hecho es inconexión o atomicidad, y nos da el

plano de la facticidad; que la palabra clave de los juicios de verdad es conexión u organicidad, y nos da el plano de la idealidad; y que las palabras claves de los juicios de valor son estimación y aplicación, y nos dan el plano de la realidad, porque es la combinación de hechos, verdades y valores lo que da a la experiencia en este plano el sentimiento de realidad. La vida humana no es el plano crudo, estúpido y pasivo de lo dado, o de la facticidad; es una sorprendente fusión de lo dado, de hechos, de ideas y de valores en una intuición poderosa y total de la realidad.

La experiencia, pues, *se hace* dinámicamente real, a medida que sucesivamente se confrontan actualidad y facticidad, facticidad e idealidad, y facticidad e idealidad con realidad. En términos fenomenológicos, las experiencias supremas de la verdad, la belleza, el bien y Dios nacen de la percepción de los hechos por el hombre, generalizados por la razón en la verdad, vivificada por la valoración en deseabilidad y posibilidad, y realizada por la previsión y la fe en realidad. Por eso llamé "empíricos" esos encuentros de la vida del hombre con los planos de la experiencia; y son también, aun en este plano empírico y fenomenológico, "neo-platónicos", ya que encontramos el principio de la jerarquía de la experiencia combinado con la polaridad creadora de los contrarios en cada uno de los planos y entre los diferentes planos. En este aspecto, pues, veo mi filosofía como un empirismo neo-platónico; pero me vi obligado a designar neo-platonismo empírico mi posición definitiva sobre el fundamento lógico de que una metafísica de la realidad como un todo debe comprender la fenomenología de la experiencia cuatriplana del nombre, como el ser debe, lógicamente, preceder a la experiencia del ser. Pues si el hombre es un microcosmos está comprendido en el macrocosmos y el origen de los caracteres de su experiencia tiene que depender en definitiva de los caracteres de los planos mismos del ser que hacen posible su experiencia. Y así, creyendo, como yo creo, que los modos de la experiencia humana son correlativos con los modos del ser, pasamos de la fenomenología de la experiencia a una metafísica de la realidad total.

De la experiencia a la realidad total el paso es considerable; pero si los caracteres de la experiencia dan indicios claros de

la naturaleza de los modos del ser, el paso no es tan grande como pudiera creerse.

Aunque en realidad debo mucho al neo-platonismo clásico de pensadores del pasado, como Plotino, Erígena y Swedenborg, emplearé aquí la palabra "neo-platonismo" adaptándola a mi propio sistema. El hecho de que yo defina mi metafísica como neo-platónica basta para atribuir el mérito a quien se debe; pero califico mi neo-platonismo con el adjetivo "empírico", el cual, cuando se relaciona con la metafísica, expresa mi propia filosofía con todos los méritos que puedan corresponderle.

Así como procedí *inductivamente* en la descripción de los modos ascendentes de la experiencia, procederé ahora *deductivamente* de la naturaleza de la realidad como tal a los modos descendentes del ser; y finalmente, procederemos *dialécticamente* engranando los modos de la experiencia con los correspondientes modos del ser, para terminar con un breve examen de los resultados del neo-platonismo empírico cuando se le aplica al arte, a la ética, a la psicología, a la lógica y a la religión.

El concepto nuclear de esta metafísica es el Ser Divino. Elijo esta expresión con preferencia a la palabra Dios, porque esta última está tan incrustada de acrecencias de sentido tanto históricas como psicológicas, institucionales y piadosas, que, aunque suficientemente apropiada en sus contextos, para nuestra presente finalidad no haría otra cosa que empañar el esfuerzo por la pureza semántica y la claridad metafísica. Otra razón más positiva para preferir la expresión "Ser Divino" es que se entenderá que incluye tanto los aspectos personales como los impersonales del Ser Supremo. Olvidan con frecuencia los secuaces del cristianismo, con su constante insistencia sobre la personalidad de Dios, que la complicada doctrina cristiana de la Trinidad, con toda la importancia que concede a las Tres Personas, habla también de las Personas como derivadas en común "una sola *substancia*", la cual es, evidentemente, tan impersonal como puede serlo cualquier esencia.

La naturaleza íntima del Ser Divino es, en un sentido neoplatónico, SER, en el sentido más extremado y pleno. Y no significa "existir", porque "ex-istere" es derivarse de otra cosa. Todos los argumentos para demostrar la existencia del Ser Divino me ha parecido siempre que nacen de la falacia fundamental de confundir "ser" y "existir". Hablar de los "atribu-

tos" divinos como *existentes* tiene más sentido; pero el Ser Divino en sí mismo no *ex*-iste, sino que ES, simple y puramente.

Del abismo del Ser Divino, tan inexcrutable, tan inefable y tan transcendente del poder del pensamiento y del discurso humanos, surge el impulso, de su ilimitada plenitud, a desbordarse. Este desbordamiento se manifiesta en emanaciones que, de acuerdo con su proximidad o lejanía de la Fuente Divina, forman planos o niveles jerárquicamente ordenados. Este gran movimiento hacia afuera puede llamarse involución; es decir, que cada plano del ser, con su naturaleza, límites y potencialidades propios, está primeramente *im*plícito en el Ser Divino hasta que, en orden descendente, alcanza el nivel extremo como energía física o inorgánica, o mundo natural. Una vez que el movimiento involutivo ha terminado en el plano de la energía física, que, como posee el mínimo grado de finalidad o valor intrínseco dentro de sí misma, es metafísicamente, la menos divina; una vez, repito, que el movimiento involutivo ha terminado en la energía física, puede verse entonces el primer indicio del gran retorno, o movimiento evolutivo que, empezando por tipos de estructura atómica en los elementos químicos, asciende a estructuras cristalinas en los minerales, a especies orgánicas en los reinos vegetal y animal, hasta que surge en el hombre como espíritu, auto-conciencia, razón y conciencia de Dios. Porque el hombre, espiritual, es el ser transcendente de esta tierra, que trasciende a todos los órdenes más sencillos de la naturaleza y aun a sí mismo por su conocimiento y sus valores constantemente re-creados. El hombre es, en verdad, la criatura que se auto-trasciende. El lago no aspira a convertirse en montaña, ni el insecto a convertirse en elefante. Pero el hombre siempre aspira a un ser más alevado, no sólo en esta vida, como lo expresó la teoría del super-hombre de Nietzsche, sino también, mediante la fe religiosa, en otra vida y en otro mundo más allá de éste.

El hombre, que resume en su cuerpo y en su mente toda la evolución previa, y que aspira conscientemente a consumar el movimiento evolutivo hasta que haya regresado a la Fuente Divina de su ser, y que él mismo ha llegado a ser como un dios eterno, es verdaderamente un microcosmos. Desde el *Timeo* de Platón hasta el *Mikrokosmos* de Lotze ha habido una noble tradición expresiva de esta idea. Pero la concepción del hombre como un ser microcósmico, en quien se encuentran e

irradian todos los planos del ser, quizás no la expuso nunca nadie con más elocuencia que Henry James, padre:

> En resumen, no encuentras ninguna forma animal unitaria por debajo de la humana. El león está lejos de toda armonía con la vaca, la zorra con la oveja, la serpiente con la paloma: a dondequiera que mires, la diversidad, no la unidad, la discordia, no la concordia, es la ley de la vida animal. Un animal hace presa suya a otro; la mitad del reino animal vive destruyendo a la otra mitad. Ahora bien, el hombre... resume todas esas diferencias características de las naturalezas inferiores, y las fusiona en el seno de su propia unidad. No sólo es devorador como el fuego e inestable como el agua: es firme como la roca, duro como el acero, sensitivo como la flor, gracioso y flexible como la vid, majestuoso como el roble, humilde como el arbusto. Pero en especial reproduce en sí mismo todas las características de los animales. Es indolente como el perezoso, laborioso como la abeja, estúpido como el buey, previsor como el castor, ciego como el murciélago, de larga y penetrante vista como el águila, se arrastra como el topo, se remonta como la alondra, es valiente como el león, tímido como un cervato, astuto como la zorra, cándido como la oveja, venenoso como la serpiente, inofensivo como la paloma: en suma todos los irreconciliables antagonismos de la naturaleza animada se encuentran y se besan en la unidad de la forma humana... Es esta universalidad de la forma humana la que la dota de la supremacía en la naturaleza y la hace capaz de encerrar la infinitud divina. Porque resume adecuadamente en su propia unidad el universo de la vida; porque absorbe, por así decirlo, y reproduce en su propia individualidad todas las formas minerales, todas las vegetales, todas las animales, reclama el legítimo señorío de la naturaleza.

El hombre como universo en miniatura, reunido en su propio ser y expresado a través de él, está perfectamente de acuerdo con la descripción de los planos de la experiencia tal como los hemos expuesto más arriba, en este mismo capítulo. Desde el instintivo y automático plano animal de mero impulso hacia la supervivencia física, hasta la busca de la libertad, de la inmortalidad y de Dios, el hombre sondea la jerarquía de la experiencia y del ser, ya que los modos de la experiencia están engranados con los modos del ser como el efecto con la causa.

Veamos ahora más de cerca los principios fundamentales de la metafísica neo-platónica que yo propugno. Divido y designo esos primeros principios en tres, formulado cada uno de ellos en una tríada. La primera es la tríada *ontológica* de los mundos divino-humano-natural. Hay, desde luego, muchos grados de ser en cada mundo. La segunda es la tríada *estructural* de orden-jerarquía-polaridad. El orden es aquí lo fundamental, y se presenta en la jerarquía de los planos o niveles graduados; y en cada plano, así como entre los diferentes planos, opera el principio dialéctico de polaridad que da el carácter de tensión creadora, haciendo interminablemente nuevas síntesis de los conflictos, y a veces de las coincidencias, de los contrarios. La tercera tríada es la *funcional* de fin-causa-efecto, en la cual encontramos en esencia las causas final, formal, eficiente y material de Aristóteles. La causa final es el "fin" o propósito-*para*-el-que; la formal es la estructural, o forma-en -que; las causas eficiente y material, o "efecto", es la causa-*por*-la cual y *con*-la cual. O dicho a mi manera, el "fin" es el propósito para el cual se emprende una acción creadora, ya por iniciativa divina ya por iniciativa humana; la "causa" se refiere a la red inmediata de normas formales y de fuerza eficiente llamadas a actuar en una acción; y el "efecto" se refiere a las consecuencias realizadas de fin y causa. Estas tríadas —ontológica, estructural y funcional— no pueden ser demasiado estrictamente deslindadas. En realidad se cruzan y mezclan con otras de un modo inconcebiblemente complicado.

¿Cuáles son, al acercarnos al término de nuestra exploración, las ventajas del neo-platonismo empírico? Creo que son dos principalmente: 1) Al postular la involución, el neo-platonismo escapa al absurdo del evolucionismo emergente, en el que, de algún modo, aunque nunca explicado, del espacio y el tiempo emerge la materia, de la materia, la vida, de la vida, la mente, de la mente, la deidad. Esto me ha parecido siempre una metafísica de la magia, y no la de la experiencia ni la razón. Es una filosofía de la realidad que intenta levantarse desde el espacio hasta Dios tirando hacia arriba de los cordones de sus zapatos. Y si el evolucionista dice que tal proceso estaba implícito desde el principio, como la encina está implícita en la bellota, yo le replicaré: "Si ese proceso estaba implícito, entonces eso es precisamente lo que el filósofo neo-platónico llama involución". La capacidad de evolucionar está primeramente comprendida en la acción original del Ser Divino, al

formarse los modos subordinados de ser en la jerarquía descendente de planos o niveles.

Hablando en términos más positivos, el neo-platonismo empírico abarca tánto y sus normas son tan extraordinariamente fértiles, que puede albergar lógicas y metodologías diferentes, pero con una condición: que se reconozca que ningún punto de vista ni ningún método es exclusivo, y que deben mirarse con buena voluntad los derechos de los sistemas rivales. Porque, dependiendo de la finalidad y amplitud de la investigación, hay lugar para un *naturalismo* limitado si el pensamiento está enfocado sobre el mundo de la energía física, o mundo natural; para un *humanismo*, válido aunque limitado, si está enfocado sobre el mundo humano; y para el *teísmo* o el *panenteísmo,* si ocupa el foco del pensamiento el mundo divino. Además, esta filosofía permite una gran flexibilidad de enunciados, según se filosofe desde el punto de vista involutivo o desde el punto de vista evolutivo. Por ejemplo, si se filosofa desde el movimiento involutivo, descendiendo del Ser Divino, puede hablarse de un naturalismo supernaturalista; o desde el movimiento evolutivo, ascendiendo hacia el Ser Divino desde la naturaleza, puede hablarse de un supernaturalismo naturalista.

Alguien dirá: "¿No es este un eclecticismo acrítico?" Yo contestaría: "Tu crítica se equivoca en cuanto a la verdadera intención de mi metafísica, porque lo que yo he procurado ha sido encontrar una metafísica que, sin ceder nunca en rigor crítico, haga justicia a esa complicada interpenetración e interdependencia entre la mayor parte de las escuelas filosóficas contemporáneas, que tienen que reconocer todos los pensadores vigilantes de nuestro tiempo". Como observa Bochenski, el neorrealismo inglés nace de una especie de fenomenología, de ideas empíricas y de la metafísica. El neopositivismo tiene estrechas relaciones con elementos tales como el empirismo clásico, el neorrealismo inglés, la crítica de la ciencia y la fenomenología de Husserl. La fenomenología misma opera vigorosamente en la metafísica y el existencialismo, en tanto que el existencialismo es un *potpourri* de aportaciones del idealismo, el positivismo, la fenomenología, la filosofía de la vida y la metafísica. La misma entremezcla complicada se ha señalado en los capítulos anteriores respecto de las relaciones entre el idealismo, el realismo, el pragmatismo, el naturalismo y la filosofía de la civilización norteamericana. Tengo fe apasionada en que el neo-platonismo empírico, aunque requiera aun ulte-

riores desarrollos en determinados detalles, proporcione en principio la visión más adecuada de la experiencia y de la realidad total de que pueda disponer el hombre. Es suficientemente vasto y variado, y posee unidad y diversidad bastantes, para admitir lo que haya de válido en todas las escuelas de la filosofía contemporánea.

Finalmente, el neo-platonismo empírico puede enriquecer todas las ramas de la filosofía. En la filosofía de la literatura, puede dar hondura ontológica a conceptos como los de comedia, *pathos,* tragedia e ironía; en filosofía social y política puede suministrar un organicismo fundamental combinado con la jerarquía de las funciones de las clases y con los métodos democráticos, para determinar la acción social y política; en psicología, puede subrayar la importancia de las psicologías de la *gestalt,* de la profundidad y de la cultura, para complementar las psicologías behaviorista y de laboratorio; en lógica, hacer que se reconozcan los tipos formales, simbólicos e inductivos, con una lógica metafísica dialéctica como método para el nivel más elevado de pensamiento filosófico; en ética, destacar el concepto de la autorrealización del hombre *completo,* buscando como fin la armonía entre todos los planos de su experiencia; en filosofía de la religión, hacer que se comprendan las diferentes etapas de la experiencia religiosa, desde el animismo hasta las formas más elevadas de misticismo. Así, pues, sostengo que el neo-platonismo empírico satisface todos los criterios de una filosofía perenne, porque posee verdad, economía, elegancia, alcance cósmico y visión espiritual.

Las profundidades del Ser Divino, Espiritual y Natural, están inconscientemente implícitas en la entrada del hombre en la existencia, y el hombre evoluciona conscientemente de la actualidad, la facticidad y la idealidad a la realidad —o a los planos del ser— de que era inconsciente al nacer. Así entra el hombre en el mundo y entra el mundo en el hombre. Tal es la experiencia, la fe y la visión de la filosofía del neo-platonismo empírico.

LAS FIJACIONES SOCIALES: AFECTIVIDADES, RUTINAS, CREENCIAS

Por *Álvaro* FERNÁNDEZ SUÁREZ

¿Qué son las fijaciones?

POR de pronto, como dice la palabra, las *fijaciones* son estructuras de la mente que tienen estabilidad y duración, capaces de resistir, incluso, al desmentido y al embate de la realidad adversa: efectivamente, un grupo social puede llegar al extremo de perecer antes que sacrificar sus *fijaciones.*

Cierto que el condicionante objetivo —el orden de las cosas y de los hechos, el molde material— gobierna el destino y la conducta del hombre, hasta cierto punto. Pero la realidad es una, en sí (en sí, quiere decir cuando la consideramos —o la fingimos— prescindiendo del hombre) y otra en cuanto constituye mundo y circunstancia, es decir, un orden objetivo, pasado por la conciencia humana. Y la conciencia del hombre puede enfrentar la realidad de muchas maneras, incluso negándola (aunque sea a costa de pagar con la muerte o con otros males esta negativa).

De ahí se deduce la importancia que tienen, en la conducta de los individuos y de las sociedades, sus *fijaciones.*

Casi es innecesario decir, después de las anteriores palabras, que hemos tomado la expresión del campo de la psicología. Los psicólogos (véase Freud) acuñaron la palabra para designar estructuras similares a las que nosotros estamos señalando en la esfera social. Pero está claro que median —luego lo veremos— diferencias esenciales entre las *fijaciones* de los psicólogos y las que encontramos en la cultura y en las sociedades. O al menos esto creemos nosotros, por lo demás tan indoctos, en una como en otra, de las dos disciplinas que se ocupan de estas materias.

Insistimos en que lo propio de las *fijaciones* sociales es su tenacidad. Aun contrariada por la realidad misma, como

hemos dicho, puede resistir mucho tiempo la fijación, y si bien algunas veces la desarraiga una experiencia catastrófica otras veces soporta esta prueba extremada y brusca.

Si las *fijaciones* resisten a la experiencia que las contraría, ¿cómo no han de triunfar de la razón? Los argumentos lógicos son, para las *fijaciones,* como una manada de perrillos que ladran a un viejo ídolo de piedra.

En fin, las *fijaciones* son rocas íntimas, plantadas secularmente en el alma de un pueblo, que sólo con lentitud erosionan las lluvias y los vientos y conmueve y trastorna, alguna vez, un terremoto. Y sin embargo, a veces ceden y pueden ser expulsadas, si se emplea, en este siempre delicado trabajo, a modo de botador, otra *fijación.* Las *fijaciones* son los mejores martillos para golpear y destruir las *fijaciones.*

Quizá se suponga que estamos refiriéndonos a las tradiciones, aunque con otro nombre. Pues bien, no. Las tradiciones son el ramaje que —eso sí— suele estar implantado en el tronco nutricio de una o de varias *fijaciones.* Las *fijaciones,* como luego veremos, son en sí mismas sencillas, estructuralmente hablando. En cambio las tradiciones constituyen sistemas complejos de ideas, costumbres, instituciones, y por eso mismo brindan más presa al ataque de la razón o de una fuerza compulsiva externa o de una experiencia adversa. Pero las *fijaciones* están más abajo y predomina en ellas la mera afectividad, a menudo sin estructuras formales, visibles o explícitas. Por lo demás, hay tradiciones cuyo soporte fijado es muy fuerte y las hay que no se injertan en un pie resistente y tan vivo. Depende. Cuando la tradición tiene sus raíces muertas o —dicho de otro modo— no se nutre en una *fijación,* el embate externo, por ejemplo una reforma política sostenida enérgicamente, basta para destruirla. Pero si tiene vivas las raíces sólo otra estructura animada por la fuerza de una *fijación* diferente, será capaz de cambiar o eliminar del campo social la tradición atacada.

La característica radical de estos resortes psicosociales explica que una misma *fijación* pueda dar vida a tradiciones diferentes sin relación aparente entre ellas e incluso conceptualmente contradictorias.

Es característica de las *fijaciones* la extraordinaria sensibilidad del sujeto cuando se trata de tocarlas o de removerlas. La respuesta parece, a menudo, insensata, y desproporcionada a la acción que la provocó. Por ejemplo, un pueblo se amotina

por un asunto de indumentaria o por una diferencia ridícula que no debiera suscitar semejantes movimientos. Es que hay una *fijación* debajo. No es el pretexto enunciado lo que produjo el movimiento sino la *fijación* lesionada.

Esto hace pensar que la fijación está implantada en un campo parecido al que caracteriza el de las neurosis. No nos sorprendería que un psicólogo descubriese en determinadas *fijaciones* una conformación neurótica; pero no entraremos en ese terreno. ¿Puede ser neurótica toda una sociedad o la mayoría de sus miembros? Parece difícil admitirlo, al menos en el sentido patológico de la palabra. Pero —esto sí— es perfectamente posible que un sujeto o un grupo de sujetos neuróticos hayan logrado, con ayuda de otros factores, imponer a muchos individuos y dejar fijada después en la comunidad una estructura en la que se rastrea la ascendencia, el semen tarado del héroe creador. Y más aún —porque aquello otro tendría poca importancia— sucede, tiene que suceder, creo, y los sociólogos y psicólogos lo testimonian, que haya, como hay, instituciones capaces de generar traumas neuróticos en muchos individuos de una sociedad. ¿Por qué no? Piénsese en ciertas violencias y tensiones del matrimonio y en la relación —asimismo distorsionante, a veces, o muy conflictual— entre padres y madres e hijos. Por último, las situaciones productoras de neurosis pueden sucederse en cadena, de generación a generación. En tales hipótesis o en tales circunstancias, la *fijación* puede ser técnicamente identificada con una neurosis y quizá sea identificable en determinados casos particulares.

¿Cuál es, pues, la diferencia? En primer término no hemos admitido y no parece que sea, al menos, una evidencia, el carácter neurótico de todas las *fijaciones*. Por tanto, hay *fijaciones* que son, simplemente, respuestas afortunadas a determinada incitación, fijadas por el éxito. Incluso es lo corriente, lo más común, en lo que hemos llamado con ese nombre tal vez demasiado psicológico. Y aquí está la gran diferencia —en términos genéricos y salvadas las excepciones— entre todas las *fijaciones* y la neurosis: consiste la diferencia en que la *fijación* no hubiera arraigado secularmente en una sociedad sino sirviera de algún modo afortunado al grupo. Por tanto, la *fijación*, en un período de su vida, tuvo que ser un éxito, tener éxito social. Pero la misma neurosis —en los individuos— cuando constituye un éxito social, no es una enfermedad sino todo lo

contrario, no es nada que inferiorice al sujeto sino al revés; ha de verse y lo vemos —lo ven los propios psicólogos— como un valor. Lo que intensifica, afirma, expande y glorifica la vida no es nunca un mal, una enfermedad. Y no hay más criterio para distinguir la enfermedad de la salud que el daño (dolor por ejemplo) y la destrucción que la enfermedad causa a la vida. Pero si un agente cualquiera engrandece la vida, la hace más plena, le llamaremos salud. Las *fijaciones*, sean de la índole que fueren a los ojos de los psicólogos, vistas desde el ángulo social, han sido saludables alguna vez.

Para el individuo portador de una *fijación,* vista en contraste con la crítica racional, se trata, prácticamente, de una de esas evidencias que no se someten a examen, en realidad. El sujeto, aun contra toda objeción sólida, obra de acuerdo con su creencia fijada. Se asombra o se irrita si alguien le discute la racionalidad y el buen sentido de una conducta inspirada por la *fijación.* Es un automatismo de reacción, un resorte que se dispara en cuanto le tocan y cuya potencia domina y subordina el juicio.

El automatismo de reacción de los sujetos que obedecen a sus *fijaciones* y la consistencia de las *fijaciones* mismas, configuran el sistema estructural que hace previsible la conducta de una comunidad humana en determinada coyuntura. Estamos refiriéndonos, claro está, sobre todo, a aquel campo de elección del hombre no extremadamente condicionado por imperativos del molde objetivo, físico o natural. Ya se sabe que un hombre hambriento o una sociedad de hambrientos, si se les ofrece un objeto capaz de satisfacer, de inmediato, el hambre, verosímilmente se precipitarán sobre él. Aquí el molde objetivo, es decir, los condicionantes materiales, gobiernan la conducta y ésta será más parecida en todos los casos y en todas las sociedades. Por supuesto, cualquier muchedumbre, en cualquier parte, ante un incendio que avanza, tenderá a huir e igualmente frente a cualquier otra gran calamidad. Es una reacción previsible de tipo extremado, en la que las *fijaciones* tienen menos influencia o la tienen *fijaciones* precisamente de tipo general humano, muy elementales. Pero hay otro territorio más abierto a la elección de conducta donde el sujeto goza de mayor libertad y sufre menos apremio: por ejemplo, la actitud de un pueblo frente a un problema social o político. El que ese pueblo y, en primer lugar, sus dirigentes, escojan una

u otra respuesta, entre las que se les ofrecen, depende prácticamente de las *fijaciones* propias de la sociedad en cuestión.

Es cierto, sin embargo, que cuanto más se cultiva la racionalización y la crítica en una comunidad, menos unánime será el ámbito y la presencia de las *fijaciones*. Esa sociedad crítica, tendrá muchos discrepantes aun contra las *fijaciones* más caracterizadas del grupo. En cambio, en una sociedad primitiva, menos crítica o cultivada en el orden racional o más cerrada al contacto con el exterior, las estructuras fijadas operarán sin encontrar resistencias, sin que se formen, normalmente, grupos disidentes considerables. Pero, en definitiva, nadie, y ninguna sociedad humana, rige su conducta por el discurso nacional. Son las *fijaciones,* llegado el caso serio de decidir, las que gobiernan.

Ahora mismo, tenemos a la vista el caso de Francia, quizá la sociedad occidental más trabajada por el racionalismo y donde más se cultiva el juicio crítico. Sin embargo, Francia es una comunidad con fuertes *fijaciones,* a las que obedece u obedecen sus grupos dominantes y la generalidad de los sujetos, en la conducta colectiva. Estamos pensando, pongamos, en la actitud francesa frente al gran fenómeno actual de la emancipación de los pueblos coloniales y, más especialmente, en el caso de Argelia. Al menos para nosotros, el problema de Argelia, visto en un plano racional, es bastante claro en su planteamiento. Partimos del supuesto de que la gran mayoría de los franceses querría, evidentemente, conservar la posesión de Argelia, de lo que es indicio convincente que se hayan esforzado en retener esta posesión todos los partidos, desde la derecha extrema a la izquierda socialista. Mientras se creyó que el ejército podría resolver la situación en favor de la metrópoli, ningún grupo de gobierno pensó en abandonar el dominio sobre Argelia. Si más tarde algunos sectores se inclinaron por fórmulas de compromiso e incluso por el abandono, fue a la vista de una experiencia: la de que las fuerzas armadas no habían podido aplastar la rebelión. Por tanto, en buena lógica, si los franceses pudiesen razonar en este asunto libremente, no se montaría un seudoconflicto en torno a fórmulas tales como la "autodeterminación" (de De Gaulle o de otros) y la "integración" (de las derechas y de los europeos de Argelia). Tales fórmulas —la una y la otra— lo que hacen es esquivar el verdadero problema. El verdadero

problema consiste en saber si el ejército está en condiciones de vencer. Si el ejército no vence, Argelia se emancipará sin remedio, de un modo o de otro, pues la tercera posición consistente en una guerra indefinida a la larga será la derrota de ese ejército, incluso aunque no se de ninguna batalla decisiva. El expediente intermedio de la colaboración argelino-francesa, inventado por De Gaulle, como camino "razonable", por ser intelectual, e incluso "razonable", precisamente, es absurdo. En política todas las soluciones intelectuales son absurdas, necesariamente, en cuanto suponen la posibilidad de un equilibrio obtenido por la razón en fenómenos que se gobiernan básicamente por fuerzas ciegas. Por tanto, la *autodeterminación* del general De Gaulle supone, lo mismo que la *integración* de los ultras, la victoria del ejército francés, como hecho previo. Pero si esa victoria se produjese, no habría nunca autodeterminación, en el sentido riguroso de la palabra: habría la voluntad del vencedor que decidiría (y es lo que está implícito en el plan del general De Gaulle). Si el ejército no vence, entonces la autodeterminación será la independencia. Pero la alternativa no cambia nada si cambiamos la palabra *autodeterminación* por la de *integración.* En realidad ambas palabras significan exactamente la misma cosa, en los hechos. Así pues, la fronda airada que mueven los ultras y el propio ejército francés en favor de la "integración" y contra la "autodeterminación" no es sino una manera de disimular la incapacidad de las armas francesas para pacificar a Argelia. Echándole la culpa a la "autodeterminación", es decir, a los políticos, a los izquierdistas, al general De Gaulle, a quien sea, se elude el contemplar de frente la realidad verdadera que es la importancia del estamento militar para realizar la tarea que los franceses, en general, esperaban de él.

Pero lo que se trata de preservar y encubrir no es el ejército, tampoco, sino una *fijación* herida y muy sensible que está detrás.

Sin embargo queremos matizar un poco estas razones. Por supuesto, ni los argumentos ni los sentimientos son tan sencillos como los presenta nuestro esquema. Pero ningún matiz quita valor a la armazón lógica de que hemos hecho uso anteriormente. Cierto que los llamados "ultras" creen o dicen creer que el mero enunciado de la autodeterminación

tiene consecuencias substanciales negativas, incluso aunque sea una hipótesis dialéctica o un juego político, porque incide sobre la moral de la población indígena y de los franceses, combatientes o no, en cuanto crea un estado de inseguridad, de falta de confianza en el futuro, y estimula a los enemigos de Francia a seguir luchando. Hay en esto una dosis considerable de verdad. Pero quienes se aferran más allá de lo prudente a esta verdad, quieren ignorar que la tesis intransigente, cerrada a la negociación, ya tuvo larga vigencia y se desgastó corroída por la persistencia de la rebelión no vencida. ¿Por qué habría de ser más eficaz ahora? En el fondo, este alegato no cambia nada en el planteamiento que hicimos. Si el ejército hubiera vencido a los rebeldes, no se hubiera hablado de autodeterminación y si los vence, lo mismo da que se haya usado esa palabra u otra cualquiera. Lo demás es hacer ruido para aturdirse, para no sentir el dolor de la *fijación* mordida por la realidad.

¿Cuál es esa fijación *que nos sirve de ejemplo?*

Antes de responder digamos aún otra cosa: que, a nuestro juicio, y al de otros muchos, lo que se teme no es un daño castastrófico para la vida de la comunidad francesa. También en la exageración de los males que implicaría la pérdida de Argelia entra en juego la defensa de la *fijación* lesionada, esa *fijación* que la viva actualidad nos ofrece como un buen ejemplo. Lo que se teme perder, sobre todo, no es una ventaja material —riqueza o poder efectivo— sino otra cosa: es el miedo a sacrificar el "prestigio", llamado, en este caso, "grandeur". Y aquí está la *fijación.*

La "grandeur", una forma de orgullo expresada en exteriorizaciones no siempre substanciales, es un brote de la vieja raíz, de la vieja *fijación* que viene rigiendo la historia de Francia desde hace siglos. La encontramos —dando un salto atrás— en un retrato, en el retrato de Luis XIV hecho por Rigaud que está en el Louvre. Aparece el rey envuelto en una pesada capa que cae hacia atrás y deja descubiertas las piernas, calzadas en medias ceñidas, y dispuestas en una postura afectada, al modo de un paso de baile. Más arriba, el bastón, en el que se apoya la mano, más alta aún, la gran nariz caída, la boca curvada en una expresión de orgullo y coro-

nándolo todo la altísima y rizada peluca. Todos hemos visto ese retrato y lo hemos admitido, tal cual está y es, sin mayor sorpresa, sin preguntarnos cómo pudo constituir un estilo. Esa pintura es la imagen misma de vanidad y de la afectación y responde a un estilo que, hoy, sería impensable. ¿Por qué los hombres de la época pudieron ver en aquel retrato una expresión admisible, un modo de producirse de la realeza, acorde con la venerada institución? No deja de ser extraño. Pero tal vez lo explique este otro retrato, no de formas y colores sino hecho con palabras: "En su majestad superior a la medida humana sentíase la nación más alta; en ella admirábase a sí misma. Tal es también el fundamento de que el afán de gloria que animaba a Luis XIV hallase en el pueblo, durante mucho tiempo, apoyo y aplauso, a pesar de todos los sacrificios que imponía. Pues en íntima unión con la vanidad, dominaba el pensamiento y la acción de los Borbones una inextinguible sed de gloria". (Walter Platzhoff. *La época del absolutismo,* Historia Universal, Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1934, p. 35).

En parte esta figura respondía a caracteres comunes de la época y a la influencia del barroco. Pero no. En Inglaterra y mucho menos aún en España, hubiera sido imposible, en aquel mismo tiempo, un retrato del rey como el pintado por Rigaud. Velázquez jamás presentó de este modo a Felipe IV. Sin embargo, este Habsburgo era también orgulloso y su pueblo quizá lo fuese, en el fondo, más que el pueblo francés. Pero las *fijaciones* eran otras. El estilo también. El orgullo del rey o del pueblo, en el caso español —de otro modo, asimismo, en el caso inglés— tenía que manifestarse de distinta manera, con una cierta distancia melancólica, con más sencillez de forma, con un protocolo rígido pero no pomposo. Son otras *fijaciones.* Aquí la grandeza va unida a una especie de sentimiento ascético y estoico que presiente, anticipadamente, y acepta, la adversidad y el fracaso en primer lugar, el fracaso de toda vida humana, por gloriosa que sea (como se presiente en Carlos V, en Felipe II).

La *fijación* que erige la pompa de Luis XIV y su estilo, produce, más tarde, a Napoleón Bonaparte (la boda de Napoleón, pintada por David, tiene, sin embargo, un aire de representación teatral, pero es un hecho serio referido a la *fijación* nacional y al precedente de Luis XIV). Aunque la empresa

napoleónica, cuyo motor fue la *fijación* de grandeza narcisista —Francia es narcisismo—, se frustró a la postre, la *fijación* misma sobrevivió. Francia, en este caso como en otros trances de su historia, más recientes, se abrazó con su sentimiento de superioridad —narcisista—, y se afirmó en la confianza en su propia excelencia. Esta actitud constante produjo o contribuyó a producir el desastre de 1870 (aquel "toro galo" que Bismarck provocó era la *fijación* de grandeza narcisista bien conocida por el hábil político alemán). Pero también fue el estímulo que animó la magnífica expansión colonial de Francia en el último tercio del siglo XIX y le dio confianza y continuidad en toda suerte de brillantes trabajos en todas las esferas de la vida, después del desastre. La *fijación* que ha inspirado y animado tantos proyectos y tantas realizaciones atraviesa las crisis de 1914 y la de 1940 (de nuevo la derrota), sobrevive a estas experiencias y gobierna la conducta de Francia en su guerra de Argelia e inspira la política de *grandeur* del general De Gaulle. Si el general De Gaulle ha podido gobernar a Francia fue, precisamente, porque encarna esta *fijación* narcisista, la misma que guió los pinceles del pintor de Luis XIV. En De Gaulle la *fijación* que produce el enquistamiento de Argelia, le sirve, al propio tiempo, para atacar ese mismo quiste, en una contradicción aparente. De la *fijación* toma el general la energía indispensable que le faltaría a cualquier otro hombre de Estado menos representativo de las tradiciones francesas.

Aunque ignoremos el mecanismo merced al cual se formó esta *fijación* nos parece bastante probable que proviene de un sentimiento de inseguridad vencido y superado en un momento de la vida de la comunidad. La estructura de superación quedó fijada, pero el temor oscuro persiste y se expresa en una hiperestesia particular frente a los hechos, las ideas y las perspectivas que amenacen la "grandeza". Tal hiperestesia dolorosa es la causa de que la razón no pueda funcionar libremente cuando se trata de juzgar situaciones donde parecen puestos en juego mortal los sentimientos e imágenes que forman constelación en torno a la estructura fijada.

Está claro, al menos para nosotros, que no se puede gobernar a una comunidad contra sus *fijaciones*. Son las *fijaciones* las que marcan el rumbo, la dirección, los objetivos, y deciden la conducta. Los dirigentes sólo pueden manejar y

combinar las *fijaciones*. Ahora bien, la *fijación* que guía la conducta queda puesta a prueba, ante la realidad, y se afirma o se debilita según se produzca el éxito o el fracaso. El éxito confirma la *fijación*, consolida el esquema de respuesta automática de la comunidad para el futuro. Y si el éxito continúa mostrándose dócil, la *fijación* termina petrificándose. Si en esta situación cambia la coyuntura externa, la *fijación* no es capaz de seguirla y cambiar también para acomodarse a la realidad. Es inevitable que la sociedad pase por un período, a veces muy largo, caracterizado por la incongruencia entre el condicionante objetivo y las respuestas sociales, inspiradas por la *fijación*. Es una especie de locura. La *fijación* sigue funcionando como un mecanismo automático y estúpido. Es el momento en que la comunidad se muestra impotente para suscitar la aparición de jefes o conductores inteligentes. Entonces suele decirse que la sociedad tal, la civilización, "no tienen hombres", están en decadencia. Todos se muestran incompetentes, todos fracasan en la prueba, todos se equivocan, todos se desacreditan. Pero la verdad no es que le falten siempre hombres a la sociedad reducida a este trance estéril. Lo que sucede es otra cosa: cuando aparece un verdadero dirigente, un hombre de genio (es decir, un ser de pensamiento substancial, apto para ver la verdad, para penetrar en la intimidad de lo real), la sociedad lo rechaza una y otra vez, lo aniquila, lo aparta o lo escucha como quien oye llover. Lo rechaza no tanto porque no lo entienda cuanto porque no quiere entenderlo. Y no quiere entenderlo porque este hombre valioso contradice las *fijaciones* petrificadas, inoperantes o dañinas, las *fijaciones* de un pasado que no es ya el presente. Pero la sociedad continúa presa en sus *fijaciones* (por lo demás cultivadas amorosamente por los intereses a que tales estructuras benefician, pero esto es otra cosa). Una y otra vez entrega la dirección, esta sociedad enferma, a dirigentes mediocres, vulgares, aduladores o estúpidos que invocan las *fijaciones* petrificadas y prometen el milagro de resucitar una gloria pasada, cuando la verdad es que, para ello, sería preciso resucitar todo un mundo muerto. Así puede llegar una sociedad a la última degradación y a un escepticismo cínico y negativo, tan estúpido como sus más estúpidas esperanzas. Hasta que el fracaso catastrófico y total quiebra las *fijaciones* anacrónicas... o no las quiebra.

Hemos ejemplarizado, respecto a la índole de las *fijaciones* valiéndonos de un cuadro político. Pero el hogar donde las *fijaciones* se aposentan, la mayoría de ellas, no es el de la política sino otro más hondo. Muy a menudo son estructuras de respuesta para todo el quehacer cotidiano del hombre, para regir sus más fútiles gestos, y en ellas se cargan de emocionalidad las palabras y por ellas se rigen las conductas de cada instante y bajo su inspiración se toman las resoluciones decisivas. Proceden de épocas remotísimas casi siempre y han sido probadas en una larga —y afortunada— experiencia, por absurdas que tal vez nos parezcan ahora y aquí. No son prescindibles. La vida consciente, la vida del hombre, sujeto "condenado a la libertad", obligado a la elección, necesita reducir a su más estrecha latitud este terrible privilegio pues no es capaz de soportarlo. A falta de las *fijaciones* que le han hecho el juicio, la respuesta, la emoción —o energía psíquica— necesaria para afrontar los diversos trances de la vida, debería sacar todo eso de sí mismo. Es demasiado. Tendría que construir racionalmente la actitud a adoptar en cada caso y movilizar la fuerza emocional indispensable para obrar. No puede. No puede, en rigor, nadie. Nadie es bastante lúcido ni bastante ágil, ni bastante fuerte para vivir plenamente despierto, plenamente libre. Por lo demás, un gran número de decisiones, y desde luego las decisiones fundamentales, han de tomarse sin datos, en un arriesgado juego a ganar o a perder, pues los factores que intervienen en nuestro destino nos son ignorados. De ahí que sea indispensable echar mano de recursos elaborados, de patrones prefabricados, de una sabiduría prestada, de una emoción recibida de nuestros antepasados. Por tanto, el obrar humano es un obrar sonámbulo en el que habla siempre el rumor de los muertos. El pequeño resorte de la *fijación* se dispara automáticamente y la respuesta está ahí, pronta, activa, fácil y, en muchos casos, perfectamente eficaz.

Sobre la piedra de fundamento de la *fijación* se edifican las instituciones, las tradiciones, la religión, las costumbres, las ideologías políticas... ¿Sólo las ideologías tradicionales o conservadoras? No, todas las ideologías. Las revolucionarias también. Las ideologías revolucionarias se apoyan en *fijaciones* más antiguas aún que las que soportan a las ideologías

conservadoras. Es una paradoja que no nos sería muy difícil probar.

La *fijación* aparece, en la práctica, envuelta por una estructura a menudo compleja. Pero para que la *fijación* exista, la *fijación* en su esencialidad, basta un soporte estructural muy sencillo, una simple emoción —odio, amor, entusiasmo, ternura, rabia, furia— ante determinados hechos, objetos, ideas, palabras.

En las *fijaciones* descansan las características y las aptitudes de la comunidad: su pasión religiosa, la intransigencia para determinadas doctrinas, la tolerancia para otras, el llamado valor colectivo en la guerra, la disposición para conseguir bienes por medio del comercio (o por medio de la depredación), la gracia o la falta de gracia para ciertas artes... Es imposible dar un repertorio completo de las expresiones posibles de la *fijación.*

Sin embargo, la *fijación* no es nunca mera emocionalidad suelta —no podría serlo—, energía potencial vacante y dispuesta a volcarse en cualquier objeto que se le ofrezca. Precisamente sucede que la fijación consiste en esa misma energía emocional no libre, vacante y dispuesta a cualquier empleo indiferente sino fijada, anudada a un elemento formal, a una estructura, aunque pueda ser una estructura elementalísima.

Por tanto, queda claro que una *fijación* consta siempre de dos elementos: energía emocional y estructura. O de uno solo, la estructura a la que se anuda la energía emocional.

Ahora bien: lo característico de la *fijación* es que la estructura suele ser, precisamente, elemental: una imagen, una idea, una situación. La estructura procede de experiencias anteriores en las que se encontró la comunidad o se encontraron sus individuos, y a la que dieron tres respuestas: una, de carácter emocional (miedo, odio, amor...), otra de carácter intelectual (juicio, creencia) y la tercera de carácter práctico o referida a la acción. El éxito de estas respuestas consolidó la *fijación.* Con estas estructuras sencillas se construyeron luego doctrinas y creencias complejas, instituciones, tradiciones varias. Esto sin perjuicio de que, al mismo tiempo, las *fijaciones* simples, con sus estructuras elementales perduren y se man-

tengan aparte independientes de formas institucionales y creencias desarrolladas.

Encontramos las *fijaciones*, por supuesto, en cualquier terreno cultural, incluso en las técnicas de los oficios. A veces las *fijaciones* están enmascaradas bajo formas de sentir, de pensar, de actuar que parecen indiferentes, y de pronto se nos revelan en una reacción pasional, porque hemos tocado, inadvertidamente, esos puntos sensibles. Nunca se puede estar seguro de que detrás de la modalidad de expresión social más anodina no exista una *fijación*, tal vez de un poder considerable.

Quisiéramos agrupar en unos cuantos enunciados, los menos posibles, las diversas formas en que se expresan las *fijaciones*. Si atendemos al grado de conceptualización en que se manifiestan, es decir, a la riqueza de ideas o de piezas formales de la estructura donde la carga emocional está como anudada o prendida, las *fijaciones* aparecen en estas tres formas:

—*afectividades*
—*rutinas*
—*creencias*

La estructura de las que llamamos *afectividades* es muy sencilla, en el sentido de que se trata de un "me gusta", "no me gusta", "lo odio", "lo amo", seguidos de un canal de descarga, de un esquema de acción. El sujeto, en presencia de determinada situación, reacciona afectivamente de un modo o de otro. Aquí la estructura se reduce a esta situación precisamente o bien a una idea, una imagen, una palabra, y una respuesta activa. Las afectividades son la cantera de donde suelen extraerse las caracterizaciones de los pueblos. A las *fijaciones* afectivas corresponde el gusto estético que es la costumbre de ciertas formas de expresión. La reacción que dan determinadas comunidades, por ejemplo frente a un ataque enemigo, o en situaciones que obligan a ejercitar el "valor", corresponden a este tipo de fijaciones que hemos llamado *afectividades*.

Pero queremos salir al paso a un posible reproche. No decimos con esto que la conducta de los sujetos individuales y de las sociedades obedezca sólo a las *fijaciones*. Admitimos que un análisis más fino encuentre otros factores, otros elementos determinantes de la respuesta. Pero, por el momento,

nosotros queremos llamar la atención sobre las *fijaciones* precisamente. Si se nos permite una comparación zoológica, pero expresiva —nos parece—, sabemos que un león domesticado obedece automáticamente a ciertas situaciones (por ejemplo los ademanes del domador), conforme a un hábito, a un automatismo creado por la doma y el adiestramiento. Pero si ese mismo animal está enfermo, la "fijación" (usamos esta palabra no en un sentido idéntico al de la *fijación* social y humana) puede no producir la respuesta prevista. Algo parecido ocurre en la conducta del hombre y de las sociedades humanas. Es decir: no sólo las *fijaciones* deciden la conducta. Unicamente afirmamos que son un factor constante y en ciertas esferas y condiciones, el factor prácticamente decisivo de la conducta.

Repetimos, que la estructura conceptual de las afectividades es muy sencilla. Por eso suele decirse que tal o cual nación, sociedad o pueblo "es" así y nada más. Se recuerdan precedentes históricos de conducta de este pueblo. Y, en efecto, aparecen, con toda evidencia, una constancia en la respuesta, supuestas, iguales o parecidas situaciones, a veces a una distancia de muchos siglos. ¿Por qué? Aquí actúa, con toda seguridad, una *fijación* a modo de *afectividad.* Es decir, una *fijación* elemental y esencial, sin construcciones desarrolladas ni superfluidades. Porque una *fijación* esencialmente, es eso: afectividad en torno a una estructura que puede ser elementalísima.

Las *rutinas* tampoco llevan consigo una estructura conceptual muy compleja. Por eso cuando se trata de justificar la rutina, a la postre, el rutinario dice: "Esto se hizo así siempre..." O se irrita y afirma que, sean cuales fueren las razones aducidas por el contradictor, seguirá haciendo las cosas como le han enseñado o se niega apasionadamente a la innovación propuesta, sin más. También en las rutinas la racionalización posible del rutinario es un pretexto, un modo de buscar apoyos conceptuales para confirmar su convicción, anterior a todo proceso reflexivo. Pero lo esencial y fundamental de la rutina es una mera afirmación o una mera negación.

Las rutinas son piezas de primera importancia en la maquinaria social. Están fraguadas con materiales muy resistentes, los de funcionamiento más admirablemente automático. Vale la pena de detenerse mucho en las rutinas.

Son las rutinas las que sugieren la imagen de la sociedad

como una gran máquina que marcha siempre, pase lo que pase, incluso en circunstancias de catástrofe social. Si el hombre no fuese rutinario, la sociedad sería imposible. Es la rutina la que le permite a la sociedad funcionar automáticamente y llevar a cabo los enlaces, los engranamientos de los procesos operativos con sorprendente exactitud, y mantener el ajuste de instituciones y de funciones materiales de suma delicadeza. Sin las rutinas sociales sería inconcebible que subsistiese ese complejo mecanismo que es una gran ciudad, en nuestra época, las comunicaciones ferroviarias, tan complejas y tan exigentes en orden a la precisión y tantos otros procesos de técnica prodigiosamente ajustada y difícil. La sociedad moderna, sin las rutinas, sería de una fragilidad terrible y se rompería a la menor prueba.

Con lo dicho estamos definiendo la rutina en el campo general de las *fijaciones*. Se observará que las rutinas (luego veremos que no todas, sin embargo) son *fijaciones* referidas a lo operativo, a la acción, de cualquier clase (las técnicas de los oficios, los métodos y costumbres de la burocracia, las reacciones, de tipo activo, de los propios dirigentes del Estado, ante determinadas situaciones, por ejemplo, en el terreno de la diplomacia, de la política interior y exterior, en cualquier actividad en la que sea preciso resolver y obrar con vistas a conseguir un fin mediante actos y movimientos necesarios, con manejo de hombres, de cosas, de instrumentos, de aparatos, de materiales, para consumar un proceso). Por tanto, la *rutina,* a diferencia de la *afectividad* y de la *creencia* que pueden permanecer en una esfera contemplativa, es acción, cambia de algún modo inmediatamente —no sólo de manera mediata— el orden externo, se proyecta, por definición, en el mundo (también la creencia se proyecta en el mundo pero no necesariamente). La rutina —en todo caso la rutina a que nosotros nos referimos— está animada o tiene detrás, oculta frecuentemente, una carga de afectividad y se apoya en una o varias creencias. Pero se distingue: de la *fijación-afectividad* en que posee una estructura externa, visible, compleja; y de la *creencia,* de la *fijación-creencia,* en que la estructura externa de ésta consiste en un enunciado formal ("creo en...") o implícito, sin ninguna otra consecuencia necesaria, sin trascender forzosamente a la acción, sin que lleve consigo tratos necesarios con la materia o con el mundo exterior, y la rutina

supone, por fuerza, este trato con los hombres, con las cosas, con el orden físico.

Ahora bien: es preciso anotar que no todas las rutinas descansan sobre nudos afectivos y, cuando esto sucede, serán, a lo sumo "fijaciones" mecánicas que pueden ser removidas fácilmente por medio del razonamiento o de la demostración material. Se trata, pues, de "fijaciones" menores. Las rutinas más resistentes son las que tienen una auténtica *fijación* detrás. Estas otras rutinas no se detruyen tan fácilmente y el intento de cambiarlas puede suscitar reacciones apasionadas y violentas. Por último, ha de advertirse, asimismo, que la defensa de ciertas rutinas no depende, a veces, de estructuras autónomas o *fijaciones* autónomas, propias de la rutina en cuestión, sino de intereses vitales genéricos o de la especie humana, comunes a todas las sociedades. Tal es el caso de los padres que se niegan a aceptar cambios, propuestos por sus hijos, en sus empresas o negocios, aun cuando esos cambios sean reconocidamente ventajosos. ¿Por qué este hombre, tal vez inteligente y lúcido, buen conocedor de su trabajo, llega al extremo de obstinarse en no aceptar ganancias cuantiosas y, a veces, prefiere la miseria antes que modificar sus sistemas de acción? Cabe suponer que el padre teme ser eliminado por sus hijos del campo de actividad donde se mueve. La rutina es un símbolo de su poder y aun de su vida en el mundo. Es el viejo macho de la horda primitiva que se niega a ser relegado, eliminado, muerto por los machos jóvenes. Aquí la *fijación* proviene de remotas lejanías de la especie y, sin embargo, sigue operando, hoy mismo, en forma manifiestamente irracional, como un instinto ciego y estúpido.

Vale la pena, asimismo, de tratar, en este punto, la famosa —y universal— rutina de los labradores. ¿A qué se debe? Puede estar motivada por *fijaciones* muy varias, pero a menudo, la resistencia al cambio, cuando éste viene propuesto por autoridades o técnicos ajenos a la vida propiamente campesina, se debe a la defensa de la autoestimación de la persona. En efecto, el campesino no especialmente instruido se siente inferior, en muchos aspectos, al hombre de la ciudad y al individuo cultivado. Pero, de algún modo, compensa esta inferioridad merced a su conocimiento de las técnicas y los saberes tradicionales de la agricultura que el otro ignora. Por eso, cuando aparece el joven ingeniero agrónomo, procedente

de las escuelas, que pretende saber más que el campesino, éste se subleva, niega todo magisterio al intruso, no acepta sus recomendaciones, se alegra de sus reales o aparentes fracasos y prefiere producir menos, producir peor, sufrir las consecuencias empobrecedoras, con tal de negar una ciencia que le humilla y le irrita. En este caso, la *fijación* técnica representada por el relativo éxito tradicional de ciertas prácticas agrarias, se refuerza y adquiere una potencia y una resistencia mayores al atraer la afectividad que protege los intereses vitales del sujeto referidos a su autoestimación.

Sin esas cargas afectivas las rutinas no serían tan resistentes, porque en cuanto se proyectan al exterior, al mundo de la acción y de la materia, quedan a merced de la realidad que puede aplastarlas y destruirlas. Luego volveremos a esta idea. Por ahora, insistamos sobre las rutinas apoyadas en *fijaciones* remotísimas y vinculadas al interés vital primario. Y a este respecto diremos que no son las únicas rutinas. Si las hemos puesto como ejemplo es para mostrar la raíz lejanísima de ciertas conductas modernísimas. Porque no sólo hay rutinas apoyadas en una *fijación* antigua de tipo retrógrado sino que también las hay progresistas.

En efecto, del mismo modo que existen rutinas antivitales, cabe suscitar una rutina dinámica, orientada hacia un mejoramiento y apoyada en una *fijación* quizá de origen no menos remoto. Entonces el progreso se hace automático. El sujeto innova y cambia porque la sociedad entera le invita a cambiar, pero no por eso sabe por qué ni para qué y, a veces, personalmente, no participa en el gusto de este movimiento. De cierta manera, los Estados Unidos y Alemania son sociedades rutinariamente progresivas, y esta última, rutinariamente trabajadora, no por imperativo de una virtud —que cuesta y exige una tensión— sino, precisamente, para eludir el esfuerzo, la tensión, el vacío, la angustia del no hacer. Por eso la superioridad, relativamente a ciertos fines, de unas sociedades respecto a otras, proviene de las rutinas implantadas en la comunidad, de que sean buenas o malas rutinas. Pero el hombre mismo no es, en sí, mejor ni peor, no más inteligente ni más ingenioso ni más propenso a la virtud.

La muerte de las rutinas antivitales o negativas está en que tropiezan con el molde objetivo, con la realidad, y la realidad castiga cruelmente, de modo inmediato, a quienes se

aferran a la rutina. De otro modo, las rutinas serían más fuertes aún. Pero está en juego el alimento, el poder, la salud... De ahí que cuando las rutinas son de tipo político, por ejemplo, es decir, menos inmediatamente contrastadas con la realidad, duren más y se estabilicen precisamente en sociedades muy progresivas por lo que atañe a las rutinas técnicas o materiales.

El tercer grupo de *fijaciones* son las creencias, vasto mundo, donde caben estructuras muy varias, incluso muy distanciadas por su naturaleza. Entran en la rúbrica, desde luego, las creencias religiosas y las llamadas supersticiones, las actitudes fundamentales de la ética, pero también otras estructuras que todo el mundo considera evidentes por sí mismas y da por ciertas porque han sido producidas al nivel del contacto directo y experiencial con el molde objetivo donde el hombre está incluso por necesidad. Son las verdades empíricas que nadie enuncia porque no hace falta. Sin embargo, se trata —en rigor lógico— de creencias. Por tanto, siendo creencias, están sujetas al influjo del factor social. Esto significa que la interpretación del molde objetivo, el modo de entender la realidad inmediata, varía de una sociedad a otra, de una cultura a otra, aun tratándose de experiencias elementales y forzosamente comunes a la humanidad entera. Sin embargo, es indudable que hay un sistema de posiciones frente a la realidad casi idénticas en todos los seres humanos, pues sin eso sería imposible la existencia de una base común de entendimiento en la especie; la razón y los mecanismos del lenguaje nacen de los cauces impuestos por el molde objetivo a los hombres. De todos modos, aun a ese nivel, aun en esa zona de contacto físico con la realidad (con el molde objetivo), ciertas posiciones del sujeto son creencias. Lo son en el plano estrictamente lógico o filosófico o pueden ser consideradas como tales; pero, además, en este terreno de empiria elemental, es inevitable que, en la práctica, los conceptos, las ideas, los procesos lógicos, se contaminen de toda suerte de aportes emocionales y aun míticos. Por eso Ortega y Gasset pudo tratar ingeniosamente, como una creencia, la confiada seguridad de que, al salir a la calle, encontraremos un suelo firme donde poner el pie, o la de que el día seguirá a la noche. Esta suerte de seguridades, nacidas de una empiria directísima, están cargadas de afectividad —aluden a datos fundamentales de la

vida, a intereses vitales primarios— y por eso, un aparente desmentido de la realidad, como un temblor de tierra, no sólo produce el miedo natural que experimentamos ante cualquier amenaza a nuestra seguridad física, sino un espanto mágico.

Las otras creencias, no derivadas del contacto inmediato con el molde objetivo, son naturalmente mucho más varias y se manifiestan al exterior en estructuras muy complejas, míticas, religiosas, políticas o de cualquier otra clase. A menudo están institucionalizadas. Sin embargo, los estudios del folklore y de la mitología han encontrado una sorprendente difusión en amplias zonas del Planeta, de muchas creencias de esta clase. Ello se explica porque la humanidad tiene detrás una experiencia de incontables milenios a un nivel de cultura y de recursos muy elemental —por tanto, la misma o casi la misma para todos los hombres— y de esos períodos remotos proceden las raíces en que se insertan las *fijaciones* cuya expresión formal, en períodos más modernos, muestra estructuras culturales complejas, de alto desarrollo y muy diferenciadas de una civilización a otra. Por cierto que las sucesivas construcciones edificadas en diversas épocas, hunden a mayor profundidad la *fijación* y la ocultan. Cuando la cultura abruma a las *fijaciones* primarias que sirven de cimiento a la estructura, con construcciones míticas e institucionales demasiado prolíficas, la *fijación* se debilita, por así decirlo, como un cimiento que soporta un peso excesivo. Por eso el edificio entero puede venirse abajo, desmoronarse. Por supuesto, lo dicho es una metáfora que podríamos completar diciendo que las superestructuras de creencia y las instituciones que se nutren de la *fijación* pueden volverse laberínticas y en este ramificado itinerario subterráneo, la *fijación* se extravía. La imagen se traduce, prácticamente en la pérdida de sentido de las superestructuras que entran en conflicto más fácilmente con la realidad viva y, por último, en cierto nivel de evolución y de cultura de la sociedad, se hacen muy vulnerables a la crítica racional. Así murieron muchos mitos de la Antigüedad grecolatina.

¿Pero qué sucede cuando se producen estos derrumbes y estas muertes de las estructuras culturales? ¿Desaparece también la *fijación* que soportaba tales construcciones? Nos parece que, en la mayoría de los casos, no desaparece, no muere la

fijación. La *fijación* subyacente subsiste y sirve de soporte a otras estructuras, a otras creencias, a otras instituciones nuevas.

En consecuencia, no se debe confundir la expresión formal de la *fijación* con la *fijación* misma. De ahí que sea posible, por ejemplo, atacar y destruir una creencia o una institución utilizando como ariete la propia *fijación* de que se nutre. En sentido contrario, puede suceder que un reformador ataque lo que cree ser una superestructura de poco arraigo y tropiece, en realidad, con una auténtica *fijación* capaz de devolverle un zarpazo increíblemente violento.

CON estas reflexiones —tenemos conciencia de ello— no hemos hecho sino acercarnos a un tema vasto, rico, complejo y susceptible de grandes y seguramente inesperados desarrollos. Nos damos cuenta de que nuestras ideas, en esta materia, incurren en los balbuceos y extravíos propios de toda incursión en un territorio desconocido. Pero creemos haber tocado algo de un valor fundamental, sobre todo en cuanto permitiría racionalizar, al menos en cuanto toma de conciencia, un importante sector de la acción política.

Por supuesto, la política no ha esperado a que se ensayaran estos escarceos psicosociales. Los hombres de Estado y los gobernantes hábiles han conocido, por intuición, este mundo de las *fijaciones,* lo conocieron de alguna manera. Los de tipo conservador, sobre todo, se han apoyado en las *fijaciones* aunque designadas con otro nombre, y las manejaron sin tener de ellas sino una idea oscura y confusa. Los gobernantes revolucionarios han manejado igualmente las *fijaciones,* tanto negativas, las vinculadas con el impulso de destrucción, como positivas, en particular el mito del Paraíso. Los más astutos han sabido orientarse, en este laberinto, gracias al olfato y a su sexto sentido. Otros, quizá más inteligentes en apariencia y mejor informados en ciertos aspectos, con un equipo de ideas y saberes más precisos, se perdieron y fracasaron. Los ejemplares del tipo racionalista y aun los que poseen un conocimiento más serio de algunos datos reales, con frecuencia sucumben en la tarea de gobernar. Y esto se debe, en alguna medida, a que prescinden, justamente, de este mundo de las *fijaciones.* Por eso es tan frecuente que un político escasamente culto, con una formación, digamos, popular o más bien común, se

sostenga en el mando y, en su caso, logre realizar una obra de importancia.

Un modo empírico de abordar la reforma de una comunidad es cambiar rudamente su condicionante material, por ejemplo, su economía y, por tanto, la vida del grupo y de los individuos. Sin embargo, es frecuente que cambie el condicionante material de una sociedad sin que, aparentemente, se modifiquen sus *fijaciones*. Sucede esto en las sociedades donde se introducen progresos técnicos de gran potencia sin tocar a las costumbres, tradiciones e ideas de la comunidad. El caso más conocido de este fenómeno quizá se encuentre en la historia moderna del Japón. ¿Qué pasa, en esta situación, con las *fijaciones?* Evidentemente las *fijaciones* pueden subsistir, adaptándose al condicionante material. Pero no todas subsisten ni ninguna de ellas deja de ser afectada por la acción corrosiva de la realidad. Si el cambio producido en el condicionante material es muy acusado y obliga a modificar el modo de vida cotidiano de las gentes, es seguro que las *fijaciones* incompatibles con el nuevo molde vital acabarán por transformarse o desaparecer. El fenómeno se parecerá a lo que podría llamarse una "lenta catástrofe", en el sentido de que una catástrofe brusca es precisamente un cambio radical y rápido del medio y puede producir un desarraigo de la *fijación* contradicha, como hemos indicado en otro lugar. Pero esto no acontece siempre: se dan casos en que la *fijación* sobrevive, refugiada en el mito, en el autoengaño, en la mentira, y sólo sucumbe a un segundo o un tercer golpe, después de ensayar de nuevo su peculiar y desastrosa respuesta. Por algo se dice que el hombre es el único animal que tropieza tres veces en la misma piedra.

La Historia registra acciones victoriosas contra una determinada *fijación* secular (más bien, sin embargo, contra sus estructuras institucionalizadas). Por regla general los reformadores, que gastan caudales enormes de energía en estas empresas, esperan que, desaparecida la *fijación* clave, se produzca una transformación total y feliz de la sociedad en el sentido deseado. Tal esperanza, en sí misma, es correcta, teóricamente. Aunque no se diga de modo explícito, la expectativa se basa en la idea de que las *fijaciones* son solidarias unas de otras, y al modificar una de ellas han de modificarse las demás. Por ejemplo, cuando Ataturk desahucia el Califato y destroza

materialmente las instituciones religiosas musulmanas, cree que se producirá la occidentalización total de Turquía y el pueblo turco adquirirá las codiciadas virtudes dinámicas de la civilización occidental. Sin embargo, puede suceder que la *fijación* clave o —más bien— las instituciones nutridas por ella, asentadas en ella, sufran un desarraigo traumático y no se logren los demás objetivos propuestos.

Con esto queremos decir, simplemente, que en este mundo de la psicología social se opera valiéndose de métodos tan primitivos como en la aurora misma de las sociedades. Quizá el único progreso llevado a efecto, para racionalizar esta esfera de la actividad humana, haya sido la técnica política marxista —adoptada, en la práctica, por todos los grupos, partidos e ideologías de nuestro tiempo— que se basa en la teoría de la influencia decisiva del condicionante material sobre la esfera ideológica, y aun psíquica, del hombre. La idea es correcta, como hemos dicho, hasta cierto punto. Pero está lejos de ser exacta por las razones que hemos expuesto, con alguna insistencia, a lo largo de estas reflexiones.

No parece dudoso que la acción consciente sobre la sociedad ganaría mucho en eficacia y en ahorro de energía y de violencia traumática si se estableciera un repertorio sistemático de las *fijaciones* de una comunidad y éstas fueran sometidas a un tratamiento psicosocial para lograr determinados objetivos.

Pero al llegar aquí no podemos prescindir de una inquietud, a nuestro entender muy legítima. Suponiendo, en efecto, que dispusiéramos de un conocimiento preciso de las *fijaciones*, de sus orígenes, de sus mecanismos internos y, por tanto, del modo de atacar esas estructuras y modificarlas, sólo habríamos conseguido disponer de una técnica. Pero una técnica no es sino una herramienta, un instrumento que no implica el acierto en los fines a alcanzar. Subsiste siempre el problema más serio del hombre: el de elegir su bien, en el sentido más alto de la expresión, o en el mero sentido inmediato. Como cualquier otra, esta técnica podría ser utilizada de tal modo que produjese grandes males. Es el inevitable riesgo de la acción humana, tanto mayor cuanto más eficaces y poderosos sean los medios operativos de que el hombre disponga.

Presencia del Pasado

LA SOMBRA DE TÁCITO

Por *Segundo* SERRANO PONCELA

Erupisse cella Iunonis
maiorem humana speciem.

"DEL santuario de Juno irrumpió una sombra gigante"; tal es la impresión que produce la lectura de Tácito en nuestros tiempos conturbados. No me parece que comparta con ningún otro historiador de la antigüedad el privilegio de resultar tan actual; quiero decir, capaz de obligarnos a proyectar una mirada oblicua a nuestro alrededor a la vez que nos convierte en espectadores de una tragedia narrada casi de acuerdo con las reglas aristotélicas. Su campo histórico es reducido; apenas si abarca sesenta años, pero está observado en profundidad y esto le abre largas dimensiones hacia el futuro. Tradicionalmente se considera que escribió sobre la decadencia del Imperio Romano, apreciación que falsea los hechos. ¿Cabe suponer a Macaulay haciendo historia de la decadencia del Imperio Británico? Ni uno ni otro podían ver o prefigurar situaciones semejantes. Tácito se sumerge en su ámbito histórico con el propósito de escribir acerca de cuestiones más intemporales que enunciadas en términos apropiados a una nomenclatura actual serían: de cómo la condición humana opera en determinadas circunstancias y dentro de ciertas estructuras; de la irresponsabilidad del individuo dotado de poder absoluto y dueño de la máquina del Estado; del disfrute de los beneficios del mando y la impunidad del César ante las leyes; de la psicología de las muchedumbres y las sutiles relaciones que establece con los detentadores del poder; de la degradación que produce en la ética la praxis política; de la bestia humana —*belua cupiditas*— cuando se desenfrena en la impunidad y de sus contadas regresiones a zonas luminosas de caridad y amor. Entiéndase que estamos transcribiendo a términos modernos sus actitudes mentales. Tácito es un moralista que hace

historia utilizando empíricamente los tres instrumentos que recomienda Toymbee como necesarios para todo historiador: registro de hechos, formulación de principios y uso de la ficción poética, y su propósito es primordialmente educativo.

Debió estar muy lejos de su ánimo creerse un escriba de los tiempos imperiales ni parece que le interesara mucho tal actividad anecdótica. Para darse cuenta de ello basta comparar sus textos con los relatos coloreados de Suetonio. Tampoco trató de hacer historia apocalíptica al modo posterior de Orosio. Somos nosotros los que aplicamos esquemas ideológicos a sus páginas y hablamos de "crisis" del Imperio, decadencia de la sociedad romana, etc., por medio de un ejercicio mental basado en la falacia de dotar de unidad a un tiempo que sólo fragmentariamente se presentó ante los ojos de su narrador. ¿Quién se atrevería hoy a escribir sobre el presente englobando en sus experiencias los próximos doscientos a trescientos años? Pues eso es lo que, de modo indirecto, se atribuye a Tácito: un omnisciente saber acerca del futuro. Durante los años en que le tocó vivir, el Imperio debía parecer inconmovible al ciudadano romano y mal podía influir en la interpretación de los acontecimientos una ruina que no era cuestión ni aun en profecía. Trescientos años más tarde, Agustín el Africano o Pablo Orosio podrían convertir la historia en escatología y hablar de la finalidad del reino de Dios, tal como Marx lo efectuó a mediados del pasado siglo trasponiendo el apocalipsis a un diagrama materialista que concuerda, en su visión del reino final apacible y sin clases, con las tradiciones persas, judías y cristianas. La mentalidad de Tácito fue de menores pretensiones. Hizo "historia"; relató sucesos y se remontó a sus "anales" para educar al ciudadano romano en un tiempo de ética pública tan deseable entonces como hoy. Traspuso la catarsis trágica, tal como se ofrece con cruda violencia en *Los persas* de Esquilo, a términos más moderados creyendo en el valor de la purificación por el ejemplo. Como moralista no logró reformar nada y transcurrido el breve interregno del gobierno de Adriano y sus sucesores, dentro de cuya paz escribe, volvieron los *tempora belli.* Como historiador nos dejó una hermosa obra de arte. Si hoy Tácito regresase a la vida tendría a la mano suficiente documentación acerca de dictaduras, poderes totalitarios, alzamientos de soldadesca, represiones y matanzas políticas, guerras civiles, movilizaciones de masas, demagogos y aun signos mágicos y milagreros de que las cosas andan mal y podría comen-

zar unos nuevos *Anales* con el césar Hitler o quizás un poco más atrás, dejando inconclusas sus *Historias* sino en la persecución de los judíos por Tito, en las persecuciones ideológicas que caracterizan con su infamia la vida política de nuestra desdichada época.

Su situación como historiador

TÁCITO escribe durante el principio de Adriano, período de respiro y paz después de casi cien años terribles repartidos entre monstruosos césares y generales convertidos en emperadores por la tosca fuerza de sus legiones. Pero la tiranía de Domiciano, concluida poco antes, le había dejado cubierto de llagas el espíritu. En la *Vida de Agrícola,* panegírico dedicado a su suegro —competente administrador malquisto de Domiciano— ofrece Tácito un breve cuadro sombrío de lo que acaba de quedar atrás; arbitrariedad, opresión, asfixia de todo sentimiento noble, delaciones y espionaje, ejecución de adversarios, libros quemados en hogueras públicas, maestros de filosofía desterrados de Roma. "Llegamos al colmo de la servidumbre cuando el espionaje prohibió hasta las conversaciones entre unos y otros y creo que hubiésemos perdido el uso de la palabra caso de estar en nuestro poder el olvidar como lo estaba el callarnos" (Agr. II). Naturalmente, tal situación engendró en él un estado de ánimo propenso al examen de ciertos principios de conducta que emplazaban la vida política en el campo más amplio de los valores éticos. Tácito intuyó cuán fácil es destruir la delicada planta del espíritu y cuán difícil regenerarla una vez destruida, de modo que no basta con respirar hondo al retorno de la tranquilidad después de unos tiempos terribles porque este respiro no pasa de ser una operación egoísta. "Con frecuencia la debilidad de la naturaleza humana hace que los remedios obren con menos rapidez que los males y si nuestros cuerpos son lentos para desarrollarse y prestos a perecer, del mismo modo parece más fácil ahogar el talento y las letras que reanimarlas, ya que la inacción contiene un cierto dulzor insinuante y la apatía, odiosa en sus principios, concluye haciéndose amar" (Agr. III). Había, pues, que reflexionar sobre el pasado; reconstruirle con el propósito de denunciar las causas del mal en vez de darlo al olvido como ingrata pesadilla. Creo que este es el punto de partida desde el cual se hace comprensible Tácito como historiador.

Porque la historia no es una ciencia, sino una experiencia, cuestión de la que ya estamos hoy bien convencidos y el hecho de que el historiador se encuentre inevitablemente apresado en las mallas de su situación, le obliga a escapar de la subjetividad apuntando a campos más amplios de la conducta humana, con respecto a los cuales los hechos históricos son una ilustración repetida. Cuando Tácito comienza sus *Historias* con esa clásica frase orquestal: "Doy principio a una obra fecunda en catástrofes, llena de guerras atroces, discordias y sediciones crueles hasta en la misma paz; cuatro príncipes muertos a hierro, tres guerras civiles, muchas extranjeras y con frecuencia mezcladas las unas a las otras", el lector aprecia, de inmediato, que no es la anécdota, sino el "caso" lo que le importará; lo que hay en el suceso de experiencia ruminativa y por tanto de lección dirigida a la formación de la conducta. "No recojo todos los pareceres, sino los más destacados por su honestidad o su infamia. Esta debe ser la ocupación precisa de quien se encarga de escribir anales a fin de que no pasen en silencio los actos virtuosos y sea temida por la posteridad la pública deshonra de hechos y dichos infames" (A. III, 59). He aquí su programa.

Mas el que ha hecho profesión de verdad debe escribir sin amor y sin odio *(sed incorruptam fidem professis neque amore quisquam et sine odio dicendus est)*, virtud que Tácito no siempre cumplirá arrebatado por irrefrenables impulsos de su conciencia. ¿Pero es que se puede escribir sobre los hombres y para los hombres desde los helados límites de una galaxia solar? Al tipo de historiador que Tácito representa compete una tarea de educación política utilizando como material los hechos sometidos a depuración reflexiva. La objetividad, en tales circunstancias, no oblitera la indignación; simplemente requiere sinceridad relatante. El episodio histórico glorioso, desapacible o mezquinos, tiene idéntico derecho a ser narrado y su ocultación o tergiversación, cuando se somete a designios ideológicos, atenta a la autenticidad y sentido de la propia historia. Tener conciencia de que la materia histórica entre manos carece de atractivos o simpatía —y lo que es más frecuente, resulta inapropiada o perturbadora para la explicación de un sistema de ideas grato a quien escribe u ordena escribir— no significa que deba ser escamoteada. Cuando Tácito narra los hechos de Claudio o Nerón sabe de sobra que su *epos* carece de grandeza, pero comprende que "es provechoso conocer tales hechos, poco importantes a primera vista, ya que en ellos se engendran, con frecuen-

cia, movimientos que llevan a grandes cosas" (A. IV, 32). Sacrificando la simpatía a la sinceridad sigue adelante a través de un pantano que obliga a taparse las narices y en el que se envilecen sus parciales más queridos: senadores, patricios, nobles familias antiguas. Lo más que se permite, como desahogo, son incisos de esta o parecida especie: "En verdad que cuanto más voy observando, tanto más se me ofrece ante los ojos la locura y vanidad de los mortales" (A. III, 1). Tales confidencias, intempestivas en apariencia, son las que le permiten seguir narrando sin trampa por lo que tienen de exoneración del espíritu.

En el libro IV de los *Anales,* al glosar el relato de tanta menudencia desapacible como ocupa su atención, fija con bastante claridad los presupuestos de la tarea que se ha echado a hombros. Todas las naciones —dice— están regidas, o bien por el pueblo, o por los grandes o por un hombre solo. Una forma de gobierno compuesta por la mezcla bien dosificada de estos tres poderes sería muy recomendable, pero es más fácil de alabar que de establecer y si acaso se establece parece poco duradera. Antaño, cuando el pueblo era poderoso y el Senado pujante, se le hacía necesario al historiador conocer bien el carácter de los plebeyos y los modos de dirigirlo con mesura, y quien estudiaba a fondo el espíritu de los senadores pasaba por prudente y hábil político. Hoy, en que todo se ha trastrocado, el relato de los hechos que yo expongo no deja de tener su utilidad, ya que hay pocos hombres capaces de distinguir, por su propia inteligencia, lo que es honorable de lo ruin, lo útil de lo perjudicial y la mayor parte se instruye con el ejemplo de aquello que sucedió a otros. Asimismo —añade— los historiadores antiguos encuentran pocos detractores, ya que a nadie le importa que exalten o denigren las armas cartaginesas o romanas, pero muchos de los que en recientes gobiernos obraron con infamia, han dejado descendientes y siempre se hallan gentes dispuestas a pensar que los crímenes de otro son un reproche a su actual habilidad. Aun la misma gloria y la virtud encuentran enemigos, ya que parecen condenar a quienes contrastan con ellas (A. IV, 23).

La historia como obra de arte

Su consideración de la historia como *exempla* le lleva a utilizar un método y una forma expresiva que en nuestros días vuel-

ven a gozar de prestigio después de un árido período positivista que catalogó al historiador como próximo pariente del lepidocterólogo. Para Tácito la tarea de historiar no consiste en acumular datos, tanto como en ordenarles dentro de un esquema significativo y, partiendo de este esquema, ofrecérselos al lector en disponibilidad trascendente. Y esto es así, o cuando menos nos parece ser así hoy, dando con ello la razón a Tácito, porque los datos históricos a secas no son nada, sino se lleva a cabo de su conversión en explicaciones de conducta: porque la acumulación de los datos totales acerca de un episodio es tarea imposible, lo que deja siempre a éste en perspectiva y, finalmente, porque un determinado número de datos se convierte, al fin, en una ley de comportamiento. No digo que Tácito tuviera conciencia de este método, aunque lo utilizó empíricamente con una amplia mente histórica. Supo aunar el registro de fuentes más antiguas a la crítica personal; utilizó la "falacia patética" o personificación de las instituciones para una mejor explicación de la conducta colectiva, y usó de aquellos recursos poéticos a que le obligaba una intuición superior, allí donde el aglutinamiento de datos hubiese permanecido mudo. Tres métodos que Toymbee, desde el bien centrado asiento del empirismo inglés, recomienda como indispensables y que han manejado, sin necesidad de recomendaciones, todos los grandes historiadores. De aquí el que su lectura nos resulte tan actual desde el nivel de nuestro tiempo. Los *Anales* y las *Historias* están compuestos siguiendo este triple procedimiento: acumulación de sucesos variados, cuya presencia teje para el lector la trama del diario vivir político; presentación de personificaciones colectivas —el Senado, el *Imperator*, el Bárbaro, la Plebe, etc.—, modos de ser de aquella sociedad tan operantes y activos como los individuales (¿qué otra cosa sucede hoy cuando hablamos de la Prensa, Occidente, Parlamento, Totalitarismo, Democracia, Proletariado, Masas, etc.?) y grandes síntesis poéticas de los *clímax* cuando estos escapan, por su carácter trágico, a la medición y descripción enumerativa: revoluciones, movimientos populares, estados de ánimo colectivos, conductas ejemplares personales o excesivamente singulares. La fecundidad y riqueza de este triple procedimiento acumulativo, se hace patente cuando comparamos un fragmento de César o Tito Livio —dejando a un lado el ameno anecdotario biográfico de Suetonio— con la narración densa, apretada, torrencial en ocasiones, inspirada o moralizante de los textos tacitianos que recuerda el movimiento

de actores y coro en el *logèion* griego. La *Guerra de las Galias* nos parece hoy la obra de un político hábil que prepara con sus relatos el ánimo de sus electores para conseguir nutrida votación; es seca, valorativa y con ribetes personalistas y demagógicos. Los libros destinados en los *Anales* al gobierno de Tiberio tienen toda la compleja sinuosidad de una moderna biografía política: riqueza de datos y su interpretación subsiguiente; motivaciones psicológicas del personaje; conexión con el pasado y apertura hacia un futuro del que ciertos episodios son inexorable preanuncio. Historiador, moralista y poeta, juntos, producen tan sorprendente resultado. Esto explica el interés que sintieron por su lectura gentes tan diversas como los príncipes y humanistas del Renacimiento, los revolucionarios franceses (Tácito fue considerado peligroso por los jacobinos y Bonaparte) y hasta los racistas alemanes. Lionel Trilling ha subrayado el hecho de que las historias de Tácito se hayan destinado en todos los tiempos a los más variados usos, a lo que yo añadiría que los *Comentarios* de César han venido sirviendo, principalmente, para enseñarnos latín en los Liceos.

La *Vida de Agrícola,* donde Tácito utiliza el sistema narrativo tradicional, tiene hoy para nosotros un interés casi nulo de documento que completa cierta línea de mosaicos dentro del período imperial de Vespasiano. Ya en *La Germania* aparece el tercer plano de su procedimiento: la síntesis poética. Refacción de textos del Plinio trabajados como un virtuoso que se ejercita en su instrumento, es literatura en el más honrado sentido y su belleza es mayor que su mérito histórico. Las *Historias* y los *Anales* escritos en los tres planos alcanzan mayor perfección y para nosotros, sus lectores de hoy, sorprendente actualidad.

La tragedia como modelo estructural

TÁCITO sobresale en la composición de grandes frescos narrativos donde el clímax del relato alcanza vigor de tragedia, sistema este poco recomendable para el historiador positivista. Pero el uso de la ficción trágica se hace necesario cuando la multiplicidad de datos, al tomarse infinitesimal, desenfoca y deshumaniza la acción —así el curso dinámico de una batalla, la pleamar de una insurrección. O cuando la importancia del dato histórico está en el "gesto": Nerón contemplando el incendio de Roma desde sus jardines. Nuestra sensibilidad educada en una larga experiencia de sutiles traspasos entre lo his-

tórico y lo literario, lo mitológico y lo histórico, lo poético y lo filosófico encuentra en estas descripciones, tan desdeñadas por la historia positivista, justamente aquello que en su momento movió a Tácito a escribir así y no de otro modo: la necesidad de comunicar una experiencia trascendida de la condición humana; una experiencia ontológica o situación límite de la existencia. No es fácil aislar un texto de su contexto; un *clímax* trágico del encadenamiento anterior de reacciones que lo producen, pero quizás no esté demás aducir algún ejemplo. He aquí el relato de la muerte de Galba:

> Iba entretanto Galba fluctuando de acá para allá, llevado por el oleaje de la gente que colmaba templos y palacios con el propósito de no perderse el final de tan miserable espectáculo. Ni un grito ni un rumor partía del populacho; todos los rostros atónitos, todos los oídos atentos. No eran ni calma ni tumulto sino ese silencio que anuncia los grandes miedos o las grandes cóleras. Avisado Otón de que el enemigo se armaba ordenó a los suyos precipitarse a prevenir el peligro y con esto, los soldados, como si fuesen a arrojar del trono de los Arsácidas a Vologeso y no matar a su propio emperador viejo y desarmado, dispersaron a las turbas, atropellaron al Senado y feroces y terribles, espadas en mano, a espuela batida los caballos entraron furiosos en el Foro y ni la vista del Capitolio, ni la santidad de los vecinos templos, ni el respeto a los príncipes pasados y futuros pudieron detener un crimen cuyo vengador sería el inmediato sucesor del Imperio.
>
> Al ver aproximarse a esta banda armada el capitán de la cohorte que acompañaba a Galba (Atilio Vergilion dicen que era) arrancó del asta de la bandera el medallón del emperador y dando con él en el suelo fue señal para que todos sus soldados aclamasen a Otón. A su vista el pueblo huyó desamparando el lugar, impelido por las puntas de las lanzas que amenazaban a los dudosos. Mientras, a la orilla del lago Curcio, los portadores de la litera de Galba le arrojaron a tierra con violencia y lo atropellaron. Sus últimas palabras han sido deformadas por el odio o la admiración. Algunos dicen que demandó, con voz suplicante, qué males había causado, pero los más afirman que ofreció su garganta a los asesinos añadiendo: "Herid, si el bien de la república lo reclama". No está averiguado quién lo mató mas la voz común atribuye a Camurio, soldado de la legión quince, haberlo degollado con su espada. Los demás, viendo cuanto en-

torpecía la armadura sus propósitos, le cortaron cobardemente brazos y piernas añadiendo diversas crueldades innecesarias cuando ya la cabeza estaba separada del tronco...

Al llegar la noche, el cuerpo de Galba desamparado enmedio de las tinieblas fue objeto de mil ultrajes y al fin el liberto Argio pudo rescatarle y enterrarlo sin pompa alguna. La cabeza, desfigurada y espetada en una pica por palafreneros y vivanderos de las legiones, se encontró al día siguiente, por lo que aún se la pudo unir a las cenizas del cuerpo. Tal fue el final del emperador Servio Galba (H. I. 40).

Análogo temblor trágico unido a la más expresiva sobriedad encontramos en otros episodios sometidos al mismo tratamiento. Así, la batalla entre los germanos de Arminio y las legiones romanas del Rhin (A. I, 47); el viaje de Vitelio a Roma enmedio de una soldadesca desenfrenada que rae la tierra por donde pasa (H. II, 87); la ocupación de la ciudad por las huestes de Antonio (H. IV, 1); la llegada de Agripina a Brindisi a bordo de enlutada galera y portando fúnebre corona contentiva de las cenizas de Germánico (A. III, 4); el banquete ofrecido a Nerón por Tigelino (A. XV, 37) el incendio de Roma (A. XV, 38) y tantos más. No me sustraigo al deseo de reproducir el episodio de la entrada de las tropas de Antonio en la inválida ciudad de Cremona, después de terrible batalla nocturna en que, derrotados los vitelianos, dejaron a la población indefensa ante el pillaje de los vencedores:

Cuarenta mil hombres armados se lanzaron a saquear todo, añadiéndose a ellos el gran número de bagajeros y gente de servicio, muchedumbre harto mas desenfrenada en la práctica de lujurias y crueldades. Ni el rango ni la edad de las víctimas bastaron para su protección. Viejos decrépitos, mujeres inútiles y enfermos inaprovechables como botín sirvieron a los asaltantes de burla y pasatiempo. Cuando encontraban alguna virgen núbil o muchacho de buena apariencia les violaban y martirizaban con manos avidas que concluían por enredarse en combates a muerte en torno a sus víctimas. Mientras que unos robaban el oro de los templos y las pesadas ofrendas, otros decepcionados por haber llegado tarde mataban a los primeros. Había quien desdeñando hallazgos fortuitos apaleaba y torturaba a los propietarios de mansiones a fin de que declarasen sobre presuntos tesoros escondidos. Antorchas en mano se divertían, más allá,

> prendiendo fuego a los templos ya vacíos. Y así como en aquel ejército se daba variedad de lenguas y costumbres hallándose en él ciudadanos romanos, confederados y extranjeros, también las pasiones mas contradictorias y los gustos mas extraños encontraban satisfacción. Bastaron cuatro días para aniquilar a Cremona. Reducida a cenizas, sólo el templo de Mefite, situado en las afueras sobre una colina se salvó de la destrucción. (H. III, 33).

Tácito encontró en el coro esquiliano su modelo narrativo: la lentitud majestuosa con que cuenta, en apretada síntesis, el suceso y a su vez las reflexiones incidentales en apariencia, pero sustantivas para el buen fin del relato, que introduce al curso del mismo. Un peculiar rasgo tacitiano es su tendencia a comprimir la relación hasta convertirla en escorzo iluminador y significativo del hecho histórico a que se refiere, de forma que el lector circula entre dos líneas sinuosas y fluidas: el testimonio objetivo histórico y la vivificación del mismo por medio de un procedimiento poético. Así, el pasado se convierte en presente; el dato se personaliza y la letra queda transformada en dinámica acción dentro de un doble plano remoto —factual y próximo— existencial. Cuando Antonio, el lugarteniente de Vespasiano, se dispone a entrar en Roma, recibe a una embajada del Senado que lleva consigo proposiciones de paz. Uno de los embajadores es Musonio Rufo, filósofo estoico y hombre de letras (hasta aquí el dato objetivo). De pronto:

> Musonio, mezclándose con la tropa, comenzó a disertar acerca de los bienes de la paz y los peligros de la guerra tratando de dar lecciones a la gente armada. Produjo en unos gran risa y en otros evidente enfado y fastidio, de modo que comenzaron a empujarlo y darle de puntapiés hasta que advertido por los más moderados de entre ellos *se dejó de filosofar fuera de tiempo* (H. III, 81).

La vida se adelanta y se "presentiza" en un primer plano iluminando un ámbito que el simple relato objetivo dejaría en la oscuridad: la incompatibilidad para el mutuo entendimiento y relaciones entre la refinada y decadente aristocracia romana y el abigarrado y tosco mundo cuartelero que trae consigo, desde Oriente, el deponedor de emperadores. En la ridícula mezcla de afirmación idealista y torpeza que caracteriza a Musonio Rufo se contiene, como en pequeña célula, toda la prolongada

obstinación del Senado frente al autócrata: sus debilidades, su falta de proporción entre la realidad deseable y la realidad posible, así como los puntapiés son el símbolo materializado de la persistente conducta que caracteriza a la otra parte. He aquí otro ejemplo: la sublevación de Vitelio tiene lugar mientras el emperador y un grupo de familias patricias están reunidos en un banquete que Otón decide suspender. Entonces aquellas gentes comprimidas entre el deber y el temor se retiran ceremoniosas y ya en la calle:

> Tuvo lugar una fuga en todas direcciones; los magistrados arrojaron sus insignias y despidieron a sus criados; viejos y mujeres erraban entre tinieblas buscando los barrios más apartados de la ciudad en demanda de un refugio o un escondrijo desconocido en las casas de sus más humildes clientes (H. I, 87).

El contraste entre la dignidad social y los instintos del tropel humano aterrorizado es bien notorio. Tácito, como digo, se complace en este procedimiento de líneas paralelas factuales —existenciales y el constante hallazgo de tales recursos no es una de las menores delicias que produce su lectura. Las páginas de los *Anales* ofrecen una monótona serie de denuncias de depravaciones eróticas entre las féminas del patriciado y las citas de casos concretos se acumulan hasta permitir la construcción de una estadística, sazonada con pequeños relámpagos descriptivos: Calusio Sabino visita el cuartel de una legión acompañado de su mujer y ésta, impulsada por mórbido deseo, se desliza por entre los centinelas, penetra en el cuerpo de guardia y allí mismo se prostituye. Sabemos del injerto incesante de religiones foráneas y cultos mágicos dentro de la sencilla tradición romana: Cibeles la Diosa —madre; Dionysos y Jesús el Hebreo flanquean, por arriba y abajo, la sociedad; debilitan las formas de vida antigua; sustituyen a los lares. He aquí cómo se nos ofrece, incidentalmente, una vivencia de lo anterior: Mesalina da una fiesta a su amante Silio, en el tiempo de las vendimias, aprovechando la ausencia del emperador Claudio, y mientras oficiosos correos se precipitan a informar al marido de lo que está sucediendo:

> Mesalina, mas desenfrenada que nunca, celebraba en su mansión la fiesta del vino. Unos pisaban las uvas, otros daban vueltas al husillo y hacían correr el mosto por las canales. Mujeres

> vestidas con pieles danzaban como bacantes cuando ofrecen el sacrificio y se entregan al delirio. Ella, desmelenada, blandiendo el tirso, tenía a su lado a Silio vestido de hiedra, calzados los coturnos y balanceando la cabeza al compás de un coro que cantaba (A. XI, 31).

Eurípides, en sus *Bacantes,* no lo hubiera expresado mejor. Aún otro ejemplo: las legiones del Rhin amenazaron durante años al Imperio con sus continuas rebeliones motivadas por el disgusto que producía a la tropa vivaquear indefinidamente en aquellas tierras húmedas, frías, boscosas y desprovistas de comodidad. Su indisciplina y descontento preocuparon siempre en Roma y más de una campaña de castigo se llevó al cabo con el propósito de someterlas a la disciplina. Se quejaban, además, los soldados de irregularidades en la paga, incomodidad de los campamentos y excesivos años de servicio compulsorio. Tácito lo consigna cuidadosamente pero al curso de su exposición factual desgarra el dato objetivo para ofrecernos la siguiente imagen viva de lo que allí sucedía:

> Se quedaron en cueros (los soldados) mostrando a su jefe las cicatrices de sus heridas y las señales de los golpes. Doliéronse a grandes voces del escaso salario, de la dureza de sus tareas, enumerándolas por sus propios nombres: construir estacadas, fosos, cortar forraje y leña y otras muchas que se llevan a cabo, sin necesidad o con ella, para evitar la ociosidad. Y algunos, tomándole de la mano como para besársela, le metían los dedos en la boca a fin de hacerse tocar las encías limpias de dientes mientras otros mostraban los brazos y piernas corvos por la vejez. (A. I, 28).

Procedimientos aprendidos en la tragedia y vitalizados por un aliento poético de primer orden del que tiene conciencia el historiador, quien lo utiliza con tanto virtuosismo como eficacia en su tarea expositiva.

Del mismo arsenal proviene la *oratio recta* recurso expositivo tan frecuente en los historiadores antiguos, pero elevado por Tácito a un alto nivel literario, a fin de presentarnos más directamente el sentimiento y la opinión del hombre público. Los historiadores griegos, alumnos a su vez de Homero y Esquilo, le dieron la pauta. Pasajes como el debate entre los tribunos de Esparta y Atenas en vísperas de la guerra del Pe-

loponeso, contado por Tucídides, es obra maestra del género. El historiador moderno desdeña tales procedimientos renuente a intuir su valía psicológica y estética y olvidándose de qué tanta ficción hay detrás de un debate parlamentario, un cruce de correspondencia en las páginas de un periódico o un discurso tribunicio como en el diálogo entre Calcagus, jefe bretón, y Agrícola el romano a la vista de sus tropas. En ambos casos el historiador maneja piezas fragmentarias y separadas de un contexto múltiple del que han desaparecido, indefectiblemente, factores de la realidad sin los cuales las piezas aisladas de oratoria ni se explican ni se comprenden mejor o peor en uno u otro caso. La *oratio obliqua* no resulta, trasvasada a las páginas de un libro, más objetiva que la *oratio recta,* sino más especiosa. En última instancia una y otra sufren transformaciones y adecuaciones en la mente del historiador cuando éste les dota de lugar en la composición total de su historia. En el mencionado debate entre Agrícola y Calcagus sabemos, porque Tácito lo declara honradamente, que el discurso del jefe bárbaro es invento suyo de acuerdo con ciertos datos que presuponen "cómo" juzgaría una mente no romana los actos de Roma *(in hunc modum locutus)* mientras que el de Agrícola es una reconstrucción sobre la base de documentos *(ita disservit).* Ambos, al pasar por el cedazo reconstructivo, se plegaron a ciertas necesidades de lugar, modo y forma que garantizan su verosimilitud.

Un buen ejemplo de este procedimiento de "arqueología mental" es el discurso de Séneca justificando ante Nerón, su conducta política y la respuesta del emperador (A. XIV, 53). El hombre Séneca y el hombre Nerón se expresan desde un núcleo central que sería la totalidad de su pensamiento, en el caso de Séneca, conocido a través de su obra filosófica al alcance del historiador y en el de Nerón, como sujeto público, a través de una conducta objetivada en obras y actitudes ante la colectividad. Aunque el historiador se afanase en conseguir otros documentos no podría avanzar más allá de esta realidad incompleta (sólo las actas taquigráficas de la conversación nos ofrecerían una documentación más valiosa).

Los tiempos del desprecio

PERO la mayor actualidad de Tácito, leído en nuestros días, no está sólo en "como dice" la historia, sino en lo que nos di-

ce. Muchas de sus páginas nos resultan familiares, no porque el hecho histórico se repita infatigablemente —ciclos episódicos; nacimiento, desarrollo y fin de las sociedades; variados retornos de combinaciones, etc.— con la monotonía de relaciones que se dan entre la causa y efecto en el mundo físico, sino porque la condición humana es sustantivamente incambiable y reacciona de idéntico modo cuando se repiten las condiciones en que opera. Tácito vivió en las cercanías de una encrucijada histórica: la desintegración de la estructura política imperial romana, trastorno que había dado comienzo quizás dos o tres generaciones atrás. Con aguda intuición del fenómeno histórico que tiene entre manos, comienza a preguntarse por la maquinaria de aquel desorden partiendo del aparente momento de *pax romana* que caracteriza al período de Augusto. Con Tiberio se inicia, a su juicio, la descomposición de la arquitectura imperial a través de la contienda entre el *imperator* y las familias patricias senatoriales y este ritmo se acentúa y extiende, con sus sucesores, hasta alcanzar los campamentos militares y las lejanas provincias. Desgraciadamente nos faltan importantes capítulos de su obra, pero el pozo que poseemos permite apreciar que tanto su investigación del fenómeno como su respuesta operan sobre todo en las zonas de la ética política. Lo que está degenerando en el imperio, según Tácito, es la *virtus*: el respeto a las antiguas costumbres, la austeridad en el manejo del poder, la conciencia religiosa y la obediencia a las jerarquías. De acuerdo con nuestros patrones de medición política diríamos que Tácito era un "conservador".

Yo creo que, en efecto, lo era: un conservador de los valores tradicionales. Le duele el desprestigio del Senado, institución antigua y eficaz, ahora degenerada; le perturba la degradante actitud de tanto hombre público a quien se supondría íntegro en los momentos difíciles; le asusta la guerra civil atizada por quienes sólo buscan en el desorden una posibilidad para el triunfo de sus pasiones; le defrauda descubrir que el título de *imperator* no es más que una cáscara vacía. No espera de la *plebs* el ejercicio de grandes virtudes, pero sí le humilla descubrir en ella la pérdida de energía. En fin, el *ubi sunt* característico de toda época de crisis. Pero en Tácito hay una fibra escéptica que le sostiene: su poca fe en la consistencia universal del barro humano. Esto fue lo que entusiasmó, en su día, a Montaigne tan cerca por temperamento del historiador y tan amigo de injertarle, por medio de citas, en sus

Essays. Y tal conservaduría propia del ánimo escéptico para quien toda propuesta de cambio o mejoramiento de la sociedad no es más que vana alharaca de ideólogos, se expresa en especies como las siguientes: "La pasión de mando es innata en la naturaleza del hombre" (H. II, 38). "Es más fácil para los ruines concentrarse en propósitos de guerra que gozar de la paz" (H. I, 55). "A los reyes, no sólo los agravios, sino las reclamaciones justas les parecen inusitadas" (A. III, 39). "Está en la naturaleza del hombre odiar a aquellos a quienes alguna vez ha perjudicado" (Agr. XLII). "En siendo una vez aborrecido el hombre público, su conducta mala o buena le vale la misma impopularidad" (H. I, 7). "El honor de la majestad imperial es tanto más reverenciado cuanto más lejos del público" (A. I, 35). Apotegmas políticos cosechados en el campo de la ética quizás porque la ética, tan refractaria a las ideologías, es por naturaleza más conservadora.

En el análisis de las violentas conmociones civiles dirimidas por las armas es donde mejor se expresa esta mezcla de retracción ante la aventura y escepticismo. Las contiendas entre emperadores para retener u obtener el mando o entre facciones militares alzadas en busca de un jefe más o menos popular y demagógico, le resultan odiosas e inexplicables. Nada cambia después de tantas destrucciones gratuitas y de tanta pasión vehemente y fratricida, aunque se produzca un cambio en el agente inmediato. Detrás de la guerra civil no hay resultados valiosos. Tampoco le parece creíble que las facciones, una vez desencadenada la violencia, abandonen las armas por simple repugnancia a la destrucción y gusto por la paz y sus irónicas reflexiones en torno a los sedicentes propósitos que alguna vez albergaron los ejércitos de Otón y Vitelio de separarse de sus jefes y designar un emperador grato a todos, son bien reveladoras. Palabras, promesas y banderas son engañosas. Detrás de la guerra civil no hay más que esto:

> Avanzaban por las tierras patrias como si caminasen por territorio extranjero o ciudades enemigas; quemaban las villas y pueblos del litoral; robaban y asolaban todo, tanto más desenfrenadamente cuanto más desprevenidos les recibían sus habitantes: colmados los campos, abiertas las mansiones cuyo dueño salía a su encuentro acompañado de su mujer e hijos. Creyéndose protegidos por la paz se veían, sin saber porqué, envueltos en los horrores de la guerra (H. II, 12).

Con ser tan grave el desbordamiento de pasiones producido por las guerras civiles, aún es mayor la atmósfera de descomposición moral que producen los regímenes sustentados en el terror o en una minuciosa presión policial. Aquí es donde las bajas pasiones humanas proliferan, voluntaria o involuntariamente. Tácito se detiene, a veces con morbosa complacencia, en poner al descubierto esta lepra de la condición humana. Episodios hay, en el totalitarismo cesarista de Vitelio, Nerón o Tiberio, que nos trasportan al escenario de ciertas angustias colectivas actuales ingenuamente consideradas patrimonio de nuestro tiempo. Y es tanta su abundancia que la dificultad está en la selección de ejemplos. Tácito pasa a galope sobre muchos de ellos con ese estilo suyo, tan ceñido y conciso, dejando entrever la vaharada mefítica con sólo media docena de vocablos. Algunos, narrados más por extenso, estimulan al ejercicio comparativo. Así, cuando nos informa de la vileza con que algunos senadores ayudaban a Tiberio en el perfecto montaje de sus sistemas de delación y espionaje, ya en el ocaso de su régimen. Durante una de las "purgas" vitelianas,

> Tres senadores, usando de engaño tan destestable como de sucio escondrijo, se introdujeron entre el plafón y el techo de la sala donde conversaban Sabino (uno de los enemigos de Tiberio) con Lacias (cuarto senador que servía de cebo) y aplicando el oído a los resquicios de las tablas se dispusieron a escuchar y anotar lo que allí se dijera (A. IV, 69).

[las explicaciones entre paréntesis son mías]. Habló Sabino, tal como se esperaba; los senadores espías redactaron su informe y se lo enviaron a Tiberio anticipándose en veinte siglos al uso de detectores de sonido empotrados en la pared. Al divulgarse el episodio no hubo ciudadano que, en adelante, no temblase por su seguridad

> No se vio nunca tan afligida ni amedrentada la ciudad de Roma como entonces. Cada cual desconfiaba de sus propios familiares; huía de reuniones con conversaciones, evitando tanto a conocidos como a extraños. Hasta los objetos mudos e inanimados inspiraban sospechas y los techos y paredes eran reconocidos e investigados (A. IV, 69).

Condenado Sabino a muerte como resultado de la delación senatorial, lo llevaron por las calles con un cordel amarrado a la garganta y mientras gritaba su inocencia

> doquiera que volvía los ojos; doquiera que dirigía sus palabras producía una fuga en masa: calles y plazas quedaban abandonadas y sólo algunos se atrevían a detenerse y volver sobre sus pasos, más temerosos que de oír, de ser vistos huyendo (A. IV, 70).

Es posible que el lector medite, a estas alturas, en las sorpresas que depara el *principium identitatis* por encima de tiempos y fronteras. Pero la lectura de los textos tacitianos le deparó múltiples ocasiones de reflexión sobre todo si se cuenta entre los creyentes en la teoría lineal del progreso humano malamente confundida con el progreso del artefacto técnico. Y hasta podrá trasplantar un párrafo como el que sigue a cualquier texto de historia contemporánea que se ocupe de narrar las formas de vida colectiva en los países totalitarios:

> En esta malhadada época en que los primeros entre los senadores ejercitaban las mas bajas delaciones, unos abiertamente y otros en secreto, no se discernía entre parientes o extraños; amigos o desconocidos; hechos recientes o antiguos. De cualquier cosa que se hablase en el Foro, en un banquete, del menor propósito que se pronunciara extraíase materia de acusación anticipándose cada cual a señalar al culpable a fin de escapar de ser acusado a su vez. Y aunque muchos lo hacían por su propia seguridad a otros les arrastraba el contagio como sucede con peligrosa infección (A. VI, 13).

Después están las "voluntarias" declaraciones de los acusados; los "suicidios" que Tácito enumera con aburrida monotonía; la magnitud de las "purgas", cuyo radio de acción llega hasta los más lejanos familiares y amigos o clientes del purgado. "En este mismo tiempo —cuenta en uno de sus inesperados y expresivos incisos— murió Lucio Pisón, prefecto de la ciudad, y murió de muerte natural *cosa bien rara* en hombre de tanta calidad y nobleza" (A. VI, 16). Y al narrar la represión que tuvo lugar a raíz del descubrimiento del complot de Sejano contra el mismo Tiberio, subraya el refinado detalle de la guardia pretoriana establecida junto a los cadáveres con el propósito de espiar el grado de dolor o indignación que su vista producía en familiares o simples curiosos (A. VI, 25).

La crueldad de los emperadores o la insensibilidad de los ejércitos entregados a las guerras civiles no desilusionan tanto a Tácito como el desmedro ético del cuerpo senatorial —los *patres conscripti*— obligado a velar por el buen comportamiento político de su pueblo y el respeto colectivo a la dignidad humana. Tácito, que era un conservador, creía en la obligatoriedad de ciertos deberes consustanciales a las que hoy denominaríamos "minorías conservadoras". Defensor de las antiguas virtudes romanas parece haberse debatido, conforme historiaba, entre la admiración por un pretérito ideal de vida y el convencimiento de que las condiciones históricas habían cambiado incapacitando a este ideal para ser algo más que un emoliente confortativo. Nada quedaba del antiguo patriciado que se ejercitó en las austeras virtudes de la política republicana. Entregado al "snobismo" intelectual, a la fácil adquisición de riquezas y a la soberbia de su condición había declinado el cumplimiento de sus deberes, por incómodos y exigentes, en libertos de fortuna, soldados mercenarios y hombres providenciales, cuya máxima representación era el *imperator*. Tal actitud mixta de solidaridad y desprecio aparece con frecuencia en el texto de los *Anales* y las *Historias* indistintamente. Cuando narra la discusión promovida en el Senado entre Galo Asinio y Octavio Frontón en torno a la necesidad de reducir el lujo con que viven los patricios, tras la aparente imparcialidad expositiva se hace perceptible un desgarramiento de conciencia. Asinio utiliza por extenso una serie de argumentos para conciliar la grandeza del Imperio con el inevitable y necesario engrandecimiento de sus fundadores y Tácito no oculta los méritos del discurso, pero concluida la versión del mismo, con una de sus habituales trasposiciones, salta del campo factual al campo valorativo y añade lo siguiente: "la conformidad de los oyentes y el encubrimiento de sus vicios bajo capa de nombres más honestos hizo agradable a todos la opinión de Galo" (A. II, 30). En otra oportunidad pone en boca de Curcio Montano, senador de vieja fibra, y dentro de un discurso destinado a felicitar a Vespasiano por su nombramiento de emperador, la admonición siguiente: "¿Pensáis vosotros por ventura que Nerón fue el último de los tiranos? Lo mismo creyeron de Tiberio y de Cayo sus sobrevivientes. Pero los malos ejemplos duran más que las buenas costumbres. Hemos perdido el ánimo y no somos más aquel Senado que en su día reclamaba el castigo para los traidores, delatores y espías" (H. IV, 43). El ímpetu acusatorio se eleva

como una bomba griega para decaer súbitamente: "Y no es que temamos a Vespasiano, príncipe de tanta edad y moderación" (otro soldado de fortuna, proveniente de las guarniciones orientales, quien había llegado al poder por medio de sus ejércitos y tras larga guerra civil). Tácito estimaba, con saber de razón, que nada se podía ya esperar del viejo cuerpo conservador romano; que era otro el signo de los tiempos y que las fuerzas sociales tienen, cada cual a su hora, un campo de posibilidades en activo de forma que pasada la oportunidad sólo queda para ellas el recuerdo momificado de lo que pudieron hacer. La melancolía de Tácito proviene, principalmente, de este secreto manantial de desesperación inútil al que ilumina una fría inteligencia. Rubelio Plauto, el senador preferido por algunos como posible candidato al Imperio después de la muerte de Nerón, es un fiel retrato del cuerpo colegiado en los tiempos nuevos: "Vivía al modo antiguo deleitándose en vestir un traje severo y grave y llevar una vida doméstica cauta y discreta. Y cuanto más encogido le tenía el miedo más aumentaba su reputación" (A. XIV, 22).

La "civitas diaboli"

En cuanto la ocasión se le ofrece, subraya Tácito la alianza entre el *imperator* y la *plebs,* emparejados por lo que hoy denominaríamos una política de elemental halago a las masas con su balance unas veces positivo y otras simplemente espectacular: obras públicas, repartos de víveres o dinero, construcción de termas y circos, fiestas populares, etc. La aristocracia republicana vegetaba reprimida por medio de un aparato pretoriano de policía, a la vez que por su creciente desprestigio en ciudades formadas por aluviones de gente que procedía de todos los rincones del Imperio. Refiriéndose al *modus operandi* de Nerón con respecto a la masa, pone en boca de éste que "así como en los linajes particulares se estima, sobre todo, a los parientes de sangre para él (para Nerón) sólo el pueblo romano tenía todos los derechos y se declaraba obligado a obedecerle siempre que gustase de tenerlo como emperador" (A. XV, 35). Plataforma de demagogo que también nos resulta familiar a la vista de recientes testimonios de enlaces entre conductores políticos y muchedumbres descamisadas o con camisas de vario color.

Le asustaba el crecimiento de Roma; la confusión producida por acumulaciones sociales y raciales; la mezcla de religiones, usos y lenguas y veía un próximo peligro en el crecido número de esclavos, libertos pobres y soldados que poblaban la ciudad. Comprendiendo que su tradicional estructura de vida estaba desintegrándose, sólo encontraba remedio para contener el derrumbamiento en la política represiva: "Ahora que recibimos en nuestra casa naciones enteras, cada una con sus hábitos, sus cultos extraños o su ausencia de religión sólo podemos refrenar su insolencia por medio del temor" (A.XIV, 44); error frecuente en las mentalidades conservadoras, sobre todo por lo que tiene de remedio tardío. Pero esta apelación a la violencia es esporádica y sólo en contadas ocasiones galvaniza su sombrío escepticismo. El lector moderno percibe, por el contrario, una gradual operación de transferencia de la desesperanza y el resentimiento hacia el propio objeto de su antiguo amor lo que le lleva a practicar una especie de masoquismo no desprovisto de grandeza. Así, las opiniones que emiten con frecuencia los reyezuelos bárbaros cuando se refieren a la cada vez menos temida autoridad romana. "Bandidos del mundo —la denomina Calcagus el sajón— que después de haber devastado todo, cuando ya no encuentran tierras que asolar, registran los mares ávidos de poseer si el enemigo es rico; de tiranizar si es pobre". Tácito acepta, complacido, la acusación. "Despreciando las vanidades sin sustancia, los romanos no estimamos otra cosa que el derecho de mandar" (A. XV, 31).

Simboliza el Imperio en la ciudad de Roma y la deterioración gradual de su estructura en el también gradual desarrollo de una metrópoli de masas expresando continuamente su desdén por la *plebs* que llena todo; invade recintos hasta entonces vedados; asiste sin fatiga a continuos espectáculos de gladiadores; contribuye a los desfiles militares; incita a la sublevación a las legiones y alza sobre el pavés la figura de cualquier demagogo. No le niega ciertas cualidades valiosas pero son aquellas que pertenecen a la tradicional *virtus* romana perdida. Las guerras civiles correspondientes a los períodos de Mario y Sila o las perturbaciones producidas por la pugna entre César y Pompeyo, examinadas a la peculiar luz tacitiana, presentan un carácter ambiguo y son consideradas como fenómenos de violencia propios de tiempos de crecimiento. Por el contrario, la Roma de Nerón ofrece ya un rostro corrompido y su

gangrena invade a patricios y plebeyos; todos hieden como llaga sebácea danzando en rueda grotesca en torno al emperador de doble papada: senadores, cónsules, capitanes, libertos, esclavos, rameras, polizontes y gladiadores. Tácito aprovecha la oportunidad que le ofrece el relato de los juegos de circo ordenados con tanta frecuencia por Nerón para trazar algunos de esos frescos tan llenos de vida que caracterizan su estilo narrativo y a su lectura nos parece ver acumularse en las gradas, bajo la espesa luz de las teas y sujetos a hosca vigilancia pretoriana, una muchedumbre de caballeros, tahures, cómicos, matronas honorables y prostitutas obligadas a escuchar y aplaudir al divo Nerón Claudio, en la mano su eviterna lira, arrugada la túnica y ronca la voz; sin atreverse a limpiar el sudor que chorrea por su rostro ya que no es costumbre entre los histriones dar la menor muestra de fatiga antes de recibir el laudo

> mientras que los graves varones y los provincianos que asistían abochornados al espectáculo trataban de escapar del circo después de recibir buenos palos por parte de los soldados que vigilaban a los renuentes a aplaudir, y en su escapatoria encontraban la muerte. Por lo que decidían someterse durante largas horas a la tortura de mostrar su falso regocijo, aplaudir y sentirse vigilados por los espías (A. XVI, 5)

¿Que nos resta —suspira uno de los abochornados "antiguos"— sino mostrarnos desnudos, tomar la cesta y prepararnos a los combates en la arena para mejor divertir a la plebe? Porque tal libertad y mescolanza en el rasero igualitario que mantenía a todos en cuclillas sobre las gradas, aplaudiendo y desgañitándose de gusto, agradaba cada día más a sus disfrutantes. Este mismo pueblo de Roma educado de tal manera era el que asistía impaciente al espectáculo callejero de una guerra civil entre partidarios de Vespasiano y Vitelio:

> estaban presentes para animar a ambos bandos y como acostumbraban en los espectáculos y juegos de circo, con sus voces y aplausos favorecían a estos o aquellos. Y cuando algún grupo flojeaba o se escondía, huyendo, por tiendas y casas era señalado a gritos a los vencedores para que lo sacase de allí y lo destruyeran. De suerte que parecía como si toda la ciudad enloqueciese por la ira y al mismo tiempo disfrutara de un pasatiempo (H. III, 83).

La *civitas diaboli* era la caja de resonancia donde mejor se oía el crepitar de las resquebrajaduras del Imperio; así, tan pronto la vemos entusiasmada por los recitales de Nerón como frenética a causa del incendio que la devora; hambrienta por falta de trigo; de luto cuando conoce la muerte de Germánico; huyendo de las crecidas del río; confraternizando con las huestes de bretones e ilirios, cuyos rostros rojizos y toscas armaduras producen un escalofrío de terror y voluptuosidad a la vez; entretenida con los juegos de gladiadores; entregada a cultos religiosos de extraña factura oriental; colérica, displicente, abierta a todos los rumores, a todas las entregas y a todos los discursos; aclamando o lapidando emperadores con idéntico vigor:

> Ya el populacho llenaba el palacio mezclado con los esclavos; sus gritos discordantes pedían la muerte de Otón y la ejecución de los conjurados como si aclamasen una representación en el teatro o en el circo. Y no era esto en ellos ni preferencia ni sinceridad puesto que el mismo dia habían de solicitar lo contrario con el mismo entusiasmo (H. I, 23).

Le faltó el Hado "objetivo"

TÁCITO carecía de dimensión temporal suficiente para comparar su pedazo de historia con experiencias anteriores. El Imperio era modelo de virginidad sin precedentes; algo único entre el conjunto de sociedades que le antecedió. Hoy se mostraría el primer sorprendido, al averiguar hasta qué punto algunos de los hechos que contó y sometió a su talento reflexivo, pierden su singularidad y doncellez al ser contrastados con experiencias análogas dentro del repertorio de actitudes y conducta con que cuenta el individuo humano, tanto en su vida privada como en su actividad social. Cuando Tácito historiaba tampoco preveía nadie la aparición de entes tan singulares como los filósofos de la historia con sus teorías cíclicas, repetitivas, biológicas o deterministas del proceso social. Tácito relató hechos desde su intimidad tratando de sincerar su humana condición a través del "cuento". Las ideologías no habían ocupado aún el lugar de la ética y el sujeto histórico no encontraba encajados "a priori" sus actos en el contexto de una doctrina.

> Cuando conozco estos y otros semejantes casos (escribe al final de su narración de la vida de Tiberio) no me atrevo a juzgar

con certidumbre si las cosas de los mortales son gobernadas por inescapable Hado o son, simplemente, producto del azar.

Haber tenido a mano, como tenemos hoy, las más variadas teorías que explican y absuelven desde su nebulosa finalista, escatológica, racista y clasista los actos más vituperables; los atentados más ruines a la ética de la conducta humana ofreciendo con la bendición final de la Historia un confortador Hado objetivo, hubiese sido un gran alivio para conciencia tan exigente.

EL PARAÍSO EN EL NUEVO MUNDO

Por *Rosa ARCINIEGA*

En aquella preciosa miniatura biográfica que nos dejó Lytton Strachey sobre el extraño, heroico y mundialmente famoso general Carlos Jorge Gordon, empieza por evocarle en sus meditativas y solitarias correrías por tierras de Palestina con la Biblia bajo el brazo y su típico andar a saltitos. Cuando le preguntaban qué hacía, contestaba —dice Strachey— que estaba tratando de averiguar cuatro cosas: el lugar de la crucifixión, la línea divisoria entre las tribus de Benjamín y Judá, el punto donde encalló el arca de Noé y la ubicación del Paraíso Terrenal. Afirmaba también "tener casi resueltos esos problemas".

Esto ocurría en el ya avanzado año de 1883. Pero si el general británico hubiera conocido la existencia del voluminoso manuscrito de 834 folios, con "letra muy metida" y a razón de 34 líneas por página, redactado en castellano entre 1645 y 1650 —es decir, unos 233 años antes—, seguramente habría desistido de aquel trabajo. Por lo menos, en lo relacionado a la ubicación del Paraíso.

Porque en aquel grueso infolio polvoriento, yacente en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, estaba ya averiguada no sólo la trayectoria del arca —con su "tabla diaria" de a bordo y encallamiento en fecha fija: el domingo 27 de noviembre del año juliano de la Creación de 1657—, sino determinada, con precisiones geográficas de grados y minutos, la posición del Edén. Hojeando aquel abultado manuscrito, el futuro defensor —héroe y víctima— de Kartum se habría enterado con sorpresa de que el Edén o Paraíso no estuvo por las regiones en que él trataba de localizarlo vanamente, sino a una distancia prodigiosa de aquellos lugares: en América. Por decirlo de una vez y con las propias palabras del investigador: "Se hallaba en el centro de la América meridional" (en lo que hoy se llama la Amazonía, entre el Perú y el Brasil) "en un círculo de nueve grados de diámetro, que son 160 leguas, y 460 de cir-

cunferencia". Y por si quedara alguna duda, nos dejó además trazado un mapa de la parte austral del Nuevo Mundo, señalando con un círculo la situación de aquel jardín de delicias y, dentro de él, los lugares que ocupaban el "Arbol de la Vida" y el "Arbol del Bien y del Mal", así como el arranque de los cuatro ríos que salían de su recinto. Que, contra lo que hubiera podido imaginar el general Gordon —con cualquier lector aplicado de la Biblia—, no eran el Fisón, el Gehón, el Tigris y el Eufrates, sino el Amazonas, el Orinoco, el Magdalena y el Río de la Plata, este último descrito en el texto como "inmenso en aguas peregrinas y en inundaciones". O mejor dicho: eran aquellos mismos ríos, pero con nombres distintos, puestos por los conquistadores al venir al Nuevo Mundo. Cuando el Paraíso estuvo aquí, y hasta el Diluvio, se denominaban de aquel modo. Así, el Río de la Plata era el Fisón; el Amazonas el Gehón; el Magdalena el Tigris o Hidekel; y el Orinoco el Eufrates o Perath.

Mas ya es tiempo de que digamos algo concreto acerca de aquel manuscrito —hoy libro— y de su autor. Fácilmente habrán colegido los lectores que se trata de *El Paraíso en el Nuevo Mundo* (Comentario Apologético, Historia Natural y Peregrina de las Indias Occidentales, Islas de Tierra Firme del Mar Océano), del Licenciado don Antonio de León Pinelo.

Aunque hasta el presente no haya sido hallada su partida de nacimiento, parece haber quedado ya definitivamente aclarado que Antonio de León Pinelo no vio la luz primera en Lisboa según la opinión de José Toribio Medina, sino en Valladolid a poco de haberse trasladado allí sus padres desde Portugal para escapar de la hoguera. Ambos eran judíos conversos, y el abuelo paterno de Antonio, Juan López, había sido quemado por la Inquisición en la capital portuguesa. Pero la residencia de aquel muchacho en España fue breve. Apoyados por los hebreos de Amsterdam —y no obstante ser "personas prohibidas"—, sus progenitores lograron emigrar al Río de la Plata en el año 1604, estableciéndose en la ciudad de Tucumán. En ella transcurrieron los años infantiles de Antonio— "donde mis padres fueron encomenderos y yo me crié", dice él mismo al recordar aquella ínclita ciudad del noroeste argentino —y allí nació también su último hermano, Diego. Pero poco tiempo después se fue a estudiar a Chuquisaca, en Bolivia, y hacia 1612 pasó a Lima con su familia con el fin de proseguir su educación, primero bajo la dirección de los jesuitas y luego,

en la Universidad de San Marcos, de la cual su hermano menor Diego llegaría a ser Rector en 1656-1657. Allí se graduó "in utroque iure", compenetrándose en tal forma con el medio, que él afirmaba siempre "ser limeño" y, por consiguiente, americano. Y por escritor hispanoamericano, en efecto, hay que contarle —y se le cuenta—, dada su formación espiritual y material en nuestra América; debiéndose agregar, además, que su asombrosa, su gigantesca obra intelectual es esencialmente americana y americanista.

Al prologar y hacer imprimir —como más adelante se dirá *El Paraíso en el Nuevo Mundo,* el historiador peruano, recientemente fallecido, Raúl Porras Barrenechea llamó a Antonio de León Pinelo "el hombre bibliógrafo" y, también, "el hombre fichero"; y a fe que ambas denominaciones son certeras. No creo que haya habido un caso igual de eruditismo —ni siquiera el de don Pedro Peralta y Barnuevo, considerado como "el Pico de la Mirandola del Perú"— en toda América. Era la perfecta "rata de biblioteca" que no deja ni papelillo, ni boleta, ni librajo sin roer. Nos habla él mismo de haber leído cientos de miles de hojas manuscritas y otros tantos libros reales de Cédulas para la Recopilación de las Leyes de Indias, de no perdonar impreso o manuscrito por amargo y áspero que fuese. "Poseído de una especie de fiebre erudita y documental —escribe Porras Barrenechea—, León Pinelo se enfrasca en la lectura de viejos infolios de geografía medieval y de cosmografía antigua, en latín, griego y en hebreo; se inicia en la ciencia talmúdica y bíblica, devorándose 780 libros hebreos de una biblioteca rabínica en busca de una cita sobre el Paraíso Terrenal. Y para despejar cualquier duda teológica, se sumerje en la lectura de los Padres de la Iglesia, de los exegetas de la Biblia y de los doctores de la Escolástica. Día y noche lee, relee, apunta, copia, extracta, toma infatigablemente notas, las traslada a papeletas, las rotula y clasifica con miras a escribir una nueva obra más prolija y minuciosa que todas las anteriores conocidas".

De todo aquel pantagruélico festín libresco, ingerido sin medida, tenía que salir una obra —por lo menos en lo material— de proporciones positivamente inmensas y sobre los temas más variados. Y en efecto, don Antonio, como lo querían algunos humanistas italianos del *Quattrocento,* puede decirse que escribió "acerca de todas las cosas sobre las que cabe escribir... y sobre algunas más". Enumerar aquí los títulos de sus

libros equivaldría a llenar estas páginas con el texto de un catálogo.

Así fue como un día planeo y escribió —empleando en ello cinco años— su *El Paraíso en el Nuevo Mundo* (Comentario Apologético, Historia Natural y Peregrina de las Indias Occidentales, Islas de Tierra Firme del Mar Océano), libro de una extensión y de una monumentalidad documental y erudita que asombra. Las citas inundan todas sus páginas, y nombres de autores nunca oídos, extravagantes, raros, visionarios —al lado de otros de venerable celebridad— forman una enloquecedora zarabanda que hacen imposible todo intento de cotejo o verificación. Nada deja León Pinelo por remover e investigar en apoyo de su fantástica tesis. En realidad no se explica, por acusioso que fuese, cómo podría haberle bastado una vida para acumular tan gigantescos materiales y organizarlos después en un cuerpo ordenado y coherente.

El manuscrito original corrió una suerte azarosa. Su primer poseedor fue don Cayetano Marcellano y Agramont, arzobispo de Charcas, quien se lo regaló en Buenos Aires al erudito peruano don Eusebio de Llano Zapata. Más tarde, fue a parar a la Biblioteca de Salvá, quien lo cita en su catálogo (Valencia 1872), y luego a la de don Ricardo Heredia, conde de Benavides. Finalmente fue sacado a pública subasta en el Hotel Drouot de París, en 1893. No hubo compradores para él; y a partir de aquella fecha, se ignora su paradero. Pero Llano Zapata había logrado, en 1779, que se sacaran dos copias por Real Orden, y una de ellas se guardó en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, donde durmió durante luengos años, si bien había sido hojeado por algunos eruditos.

En aquella Biblioteca lo vio, en 1935, el citado historiador Raúl Porras Barrenechea, quien en 1940 propuso al gobierno del Perú su publicación, como homenaje al IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas. La propuesta fue aceptada; y en 1943 aparecía publicado en Lima (Imprenta Torres Aguirre), bajo la dirección de Porras Barrenechea y con un erudito prólogo debido también a su pluma.

La monumentalidad del libro de León Pinelo quedó entonces bien patente. Al pasar del manuscrito a las prensas, resultaron dos tomos de 396 páginas el primero y 532 el segundo, tamaño 22 por 31, incluyendo, además, fuera del texto, algunas láminas con dibujos del propio autor. Naturalmente, no teniendo objetivos comerciales, la difusión de ese libro ha sido escasa.

Y así he podido ver que, en algunas publicaciones recientes, se hace todavía referencia al manuscrito, sin mencionar esta obra publicada en el Perú hace ya diecisiete años.

"¿Qué es el libro de León Pinelo?", se preguntaba Porras Barrenechea en el mencionado prólogo. "¿Es historia o teología? ¿Etnografía o leyenda? ¿Mística o arqueología? ¿Geografía o fábula?". Es un poco de todo eso y es, superlativamente, fantasía. Fantasía de las que hoy no se conciben y que supera con mucho a la de todos los libros de caballerías que, en conjunto, enloquecieron al buen Don Quijote de la Mancha.

Imagine el lector —y esto ahorrará más latas explicaciones— que don Antonio de León Pinelo se propuso en él nada menos que "demostrar" la hipótesis peregrina de que el Paraíso Terrenal había tenido su asiento en nuestra América meridional, y en el lugar exacto ya citado; que aquí fue formado el primer hombre (la primera pareja humana: Adán y Eva); aquí donde vivieron sus tres hijos Caín, Abel y Seth, y donde el primero y el tercero se mezclaron con "las hijas de los hombres"; aquí donde pecaron gravemente sus sucesores, desatando las iras de Dios; aquí donde se construyó el arca de Noé (precisamente entre los grados 12 y 15 de latitud Sur, o sea, según establece Porras Barrenechea, "en los aledaños de Lima"); aquí, en una palabra, donde se desarrolló toda la Historia Sagrada anterior al Diluvio; y aquí, finalmente, de donde partió el arca con su preciosa carga a bordo, Océano Pacífico adelante y pasando por encima de la China hasta venir a encallar "junto al monte Naugracot"... ¡Era la verdadera revolución copernicana! El hombre no había venido originariamente de Asia y Europa a América, sino al revés: ido de América al Asia y Europa —aunque luego retornase a estos meridianos por vías desconocidas y, últimamente, a través de la compuerta de las columnas de Hércules, mediante las carabelas de Colón.

¡Había tela cortada para "probar" tal hipótesis quimérica! Y la había, especialmente, si se tiene en cuenta todo lo que la humanidad occidental había elucubrado a lo largo de los siglos para despejar la misma incógnita que ahora acuciaba a León Pinelo. Para ciertos soñadores, el Edén estaba asentado en el continente fabuloso que un día desapareció tragado por el Atlántico, mientras que, para otros, consistió "en tales o cuales islas perdidas —junto con su nombre de Felices o Afortunadas— en los últimos confines del Mar Tenebroso". Dante lo supuso en la cima de la montaña-isla del Purgatorio, que,

según se sabe, emergía de la llanura marítima en las antípodas de Jerusalén. El lusitano Camoens lo da por instalado en su fantástica Isla de los Amores, geográficamente situada en la ruta seguida por los portugueses hacia la India. Investigador ha habido que sostuvo que el objetivo de los viajes de Colón no fue otro que el de dar con el Paraíso perdido para la humanidad, siguiendo el camino de Occidente, del mismo modo que otros exploradores lo buscaron dirigiendo sus pasos rumbo a Oriente. (Ya hemos visto que, todavía en 1883, el extraño general inglés Gordon andaba afanado tras el vetustísimo problema bíblico). Pero a don Antonio no le arredraban tales cosas.

Nada menos que dieciocho tesis u opiniones —a cual más fehacientemente "demostradas"— tenía por delante nuestro autor, oponiéndose a la suya. Desde las que situaban al Paraíso Terrenal "en la región media del aire", en los montes Athos y Olimpo, en los Hiperbóreos o en los Campos Elíseos, hasta las que aseguraban que estaba en la India, en la isla Trapobana, en la Sarmacia, en Palestina, en Mesopotamia, en los alrededores de Damasco, en Ceylán o en las Molucas... Él impugnaría todas esas equivocadas opiniones, desmontándolas pieza por pieza con gran despliegue erudito, para "demostrar" la suya, basada en sendos libros misteriosos de San Efrén y Moisés Bar-Cefas, un viejo cristiano de Mesopotamia que, por sus virtudes, llegó a ser obispo de tres ciudades y murió el año 664 de nuestra era.

Y en efecto, después de realizada esa hercúlea tarea —a denso capítulo por cada refutación—, Antonio de León Pinelo pasa a exponer su teoría. De acuerdo con los Padres de la Iglesia, para él fue el Paraíso "un lugar corpóreo, real y verdadero". Tanto, que podía ser localizado sin yerro alguno. El idílico jardín estaba incuestionablemente en la América del Sur, que por algo "tiene la forma de un corazón", como para simbolizar que ésta era la cuna de la humanidad. Y dentro de ella, se asentaba "en las orillas del Amazonas o Marañón del Perú" (exactamente en las inmediaciones de la actual ciudad de Iquitos). En ese lugar coincidían todos los datos suministrados en el Génesis, desde el color rojo de la tierra con la cual Dios formó a Adán, hasta su fauna y su flora, junto con los cuatro ríos que salían de su recinto y la existencia del árbol de la ciencia del bien y del mal. Que no era el plátano, según algunos investigadores habían sostenido, ni la higuera índica, de la cual hablaban otros, sino la granadilla, "esa fruta de las In-

dias que se da en los Quixos del Perú" y en la que "Dios puso todos los instrumentos de la Pasión de Cristo: la lanza, la esponja, la escalera, la cruz y la corona de espinas", como una patente demostración —dice Pinelo— de que en la misma fruta del pecado iban también simbolizadas las señales de la Redención.

Don Antonio establecía sobre el mapa, dónde habían vivido "los hijos de los hombres" y "los hijos de Dios" después de la expulsión del Paraíso; el lugar —ya dicho— donde se construyó el arca, las dimensiones de ésta —28,125 toneladas—, el día matemático en que comenzó el Diluvio —28 de noviembre de 1656 de la Creación—, la fecha en que salió de "Los Andes peruanos" —a los nueve días del Diluvio— y su completo derrotero, fecha por fecha, hasta el momento de encallar.

Ya hemos visto que a don Antonio no le detenían ni los nombres de los cuatro ríos paradisíacos, especificados en el Génesis, localizándolos en los de América porque, aparte otras potísimas razones, "los del Asia y Europa son arroyuelos al par de éstos". Pero aún sostiene más. Sostiene que aquellos cuatro ríos y éstos son los mismos y que las mismas son también sus aguas, porque "así como la Sabiduría eterna determinó que en el Diluvio pasasen los hombres del Continente Americano al Asia, así también trasladó a ésta aquellos cuatro ríos (americanos) por vías subterráneas", haciéndolos renacer allí. Y de este modo nos encontramos, por ejemplo, con que el Río de la Plata o "Argentino", como le llama él algunas veces, "viene a desaguar subterráneamente en el Nilo", que es el que, a su turno, suministra su caudal al Fisón. Y por este orden los tres restantes.

Sin embargo, no todas son fantasías y quimeras de esta clase en los dos densos volúmenes del portentoso libro de Pinelo. Hay también, y principalmente, documentadísimas noticias sobre todos los territorios de las Indias Occidentales, sobre su historia precolombina, sobre sus distintos grupos étnicos, sobre sus monumentos, sobre sus peculiaridades geográficas, sobre su fauna y su flora y, en fin, sobre todo lo averiguado hasta entonces a través de cronistas y viajeros. Y en este sentido, es de un inmenso valor documental e ilustrativo.

LA *VIDA* DE TORRES VILLARROEL

ACOTACIONES AL MARGEN

Por *Marcelino C. PEÑUELAS*

En el ambiente literario español del siglo XVIII —enrarecido, estirado y pedantesco— destaca don Diego de Torres Villarroel. Precisamente porque en su obra no hay nada académico, envarado o presuntuoso. Todo lo contrario, especialmente en su *Vida,* escrita con un simpático desenfado burlón con tintes de aguafuerte goyesco, aunque sin el patetismo y desgarro del genial pintor. Sus distorsiones de lo aparente se orientan hacia la hipérbole burlesca, buscando siempre el efecto cómico. No se puede hablar de ironía, porque en Torres no se da la sutil, los medios tonos, el matiz. Pero, burla burlando, pone frecuentemente el dedo en la llaga de la fatuidad humana. Se ríe, con ganas, de todo, comenzando por reirse de sí mismo. Su risa no es la amarga y descarnada mueca de Quevedo, su maestro y modelo, sino la franca y abierta del Arcipreste, desbordante de vitalidad fisiológica. Retozo burlón y descarado ante el espectáculo de la comedia humana.

A gentes de alma almidonada, que no se atreven a reirse por miedo de arrugarla, les puede parecer Torres un ser grotesco y estrafalario. Pero a los que tienen el buen sentido de no tomar ciertas cosas de la vida demasiado en serio, don Diego resulta un tipo simpático y fascinante, muy humano; nada menos que todo un hombre. En una época de literatura acartonada, libresca, sin hálito, destaca, Torres porque en él domina lo espontáneo. Hace literatura, y buena, sin intentarlo; o precisamente por esa razón. Para él literatura y vida son la misma cosa, y una sale de la otra; espontáneamente, porque su *Vida* está amasada con un estilo castizo, exuberante, fácil, flexible. Con una prosa originalísima que sin esfuerzo se apodera de las cosas y las moldea a su gusto.

Torres, además, nos parece un hombre excepcional en su inquieta vitalidad, en su desprecio a lo convencional. Un hom-

bre, eternamente inquieto e inadaptado, que vivió intensamente con todas las consecuencias su vida desordenada y andariega de bohemio incorregible. Rebelde sin causa, vive siempre a contrapelo, y se impone a la agobiante presión de la rutina conformista a fuerza de vitalidad, de gracia y desenfado picaresco. Vive su vida de pícaro en un ambiente en que la picaresca, más que literatura, es una realidad hipócritamente vergonzante que él acepta sin rubor. Por eso lo estrafalario en Torres es una necesidad; como la corrección para otros. Es defensa, pirueta y pose. Una faceta más de la ineludible paradoja de la vida.

Y, valiente, poniendo la cartas boca arriba, nos desarma con su sinceridad. Una sinceridad que busca, y encuentra, su flaqueza en los rincones de la propia hipocresía. Y que no tiene inconveniente en descubrir la soberbia propia y ajena que esconden los alardes de humildad. Lo advierte bien claro al lector:

> Maliciarás acaso (yo lo creo) que esta inventiva es un solapado arbitrio para poner en el público mis vanidades, disimuladas con la confesión de cuatro pecadillos, queriendo vender por humildad lo que es una soberbia refinada. Y no sospechas mal; y yo, si no hago bien, hago a lo menos lo que he visto hacer a los más devotos, contenidos y remilgados de conciencia; y pues yo trago tus hipocresías y sus fingimientos, embocaos vosotros (pese a vuestra alma) mis artificios, y anden los embustes de mano en mano, que lo demás es irremediable. (Pról., p. 6)[1]

. . .con esta picarada logré que colase por humildad mi soberbia. (p. 154).

Por eso cuando exagera, sabe que exagera. Y para que no haya dudas nos lo dice:

> Por desarmar de las maldiciones, de los apodos y las cuchufletas, con que han acostumbrado morder los satíricos de estos tiempos a cuantos ponen alguna obra en público; por encubrir con un desprecio fingido y negociante mi entonada soberbia; por burlarme sin escrúpulo y con sosiego descansado, de la enemistad de algunos envidiosos carcomidos; y por reirme, finalmente, de mí propio y de los que regañan por lo que no les toca ni les

[1] Todas las citas están tomadas de *Torres Villarroel - Vida,* edición de Clásicos Castellanos, Madrid, 1941.

> taña, puse en mi cuerpo y en mi espíritu las horribles tachas y ridículas deformidades, que se pueden notar en varios trozos de mis vulgarísimos impresos. Muchas torpezas y monstruosidades están dichas con verdad, especialmente las que he declarado para manifestar el genio de mis humores y potencias; pero las corcovas, los chichones, tiznes, mugres y lagañas que he plantado en mi figura, las más son sobrepuestas y mentirosas. . . (p. 63)

Y a continuación nos hace una estupenda descripción de sí mismo, en tres magistrales páginas de la mejor prosa castellana:

> Pintaréme como aparezco hoy, para que el que lea rebaje, añada y discurra cómo estaría a los veinte años de mi edad. Yo tengo dos varas y siete dedos de persona; los miembros que la abultan y componen tienen una simetría sin reprehensión; la piel del rostro está llena, aunque ya me van asomando hacia los lagrimales de los ojos algunas patas de gallo; no hay en él colorido enfadoso, pecas ni otros manchones desmayados. El cabello (a pesar de mis cuarenta y seis años) todavía es rubio; alguna cana suele salir a acusarme lo viejo; pero yo las procura echar fuera. Los ojos son azules, pequeños y retirados hacia el colodrillo. Las cejas y la barba, bien rebutidas de un pelambre alazán, algo más pajizo que el bermejo de la cabeza. La nariz es el solecismo más reprehensible que tengo en mi rostro, porque es muy caudalosa y abierta de faldones: remata sobre la mandíbula superior en figura de coraza, apaga humos de iglesia, rabadilla de pavo o cubilete de titiritero. . . Soy, todo junto, un hombrón alto, picante en seco, blanco, rubio, con más catadura de alemán que de castellano o extremeño. Para los bien hablados soy bien parecido; pero los marcadores de estaturas dicen que soy largo con demasía, algo tartamudo de movimientos y un si es no es derrengado de portante. Mirado a distancia, parezco melancólico de fisonomía, aturdido de facciones y triste de guiñaduras; pero examinado en la conversación, soy generalmente risueño, humilde y afectuoso con los superiores, agradable y entretenido con los inferiores, y un poco libre y desvergonzado con los iguales. . . (p. 64-65).

Simpatía. He aquí lo primero que rezuman las páginas de la *Vida* de Torres. Cuando el lector tiene, como el autor, el suficiente buen sentido para reírse hacia adentro, un poco de sí mismo, ante lo absurdo. Es decir, ante todo lo que nos rodea.

Pero Torres no se enfrenta con la obsurdo a la manera de Camus, aunque éste también sabe que a lo absurdo no se le vence con razonamientos. Lo único que así se logra es ponerlo más en evidencia. Torres resuelve lo absurdo con la continua paradoja de su vida. Y así, a su manera, es consecuente.

Pero no tiene arrestos, a pesar de su valor, para llegar al final. Le falta la inocencia de don Quijote. Tiene la malicia por arrobas, como Sancho, y la malicia mata al heroísmo. Por eso se queda, muy a gusto al parecer, en el mundo de los pícaros. Por miedo a pecar de ingenuo se cura en salud, se justifica, y a veces se pasa de listo. Así se escuda tras sus propios improperios, para que no "...salga algún tonto, levantando nuevas maldiciones y embustes a mi sangre, a mi flema y a mi cólera. Quiero adelantarme a su agonía y hacerme el mal que queda; que por la propia mano son más tolerables los azotes". (Intr., p. 17) Al mismo tiempo enseña los dientes. Y por si alguien duda de que tiene pelos en la lengua lo advierte con su habitual desenfado: "...porque yo encuentro con las ideas, los apodos y los equívocos cuando los he de menester, sin más fatiga que menearme un poco los sesos; y si te parece que te engaño, arrímate a mí, que juro ponerte de manera que no te conozca la madre que te parió". (Pról., p. 6)

Su postura, maliciosa, desconfiada y equívoca, resulta inexpugnable, porque no se le puede tomar completamente en serio; ni tampoco en broma. Aunque a ratos parece que se pone sentencioso, como por ejemplo al hablar de su humilde origen:

> El árbol más copetudo tiene muchos pedazos en las zapaterías, algunos zoquetes en las cardas y muchos astillones y mendrugos en las horcas y los tablados; y al revés, el tronco más rudo tiene muchas estatuas en los tronos, algunos oráculos en los tribunales y muchas imágenes en los templos.

De lo que más se acusa, y presume, es de loco. Se "hace el loco", única forma de resolver el conflicto que como inadaptado siente entre él, entre sus sindéresis, y lo absurdo a su alrededor. Sobre todo en sus años jóvenes de estudiante en la Universidad de Salamanca. A causa de unas sátiras que en forma de coplas aparecieron atacando a ciertos profesores, fue acusado como autor de las mismas y condenado a seis meses de prisión. Y los ataques y castigos no le sirvieron de escarmiento sino,

> me hicieron segunda vez insolente, libre y desvergonzado, en vez de darme conformidad, sufrimiento, temor y enmienda venturosa. ...Volvíme loco rematado y festivo, pero nada perjudicial; porque nunca me acometió más furia que la manía de reirme y de zumbarme de la severidad que afectaban unos, de la presunción con que vivían otros, y de los poderes y estimaciones con que sostienen muchos las reverencias que no merecen... Los despropósitos y necedades que haría un mozo zumbón, de achacoso seso, desembarazado, robusto, sin miedo ni vergüenza, y sin ansia a pedir ni a pretender, se las puede imaginar el que va leyendo... (p. 83-84)

Algunos de sus despropósitos no son otra cosa que geniales desplantes, agudas payasadas. Gestos nada teatrales —no preparados, ensayados, premeditados— sino espontáneos, irreprimibles. Con mucha gracia nos cuenta una de sus valientes y alocadas travesuras:

> Ahora me acuerdo que, saliendo una tarde del general de Teología, abochornado de argüir, un reverendo padre y doctor, a quien yo miraba con algún enfado; porque era el que menos motivo tenía para ser mi desafecto, le dije: "Y bien, reverendísimo, ¿es ya *lumen gloriae tota ratio agendi,* o no? ¿Dejaron decidida las patadas y las voces esa viejísima cuestión?" "Vaya noramala (me respondió), que es un loco". "Todos somos locos (acudí yo), reverendísimo: los unos por adentro y los otros por afuera. A vuestra reverendísima le ha tocado ser loco por la parte de adentro, y a mí por la de afuera; y sólo nos diferenciamos en que vuestra reverendísima es maniático, triste y mesurado, y yo soy delirante de gresca y tararira." Volvió a reprehender con priesa y con enojo mi descompostura; y mientras su reverendísima se desgañitaba con desentonados gritos, estaba yo anudando en los pulgares unas castañuelas, con bastante disimulo, debajo de mi roto manteo; y sin hablarle palabra, lo empecé a bailar, soltando en torno de él una alegrísima furia de pernadas. Fuimos disparados bastante trecho: él, menudeando la gritería con rabiosas circunspecciones, y yo, deshaciéndome en mudanzas y castañetazos, hasta que se acorraló en otro general de las escuelas menores, que por casualidad encontró abierto. Allí lo dejé aburrido y escandalizado, y yo marché con mi locura a cuestas... (p. 84-85)

Ante lo absurdo, Torres, hombre de acción, no reflexiona, o por lo menos no se molesta en comunicarnos lo que piensa. Se expresa, vitalmente, por la acción. En este caso con una payasada valiente y genial. Contesta a lo que le parece absurdo con lo absurdo. Lleva las de perder porque su gesto choca con lo convencional, con lo "correcto", con lo aceptado. Pero así, dentro de lo absurdo, es consecuente. Como Kafka. Pero una cosa literatura y otra es vivir. Es decir, obrar. Esta escena nos recuerda —exteriormente, no en la intención— más de una de *El castillo.* Kafka descoyunta, distorsiona, lo convencional; hace piruetas con lo aparente y así destaca, también sin explicaciones innecesarias, lo que está por debajo, o por encima, de las apariencias. Torres sencillamente hace en este caso lo que muchos desearían hacer en circunstancias análogas si tuvieran valor. Kafka es el creador de la sorpresa, de lo inverosímil, de lo aparentemente absurdo. Torres lo vive. Los dos funden literatura y vida. Pero a la inversa. Porque en Torres primero es la acción, y el relato surge de aquélla. Por eso también Kafka es más creador, mucho más artista.

Claro es que en la vida estas piruetas se pagan muy caras. Y Torres se obligado a dejar la universidad e irse a Madrid, "sin más equipajes que un vestido decente y sin más tren que en un borrico que me alquiló por pocos cuartos un arriero de Negrilla". (p. 86) En la capital las pasa negras. "Padecí (bendito sea Dios) unas horribles hambres. . ." Pero no pide nada a nadie, y comenta: "Yo no sé si esto era soberbia u honradez; lo que puedo asegurar es que, de honrado o de soberbio, me vi muchas veces en los brazos de la muerte" (p. 87)

En Madrid estudia medicina —". . .salí médico en treinta días. . ."— pero no ejerce. Trabaja ¡de bordador!, y haciendo ". . .gorros, chinelas y otras baratijas que se despachaban a los primeros precios en una tienda portátil de la Puerta del Sol, vivía mal comido". (p. 88) Siguen los apuros: "Pensaba unas veces en retirarme de la corte a ver mundo, otras en meterme fraile y algunas en volver a mi casa". (p. 89) Entonces conoce a un clérigo burgalés, ". . .tan buen sacerdote que empleaba los ratos ociosos en introducir tabaco, azúcar y otros géneros prohibidos. . .". Y está a punto de hacerse contrabandista en sociedad con el clérigo, cuando el capellán de la condesa de los Arcos le ruega que le acompañe a casa de la condesa, donde estaban todos atemorizados por la presencia de unos duendes que hacían por la noche tremendos ruidos. Acepta la invita-

ción, "...porque el padecer yo el miedo y la turbación era dudoso, y de cierto aseguraba una buena cena aquella noche". (p. 91)

Torres nos relata la aventura de los duendes con su prosa inconfundible y regocijante. Los habitantes de la casa estaban atemorizados y dormían los criados y sus familias en el salón, todos juntos. Más tranquilos aquella noche, porque allí estaba él para espantar a cualquier fantasma. "Yo me apoderé de una silla; puse a mi lado una hacha de cuatro mechas y un espadón cargado de orín, y, sin acordarme de cosa de esta vida ni de la otra, empecé a dormir con admirable serenidad." (p. 91) A la una de la madrugada se oyen los ruidos. Hay el consiguiente alboroto. Torres, con su luz y su espadón, examina la casa sin encontrar nada. Se repiten los porrazos y el nuevo registro resulta infructuoso. Así durante varias noches. Y la última, al sonar los ruidos e ir a inspeccionar,

> al llegar a una crujía, que era cuartel de toda la chusma de librea, me apagaron el hacha, sin dejar en alguno de los cuatro pabilos una morceña de luz, faltando también en el mismo instante otras dos que alumbraban en unas lamparillas en los extremos de la dilatada habitación. Retumbaron, inmediatamente que quedé en la obscuridad, cuatro golpes tan tremendos, que me dejó sordo, asombrado y fuera de mí lo irregular y desentonado de su ruido. En las piezas de abajo, correspondientes a la crujía, se desprendieron en este punto seis cuadros de grande y pesada magnitud... Inmóvil y sin uso en la lengua, me tiré al suelo, y ganando en cuatro pies las distancias, después de largos rodeos, pude atinar con la escalera. Levanté mi figura, y, aunque poseído del horror, me quedó la advertencia para bajar a un patio, y en su fuente me chapucé, y recobré algún poco del sobresalto y el temor..." (p. 92-93)

Torres no creía en los fantasmas, pero les tenía mucho miedo. Vive la paradoja y se complace en destacarla, en dejarla en el aire, sin resolver; sin intentar resolverla. Porque, en el fondo, intuye que vive en insospechados rincones del corazón humano; que el hombre no puede evitar, racionalmente, lo absurdo. El lo afronta a su manera, vitalmente, con la broma, con la risa, sin importarle ocupar el centro de sus propias burlas. Se ríe del mundo a través de sí mismo, comenzando por sí mismo. Así es consecuente una vez más. Y ya deja de pare-

cernos absurdo lo que hace, aunque parezca increíble. Veamos en rápido vistazo algo de lo que nos cuenta en su *Vida.*

Hacia los veinte años escapa de casa y se va a Portugal. De buenas a primeras se topa con un santero y se queda a vivir con él llevando vida de *ermitaño.* Encantado, pasa cuatro meses. Hasta que

> descuidóse en relinchar un poco mi juventud en una ocasión que habían venido a visitar el santuario unas familias portuguesas, estando ausente mi amo y maestro; y medroso de que descubriese la incontinencia de unas licenciosas, indiferentes y equívocas palabras que le solté a una muchachuela que venía en la tropa. . . (p. 56)

se marcha, y "a pie y sin dinero llegué a la celebérrima Universidad de Coimbra" (p. 57). En aquella ciudad trabaja de *químico* o *médico maestro de baile,* todo a la vez. Alardea de que no se le muere ningún paciente "porque las recetas no tenían virtud para sanar ni para hacer daño", aunque tuvo más éxito y menos complicaciones como danzante. Se ve obligado a dejar Coimbra por "la ridícula historia de unos indiscretos celos de un destemplado portugués", y va a Oporto donde se hace pasar por *caballero,* gastándose el dinero que había ahorrado en Coimbra. Cuando no le queda un céntimo se hace *soldado,* cambiándose el nombre. Después de trece meses de vida militar, deserta, y se va de *torero* con unos maletas salmantinos "que pasaron por Lisboa a torear en unas fiestas reales que se hicieron en aquella corte" (p. 59). En sus años de estudiante en Salamanca había aprendido el arte taurino, y de esta época dice que no aprendió mucho, "pero salí gran danzante, buen toreador, mediano músico, y refinado y atrevido truhán" (p. 50). Cansado de corretear, regresa a la casa paterna, es bien recibido y en una temporada tranquila se dedica a leer:

> Di en el extraño delirio de leer en las facultades más desconocidas y olvidadas; y arrastrado de esta manía, buscaba en las librerías más viejas de las comunidades a los autores rancios de la Filosofía natural, la Crisopeya, la Mágica, la Transmutatoria, la Separatoria, y, finalmente, paré en la Matemática; estudiando aquellos libros que viven enteramente desconocidos o que están por su extravagancia despreciados. (p. 76)

Lee sin orden ni concierto, también, libros de Astronomía y Astrología y "a los seis meses de estudio salí haciendo almanaques y pronósticos", que publicó toda su vida con el nombre de *El Piscator de Salamanca* y que le dieron gran fama de *astrólogo* por toda España y mucho dinero. Su padre insiste en que se haga clérigo y solicita una capellanía en la parroquia de San Martín de Salamanca, y recibió "luego que yo cumplí los veinte y uno de mi edad, el orden de subdiácono" (p. 80). Estudia en la Universidad de Salamanca y por el incidente ya citado va a la cárcel por seis meses. Al salir es nombrado Vicerrector de la Universidad. (En aquel tiempo el Rector y el Vicerrector eran estudiantes). Va a Madrid, estudia *medicina* y se gradúa, pero como se ha dicho se gana la vida de *bordador.* Está a punto de hacerse *contrabandista* y entonces sucede el incidente, ya comentado, de los duendes. Al siguiente día de la noche de marras con los fantasmas se trasladan todos a otra casa, abandonando la mansión embrujada de la condesa de Arcos. Vive protegido por la condesa durante dos años, y luego le ayuda y protege el marqués de Almarza. Tranquilo y satisfecho durante esta temporada, lee mucho y escribe "algunos papelillos, que se los tiraba al público, para ir conociendo la buena o mala cara con que los recibía" (p. 94). Tenía unos 31 años. Es entonces cuando pronostica acertadamente la muerte de Luis I, hijo de Felipe V.[2] Se arma con este motivo una ruidosa polémica y alguien dijo que "la predicción se había alcanzado por arte del demonio". Se mete con él el célebre galeno Martín Martínez, catedrático de anatomía y médico de la familia real. Ante el escándalo, que contribuyó mucho a la popularidad de Torres, el presidente del Real Consejo de Castilla, el ilustrísimo señor Herrera, obispo de Sigüenza, le ordena que se retire a Salamanca a continuar sus estudios. "Medroso a su poder" promete obedecerle y "oponerme a cualquiera de las siete cátedras raras, que entonces estaban todas vacantes" (p. 96) en la Universidad de Salamanca.[3] Abandona la capital con dolor de su alma. En 1726 oposita a la cátedra de matemáti-

[2] También pronosticó, en 1756, la Revolución Francesa; y en 1766 predijo el Motín de Esquilache que estalló unas semanas después. Cobró tal fama que por todos los rincones de España su nombre iba de boca en boca. Unos lo alababan admirados y otros lo atacaban con furia.

[3] Estas cátedras eran, al parecer, las de Cirugía, Música, Astrología, Hebreo, Retórica, Gramática y Matemáticas.

cas, "...que estuvo sin maestro treinta años y sin enseñanza más de ciento cincuenta", y la gana. La oposición fue un ruidoso y único espectáculo público. "Finalizóse el acto, y volvió a sonar descompasadamente la vocería de los vítores; y continuando con ella, me llevó sobre los brazos hasta mi casa una tropa de estudiantes que asombraban y aturdían las calles por donde íbamos pasando" (p. 102). En hombros, como un torero en día de triunfo. Cuando se hizo público el resultado oficial de la oposición,

> dispararon muchas bocas de fuego, soltaron las campanas de las parroquias inmediatas, echaron muchos cohetes al aire, me acompañó hasta casa un tropel numeroso de gentes de todas esferas, repitiendo los vivas y los honrados alaridos sin cesar un punto. A la noche siguiente salió a caballo un escuadrón de estudiantes, hijos de Salamanca, iluminando con hachones de cera y otras luces un tarjetón en que iba escrito con letras de oro sobre campo azul mi nombre, mi apellido, mi patria y el nuevo título de catedrático". (p. 104)

Esto puede dar idea de la popularidad de Torres. La celebración duró todo el día y la noche siguiente. Y el desvergonzado protagonista comenta:

> Este fue todo el suceso, y todo este clamor, aplauso, honra y gritería hizo Salamanca por la gran novedad de ver en sus escuelas un maestro rudo, loco, ridículamente infame, de extraordinario genio y de costumbres sospechosas. (p. 104)

Sin embargo, desempeña su papel de *profesor de matemáticas* con seriedad y disciplina. Así vive feliz cinco años y mientras tanto se gradúa de Maestro o Doctor (eran iguales los dos títulos entonces). Pero siguen los incidentes y aventuras. A causa de un altercado con un clérigo al que su amigo Juan de Salazar hiere, es desterrado. Huye, a caballo, a Francia; regresa desde Burdeos; le obligan a salir de nuevo y se va a Portugal, donde es recibido muy bien por todo el mundo. Se cambia el nombre y va otra vez a Coimbra. Sigue mintiendo y continúa la farsa. Perdonado en España, regresa después de tres años de ausencia. Vive un año en Salamanca y luego va a Madrid. En 1736 —tenía 43 años— regresa a Salamanca. Va a Santiago de *peregrino,* en un viaje que dura cinco meses. Las

gentes de los pueblos por donde pasa salen a ver al *Piscator* y a pedirle remedios para todos los males. Durante este viaje termina uno de sus libros, la *Vida de la venerable madre Gregoria de Santa Teresa,* y el almanaque de aquel año. Vive luego tranquilo en Salamanca con su cátedra, haciendo escapadas a Madrid, honrado por buenas amistades y viviendo en casa de la duquesa de Alba, feliz y contento. Le dura la buena vida hasta 1743. Es nombrado *sacristán* de Estepona. En Salamanca cae enfermo, presa de honda melancolía. Recibe *órdenes sacerdotales* en 1745 y continúa enfermo todo todo este año. La descripción que hace del tratamiento que le daban los médicos no tiene desperdicio, y es una excelente sátira de la medicina y los médicos de entonces. No tenían idea de su enfermedad.

> Muchas veces la oí llamar hipocondría, otras coágulo en la sangre, bubas, ictericia, pasión de alma, melancolía, morbo, obstrucciones, brujas, hechizos, amores y demonios; y yo —¡tan salvaje crédulo!— aguanté todas las perrerías que se hacen con los ictéricos, los hipocondríacos, los coagulados, los obstruídos y los endemoniados; porque igualmente me conjuraban y rebutían de brevajes, y con tanta frecuencia andaban sobre mí el hisopo y los exorcismos, como los jeringazos y las emplastaduras. (p. 164)

El tratamiento a que lo someten es de órdogo, "...yo tragué en veinte días, por su mandato, treinta y siete purgantes..." (p. 167). Queda medio muerto. Y por si era poco lo sometieron a "ciento y una sangrías", y "me coronaron de sanguijuelas la cabeza y me pusieron otras seis por arracadas en las orejas y por remate un buen rodancho de cantáridas en la nuca" (p. 168). "Fui jeringado ochenta y cuatro veces con los caldos de la cabeza de carnero, con girapliega, cantalicón, sal, tabaco, agua de pozo y otras porquerías, que la parte que las recibía las arrojó de asco muchas veces" (p. 171). De los médicos pasa a los conjuradores. Por fin se decide a que no se le acerquen los médicos y "desde este punto, empecé a sentir una indubitable mejoría" (p. 180). Recobra la salud, por fin. Se jubila de la universidad y trabaja de *administrador* de los bienes del conde de Miranda y de la testamentaría de la duquesa de Alba. Sigue trabajando un poco en la universidad, tratando seriamente de introducir mejoras. Y así termina el relato de su vida. Muere, en 1770, a los 77 años de edad.

Ermitaño, químico-curandero, maestro de baile, presunto caballero, torero, astrólogo, subdiácono, médico, bordador, aprendiz de contrabandista, catedrático de matemáticas de Salamanca, peregrino, sacerdote. . . Su vida, como su obra, es todo improvisación, desorden, espontaneidad. No hay nada en él sistemático, disciplinado. Vive al buen albur, a lo que salga. Y su obra escrita es un cauce más de su exuberante vitalidad.

Hoy nos parece la obra de Torres, su autobiografía, la más representativa de la vida del siglo XVIII en España. Dejando aparte sus exageraciones y sus extravagancias, a través de su *Vida* —lo mejor que escribió— palpita la de su tiempo. Y a pesar de que a veces trabaja "entre cabriolas y guitarras, y sobre el arcón de la cebada de los mesones, oyendo los gritos, chanzas, desvergüenzas y pullas de los caleseros, mozos de mulas y caminantes", salieron de su pluma trabajos que llenan catorce tomos sobre todos los temas imaginables: desde la *Vida de la venerable madre Gregoria de Santa Teresa,* hasta los almanaques y pronósticos y un tratado sobre la piedra filosofal; comedias burlescas, zarzuelas, sainetes, poesías líricas; obras en las que sigue los pasos de su maestro Quevedo como *Visiones y sueños morales* y *Visiones y visitas con el Dr. Francisco de Quevedo por la Corte.* Y no sólo se trata de cantidad. Su *Vida* es la mejor obra literaria del siglo XVIII español; su estilo, su prosa, es de una fuerza expresiva pocas veces alcanzada en la literatura española. Algunas de sus mejores páginas nada tienen que envidiar a las de Quevedo o Cervantes.

BENITO MUSSOLINI, DICTADOR TEATRAL

Por *Lothar KNAUTH*

All People: Tear him to pieces - Do it presently - He killed my son - My daughter - He killed my cousin, Marcus - He killed my father...

William Shakespeare, *Coriolanus* V, vi

1. *"En esta rabia provocada por él"*...

Coriolano en la tragedia de Shakespeare, es asesinado por el mismo populacho de volscianos que por entonces lo aclamaban como su héroe. Benito Mussolini muere el 28 de abril de 1945, en las afueras de la villa Belmonte; sufre una muerte solitaria, únicamente en presencia de tres soldados irregulares del *Cuerpo de Voluntarios para la Libertad,* quienes le aplicaron su justicia. Es ejecutado en nombre del pueblo italiano, al que había usado y despreciado.

El paralelismo entre Coriolano *(no podemos elegir sino quedar a disgusto en vista de la severidad y aspereza de su comportamiento, y por su temperamento arrogante, altivo e imperioso)* y Benito Mussolini, resulta simbólico. Los dos fracasan como seres humanos. Ambos desprecian a los hombres y los usan como instrumentos. Su defecto trágico consiste en la combinación curiosa del poder ostentoso con la falta de disposición para tomar decisiones correctas cuando hay que hacer frente a los dilemas. Ambos confunden el sentimiento con el afecto, el honor con el orgullo, y la condescendencia con la manera de conducir a sus secuaces.

Las respectivas madres tienen un papel decisivo en la edad temprana de ambos hombres, y tienen por consiguiente una influencia determinante en las decisiones vitales. Especialmente en el caso de Mussolini, la madre es más bien un pariente ve-

nerado, y en lugar de ser un pariente amado, se convierte en un símbolo abstracto, y por tanto, todas sus relaciones humanas se vuelven simbólicas, abstractas e impersonales. El resultado final será una conducta completamente irracional, al tratar con emociones; una ausencia de comunicación directa, y ninguna interreacción dinámica con otros hombres. Permanecen únicamente conceptos abstractos: honor, nación, poder. Finalmente viene el pago: culpa, odio y una ausencia de acción que va creciendo más y más, incluso frente al desastre nacional.

Mussolini, obsesionado por grandes proyectos y teniendo que tratar con grandes masas, excede a Coriolano en el desprendimiento de la contextura humana. Transforma sus problemas en abstracciones, convierte ideas en *slogans,* y valora más la exhibición espectacular que la hazaña verdadera. Se pierden los valores intrínsecos; su humanidad se evapora en una aureola de adulación incitada por él mismo... ruidosa... sin relación a la presencia de hechos dados. Al final queda un hombre vacío... despojado de toda fe..., sin partidarios...: un monumento más bien a la locura humana, que a la necesidad histórica y a la grandeza personal.

Resulta de una ironía amarga el que Mussolini no muriese a manos del mismo populacho que él usaba tan bien. Sus ejecutores son gentes que obedecen antes bien a un odio abstracto que a una cólera real. El populacho no se activa sino después de que el hombre Mussolini ha muerto. Escupe su cólera sobre una cáscara vacía; sobre un símbolo hueco; sobre un juguete inservible.

El carácter irracional de Mussolini fue fomentado por mujeres; sea madre, admiradora, adivina o amante. Sin embargo, el capricho del destino le deja la lealtad de su amante, Clara Petacci, como el único partidario que persiste hasta el final. El sacrificio de ella es irracional, está desligado de todo significado político, no es ningún testimonio para Mussolini como figura histórica. Lejos de redimir algo, su muerte añade una mofa bárrbara a la muerte de *Il Duce.* Su sacrificio es el acto innecesario de un secuaz irracional: la inmolación de una mujer neurótica ante un hombre irracional. Por esta acción quiere borrarse a sí misma; pues no quiere continuar después de que Mussolini, el gran actor, el amante, el macho, deja de existir. La muerte de su amante está dedicada a *esta rabia provoca-*

da por él: a la fuga de la realidad, al escape hacia el mundo del pensar anhelante, donde los héroes imaginados resuelven sus problemas por medio de aventuras espectaculares en vez de resolverlos por logros silenciosos; por fórmulas mágicas en lugar de planes realistas, donde el porte heroico significa más que la victoria humilde. De este modo, el fin de *Il Duce* es acentuado de modo adecuado por un acto estéril y caprichoso.

El lugar de Coriolano en la literatura mundial está asegurado por el genio de Shakespeare como autor. El lugar de Mussolini es más bien problemático. Él desató fuerzas que estaban dormidas hacía siglos. Conoció la mayoría de los trucos para liberar el entusiasmo de las masas italianas, en búsqueda de historia, en medio de un mundo cuyo carácter histórico iba en aumento. Fracasó como hombre y como *Duce,* por no darse cuenta del carácter complejo del hombre y de la irrevocabilidad de los fenómenos históricos; por enamorarse de la improvisación y de la simplificación exagerada. Tomando el entusiasmo por dedicación, trató de recrear la grandeza romana por medio de la evocación de sus espectros. Consideró como la esencia de Roma el paso uniforme más bien que el soldado bien adiestrado; el circo antes bien que el ciudadano; el *fascio* mejor que la grandeza de Justiniano. Pero su error mayor y más trágico fue tomar la postura heroica por la esencia de la validez histórica.

2. *La Simbología de la Violencia*

A Mussolini le gustó, y desde edad temprana, identificarse con la fuerza... Su relación con mujeres está caracterizada por la violencia, y su interés por dejarse envolver por la violencia se demuestra en su lema: *¡Vivir peligrosamente!* Para esta obsesión se ofrecen varias razones: algunos dicen que la Romaña, la provincia de la cual proviene Mussolini, cría hombres violentos (tal como se considera la cuna del republicanismo italiano); otros sostienen que la familiaridad temprana del *Duce* con *Les reflexiones sur la Violence* de Sorel, y sus lecturas de Nietzsche, dejaron una profunda impresión. No obstante esto, conviene que no sobreestimemos el fondo intelectual del fascismo.

En primer término, el fascismo es una improvisación. El uso de la fuerza para obtener fines políticos es una medida ar-

bitraria, y no un arma escogida a base de inteligencia. Es un modo para romper las normas establecidas en el campo de la política y de la sociología. Mussolini siente que la fuerza es un arma que está a su alcance, como lo está al alcance de cualquiera. No hay ningún interés por lo moral. Su propósito es traspasar los límites de los contenidos sociales. Usando la violencia e intimidando a la gente, cautiva la imaginación de sus oyentes. Aparece como el hombre que se puede apartar de las normas establecidas, normas que ya se hicieron demasiado monótonas para el ciudadano medio, aprisionado en el caudal de la mediocridad, obligado a permanecer en él por fuerza del desarrollo histórico social.

En su juventud, Mussolini experimenta el socialismo, llega a ser el valiente editor de periódicos socialistas, y en 1911 publica un tratado acerca del socialismo: *La lucha de las clases (La lotta di classe).* Al principio de su carrera, en 1904, presagiando su obsesión por la fuerza, escribe a propósito de la situación del socialismo italiano: *Nosotros, llamados los catastróficos por el grupo reformista italiano, no excluimos la posibilidad de una época futura de conflictos sangrientos, en la cual seremos forzados a la penosa necesidad de usar la violencia...*[1]

La evocación de la fuerza se convierte pronto en una parte integral de la personalidad de Mussolini. Ello es consistente con su estructura psicológica, que ve en la violencia un estímulo sensual, y hasta una necesidad. Cuando se desata la primera Guerra Mundial, se le da la oportunidad de identificarse abiertamente con la violencia. Deja el Partido Socialista; su periódico, el *Popolo d'Italia,* se convierte en el altavoz de los intervencionistas al lado de *la Entente.* En todos sus discursos durante y después de la guerra, abundan los símbolos de la lucha. La cualidad histriónica de la guerra es lo que más le impresiona. Se jaranea en una pose de guerrero. Habla de manera amenazadora *del chisporroteo de los fusiles, de la energía para aniquilar, de marcar con letras las frentes humanas, de pelotones de ejecución* (para aquellos que no creen en la violencia), *del sacrificio de los mártires* y del *Volver de la Bestia.* El 3 de de abril de 1921, en el teatro Communale de

[1] Benito Mussolini, *cit.* por Gaudens Megaro, *Mussolini in the Making* (Boston 1938) p. 106.

Boloña, en una convención fascista, hace los elogios más encendidos de la fuerza como arma política: *Es evidente que, con el fin de hacer entender nuestras ideas, tenemos que dar golpes que resuenen en las cabezas refractorias.*[2]

En el mismo discurso trata de justificar la violencia mediante un rodeo retórico: *Hay una violencia que libra, y otra violencia que encadena: existe una violencia moral y una violencia tonta e inmoral.*[3]

Esta es la clase de retórica que convence a aquellos hombres que hacen del fascismo una potencia importante del siglo XX: a los insignificantes pequeños burgueses. Puesto que en el fascismo (y en cualquier otro sistema totalitario) el énfasis está en lo irracional, tenemos que investigar sus fenómenos tanto desde el punto de vista psicológico, como también del histórico.

Al buscar una subterránea corriente psicológica en el fascismo, es importante examinar de cerca la simbología y sus usos. Desde hace mucho se han usado símbolos en la comunicación con las masas. Un símbolo provoca una unificación mística; es un ejemplo de una comunicación eficaz. Para crear un símbolo se hace que un objeto concreto y material represente lo abstracto, una idea, un mito. Circundando un complejo suficientemente grande de conceptos, y siendo lo suficientemente vago, cualquier símbolo dado puede ofrecerse como identificación de los sentimientos divergentes, y hasta de los opuestos. Ningún movimiento totalitario puede existir sin un lenguaje simbólico. Y los argumentos dialécticos ayudan a suministrar una consistencia seudorracional en la devoción irracional provocada. El símbolo de la cruz creó un frenesí internacional durante las cruzadas medievales. En nuestro siglo, millones de hombres fueron sacrificados en nombre de la estrella roja, de la swástica, del *fascio* y del yugo y las flechas.

El símbolo elegido por los fascistas, el *fascio,* las varas y el hacha del castigo formando un haz o un manojo habían sido el símbolo del magistrado romano. Era llevado delante del líctor, del oficial de la corte. Mussolini conoce bien la amenaza que implica el símbolo y no hizo caso de la insinuación de legalidad. Para él, el *fascio* simboliza el poder de los *fasci di*

---

2 Benito Mussolini *cit.* por Barone Quarantano di San Severino, *Mussolini as reavealed in his Political Speeches* (New York 1923) p. 138.

3 *Ibíd.,* p. 68.

combattimento con sus camisas negras, que aniquilan a los oponentes políticos. En el discurso en el teatro Communale de Boloña en 1921, deletrea su concepto de la expedición de castigo *como la manera en que él va a imponer su voluntad política en Italia, con la ayuda de una minoría decidida: cuando no abras el camino espontáneamente, serás arrollado por nuestra expedición universal de castigo, que unirá a todos los espíritus libres y los atará en un fascio.*[4]

Es bastante interesante, que a pesar de que adoptó el *fascio,* símbolo del derecho romano, el fascismo nunca desarrolló una filosofía del derecho. El haz formado por el hacha y las varas quedó relegado a simbolizar más bien los excesos fascistas que la sabiduría del *Corpus Juris Civilis.*

El espectáculo de la fuerza organizada, con su potencial para la violencia, da la imagen del poder del fascismo italiano: un movimiento pequeño en cuanto a sus miembros; pobre en cuanto a doctrina. Otros factores ayudan: en primer lugar la desvergüenza con la cual los camisas negras toman la ley en sus propias manos; luego, la complacencia de los legisladores burgueses, guiados por el gobierno liberal, que no están dispuestos a acabar sumariamente con la amenaza que se cierne contra los privilegios democráticos de Italia; y en último y en más importante lugar, queda el componente irracional del ordinario miembro de la masa. El pensamiento ansioso que hace creer al hombre que puede escapar a los límites de su existencia, pensando grandemente sin pensar profundamente. Mussolini dirige su llamada principal a las aspiraciones irracionales de las masas sonámbulas. Rompiendo con las reglas establecidas y apareciendo feroz les da una imagen para que se identifiquen con ella, de modo muy semejante a como la criada se identifica con la heroina de la pantalla.

¡Qué tipo de héroe ha de ser el hombre, que puede decir de sí mismo, tal como Mussolini: *Quiero más bien ser temido y odiado, que tolerado y protegido!*[5]

La imagen de la violencia más simbólica que real, pero lo suficientemente real para asustar a muchos, hipnotiza a la burguesía italiana, importunada por las dificultades financieras y por las amenazas políticas de la izquierda. Esto ayuda a Mus-

---

[4] *Ibid.*, p. 36.

[5] Mussolini a V. Cerruti, embajador italiano en Berlín y París, *cit.* por GALEAZO CIANO, *The Hidden Diary* (New York 1953) p. 50.

solini a entablar y ganar la marcha a Roma en 1922, y ello a su vez le proporciona la oportunidad de barbotear banalidades pomposas en presencia del rey Imanuel II. Acepta el cargo de primer ministro y profiere las palabras siguientes: *Majestad, ¡os traigo la Italia de Vittorio Veneto!* (Refiriéndose a la Primera Guerra Mundial a una victoria italiana sobre los austríacos). Mussolini, es pues, nombrado primer ministro. La violencia fascista se hace oficial. Intimida al Senado, atiborra las urnas electorales con votos y llena la Cámara de Diputados. Sin embargo, la Italia anterior a 1925 todavía no es el Estado totalitario en el que se ha de convertir. Todavía existe alguna oposición abierta, sobre todo de parte de los socialistas y algunos demócratas cristianos. Pero la oposición afectiva requería hombres valientes que hablaran abiertamente y que estuvieran dispuestos a sufrir inmediatamente el castigo de los matones fascistas. La violencia es una parte integral de las maniobras del partido fascista. Luego la brutalidad se vuelve demasiado real: el diputado socialista Giacomo Matteotti, es asesinado por los camisas negras en el verano de 1924.

En este momento el fascismo resultará incluso chocante a las masas ilusas. El acto del circo se ha tornado cruelmente sensacional. La mayoría de la gente tolerará un espectáculo sangriento de vez en cuando, pero no puede tolerar el homicidio. Los fascistas abandonan el partido en tropeles, tan fácilmente como se adhirieron a él. Un Mussolini abatido parece quedarse en la calle. Pero nadie intenta arrancar el control del poder a Mussolini. El hechizo persiste.

En agosto de 1924, los fascistas de Boloña van marchando silenciosamente por la Via Veneto hacia Palazzo Venezia, en Roma, para rendir homenaje a su jefe derrotado. Mussolini no se anima a reconquistar su poder. Luego, después de una visita con Aldo Tarabella, un antiguo camarada, y con 33 cónsules fascistas, en la víspera del Año Nuevo, de 1925, el actor Mussolini cobrará ánimo. Reconoce que las masas, en el fondo apáticas frente al bien y al mal, no habían condenado su postura de violencia heroica. Solamente habían retrocedido por el hecho actual del asesinato. Había, pues, que darles otro espectáculo. ¿No habían aplaudido cuando el *Duce* ocupó en 1923 las islas de Corfú y había deshonrado a Grecia, forzándola *a incrementar el prestigio de Italia en el extranjero?*[6]

---

6 *Il Duce* en el senado, el 16 de noviembre de 1923 *cf.* GAETANO SALVEMINI, *Prelude to World Ward II* (New York 1954) p. 50

La simbología de la violencia todavía es potente y válida. Pero ahora *Il Duce* presentará menos violencia abierta en la propia casa. En lugar de enviar a sus matones en camisas negras por las calles, organizará la fuerza para la gloria nacional. El incidente de Corfú es el punto clave: Hay que llevar a cabo el espectáculo más marcial, hay que llevar *la expedición universal de castigo* al extranjero.

El 28 de octubre de 1925, da nuevo santo y seña a la milicia fascista de Milán: *Estoy seguro de que estáis preparados para marchar cara al peligro y a la muerte, porque os dáis cuenta de que la vida no significa nada cuando los intereses vitales de la nación están en juego. Arriba nuestras armas gloriosas.*[7]

Por delante tienen Abisinia, España, Grecia, Africa del Norte, Rusia, . . . y el desastre.

3. *La Egomanía Marcial*

LA imagen de Benito Mussolini, el soldado nacionalista, es compatible con la de Mussolini, el hombre que vive peligrosamente: ambos son más bien ideales que reales. Son parte de la postura heroica de Mussolini; es la apariencia externa: es el modo en el cual se ven las cosas lo que interesa al jefe del fascismo italiano; y no la realidad final. El espectáculo, los adornos del poder son más importantes que la verdadera disposición para actuar.

¿Cómo se convirtió Mussolini, por aquel entonces editor antiimperialista de los socialistas, el caporal de un breve servicio militar, en la encarnación de la valentía nacional? La respuesta es a la vez simple y compleja, y está en la psicología de *Il Duce* y de las masas. Sus experiencias tempranas como maestro de escuela y como periodista traen al joven Mussolini el sentimiento de una posición influyente: ellas profundizan su tendencia a comunicarse antes bien por un dictado unilateral que por una conversación ambilateral —sea con los individuos, ya con las masas. Como editor saboreó por primera vez el aplauso de la muchedumbre merced a una frase bien acabada, y a su anhelo de sensaciones. Convertido en influyente desde la edad temprana, se obsesiona de la idea de dar órdenes. Su rápido ascenso a la notoriedad, aunque no a la fama, por me-

7 *Ibíd.*, p. 68.

dio de escritos espectaculares, y echando mano a una postura afectada —hasta en el modo de vestir— le hace sobrevaluar al exhibicionismo, la teatralidad. Empieza a creer en su papel, no sólo a representarlo. Es celoso de sus desfiles militares, muy sensible frente a las críticas contra el ejército italiano, y compulsivo para presumir con su conocimiento y su destreza.

Gaetano Salvemini, el conocido historiador italiano, le atribuye *una rápida penetración en la psicología de las masas.*[8] Esta penetración es más bien empírica, que resultado del estudio. (Por una coincidencia semántica interesante, el sustantivo *empírico* es sinónimo de *Charlatán*). Sin embargo, con el *flair* instintivo del buen actor, actúa muy bien su papel. Es el *poseur* que halaga al público, esperando el aplauso. Y tiene el mismo anhelo de brillar que experimentan los pedantes.

Su incapacidad para comunicarse eficazmente en un nivel personal, en un intercambio de ideas (siempre expone y nunca escucha), encuentra su sustituto en *El diálogo con las masas. Il Duce* pregunta y las masas o, por mejor decir, los fascistas intercalados entre ellos dan la contestación correcta, prefabricada —a veces a través de altavoces— creando así la ilusión de una comunicación ambilateral. Esta prepóstera "comunicación" convierte en *claque* a cualquier público.

Es preciso darse cuenta de la egomanía de Mussolini para entender su fácil cambio desde una posición socialista e internacional, a otra fascista y nacional. Profética e irónicamente, él mismo describe su futura metamorfosis en *La lotta di classe,* en un tiempo en que todavía escribía contra las aventuras militaristas en Libia, regañando de la siguiente manera...

> ...estos ex socialistas, que después de un interludio de sindicalismo profesional vitorean a la *Nación* y abrigan un nacionalismo, hoy literario y mañana agresivo.[9]

Ingresado a filas, se convierte inmediatamente en un soldado modelo. Como había sido periodista y maestro de escuela, recibió ciertos privilegios especiales. De este modo llegará a opinar que una sociedad clasificada militarmente puede ordenar la posición y determinar la admiración.

Al principio de la era fascista, Mussolini se esfuerza para

---

8 *Ibíd.,* p. 36.

9 Benito Mussolini, *La lotta di classe op. cit.,* por MEGARO, p. 239.

no ser identificado con el militarismo alemán, quiere que se les identifique con la Roma antigua:

> Aquellos que nos reprochan que marchemos con los alemanes tienen que recordar que no somos nosotros los que imitamos a los alemanes; sino son ellos los que imitan a los romanos.[10]

Más tarde aún, cuando el "paso de ganso" es adoptado en 1939 —que es lo que sigue a la conversión del *Duce* a favor de una conducta pro-germana— se le ha de llamar *passo romano.* Unicamente la egomanía de Mussolini hace plausible su intento de prusianizar a los italianos. Para él las formaciones de desfile, los estandartes y uniformes, son los jaeces de la aclamación unánime, que pueden llegar a ser todavía más eficaces por medio de la rígida disciplina prusiana.

Porque Mussolini no fue germanófilo, sino hasta la mitad de la década de los años treintas; siempre prefirió a Francia e Inglaterra por sobre Alemania. Su primer encuentro con Hítler distó mucho de ser cordial. *Il Duce* consideró al *Führer* como un discípulo inferior. Durante el *Incidente Dollfuss,* en 1934, cuando el canciller de Austria fue asesinado por los nazis, y una invasión alemana parece inminente, Mussolini concentra a las tropas italianas en la frontera austríaca. No es sino hasta después de que los nazis le superan en exhibicionismo militar, cuando queda impresionado, pasmado y finalmente hipnotizado por Hítler.

Entre todos los arreos marciales, sigue siendo el pequeño caporal que se jaranea en el mando personal de una formación, y que compulsivamente se fija en la ejecución de las órdenes más insignificantes. Cuando llega el verano, los policías no pueden vestirse sus uniformes blancos hasta que él no haya personalmente dado la orden. El mismo diseña uniformes para sí y para su Estado Mayor. Aprende a pilotear aviones, hace carreras por el campo con un Ferrari, reta a su Estado Mayor a competencias de boxeo. Trata forzadamente cumplir con su admonición: "vivir peligrosamente", flexionando sus músculos, y esto, pues, en sentido real como figurado. Y siempre es el espectáculo lo que importa más.

C. Senise, el jefe de la policía italiana de 1940 a 1943,

---

[10] Di San Severino, p. 141.
[11] Salvemini, p. 36.

describe la ruidosa exhibición de la fuerza, y la manera de manejarla:

> El departamento de policía solía prestar sus coches blindados al ejército durante los desfiles, en los que aparecían cubiertos de pintura kaki; después del desfile los coches eran devueltos a sus verdaderos poseedores, y volvían a pintarse. Este era el sistema, y todo el mundo conocía los trucos. Al fin y al cabo, Mussolini no objetaba cuando le tomaban el pelo.[12]

La fe en la fuerza ruidosa aumentó más aún por el éxito relativamente fácil de las tropas italianas en la guerra de Abisinia. Se reforzó la creencia de que la Italia fascista podía conquistar un imperio con poco más que un flexionar de músculos y un tintinar de sables.

La Alemania nazista ponía más atención en el potencial militar que en la exhibición marcial; pero *Il Duce* veía la rivalidad entre los dos Estados como una competencia exhibicionista, de carácter teatral, en lugar de verla como de potencias en lucha. Galeazzo Ciano, yerno y ministro de relaciones de Mussolini, escribe frecuentemente en su diario sobre el interés de su suegro en la postura marcial, sobre su sensibilidad frente a la crítica de los logros militares de Italia. El 26 de agosto de 1937, antes de salir para su visita de Estado a Alemania, Mussolini dice a Ciano: *Pon atención en los uniformes. Tenemos que aparecer más a la prusiana que los prusianos.*[13] Cuando Hítler devuelve la visita en mayo de 1938, Ciano, imitando a su suegro, escribe muy satisfecho de sí mismo:

> El espectáculo en el estadio fue soberbio. Los alemanes deben haber apreciado todavía más que la organización militar, que fue perfecta, la organización civil del país, que es una cosa más complicada y más difícil de obtener.[14]

Pero *Il Duce* se siente sobrepasado en el exhibicionismo marcial, y el 18 de junio de 1938 cita una frase que llegará a ser una profecía: "Italia nunca estará suficientemente prusiani-

---

12 C. Senise, *Quando ero capo della polizia,* p. 100 *op. cit.* por Salvemini, p. 475.

13 Ciano, *The hidden diary,* p. 5.

14 *Ibíd.,* p. 113.

zada. No dejaré en paz a los italianos hasta no tener dos metros de tierra sobre mi cabeza".[15]

El 30 de enero de 1939, el ministro de Grecia hizo alusiones insultantes al ejército italiano, alega Ciano. Mussolini amenazó, inmediatamente, expresando que *si no se le daba satisfacción en un plazo de treinta días, se sucederían serias complicaciones.*[16]. . .Mientras tanto en 1938 y 1939 Europa se balancea inquietamente entre la guerra y la paz.

En Munich, Mussolini adopta brevemente el papel de "Salvador de la Paz Europea". Sin embargo, en el fondo de su mente juguetea todavía con la idea de *la expedición universal de castigo*: el 19 de febrero de 1939, lleno de pensamientos y anhelos soñantes dice a Ciano que después que haya hecho guerra y haya derrotado a Francia, enseñará a los italianos *cómo se debería hacer una paz en Europa. Nada de exigir indemnizaciones, sino destruirlo todo, y arrasar incluso a muchas ciudades.*[17] Hay otro momento de triunfo fascista: después Franco gana en España con la ayuda italiana y alemana.

El primero de septiembre de 1939, se desata la Segunda Guerra Mundial que encuentra a Italia sin preparación. La *Blitzkrieg* de la Alemania hitleriana se traga a Polonia, a Escandinavia y a los Países Bajos; luego a Francia. Mientras Mussolini organizaba desfiles, Hítler construía una máquina de guerra.

Ahora percibe el *Duce* que tiene que entrar en la guerra —a pesar de lo mal preparado que está— antes de que se acabe el botín. El 10 de junio de 1940, estando Francia ya derrotada, Italia se suma al conflicto. Mussolini protesta frente a Ciano: *Los alemanes deben dejarse guiar por mí, esto es demasiado obvio supuesto que políticamente soy mucho más inteligente que Hítler.*[18] Pero la iniciativa ya ha pasado a las manos del *Führer*. No hay más victorias fáciles para el fascismo. El ejército italiano, creado para el campo de parada y organizado como una pieza para la exhibición política, está mal preparado y peor adiestrado para entrar a la guerra.

Hay poco entusiasmo en Italia hacia un esfuerzo militar ejecutado a la sombra de los éxitos alemanes y de los contra-

---

15 *Ibid.*, p. 128.

16 Ciano, *The Ciano diaries* (New York 1946) p. 17.

17 *Ibid.*, p. 30.

18 Mussolini a Ciano en junio de 1940 *cf.* Paolo Monelli. *Mussolini, An intimate life* (London 1953) p. 180.

tiempos italianos. Pero Mussolini todavía piensa en términos teatrales: Para él, la guerra es un espectáculo marcial. Le gustaría convertirla en un frenesí nacional. Está irritado por la frialdad de los romanos, y da orden que cada vez que haya alarmas aéreas en Nápoles, también suenen las sirenas en Roma y se disparen cañonazos. El mismo duerme profundamente a pesar de todas las alarmas.[19]

La campaña italiana en Grecia, empezada con la idea de dar una victoria fácil al *Duce*, termina en un desastre. Las fuerzas italianas tienen que ser rescatadas por los alemanes. Lo mismo sucede en Libia. Finalmente, el ataque de Hítler contra Rusia da a Mussolini la oportunidad esperada de ofrecer tropas italianas en un escenario de guerra más grande.

En agosto de 1941, el *Duce* y el *Führer* visitan a las tropas italianas en el frente ruso. Dino Alfieri, entonces embajador italiano en Berlín, acompaña a la comitiva. Por su relato percibimos otra vez a Mussolini en plan de *poseur*. En vista del fracaso general de los italianos, Mussolini sigue apreciando la apariencia más que la realidad de la situación política. Usando las normas de un director de espectáculos, confía a Alfieri: *¿Vio Ud. como el Führer no se parecía en nada a un soldado al estar entre sus hombres?*[20] Para entonces él se hallaba plenamente eclipsado por Hítler. Pero todavía tiene sentimientos compulsivos en cuanto a sus mimados pequeños éxitos personales. Instruye a su prensa para que mencione el hecho de que durante el viaje al frente ruso *él mismo piloteó el avión durante un tiempo considerable.*[21]

Pero ahora las paradas y desfiles de Mussolini parecen recuerdos mezquinos. Sus intimaciones internacionales cesaron junto con la pérdida de la iniciativa internacional. Se suceden unos pocos meses más de victorias alemanas; luego empiezan los retrocesos en todos los frentes, especialmente después de que los Estados Unidos afrontan activamente a la guerra. Pronto conquistan los aliados al Norte de Africa y desembarcan en Sicilia. La resistencia italiana está prácticamente destrozada.

Se comprobó entonces que las manifestaciones marciales eran más bien espectaculares que eficaces. No hay ningún núcleo sólido de la creencia fascista, y la retórica de palabras va-

---

19 *Ibíd.*, p. 191.

20 Dino Alfieri, *Dictators face to face* (New York 1955) p. 157.

21 *Ibíd.*, p. 159.

cías es olvidada. Los días del circo pasaron... los gladiadores se marcharon. Mussolini ha perdido su gran juego. Se aproxima el 25 de julio de 1943.

Edda Ciano, la hija de Mussolini y esposa de Ciano, dijo más tarde:

> La conducta de mi padre durante aquellos días era perfectamente incomprensible. Sabía que se estaba preparando un golpe de Estado, desde unos quince días antes de que sucediera; pero no lo tomaba en serio, y pensaba que sería suficiente con cambiar algunos cuantos ministros.[22]

4. *El Fin del Anti-Partido*

Al principio de su carrera fascista, en 1920, Mussolini habíase jactado de su partido: *Todos los otros partidos se reunen a base de dogmas. Nosotros, siendo un anti-partido, no tenemos pre-concepciones.*[23] En 1943, el partido fascista se desintegra sin resistencia. La ausencia de una filosofía y la falta de un núcleo intelectual, ayudan a hacer desaparecer rápidamente al fascismo italiano. La desintegración es más completa que la que aconteció después del asesinato de Matteotti.

Existen dos factores importantes en el ocaso de Mussolini: Uno es la existencia de la monarquía italiana; el otro es la creciente incapacidad del *Duce* para una comunicación efectiva con sus asociados en vista del desastre nacional. El Mussolini afortunado y de los éxitos puede mandar a sus secuaces; pero no es así cuando se trata de un jefe atribulado por contratiempos. Sin embargo, para él, el gran espectáculo todavía sigue en escena —no obstante las derrotas. Absorbido por su papel como genio político, Mussolini se olvida más y más de ver su posición en la perspectiva verdadera. Queda completamente inconsciente, sin darse cuenta, de situaciones cambiantes que requieren una política audaz y acciones decisivas.

Después de 1925, cuando crea su estado totalitario, elimina a todos los cuerpos legislativos que posiblemente podrían criticarle. Solamente se permite la existencia de una congregación pseudo-legislativa: El Gran Consejo Fascista. Creado co-

---

[22] Roman Dombrowski, *Mussolini: twilight and fall* (New York 1956) p. 48.

[23] Di San Severino, p. 67.

mo un comité de resello compuesto de compadres políticos nunca se opuso a los programas del *Duce*. Es decir, no hubo oposición antes de 1943.

En vista de la desintegración del *Duce* como jefe, varios miembros del Gran Consejo Fascista, encabezados por Dino Grandi, se deciden a tomar la iniciativa. Hay varios motivos para su acción: Algunos creen actuar con vistas al mejor interés de Italia; otros lo hacen para engrandecerse personalmente, y muchos quieren salvar su pellejo en caso de que la conquista de Italia —ahora inminente— ocurra. El partido fascista que construyó su éxito a base de intimidaciones políticas y desfiles marciales, no está en condiciones para cambiar activamente el destino de su patria.

El 25 de julio de 1943, el Gran Consejo Fascista vota (y el escrutinio arroja el resultado siguiente: 19 contra 17 votos, con 2 abstenciones):

> ...que el jefe del gobierno se dirigirá a Su Real Majestad ...solicitando que en pos de la causa del honor y de la salvación del país, sea el rey el que asuma la superior iniciativa y decisiva.[24]

Esto es llanamente un voto de desconfianza. Para *Il Duce* es solamente un desacuerdo en cuanto a la política. No se da cuenta de la importancia decisiva de esta rebelión dentro de sus propias filas.

El mismo día solicita una audiencia con el rey. Es de mal agüero el que le piden que aparezca en traje de civil en vez de hacerlo en uniforme fascista. Durante la audiencia el rey le informa de que aceptará su renuncia, y que el mariscal Badoglio formará un nuevo gobierno. Al salir del palacio real, el *Duce* es arrestado por los *carabinieri* del rey...[25]

El fascismo italiano ya está muerto, a pesar de que Hítler rescate al *Duce* en septiembre de 1943. Las semanas y meses siguientes ven más bien a un dictador depuesto que a un personaje histórico. Siguiendo las exhortaciones del *Führer,* y bajo su amenaza, Mussolini forma un nuevo gobierno fascista en el norte de Italia. Bajo la presión alemana persigue a los miembros del Gran Consejo que votaron en su contra. Galeazzo Ciano muere ante el pelotón de ejecución en enero de 1944,

---

24 DOMBROWSKI, p. 24.
25 *Ibíd.*, p. 137.

junto con el mariscal de Bono —no de los *quadrumviri* de la *Marcha a Roma*— y con otros tres jefes fascistas. Trece más son juzgados y sentenciados a muerte en ausencia.

La *República Socialista Italiana,* con su cuartel general en la cercanía de Salo, en Lago Garda, repite algunas de las ideas de la juventud del *Duce,* como un lejano eco. Es una república que profesa unos matices de la ideología socialista. Pero Mussolini no es más que un *Gauleiter* de Hítler: el jefe del partido para la provincia de Salo. Se consuela volviendo a estudiar a Sorel y a Nietzsche, los *Diálogos* de Platón y la biografía de Napoleón por Emil Ludwig. Junto con su amante lee *El don apacible* de Mijail Sholojof. Los hombres de su séquito son fanáticos, soñadores. Empero Mussolini todavía conserva sus grandes ideas. Cuando el Vaticano se rehusa a reconocer su república de títeres, él juguetea con la idea de formar una nueva *Iglesia Católica y Nacional en Italia.*

Según testigos presenciales, el *Duce* se abandona a los recuerdos y la especulación ideológica. Es un hombre vencido. Es un actor que sobrevive su papel.

Los aliados avanzan hacia el norte de Italia. Los frentes alemanes se desmoronan. La mayoría de los italianos están del lado de los aliados, uniéndose activamente a los grupos guerrilleros que luchan contra los alemanes y contra los pocos batallones fascistas que resisten.

El 26 de abril de 1945, Mussolini, con algunos miembros de su gobierno, trata de alcanzar la frontera suiza. Después de escapar a duras penas de los italianos anti-fascistas en Milán, espera en Como la llegada de Alessandro Pavolini, último secretario del partido fascista, y uno de los fascistas más fanáticos.

El periodista polaco Dombrowski en *Mussolini, twilight and fall* (*Crepúsculo y caída*) da el siguiente relato:

> Pavolini llega, supuestamente, con un gran contingente fascista. "¿Llegaste en un carro blindado?" Pavolini contestó afirmativamente. Animado por esta noticia, Mussolini preguntó: "¿Y cuántos hombres trajiste?" Pavolini titubeaba. "Bueno, dime, ¿cuántos?" insistió su jefe. "¿Mil, quinientos?" "Doce", contestó Pavolini finalmente. "Las ratas están huyendo del barco que se hunde".[26]

[26] *Ibíd.,* p. 182.

El convoy, formado rápidamente, que viajaba junto con un grupo de alemanes en retirada, es interceptado por los guerrilleros. Mussolini y su amante, Clara Petacci, que se le unió en Como, contra la voluntad de él, son encarcelados durante la noche. En la tarde del 28 de abril, ambos son fusilados. Todos los ministros atrapados en el convoy mueren también en la matanza. Los cadáveres de Mussolini, Clara Petacci, Pavolini y otros fascistas prominentes son llevados a Milán y colgados por los pies en la *Piazzale Loreto.* Allí, los cuerpos de Mussolini y de la Petacci son despojados de sus ropas exteriores, escupidos, arañados y despedazados.

Mussolini, siempre un soñador de la gloria militar, acaba siendo un cadáver molido a golpes y profanado por el populacho que antes le aclamaba. Tal como Coriolano, *Il Duce* es víctima de *esta rabia misma provocada por él.* Mussolini, el genio de los espectáculos, finiquita como una escena que divierte a la masa enojada. El hombre que consideró a los demás como peones de ajedrez, útiles sólo para ser conducidos por la retórica enardecedora, termina como un símbolo del odio de las masas.

La bestia triunfante ha regresado; pero no es la expedición de castigo del fascismo: es el odio de la muchedumbre decepcionada. El populacho se siente defraudado por el profeta que resultó ser falso, por el conjurador que no pudo producir los milagros prometidos. Si Mussolini hubiera estado satisfecho con su genio para montar espectáculos en la escena, si no se hubiera identificado con su papel en lugar de actuarlo, quizás habría sido capaz de sostener una imagen heroica. Si hubiera poseído ese adarme de humildad que hace que el hombre se de cuenta de sus límites, podría haber controlado el espectáculo que llevó a escena tan perfectamente. Empero, él mismo era demasiado semejante a la masa para ser capaz de dominarlo. Como los de ésta, sus pensamientos eran demasiado grandes, y no resultaban lo suficientemente profundos.

El historiador Salvemini escribe:

> La tragedia de Italia fue, que Mussolini vivió demasiado tiempo sin aprender nada. Siempre siguió siendo un periodista e improvisador.[27]

Raquel de Mussolini, la esposa que durante toda la vida permaneció sumida en un segundo término, lo expresa más

[27] Salvemini, p. 41.

sucintamente: *Mi esposo daba la impresión de ser un león; pero en realidad no era más que un pobre hombre.*[28]

Mussolini, que trata de ser un super-hombre adoptando la postura heroica, fracasa porque no reconoce los límites de la capacidad humana para transformarse a sí mismo. Piensa que está creando una nueva Italia con sólo adoptar una postura romana. Al final, ni siquiera el *fascio* permanece como un símbolo significativo. La idea de la violencia, que unía a los fascistas, resulta no poseer ningún poder de vinculación. Se rompe al someterse a pruebas serias. Mussolini, el gran apóstol de la violencia unida, muere solitario *viviendo peligrosamente.* El evangelio de la violencia le alcanza y lo devora. La simbología de la fuerza, explotada por él tan fácilmente a causa de su fascinación frente a las masas inconscientes, se vuelve contra él cuando los actos no siguen a las promesas.

Porque para satisfacer la componente irracional en el hombre, que le hace creer más bien en sueños que en la realidad... el espectáculo tiene que seguir representándose en la escena... y si no con actos cada vez mejores, a lo menos con otros, más novedosos.

---

[28] Dombrowski, p. 89.

Dimensión Imaginaria

LAS MAÑANITAS DEL ATARDECER

Por *Giuseppe VALENTINI*

MAÑANITA A MEDIODIA

RUDECINDA, mediodía
ya tocó en la Catedral:
tu pereza está dormida
y despierta por igual.

Mediodía rellena todo,
a sus anchas por doquier:
a su vera sueña el gato
un regazo de mujer.

¿Qué está atrás de tu ventana,
además de tu primor?
¿Una lágrima? ¿Una risa?
¿Las cosquillas del amor?

Ojo abierto, ojo cerrado,
una holganza de Dios,
una brizna del diablo,
acunándote las dos.

¿Dónde va tu pensamiento,
dónde fue tu corazón?
¿Con la barba de qué santo,
Rudecinda, en oración?

Dando el brazo a San Isidro,
es tan viejo San José,
que se puso enfermo el cielo
magullado por su pie.

Quiere todo, Rudecinda,
que lo vuelvas a poblar.
Los relojes tienen prisa;
dormilona, a despertar.

Y tú callada y lejana,
y tú durmiendo, feliz
como en la voz la palabra,
como en la milpa el maíz.

Encontraste ya el zapato
a la hechura de tu pie;
y no era San Isidro,
y no era San José.

un rapaz sin miramientos,
parecido a un gavilán,
que te robe a la querencia,
que te muerda como a pan.

La memoria adormecida,
y despierto el corazón,
en tu sangre ronronea
un gatito querendón.

Las campanas vivarachas
cosquillean la Catedral:
mas tu dicha no se asoma
al cerrado ventanal.

Cantinela sin provecho,
Rudecinda, es esta mía:
no adormece ni despierta
mañanita a mediodía.

AL MUNDO VIEJO UNA RECIEN NACIDA...

EL perro pardo y descuidado
—un ojo abierto, un ojo dormido—
en la tierra amarillenta
festejaba a su dueña perezosa.
Venía temblando la mariposa
bajo la piel oscura del gusano.
Entre las blancas flores del almendro
un gorrión, satisfecho, se reía.
La primavera todavía
tenía rubores de muchachita
y voz delgada y mirada medrosa.
Tanta tierra y ella sola,
al mundo viejo una recién nacida.
Todo el cielo estaba despierto,
confiado y campesino.

ROMANCE DE LA NIÑA Y EL NOPAL

TANTO miró la niña
que floreció el nopal:
la niña peripuesta
que trae descalzo el pie.

Sin zapatos la niña
y negrita la piel:
cobijaron sus trenzas
al tomate y al maíz.

La niña peripuesta
qué bien peinada está:
ya corre el caballito
que se la llevará.

Es blanco el caballito
que corre sin parar,
pariente de las nubes,
nacido de la mar.

Se marchan las palomas
hacia Jerusalén,
una ala casi blanca,
la otra casi azul.

Descalzas las palomas
y la niña también:
recatadas sus trenzas
en el medio del sol.

Palomas mexicanas,
¿por qué pasáis la mar?
Todo lo que ha nacido
aquí vuelve a nacer.

Se agazapa en el hielo
el fuego del volcán;

todavía la serpiente
no se olvida de Adán.

Si las palomas buscan
la huella de Jesús,
en la lumbre de Puebla
la pueden encontrar.

Acunando milagros
esta tierra creció:
tan cálida su sangre
que nunca se ocultó,

que, derramada siempre,
se vuelve a derramar,
una sangre descalza
que se moja en la luz.

Y descalzo el caballo
que sube sin trepar
hasta la niña negra,
a orillas del volcán.

Los reyes que se acercan
sin zapatos también,
si calzaron sandalias
las perdieron los tres.

Tres caminantes viejos
que van, que van, que van,
en busca de una aldea
que le dicen Belén.

En su lento camino
descansarán aquí,
a los pies de la niña,
al lado del nopal.

Tanto miró la niña
que la miró Dios:
hay todavía un Arcángel
llamado Gabriel.

ROMANCE DE LA REAL GANA

Señor Alcalde de Almendralejo
Señor alcalde de Medellín;
han empezado las vacaciones
de la lechuza, del alguacil...

Desamparados los alcornoques
pierden la sombra, pierden el sol:
los campanarios hechos banderas
buscan el moro Guadalquivir.

El mundo todo quedó borracho
porque su savia lo reventó
y cuatro hidalgos destartalados
han ensanchado la tierra y el mar.

Murió la carne de Moctezuma,
se está muriendo Guatimozín:
esta es la gana de Extremadura,
es la jornada de Hernán Cortés.

Por los trigales sacan las mozas
la voz traviesa del corazón;
una alameda de pensamientos
las une a un barco bajo la Cruz.

Ya no hacen falta los alcornoques,
ya no hace falta vuestro alguacil,
Señor Alcalde de Almendralejo,
Señor Alcalde de Medellín.

CORRIDO DE LA MUERTE SUELTA

Se vienen los indios yaquis,
se vienen rumbo a Celaya;
se escurren entre las milpas
como si fueran de aire.

El general Pancho Villa
cabalga con sus "Dorados",
en el estruendo, en el polvo,
sangre de adentro y de afuera.

A limpios sablazos se cae
el cielo verduzco de nubes,
al borde de tanta pezuña,
al filo de tanto coraje...

Atropellan a rienda tendida
—las espuelas de Satanás—
a ver si afusilan la muerte
o la muerte los afusila.

¿Qué pasa? ¿Qué repiquetea
entre las milpas quemadas?
¿Elotes que se desgranan
en un estallar de culebras?

Revienta la tierra sufrida,
ametrallando las nubes;
los huesos morenos del mundo
estallan en ronco ladrido.

Con sus ametralladoras
silban los indios yaquis,
silba el parque americano,
agazapada alimaña.

La espuma de los caballos
se viene haciendo bermeja,
se muere el aire picado
en sus remotas entrañas.

Estos son los milagros
del parque americano,
amonedada metralla,
lluvia de maravedíes.

Hay gente que sobra en el mundo,
lo saben los indios yaquis:
los curas, los federales,
los güeros, los licenciados.

Y todo lo que se esgrime,
que luce, que se levanta:

los "Dorados" y Pancho Villa,
los caballos de tanto piafar...

Así se escurrió la sangre
de la División del Norte:
aquí se acaba el corrido,
en las milpas de Celaya,

el corrido de la muerte suelta
cuando hervía la revolución
en las venas de Pancho Villa
y en las del manco Obregón.

CORRIDO DE LA MUERTE FRIA

QUIERE palabras amargas
el corrido de la muerte fría,
empapado en la mera sangre
de un mexicano cabal.

Entre Texcoco y Necaxa
y todavía más allá,
en las cananas las balas
querían lucirse al azar,

en la riña de los abismos,
camino de Veracruz,
entre los bosques tupidos
que añoran las olas del mar.

Callada y ciega la sierra
se revolvía por doquier,
en las ariscas laderas
una amenaza y un pesar.

Sobre las milpas deshechas
había llovido y llovía;
quién sabe adónde los pájaros. . .
Los árboles sin compañía.

Una mortaja era el aire:
plomizo, pesado, vacío:
las alas de un zopilote
llenaban el cielo sin luz.

La suerte de la República
había quedado en el tren,
con la última locomotora,
en el último tramo de riel.

La culpa no fue de la lluvia,
no fue del ferrocarril,
si aquella noche la muerte
se atragantó en un jacal,

si agazapadas las balas
en las manos de un traidor
se ensañaron en la República,
acabaron con un Varón.

Tiritaba toda la sierra,
cenicienta, encogida en su frío:

no tembló Venustiano Carranza,
Primer Jéfe Constitucional.

Había nacido en las tierras
del trigo color de la miel,
en el tiempo de los caballos,
que no había sendas ni riel,

que los hombres vivían a sus anchas,
en las llanuras sin fin,
el mexicano y su potro
en el coraje del sol.

Sin mancha su recia persona,
sin desparpajo su hombría:
no sólo una riña de gallos
la joven Revolución.

Y ahora con bárbara saña
lo perseguían por doquier
los gallos sedientos de muerte,
nunca saciada su sed.

Ametrallado en los bosques
había muerto el ferrocarril:
duraba eterno en los siglos
el cerco de Tenochtitlán.

Subía en las nubes moradas
el aliento de Veracruz;
la colcha mojada del aire
no lo dejaba pasar.

En la lluvia, en el barro, en la noche
hasta la muerte lloró,
cuando no tuvo remedio
y la forzaron a entrar.

A entrar adonde en el suelo
Don Venustiano dormía,
a la lumbre de los recuerdos,
en la huella y a la vera del sol.

Se explayaron a sus anchas
las cananas de un traidor:
el que nació zopilote
no puede ser gavilán.

Quisieron matar la República
golpearla en el corazón:
en la sangre de Don Venustiano
la República resucitó.

El águila y la serpiente
quedaron heridas, no más;
la lluvia, entre el cielo y la tierra,
la sangre de Tenochtitlán.

Así pasaron las cosas
envueltas en la alevosía,
la que se ceba en las balas,
herrumbre ciega y ruin.

Aquí se acaba el corrido
que no llegó a Veracruz,
que se quedó con Carranza
en un desnudo jacal.

LA POESÍA DE SALVADOR NOVO

Por *Frank DAUSTER*

En el conjunto de los "Contemporáneos", representa Salvador Novo un jalón distinto: la ironía. Aunque hay poetas que la emplean a veces de manera ocasional, acaso los únicos de las generaciones maduras que la empleen como tónica de su poesía sean Novo y Renato Leduc. Este es más burlón, más ácido; aquél más desolado, y, por eso, en su poesía se ve más patente la terrible dicotomía que caracteriza al verdadero ironista, la llaga viva del sentimiento lacerado escondido detrás de la mueca irónica. Heredero de Jules Laforgue y hermano de Eliot, Novo es de los poetas señalados por Alan Thompson en su estudio imprescindible, *The dry mock*: "Psychologically, it (la ironía) is a way of avoiding spiritual self-destruction by laughing at the sources of one's despair". (p. 79). Poeta personal en extremo, la obra de Novo es la historia de sus emociones. Las deja al desnudo cuando puede; las más veces, las encubre bajo una mueca a veces desdeñosa, a veces socarrona, para evitar el lloro.

El estudio de esta poesía se polariza de modo natural en etapas, ya que cada libro de Novo muestra ciertas características especiales. Prescindiremos de los primeros versos, escritos cuando contaba el poeta once a doce años, y reunidos por primera vez en *Poesía*, por parecernos que nada añaden —¿cómo podrían?— a una fama bien cimentada ya. Los "Poemas de adolescencia", también reunidos por vez primera en dicho libro, nos brindan, al contrario, un indicio de lo que sería con los años, el temario predilecto del poeta —el humorismo y la desolación. Sin ser hombre todavía, forcejea el joven poeta entre el anhelo de ser fuerte —"Oración"— y el convencimiento de haber errado el camino: Le seducen las viejas fotografías y los cuadros de provincia; le acosa el deseo de volver a las alamedas y los rosales conocidos. Característicamente, el poeta expresa estos deseos en la nostalgia, sin irrumpir en gritos. Acaso la única excepción sea "Poema cobarde":

¡Que me vuelvan mi escuela de primitivos bancos...

La sencillez de estos poemas es, frecuentemente, sencillez nada más de superficie. "Ésta", por ejemplo, de sabor popular e ingenuo, de sensualidad aparentemente adolescente, remata en un verso irónico que nos deja entrever el alma de hielo de una muchacha que se nos antojaba sencilla. Claro antecedente son estos versos de muchos posteriores que se valen del truco bautizado por Carlos Bousoño "signo de indicio": un verso último que ilumina de manera insospechada todo un nivel de significado.

A la par de versos de nostalgia provinciana y tentativas que condujeran más tarde a su manera característica, se ejercitaba Novo también en la metáfora atrevida de vanguardia. Muestra de esta tendencia son los alardes no del todo convincentes de poesía tipográfica de Apollinaire. (Conste que Apollinaire es uno de los genios originales de la poesía moderna; nuestra querella no va contra él sino contra cierta moda luego abandonada por el poeta francés). El entronque de esta manera con el humorismo característico de Novo se ve en "Paisaje", donde el resultado es un grotesco, casi una exageración de algunos aspectos de Herrera y Reissig. Nos presenta un paisaje radicalmente distinto al campo añorado de empolvadas alamedas, de los versos juveniles. Muy al contrario, es un paisaje absurdo poblado de montes vacunos que "...se han echado / a rumiar junto a los caminos...", de tierra con comezón que se da una buena rascadura con el arado. En muchos poemas de esta colección temprana, titubea el poeta entre este sentimiento de lo absurdo y una versión de la famosa "falacia romántica", la consabida identificación con un universo que comparte las tristezas humanas. El secreto, si es tal, de este procedimiento es la personalización de lo inanimado. Todo vive y todo está compenetrado de la profunda tristeza de vivir. A veces esa personificación es de estirpe provinciana:

¡Vieja campana que a sentir congrega
la inefable virtud de haber vivido!
¡Que de mirar al Sol quedóse ciega
y de escuchar al viento ha enmudecido!

("La campana")

Pero en algunos poemas volvemos a percibir como un eco lejano de la manera de Laforgue:

En mi redor la tarde se va muriendo lenta
y entre sus cortinajes siento que va a asomar
su cirio funerario la Luna cenicienta.

("Desaliento")

Veinte poemas

PUBLICADOS en 1925, los *Veinte poemas* representan un adelanto notable sobre la obra anterior. Encontramos las mismas características, pero perfeccionadas. En estos poemas alcanza la personalización del paisaje acaso su mayor grado de importancia en la poesía de Novo, pero en vez de compartir el paisaje las tristezas del poeta joven, se ha vuelto burlón, casi totalmente absurdo, a veces abstracto. Se nos viene a la memoria "Paisaje" al leer los siguientes versos de "Viaje":

Los nopales nos sacan la lengua
pero los maizales por estaturas
con su copetito mal rapado
y su cuaderno debajo del brazo
nos saludan con sus mangas rotas.

En "El mar", lleva Novo al límite de lo posible esta extraña boda de personalización y burla. Desilusionado ante el espectáculo del mundo moderno, el poeta se desahoga chanceando:

Post natal total inmersión
para la ahijada de Colón
con un tobillo en Patagonia
y un masajista en Nueva York.
(Su apendicitis
abrió el Canal de Panamá).

A ratos se asoma la otra cara: la depersonalización. En "Almanaque: II", somos cartas echadas al buzón ciego de un correo loco.

¡Nuestro ombligo
va a ser para los filatelistas!
y seremos devueltos al remitente
ajados, con cicatrices
y llenos de noticias atrasadas . . .

Fíjese el lector en que es el paisaje quien viene personalizándose, mientras que el poeta va hundiéndose cada vez más en la despersonalización de lo humano. En "Hanón", el poeta es índice que vaga ". . .por el teclado de los días. . .", y al final, en un recuerdo de Mallarmé, confiesa haber ". . .recorrido ya todo el teclado".

Esta confusión entre mundo y ser se demuestra cabalmente en el caso del Sol. Ya no es el astro que nos otorga luz y calor, sino mocoso irresponsable, ". . . policía secreta (que) / . . .tira la piedra y esconde la mano. . ." ("Viaje"); muchacho madrugador con erupciones de la cara, y la caída del Sol llena de sangre de hemorragia nasal las sábanas del sucio lecho ("Sol"). Baila ". . .como un niño idiota que busca / el juguete que naufragó". ("Naufragio") En el colmo de lo absurdo, es muchacho impúber que se esconde de una luna cachonda ("Aritmética").

Nada se respeta en esta poesía de disolución total. Se burla del sentimentalismo falso ("Cine"), hasta de la poesía (La renovación imposible), del propio dolor (Primera cana, Himno del dolor convergente, Hanón). Novo ve el mundo en función de máquina: el violín es "pedacito de madera" que "con tanto aserrarlo ¿no se romperá?", como el pianista es "pobre señor" que "escribe en una máquina *noisy* / Steinway!" ("Momento musical"). Las rayas de lluvia son ferrocarriles ("Charcos"), y la magia de la tempestad se evita con pararrayos ("Naufragio"); las sirenas del mar ya tienen garage ("El mar"). Tal mecanización del mundo humano queda recalcada por el empleo constante de lemas mercantiles, odiado símbolo de una vida condicionada a reaccionar según patrones previsibles: el estupefaciente "It's a Paramount picture", símbolo de la degradación del sentimiento; "Address your mail to street and number", otro de los anuncios interminables que nos disponen la vida, quiera que no se quiera; títulos de libros medio olvidados ya; el detestado "Made in USA"; "BC" y "COD", "agua y aire gratis". Y el grito burlón "¡Sagesse!". Han des-

aparecido la caballerosidad y el valor; hasta la guerra se ha mecanizado, y queda sólo un recuerdo lejano del resplandor pasado:

> Al muy prepotente Guillermo el Segundo
> en la vieja guerra torpedo alemán.
>
> ("El mar").

El "Beatus ille" se transforma en tristeza y desesperación:

> Envidia
> de los que tienen manos ágiles
> para el recuerdo y la esperanza
> porque de ellos es la sonata.
>
> ("Hanón")

Y un símbolo eterno del amor y la belleza queda aplastada en la destrucción deliberada de la hermosura:

> Adiós, amigo, éxito
> Con Lady Gordiva.
>
> ("Noche")

Pero muy lejos está Novo de estar ensartando citas o alardear; a través del amontonamiento aparentemente inconexo, percibimos el radical malestar que le lleva a mofarse de un mundo en el cual ya no puede añorar los viejos tiempos, desaparecidos indefectiblemente. Se siente cada vez más alejado del mundo, y la acidez de los *Veinte poemas* es máscara para la herida sangrante, para el sentimiento lacerado. Esta actitud se resume en el poema más logrado del libro, "Diluvio". Emplea las mismas técnicas, pero el poeta deja vislumbrar la desolación que se asoma detrás de la ironía. La metáfora fundamental refleja la pérdida del sentido humano; el poeta es

> Espaciosa sala de baile
> alma y cerebro,
> dos orquestas, dos . . .

Pero el poeta es también el Hombre; participa en la raza humana y la resume. Por eso, entran en el salón

> Señoritas acompañadas de caballeros
> y tenían trajes de la Edad Media
> y de muchísimo antes
> y ladrillos cuneiformes,
> papiros, tablas,
> gama, delta, ómicron,
> peplos, vestes, togas, armaduras,
> y las pieles bárbaras sobre las pieles ásperas
> y el gran manto morado de la cuaresma
> y el color de infierno de la vestidura de Dante
> y todo el alfalfar castellano,
> las pelucas de muchas Julietas rubias,
> las cabezas de Iocananes y Marías Antonietas
> sin corazón ni vientre
> y el Príncipe Esplendor
> vestido con briznas de brisa
> y una princesa monosilábica
> que no era ciertamente Madame Butterfly
> y un negro elástico de goma
> con ojos blancos como incrustaciones de marfil.
> Danzaban todos en mí . . .

Esta acumulación aparentemente caótica es una especie de resumen del hombre, de todas las tradiciones y toda la historia que recapitulamos. Pero danza sombría es esta:

> Y yo lloré inconsolablemente
> porque en mi gran sala de baile
> estaban todas las vidas
> de todos los rumbos
> bailando la danza de todos los siglos
> y ¡era sin embargo tan triste
> esa mascarada!

He aquí el secreto de la actitud de Novo. En estos versos, se deja al desnudo el pavor frente al espectáculo de un mundo sin sentido ni significado. Pero el hombre no soporta tanto, y se esconde —para no aniquilarse— detrás de la risa que disipa el aterrador impacto inmediato. Renuncia:

Entonces prendí fuego a mi corazón
y las vocales y las consonantes
flamearon un segundo su penacho
y era lástima ver el turbante del Gran Visir
tronar los rubíes como castañas
y aquellos preciosos trajes Watteau
y todo el estrado *Queen Victoria*
de damas con altos peinados.

Asoma una vez más la mueca amarga ante un mundo que el poeta no logra descifrar:

También debo decir
que se incendiaron todas las monjas
B.C. y C.O.D.
y que muchos héroes esperaron
estóicamente la muerte
y otros bebían sus sortijas envenenadas.

Entre los escombros de esta dimisión a la vida, se halla lo personal, el íntimo ser que hay que guardar a toda costa.

Y duró mucho el incendio
mas vi al fin en mi corazón únicamente
el confeti de todas las cenizas
y al removerlo
encontré
una criatura sin nombre
enteramente, enteramente desnuda,
sin edad, muda, eterna,
y ¡oh!, nunca, nunca sabrá que existen las parras
y las manzanas se han trasladado a California
y ¡ella no sabrá nunca que hay trenes!

Ya no hay baile, ya no hay juventud, ya no hay amor, *seculum seculorum.*

Se ha clausurado mi sala de baile,
mi corazón no tiene ya la música de todas las playas
de hoy, mas tendrá el silencio de todos los siglos.

Espejo

Apareció en 1933 este intento de autobiografía, como lo calificara su propio autor, y los veinte poemas que lo componen, casi todos breves, añoran una juventud lejana. Algunos presentan la reacción del adulto frente a un recuerdo de niñez, como su empacho socarrón ante "...lo que el fotógrafo, el cumpleaños, / mi mamá, yo y hasta tal vez la fisiología / dimos por resultado en 1906". ("Retrato de niño") Varios recuerdan el miedo a un mundo o una ciudad demasiado grandes, y frecuente tema relacionado es el bochorno del niño delante de un mundo cuyas complejidades no logra descifrar. Ni ha de faltar el día cuando penetran en su mundo juvenil los secretos de la calle, y de la manera consabida ya ("Epifanía"). Están también el primer amor y el primer plantón; en fin, todos los momentos que repercuten en la conciencia —y subconsciencia— del niño.

A veces este mundo juvenil cobra una dimensión inesperada, una tristeza que tiembla al borde del horror. Este es un niño distinto, extranjero en un mundo que no entiende y que tampoco le entiende a él. Pocos versos hay más patéticos que los primeros de "La historia", llenos de conmoción emotiva para todos los que conocen la antigua querella:

¡Mueran los gachupines!
Mi padre es gachupín . . .

Y el niño perplejo que reacciona contra las consignas:

Pero yo me rebelo
y pienso que son muy estúpidos:
Eso dice la historia
pero ¿cómo lo vamos a saber nosotros?

Protesta inútil; el mundo cotidiano de lemas y edificios no es el suyo.

Mi padre, mi madre, yo
—aquí no me conozco casi.
Dicen que tengo algo de los dos
pero que me parezco más a él;

él ya murió,
la gente siempre tiene razón.

("Retrato familiar")

Estos versos nos exhiben otro aspecto de la ironía, el lenguaje de doble filo. La aparente sencillez de unos recuerdos estalla en puro horror al darnos cuenta del verdadero significado. Semejante técnica la vemos en "El amigo ido", cuya nostalgia ingenua remata en la extraordinaria afectividad del último verso:

Pero si tengo un hijo
haré que nadie nunca le enseñe nada.
Quiero que sea tan perezoso y feliz
como a mí no me dejaron mis padres
ni a mis padres mis abuelos
ni a mis abuelos Dios.

Nuevo amor

El momento culminante de la obra lírica de Salvador Novo, a la vez que casi su adiós a la poesía, la encontramos en este poemario publicado en forma definitiva en 1948. Lo que escribiría posteriormente son, en su mayoría, versos ocasionales, con alguno que otro poema de interés mayor, pero sería lícito decir que la fama de Novo como poeta descansa, bien cimentada, en estos once poemas. Lo ha reconocido el mismo poeta al decir en la "Consideración preliminar" a su volumen de *Poesía* (1955), "...*Nuevo amor,* al borde de mis treinta años, culmina mi inspiración. Cuanto pude sentir y expresar, está dicho y sentido en esos poemas". Llegó el momento de escoger entre seguir lacerado y lacerándose en la poesía, y callar. Prefirió callar; no será casualidad que los versos posteriores, aun cuando serios, son más brutales y menos desgarradores. Ya no quería que el lector ahondase tanto en la intimidad, condición *sine qua non* de la ironía.

El tema de *Nuevo amor* es el amor encontrado y perdido, el paso desde la tristeza a través de la dicha para terminar en los versos inolvidables de "Elegía". El primero de estos poemas, "La renovada muerte de la noche", emplea una técnica

característica de este libro y, en general, de gran parte de la obra de Novo; el empleo constante a través de un poema de metáforas relacionadas. La libre asociación asoma de cuando en cuando en la poesía de Novo, pero, con rarísimas excepciones, nadie más lejos del fluir surrealista; lo más corriente es que siga un mismo hilo con metáforas íntimamente ligadas. Así que, si la noche es una renovada muerte, el poema entero se explaya en imágenes y metáforas relacionadas. El lecho es "cripta de familia", y los roperos esconden "los adioses irremediables / con que hemos de embalsamar el futuro. . ." Pero esta muerte, el aniquilamiento del amor y de la vida, cobra cariz de crimen vulgar. En cada sitio existe "la evidencia del crimen":

. . . y en los ahorcados que penden de cada lámpara
y en el veneno de cada vaso que apuramos
y en esa silla eléctrica en que hemos abandonado nuestros disfraces
para ocultarnos bajo los solitarios sudarios . . .

La vida es una muerte ambulante y el hombre está condenado a malograr la vida.

Todos hemos ido llegando a nuestras tumbas
a buena hora, a la hora debida,
en ambulancias de cómodo precio
o bien de suicidio natural y premeditado.

Lo que fuera nostalgia aquí se torna desesperación callada; no hay griterío, y está ausente la mueca burlona. Vemos claramente en este libro —acaso la única vez— la tristeza, que acecha detrás de la máscara. Ya no hay lunas romanticonas, y el cielo es enigmático.

. . . y la Luna no tiene nada que ver
con las breves luciérnagas que nos vigilan
desde un azul cercano y desconocido
lleno de estrellas políglotas e innumerables.

En esta visión adolorida yace la clave de la colección entera. Debajo de las canciones de amor y el miedo de quedar solo, sin el amor, late la íntima convicción de la soledad, que irrumpe finalmente en "Elegía".

El tema del poema siguiente, "Tú, yo mismo", es el amor perdido. Se emplea la misma técnica del poema anterior: una metáfora básica, seguida de una serie de imágenes relacionadas, para terminar en un comentario personal. En este canto al amor naufragado, se subraya la esterilidad de tal pérdida al emplear el poeta metáforas basadas en la naturaleza abundante:

¿Cómo será posible que nada te conmueva,
que no haya lluvia que te estruje ni sol que rinda tu fatiga?
Ser una transparencia sin objeto
sobre los lagos limpios de tus miradas . . .

Pero esta naturaleza es también árida, reflejo de la desolación personal.

Tú, yo mismo, seco como un viento derrotado
que no pudo sino muy brevemente sostener en sus brazos
una hoja que arrancó de los árboles . . .

A este amor nada hay que lo sustituya, ni pasado ni futuro, nada que no sea pérdida y duelo.

Lloro porque eres tú para mi duelo
y ya te pertenezco en el pasado.

En "Este perfume intenso de tu carne", el erotismo encuentra sus metáforas en los huertos y en la tierra.

. . . la tierra y los ríos azules de las venas que aprisionan tus brazos.
Hay todas las redondas naranjas en tu beso . . .

La tristeza cede su sitio al amor intemporal, el amor cuyas raíces no están en este mundo sino en otro, permanente, fuera del tiempo. Pero esta intemporalidad lo es sólo fugazmente, y la sojuzga el tiempo. En "Junto a tu cuerpo", después del momento de amor, el ser amado no está más que en cuerpo, y al poeta le asalta la memoria de otro amor, de otra pérdida, como amenaza de lo que acaso vuelva a pasar. La posesión total significa que la persona amada ya es del amante para siempre, y la pérdida de este amor no se remedia nunca; peor, el amor se transmuta en puro tejido de recuerdos fabricado por el amante, en ilusión, y el cuerpo amado es

...un dios extraño
forjado en mis recuerdos, reflejo de mí mismo,
suave de mi tersura, grande por mis deseos,
máscara,
estatua que he erigido a su memoria.

Y pasa lo que tuvo que pasar: "Hoy no lució la estrella de tus ojos". Paulatinamente este amor va trocándose en creación del amante: "...tu cuerpo / en que mi propia voz nombra mi nombre..." Característicamente, Novo emplea aquí una metáfora básica: el poeta es "Náufrago de mí mismo...", y la amada es "...playa de desnudez..." que recoge al náufrago en "la arena de tu cuerpo / ...en que todo es dorado y azul como un día nuevo..." Pero las espigas de esta playa son "...herméticas, perfectas y calladas". La ofrenda de amor se seca al calor de "...los rayos de tus soles". Esta metáfora del náufrago se emplea otra vez en el poema siguiente, "Al poema confío la pena de perderte", pero esta vez queda vuelta al revés. Los ojos del ser amado son "...faros que prolongaron mi naufragio". Por otra parte, los diez versos de este poema apenas incluyen una que otra metáfora. Nos encontramos bien lejos de los alardes de la imagen vanguardista; el lenguaje aquí es más bien clásico, depurado, elevado hasta un nivel donde el habla desnuda alcanza categoría estética.

Vuelva la noche a mí, muda y eterna,
del diálogo privada de soñarte,
indiferente a un día
que ha de hallarnos ajenos y distantes.

Si "Al poema confío la pena de perderte" parece renacentista de inspiración, todo heptasílabas y endecasílabas, la primera parte de "Glosa incompleta en tres tiempos sobre un tema de amor" —puro título de cancionero— nos trae una ráfaga medievalista. Presenta un estribillo glosado luego en tres coplas castellanas de rimas abrazadas. El poeta se mueve con soltura dentro de este esquema cerrado, y da rienda suelta a la tristeza que le agobia. El segundo tiempo es enteramente distinto en lo formal; no es glosa sino verso libre que expresa el fin del amor. Después del eco de antaño en los dos poemas anteriores, hallamos aquí una vuelta a las imágenes sueltas del

vanguardismo, manera casi abandonada en *Nuevo amor.* Sea porque aluden a hechos puramente personales, sea porque no logran captar con bastante precisión el propósito, quedan por descifrar todavía algunas de estas metáforas. Cuál será la relación entre las pieles de becerro y la camisa que es "...casi tanto como una página...", no tenemos ni la menor idea, pero a pesar de estos problemas, se salva el poema por algunas imágenes justas, como la figura desolada que cierra la segunda parte:

> Quise marcar las fechas de su corazón
> pero no sé ruso
> y la sábana era una estepa.

Este es el segundo tiempo, el llanto por el amor huido: "...llorar desesperadamente porque ocurrió lo que era de esperar". Ya no hay remedio, desde aquella noche tan singular, tan señalada que es "...aquella noche apellidada". Y el tiempo tercero es la vuelta irónica que remata el poema. Después de tanto revoloteo desesperado, el poeta se da cuenta de que, transcurrido algún tiempo, es la persona amada la cambiada, que ya no es la misma. El secreto estaba no en ella sino en el amor dentro del amante.

> ¡Ay de mí que amaba tu fuerza,
> si la fuerza está toda en mí!
> ¡Ay de mí que esperé la muerte
> y que te la di!

De los otros poemas de éste, el libro máximo de Salvador Novo, solamente uno, "Breve romance de ausencia", es amoroso, y está como metido dentro de otra unidad. Por eso, lo tratamos aquí, fuera de la secuencia en la cual se publicó. Se trata de la perduración del amor en el recuerdo, una vez ido el ser amado, de manera que sigue lógicamente a los últimos versos de la "Glosa". Si en ésta vimos que el secreto estaba en el amante y no en la amada, en el "Breve romance" nos damos cuenta de que el recuerdo del amor desaparecido es tan fuerte, tan puro, que el amante quiere mantenerlo vivo.

> No quiero encontrarte nunca,
> que estás conmigo y no quiero

que despedace tu vida
lo que fabrica mi sueño.

Se fue ya el cuerpo amado, la persona querida, pero la imagen, que es lo que realmente amamos, nos pertenece para siempre.

Otro se fue, que no tú,
amor que clama el silencio
si mis brazos y tu boca
con las palabras partieron.

Otro es éste, que no yo,
mudo, conforme y eterno
como este amor, ya tan mío
que irá conmigo muriendo.

Los tres poemas restantes serán, creemos, el testamento poético de Salvador Novo. En ellos se reunen toda la tristeza y la amargura que hemos visto a través de varios libros, pero sin gritos, sin lágrimas. Ya no habla tan frecuentemente el ironista, ya no sirven la mueca ni el escarnio ni el sardónico menosprecio de sí mismo. Nos habla directamente para mostrarnos el íntimo desconsuelo, y contadas veces se han escrito poemas tan íntimos sin caer en el sentimentalismo. En "Poema interrumpido" reacciona Novo frente a la amenaza de la muerte, pero no es la angustia de Neruda, ni el pausado rezo de Manrique, ni la amarga acidez de Quevedo, en un lenguaje cotidiano, directo, Novo hace el inventario.

. . . los ojos que ven sin esperanza
que la vida da bellos frutos
y van luego al espejo
a contemplar una falsa sonrisa
y un cuerpo torpe y sin gracia.

Estos ojos que aprisionan unos cristales
que se fatigan enjaulados
en las líneas de los libros.

Esta boca amarga de humo y de mentira
que se marchita sola, sedienta.

Estas manos que cogen lápices, que estrechan
otras pobres manos,
que anudan mi corbata y aseguran mi encierro.

No es sencillamente la vejez que le agobia al poeta, sino la pausada rutina cotidiana que nos envejece, encerrados como estamos por corbatas y cerraduras, aprisionados por anteojos, acosados por espejos que nos gritan la verdad. La estrofa final es el resumen de la vida: siempre algo a costa de algo más importante, más fundamental, que se nos escapa entre el ajetreo cotidiano.

Un poco de oro cuesta la juventud,
el mañana a costa del hoy,
el hoy a costa del ayer,
la bendición a costa del beso,
los saludos a costa de la dicha.

En "Poema", vuelve a reaccionar Novo ante el transcurso del tiempo y la muerte que fatalmente acarrea. Somos polvo, puestos a bailar por un soplo, lo que hacemos y lo que soñamos no dejan de ser configuraciones momentáneas del polvo, sueños dibujados en el polvo por manos de polvo.

Fue un soplo el que nos puso a danzar en la danza,
polvo hecho gozo, cogimos de la mano el polvo gozoso
y soñamos sueños, y algunos escribimos sueños . . .
Un día nos regresaron al polvo
grandes, fuertes . . . un abono magnífico . . .

¡Qué visión de pesadilla la de estas últimas palabras! No resistimos tanto, porque ese es el camino de la locura, y el poeta se refugia soltando una parrafada burlona.

La gran angustia del hombre es el deseo de inmortalidad, y Novo no constituye excepción. Estamos condenados a volver al polvo, y mientras allá yacemos, vendrán otros que ". . . disecan los cantos que cantamos / y palpan con orgullo los débiles sueños nuestros". El único consuelo que nos queda es el poema que vive un momento en la mente de los que lo leen y lo saborean, para escribir luego su poema también. La única inmortalidad es de la palabra, y si vivimos más allá de la muerte, será en la poesía.

Con firme mano escriben su sueño.
Así nosotros
dejamos nuestro signo sobre la huella antigua.

El último poema de *Nuevo amor* es, para nosotros, el mejor: "Elegía". Este poema, no incluido en la primera edición de *Nuevo amor,* representa la plenitud expresiva de la manera característica de Novo: mezcla de ironía y tristeza desgarrada, y es una elegía definitiva por el hombre moderno. Consiste en cuatro estrofas de estructura vagamente paralelística, de cinco, siete, seis y siete versos. Cada estrofa subraya el tema básico: la deshumanización del mundo, o sea, el mundo antihumano en el cual se debate inútilmente el hombre. La primera estudia las manos:

Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen,
grotescas para la caricia, inútiles para el taller o la azada,
largas y fláccidas como una flor privada de simiente
o como un reptil que entrega su veneno
porque no tiene nada más que ofrecer.

Quien haya visto ensayos dramáticos representados por actores inexpertos recordará que las manos son como la "marca registrada" del que no se siente dueño de su circunstancia. El aficionado o inexperto se porta como si súbitamente se le hubiera crecido una mano extra que hubiera que fingir ignorar a toda costa. Así es el hombre moderno: actor novato ensayando una obra cuyo sentido le es desconocido y cuyo desenlace lo sabe de sobra, pero cuyo propósito inmediato parece ser el de molestarle lo más posible. Y estas manos inútiles en lo absoluto, entregan su veneno por ocio o aburrimiento, como el hombre hace sufrir a veces por pura falta de voluntad.

Todo en esta vida es falso, amargo e inepto:

Los que tenemos una mirada culpable y amarga
por donde mira la muerte no lograda del mundo
y fulge una sonrisa que se congela frente a las estatuas desnudas . . .

La estrofa tercera repite la tónica de desesperación absoluta, combinada aquí con la soledad. Hombres hay quienes

. . . van trabajosamente ascendiendo
y brotan otras manos de sus manos para torcer
el rumbo de los vientos
o para tiernamente enlazarse.

Pero estos son los otros, dice Novo, no los agobiados que

. . . hemos rodado por los siglos como una roca
desprendida del Génesis . . .

Empieza la estrofa cuarta de un modo parecido a las tres anteriores, comparando el cuerpo con un traje envejecido:

Los que vestimos cuerpos como trajes envejecidos . . .

En el segundo verso, encontramos la negación total de todos los valores; estamos reducidos a una mezquindad definitiva.

. . . basta el hurto o la limosna de una migaja que
es todo el pan y la única hostia . . .

El hombre se encuentra frente al vacío, y la vida se le vuelve puro presente negativo, sin fe ni esperanza.

. . . hemos llegado al litoral de los siglos que pesan sobre nuestros
[corazones angustiados
y no veremos nunca con nuestros ojos limpios
otro día que este día en que toda la música del Universo
se cifra en una voz que no escucha nadie entre las palabras vacías
y en el sueño sin agua ni palabras en la lengua de la arcilla y del humo.

Poemas posteriores

Bajo esta rúbrica incluimos todos los poemas escritos con posterioridad a la primera edición de *Nuevo amor*. Gran parte de ellos son versos ocasionales, repletos de alusiones personales pero sin categoría estética. Entre ellos figuran las "Décimas en el mar", de 1934.

De 1934 también son "Seamen rhymes", dos poemas marinos. El primero es una serie de cuadros plásticos del mar construidos a base de imágenes de flores y joyas por la mayor

parte. El agua que hierve alrededor de la proa que la rasga es "...fuga de blancos pétalos, líquido jaspe". La "...carne inmóvil..." de las nubes es "...el mármol ... que el viento esculpe, ciñe y adelgaza". El mar es "...acero tenso, collar de espumas, pétalo níveo..." y cuando se rompe en cachones, se coronan de "...plata, ceniza, guirnalda, azahar". El segundo de estos "Seamen rhymes" está escrito en inglés; refiere directamente un marinero inglés la vida en el mar. El valor del poema estriba en la inconsciente ironía (inconsciente de parte del marinero) de su aceptación de la soledad de su cuarto reducido y un sueldo de miseria. Pero esta aceptación es a la vez hombría; el marinero que pronuncia los versos siguientes no será muy inteligente pero sí es muy hombre.

> I just go along the best I can
> 'Cause I think the most money goes to the most brains
> And since I only get fifty five a month
> It must be that I'm only worth fifty five.

Termina el poema en dos coplas de marineros que tienen fuerte sabor de autenticidad, a la par que reflejan la soledad de la vida en el mar.

De 1934 también es el "Romance de Angelillo y Adela", dedicado a García Lorca; casi parece una tentativa de reproducir el estilo del gran poeta andaluz a quien acababa de conocer Novo. Aparte el maridaje del torero malagueño con moza mexicana —¿será nada más que casualidad que se llame como la famosa canción revolucionaria?—, demuestran estos versos unos ecos bien cercanos de la poesía de García Lorca.

> ... canción de mujer morena—,
> torso grácil, muslos blancos
> —boca de sangre sedienta.

Aparte el interés que ofrece esta mezcla de temas, el "Romance" carece de mayores atractivos.

Del mismo año es la colección de cinco poemas llamada *Poemas proletarios*. El primero, "Del pasado remoto", figura entre los más ácidos de los poemas de Novo por su ataque virulento a la perversión de los ideales revolucionarios. El éxito se debe a la tensión creciente a partir del comienzo lento y callado:

Del pasado remoto
sobre las grandes pirámides de Teotihuacán,
sobre los teocalis y los volcanes,
sobre los huesos y las cruces de los conquistadores áureos
crece el tiempo en silencio.

Pero después de estos versos casi míticos en su mensaje de eternidad, encontramos una historia en miniatura de México, cada personaje con su nota característica; pero todo en mofa de los lemas consabidos que han cubierto la verdad palpitante.

. . . Morelos con su levita, sus botas negras y su trapo
en la cabeza, feroz el gesto, caudillo suriano . . .
Y Juárez, Benemérito de las Américas,
para que vean de lo que son capaces los indios . . .

Para dibujar gráficamente la Revolución, echa mano del amontonamiento para subrayar la hueca retórica y los estribillos vacíos:

. . . la Revolución triunfante de nuevo,
la Era de las Instituciones,
el Mensaje a la Nación,
las enseñanzas agrarias del nuevo caudillo suriano,
el Jefe Máximo de la Revolución,
y el Instituto Político de la Revolución,
los Postulados de la Revolución,
los intereses colectivos,
la clase laborante y el proletariado organizado,
la ideología clasista,
los intelectuales revolucionarios,
los pensadores al servicio del proletariado,
el campesinaje mexicano,
la Villa Álvaro Obregón, con su monumento,
y el Monumento a la Revolución.

Ni recibe mayores miramientos la llamada literatura revolucionaria:

La literatura de la revolución,
la poesía revolucionaria
alrededor de tres o cuatro anécdotas de Villa . . .

Y el ataque mordaz a la propaganda incesante:

> Los folletos de propaganda revolucionaria,
> el Gobierno al servicio del proletariado,
> los intelectuales proletarios al servicio del Gobierno.
> Los radios al servicio de los intelectuales proletarios
> al servicio del Gobierno de la Revolución
> para repetir incesantemente sus postulados
> hasta que se graben en las mentes de los proletarios
> —de los proletarios que tengan radio y los escuchen.

Pero debajo de todo esto, sigue la historia antigua:

> Crece el tiempo en silencio,
> hojas de hierba, polvo de las tumbas
> que agita apenas la palabra.

Ataca amargado la falta de resolución de problemas económicos; después de un largo cuadro dantesco de los mutilados, los pobres, los desamparados que llenan las calles, remata irónicamente:

> Pero concluido el *Himno del trabajo*
> pueden iniciar el *Himno de la alegría,*
> pueden ir a un cine y comer cacahuates
> o pueden escuchar en el radio una Conferencia Antialcohólica
> con números de música cubana
> o ir a tomarse un tequila a la esquina
> o pulque y tacos,
> o asistir a una conferencia
> sobre los anhelos y las realizaciones del Plan Sexenal.

Asalta a los voceros de la propaganda marxista, empeñados en gritar fuerte la palabra "campesino", sin que éste los pueda escuchar; destroza a los pintores revolucionarios que llenan los muros de la ciudad con mensajes de inspiración que deben alentar al campesino.

> (Él no ha visto esos muros, y en su choza
> cuelga un viejo almanaque de los productos Bayer
> o el retrato de Miss Arizona en traje de baño
> que cortó de un rotograbado dominical).

Y cuando llega este campesino a la ciudad es para vender en unos miserables pesos sus sarapes o "...dos costales de tierra de encino/para las macetas de trozos de platos/que adornan las casas de los pensadores proletarios..." Y va a la Villita para encenderle una vela a la Virgen "...porque en su atraso y su ignorancia no sabe que ya no hay Dios, ni santos..." Luego, en un eco de algunos de sus poemas juveniles, estalla Novo contra la invasión económica norteamericana, los tractores y las Coca-Colas. Y durante todo, sigue el campesino indio en su choza, ignorante de cuanto se ha dicho y pensado, esperando todavía que venga alguien y le ayude. Termina el poema con un eco burlón de los lemas vacíos:

> De todas maneras
> el despertar de los anhelos
> de las clases laborantes del campo y la ciudad...

Huelga decir que constituye este poema todo un hito en la obra de Novo. Su éxito estriba no en las metáforas ni en la contenida tristeza humana ni en la música de los versos, sino en el grito de rabia frente a los años de prostitución de los ideales. Su valor artístico está en el contraste entre la acumulación de detalles que crean un cuadro a grandes trazos, para luego contrastarlo con el silencio eterno de la eterna tristeza de una raza olvidada.

Este silencio eterno se retrata en "Cruz, el gañán". La tónica de este poema es el silencio absoluto, y la monotonía increíble de la vida de Cruz. La vida se resuelve en unos tragos antes de ir al campo, en trabajar callado, en masticar en silencio, en dormir.

> ...y los domingos, le queda más tiempo
> para tomar tragos de alcohol teñido
> y hablar, hablar, en voz muy baja, para sí mismo.

Los tres poemas restantes —"Gaspar, el cadete", "Roberto, el subteniente", y "Bernardo, el soldado"— son cuadros de la vida militar, y de la absoluta falta de sentido y de dignidad que acarrea.

"Frida Kahlo" (1934) parece una tentativa de reproducir en verso la obra surrealista de la pintora cuyo nombre lleva;

para nosotros, carece de valor poético. Mucho más interesante, aunque sumamente difícil, es el poema "Never ever clever lever sever ah la rima" (1934), que su mismo autor calificó de intento de autobiografía. Título tan estrafalario indicará al lector las dificultades de comprensión. El poema es una mezcla rarísima de juegos de palabras, muchas veces inventadas para maridaje de significados —otra herencia de Laforgue—, de recuerdos autobiográficos y de asociación libre. El resultado es de interés pero difícilmente sería de éxito, ya que faltan estructura y significado, o de todos modos, significado que alcancemos a penetrar. Y no se trata de la multiplicación de significados, como en el *Muerte sin fin* de Gorostiza, ni en significados que hay que desentrañar, como en ciertos versos de Villaurrutia, sino en la multiplicidad de alusiones personales, mezcladas con juegos carentes de significado objetivo. Sirvan de ejemplo los versos siguientes que figuran textualmente en el libro *Poesía*

> . . . el sueño de anoche triple cuádruple pleno plano Plinio
> *plinii secundi leo* Leobardo Leopardi lee de cabo a rabo
> de cabotaje sabotaje salvaje sálvame sargento argento agente
> gente gentil genil genital genuflexa general genérico genético. . .

Consta que tales parrafadas puede que sean de interés psicoanalítico, pero carecen por completo de valor poético. También hay tiradas largas perfectamente comprensibles, y otras, si no perfectamente comprensibles, capaces de comunicar la descarga poética si el lector se atreve a acercárseles con ahinco. Termina en unos versos típicos de Novo en su gesto medio huraño, medio feroz, de abandono y soledad.

> . . . solo sin ti sin tus palabras estúpidas sin tu silencio
> sin tus dientes fríos serpiente sin tu lengua sin nada
> esperándote en las arrugas envejecidas con un cigarrillo
> en el olor vacío de tus lirios llenos de podredumbre
> cubiertos con polvo morado.

Es de lamentar que uno de los poemas más largos de la madurez del poeta incluya tanto bagaje verbal ajeno a la poesía verdadera, porque entremezclados podemos encontrar versos que nos conducen a echar de menos el poema que pudiera haber sido.

La producción poética de Novo escasea lamentablemente después de 1934. Nada hay que nos recuerde *Nuevo amor,* y en el volumen de *Poesía* encontramos posterior a 1934 solamente "Florido laude" y los cuatro sonetos de "Dueño mío", de 1944, "Decimos: Nuestra tierra" (1949) y cuatro sonetos más de los incluidos en el plaquette *Dieciocho sonetos,* de 1955. "Florido laude" es una loa a las flores, o como ha dicho Novo en los últimos dos versos, "...una letanía de colores/ y... una sinfonía de perfumes". Muy distinto es "Decimos: Nuestra tierra": francamente nacionalista en el mejor sentido, es un himno a la provincia, al hogar, a los primeros recuerdos, a todo lo que representa la pureza original. No nos maravilla que el poeta de *Espejo* haya vuelto a la provincia añorada, vuelta expresada en versos muy lejanos de las preocupaciones vanguardistas de antaño o del juego de "Never ever clever lever..." Es una vuelta a las sonrisas claras, las serenatas y las rejas de "Mérida o Guanajuato, Mazatlán o Saltillo,/Torreón o Puebla,/o Morelia, o Querétaro..."

Pero la vuelta es imposible, y en los cuatro sonetos de "Dueño mío", tanto como en los de *Dieciocho sonetos,* regresa la mueca amarga del ironista. El primero de "Dueño mío" es otra vez un eco del conceptismo; ya que en esta lengua fría, "...este común hablar...", no se plasma la angustia del poeta, pide que

> Grite tu corazón, con el estrecho
> mensaje de su voz, la vida mía
> en la dorada cárcel de tu pecho.

El segundo soneto está en la trayectoria de *Nuevo amor;* el poeta frisa en los cuarenta, y se encuentra definitivamente alejado de los años del arrebato juvenil. Pero —y aquí está la nota típica— en vez de llorar una juventud perdida, se permite una leve sonrisa: "Ya no parece bien, a mis abriles,/pensar en el amor". Luego, se mofa de su propio dolor al aplicar al amor términos manoseados de la economía barata.

> La ley de la demanda y de la oferta
> que me ha enseñado su sabiduría
> lleva el fácil amor hasta mi puerta.

Pero, como siempre, detrás de la mofa, se asoma la herida:

Y, sin embargo, a veces, todavía,
sobre el crespón de mi esperanza muerta
vierte su llanto la melancolía.

El tercer soneto de "Dueño mío" acaso sea el más netamente irónico en cierto procedimiento técnico de la obra entera de Novo. Los dos cuartetos y el primer terceto son perfectamente típicos de cierta poesía erótica, llenos como están de sueños amorosos, llamaradas y castillos en el viento, pero el terceto final estropea el sueño, hiela la llamarada y derroca el castillo, mientras que el poeta no puede dejar de hacer un comentario irónico sobre la última derrota:

(Pero al llegar el anhelado día,
como cuadra a personas educadas,
dormimos — tú en tu cama; y yo, en la mía).

El último soneto de esta serie es, creemos, el más brutalmente sardónico de toda la obra de Novo. Desde la primera estrofa pinta ridículos a todos: "...estas noches solemnes y felices,/ se ponen coloradas las narices..." Después del momento irresoluto ("...dígame tu mirada milagrosa/si es verdad que te gusto — todavía"), el poeta se destroza a sí mismo y a todos los espejismos.

Y hazme después la consabida cosa
mientras un Santa Claus de utilería
cava un invierno más en nuestra fosa.

Termina la obra hasta ahora publicada de Salvador Novo con los cuatro sonetos de *Dieciocho sonetos* reunidos en el volumen de *Poesía*. Forman una historia de amor, una historia conocida ya del amor partido y vuelto inútilmente; técnicamente logrados, nada nuevo ofrecen.

El poeta a quien más se parece Novo es T. S. Eliot. Los dos aprendieron mucho a Laforgue, y hay otras correspondencias; el lenguaje cotidiano y el empleo de estribillos sacados de otros poemas, aunque en la obra de Novo nunca alcanzan la importancia que tienen en la obra más importante de Eliot. Sin rastrear cuidadosamente las huellas de Eliot en la obra del poeta mexicano, hemos estado buscando coincidencias más con-

cretas, y aunque no hemos dado con ninguna, es innegable la semejanza de tono entre algunos poemas de Novo y la obra joven, en especial de "Prufrock", del poeta angloamericano. Es posible que no haya habido influencia directa, aunque el señalado conocimiento de las letras norteamericanas de parte de Novo nos hace creer que seguramente conoce la obra de Eliot. Lo que sí parece fuera de duda es la semejanza de orientación, la misma reacción irónica frente a la propia debilidad y a los repetidos fracasos. No importa que "Primera cana" se haya inspirado o no en ciertos versos de "Prufrock"; importa que los dos se expresan en términos muy parecidos. Ni es casualidad que los dos hayan dejado casi totalmente su manera típica después de la década de los treinta; la ironía no le viene bien al que ya va para calvo.

En la "Poética" escrita en 1955 para el volumen que reúne su obra en verso, se mostró Salvador Novo acosado por el sentimiento de haber fracasado en la poesía. "Fuga, realización en plenitud, canto de jubiloso amor, escudo y arma innoble; todo eso ha sido para mí la poesía. En ella, ahora que no me atrevo a abordarla, me refugio. Cuanto en ella tenía que expresar, ya lo he dicho. Y, sin embargo, como en viejo poema,

siento que la poesía no ha salido de mí".

Palabras son éstas consecuentes con la actitud personal que produjera "Elegía" y algunos poemas más, pero palabras que no se ajustan a la verdad. Cuando se haga el balance definitivo de la poesía mexicana moderna, habrá que reconocer que algunos de sus mejores momentos se deben a la pluma de Salvador Novo.

UNA VISITA A EDUARDO BARRIOS

Por *Donald F. FOGELQUIST*

De visita en la capital chilena el invierno de 1959, me dirigí una tarde a la Biblioteca Nacional para saludar a su director, don Eduardo Barrios. Amigos chilenos habían solicitado para mi una entrevista con él. Ya conocía las novelas de Eduardo Barrios, pero ahora iba a conocer al escritor mismo, privilegio que apenas había esperado tener durante mi breve visita a Santiago.

Cuando llegué a la biblioteca sufrí una verdadera decepción al enterarme de que Barrios había salido de su despacho poco antes, llamado inesperadamente por el ministro de instrucción pública. Nadie sabía cuánto tiempo tardaría en volver. Pensé que lo más probable era que no se presentara otra ocasión para visitar al novelista, pues mi estancia en Santiago se aproximaba a su fin y ya no era de esperar que el señor Barrios pudiera verme dentro del poco tiempo que me quedaba.

Me quedé en la biblioteca una hora, tal vez, y estaba ya a punto de salir cuando se acercó apresuradamente una empleada para avisarme que el señor Barrios había vuelto y que podía verme. La misma empleada me condujo, luego, al despacho del novelista y llamó a su puerta.

Barrios mismo abrió la puerta. Dándome la mano, me invitó a pasar a sentarme. Pidió disculpa por haber estado ausente antes cuando llegué.

Su saludo no fue efusivo pero sí cortés y amable. Me gustó su tono de sinceridad.

De traje oscuro, muy pulcro, Barrios parecía más joven de lo que me había imaginado. Era recto, ancho de espaldas, vigoroso. Su cara había conservado cierto aspecto de frescura, raro en las personas de su edad; era de tez clara, levemente sonrosada y casi sin arrugas. Los ojos eran de mirada franca e inteligente. Usaba anteojos, y me explicó que no hacía mucho que le hicieron una operación quirúrgica para quitar las ca-

taratas que amenazaban su vista. Estaba convaleciente de esa operación y no podía escribir. En su espaciosa oficina todas las luces estaban apagadas a pesar de que era una tarde muy nublada y oscura.

Nos sentamos y comenzamos a hablar. Le expliqué el objeto de mi visita y el novelista me escuchó con atención. Luego hizo algunos comentarios, breves y sensatos, hablando con sencillez y una cordialidad sin afectación. No era de los que abruman con su palabra fácil ni de los que se encierran en un laconismo arrogante. Cuando supo, en contestación a una pregunta suya, que mi apellido era sueco, me contó, complacido, que su bisabuela era sueca y que en sus venas corría también sangre castellana, andaluza, francesa y alemana. No sentía ser de ascendencia enteramente europea —agregó— pues, en su opinión, la contribución del europeo a la cultura había sido mucho más notable que la del indio. Reflexioné que esta convicción era natural en Barrios, siendo chileno, pues su país ha sido siempre uno de los más europeos o "europeizados" de América y nunca vio florecer en su suelo ninguna civilización pre-hispánica muy adelantada.

No tardó mucho nuestra conversación en virar hacia los temas literarios. Aproveché la ocasión para hacerle preguntas sobre sus libros, las cuales Barrios me contestaba con franqueza y amabilidad. Pude así conocer el génesis de sus seis novelas. Dijo que *El niño que enloqueció de amor* nació de una experiencia verdadera y no de su propia fantasía, como habían supuesto algunos críticos, quienes dudaban de su verosimilitud sosteniendo que un niño tan joven como el de la novela no sería capaz de enamorarse de una persona mayor, casi de la edad de su madre. Ese niño vivió no sólo en la poética y sensible novela de Barrios sino en el mundo real conocido por el novelista. Los personajes y las circunstancias no fueron falsificados en ningún sentido. Entendí que aquella "víctima del rayo venenoso que ilumina los corazones antes de tiempo" duplicaba en gran parte, una experiencia de la niñez del autor. Barrios poetizó su realidad dejándola, no alterada, sino intensificada.

El novelista me contó entonces una secuela curiosa que tuvo la historia de su primera novela. Caminaba un día por una de las calles de la ciudad cuando vio acercarse a un hombre de edad avanzada quien, entre tímido e importuno, le detuvo y le preguntó —¿Es usted don Eduardo Barrios?— El nove-

lista le contestó que sí, pero el viejo no se convenció y repitió su pregunta dos o tres veces más. Sólo la tercera o cuarta afirmación de Barrios logró desvanecer la duda del viejo, pero convencido por fin de que era en realidad el novelista con quien hablaba, exclamó conmovido —¡Pues yo soy el niño que enloqueció de amor!— Luego explicó a Barrios que *El niño que enloqueció de amor* podía haber sido la historia de su propia niñez, pues reproducía de la manera más fiel las circunstancias, la emoción, y la tragedia de esa época de su vida.

El protagonista de su larga novela *Un perdido* lo encontró Barrios también en la vida. Lucho Bernales era, en efecto, un joven que el novelista había conocido y cuya vida se recrea en su novela. La obra se basaba en parte en la observación directa y en algunos hechos concretos, pero deduje que lo que más le ayudó al autor fue su propia intuición. Barrios me contó que en una época veía a menudo al hombre que inspiró su personaje, Lucho Bernales, pero con el paso de los años desapareció de su vida. Entretanto se publicó la novela. Algunos años después de su publicación, a Barrios le llegó por casualidad, la noticia de la muerte del que le había servido de modelo para el personaje central de *Un perdido.* Barrios supo, con asombro, que su pobre amigo había pasado sus últimos días en circunstancias casi idénticas a las de Lucho Bernales, y que su muerte fue en realidad la repetición de la del personaje de novela que había creado.

En la opinión de la mayoría de los críticos *El hermano asno* (1922) es la obra maestra de Eduardo Barrios, y todos están de acuerdo en que este libro es uno de los verdaderos aciertos artísticos de las letras hispanoamericanas. El autor hizo un comentario muy interesante sobre el origen de esta novela. Dijo que *El hermano asno* nació de su deseo de escribir una obra inspirada en la vida de San Francisco. Hacía tiempo que pensaba en esto cuando fue un día a un convento franciscano para hablarle al director de su intención. El director se entusiasmó con el proyecto y en seguida tomó disposiciones para ayudar a Barrios en su realización. No sólo le dio permiso para visitar el convento sino que reservó una habitación dentro del convento para el uso exclusivo del novelista. Barrios se instaló en el monasterio, vivió entre los hermanos franciscanos, diariamente hablaba con ellos y observaba todos los aspectos de su vida. Entraba y salía con completa libertad. Todos los religiosos lo trataban con amabilidad y respetaban su necesidad

de tranquilidad para escribir. El director estaba dispuesto, siempre, a facilitarle todo lo que le hacía falta. Así pudo Barrios participar en una vida, vedada, por lo común, a todos los que no hayan tomado el hábito religioso. Gran parte del encanto de *El hermano asno* está en la fina comprensión que revela Barrios de los religiosos como tipos humanos. Los retrata con simpatía y ternura; los ve movidos por impulsos naturales en todos los hombres, dignos a veces de censura, a veces de admiración, y casi siempre de compasión. Lejos de ponerlos en ridículo o de convertirlos en burla de la vida conventual, como han querido algunos, Barrios los dignifica humanizándolos. Subrayando su humanidad más que su ascetismo, los hace más merecedores del cariño y del respeto del lector. Penetrante y comprensivo observador de la vida, Barrios no desaprovechó su temporada de residencia en el convento franciscano. *El hermano asno* es todo el testimonio que se necesita para confirmar el hecho.

Al hablar de *Gran señor y rajadiablos* (1948), Barrios reveló otra faceta de su vida. Conoce tanto el campo como la ciudad. Ha vivido y trabajado en ambos. Cree que el hombre debe trabajar. —Yo he trabajado siempre— me dijo, y no se refería sólo a su actividad literaria sino a todo el trabajo, tanto manual como intelectual, que había hecho durante su vida. Los que conocen su biografía saben que ha andado por Chile y por otro países de América trabajando y observando, y que no ha desdeñado como indigno o inútil ningún empleo, ninguna experiencia de su vida. En *Gran señor y rajadiablos,* pues, Barrios pudo recurrir, igual que en sus obras anteriores, a lo que él había visto y *sentido,* tratándose ahora de su vivencia del campo en lugar de la ciudad. El campo chileno es el escenario en que actúa la figura central del libro, José Pedro Valverde. Este personaje, me aclaró Barrios, era una especie de síntesis literaria de varias personas que él había conocido en el campo, todos, a su modo, representantes de un tipo de aristocracia rural y feudal. José Pedro Valverde reunía caracteres de todos estos "grandes señores" sin que se pudiera identificar exclusivamente con ninguno de ellos. Ellos eran el vínculo humano que tenía Barrios con una época, ya pasada, de su país. José Pedro Valverde personificaba esa época.

Tamarugal (1944), novela que se desarrolla en la región salitrera del norte de Chile, es otra visión de un mundo chileno que ha dejado de existir pero en el cual Barrios mismo vivió y

actuó. "Yo tenía que escribir esa novela" fue uno de sus primeros comentarios sobre este libro. Me explicó que nadie conocía ya la época y la vida que se reviven en *Tamarugal.* Sintió el impulso de novelarlas para que no se perdiera su recuerdo. Barrios fue empleado de una compañía salitrera, conoció a mineros, campesinos, empleados de oficina, se familiarizó con su vida y su trabajo. Ante la áspera naturaleza del norte se despertaron en su espíritu sentimientos nuevos. Sintió la soledad, la belleza y la angustia de esa árida región, tan remota hasta para la mayoría de los chilenos. Todo esto lo evoca el novelista en *Tamarugal.* El personaje más logrado de la novela lo es, sin duda, "el Hombre", administrador de la compañía salitrera. Me interesaba saber si algún prototipo de carne y hueso resucitó en este personaje. Barrios dijo que sí, que en efecto había encontrado su modelo en la vida aunque en "el Hombre", también, había rasgos de más de una persona real. En *Tamarugal,* como en sus otras novelas, se ve, pues, que Barrios no se fija tanto en la escena que pierde de vista al actor. En su propósito de evocar un tiempo y un ambiente pretéritos no quería que lo humano se esfumara. En "el Hombre" y otros personajes de la novela perdura mucho de la vida de su época.

Los hombres del hombre (1950) es la última de las novelas publicadas de Eduardo Barrios y era lógico que compendiara, hasta cierto punto, todas sus obras anteriores. Comentó que la escribió con la intención de que encerrara "la esencia de toda la psicología humana". El sitio, la época, el medio carecen de importancia en esta novela, pues su drama es íntimo y se desarrolla en el mundo interior de sus personajes o más bien del personaje central, ese padre y marido atormentado, a quien le remuerde una duda, mal fundada e insignificante tal vez, pero capaz, en una persona de su sensibilidad, de cobrar dimensiones de tragedia. Barrios habló menos de ésta que de sus otras novelas pero tuve la impresión de que la considera su obra más acabada. En ella puso toda su sabiduría de hombre maduro y experimentado. Resumía lo que su experiencia, su inteligencia, y su sensibilidad le habían enseñado del mundo y del hombre, lo que había aprendido en su propia vida y en la de otros. El protagonista de la novela es un hombre decepcionado pero no desesperado. A través de su vida se han ido perdiendo una tras otra las ilusiones, pero le queda el amor por su hijo, puro y abnegado, y el amor igualmente profundo que

éste siente por él. Esto es lo único que perdura, lo único digno de salvarse, pero es algo grande y sin precio.

Barrios hablaba sin amargura ni pesimismo. No se quejaba de la vida, de los hombres, ni de su propio destino. Me dijo que cuando su vista se haya restablecido lo suficiente para que pueda escribir otra vez, piensa reanudar su actividad literaria. Todavía no da por terminada su labor de novelista. Expresó su gratitud por el interés que en los Estados Unidos se había manifestado por su obra y me pidió que explicara a sus amigos de ese país que si no había contestado todas las cartas que le habían escrito, no se debía a su indiferencia, sino a la imposibilidad de escribir en su estado actual.

Cuando me levanté para despedirme, Barrios se levantó también para acompañarme a la puerta. Otra vez me dio un cordial apretón de manos. Expresé mi esperanza de que pronto recuperara el uso de los ojos y que pudiera comenzar pronto otra novela. Se manifestó profundamente agradecido por este deseo, no solamente mío, yo creo, sino de muchísimos lectores en todos los países de América.

CICLO Y VIDA EN "DON SEGUNDO SOMBRA"

Por *Ramón XIRAU*

COMO muchos de los escritores argentinos de su generación tuvo Güiraldes una vigorosa formación europea, especialmente francesa y aun más específicamente parisina. No olvidó sus tierras argentinas y casi todas sus novelas, enriquecidas por la experiencia doble que dan los viajes —conocimiento nuevo y nostalgia de lo propio— se refieren a una tierra precisa: la pampa, el campo de la Argentina. En *Raucho,* novela muy típicamente auto-biográfica, Güiraldes cuenta, en las aventuras y desventuras de su personaje, su propia experiencia de ausencia y residencia. Raucho, hijo del propietario de una estancia, pasa su infancia en el campo argentino, estudia en Buenos Aires, pasa por un breve período de hastío, típico de la adolescencia, viaja —no podía ser de otro modo— a París donde cree conocer el amor y aprende la desilusión. Acaba Raucho por regresar a su tierra, a su campo para casarse con Asunción, aquella muchacha apenas entrevista en sus años mozos que es para Raucho-Güiraldes el prototipo de las virtudes de la mujer del campo.

Es útil notar que ya en esta novela Güiraldes contrapone ciudad y campo, símbolos respectivos del bien y del mal, de la libertad y del frenesí, de la paz y la angustia. Más importante me parece el sentimiento que subraya todas las obras maduras de Güiraldes: el sentimiento del retorno. No es exagerado pensar que sus tres novelas más conocidas —*Raucho, Xaimaca* y *Don Segundo Sombra*— son novelas cíclicas. En *Raucho* pasamos de la experiencia infantil del campo a la ciudad, a París, para retornar, al final de la novela, al campo de la Argentina; en *Xaimaca,* diario de un amor, relata Güiraldes un viaje a Jamaica durante el cual nace, crece y explota, carnal y místico al mismo tiempo, un amor donde, en las palabras de la amante "hoy es siempre". El retorno, esta vez nostálgico, a la Argen-

tina después de haber dejado a la amante en la isla de Jamaica, confirma una vez más la naturaleza cíclica de este estilo. Esta confirmación se hace prueba en la más grande de las novelas de Güiraldes: *Don Segundo Sombra.* En ella habrá de cumplirse un ciclo; en ella habrá de repetirse este "hoy es siempre" que reduce a eternidad lo que en apariencia es movimiento y alteración.[1]

Antes de adentrarme en el argumento y el significado de *Don Segundo Sombra* es importante recordar que es ésta una novela gauchesca. Los gauchos fueron objeto, desde principios del siglo pasado, de una de las expresiones literarias más importantes de América: la poesía gauchesca. Iniciada por Bartolomé Hidalgo, esta literatura alcanzó su verdadera madurez con los largos poemas de Ascasubi *(Paulino Lucero, Santos Vega, Aniceto el Gallo),* Antonio D. Lussich *(Los tres gauchos orientales),* y sobre todo con *El gaucho Martín Fierro* de José Hernández. La poesía gauchesca que tiene las características de la épica, está escrita por personas cultas que, usando el lenguaje popular, realizan una obra "menos lírica que narrativa y dramática"[2] Pero el tema del gaucho no debe buscarse únicamente en esta serie de poemas épicos. Existe en múltiples novelas y obras dramáticas. *Don Segundo Sombra* no es ni obra aislada ni es una excepción. Como han hecho notar Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares "ahora lo 'gauchesco' tiende a

[1] Son excepción a esta regla las primeras obras de Güiraldes: sus cuentos y *Rosaura. Rosaura* (escrita en 1914) es una novela de tonalidades románticas donde se describe poéticamente el amor de Rosaura, su desilusión y su suicidio. Los *Cuentos de muerte y de sangre* no son propiamente cuentos. Se trata, más bien, de cuadros, esbozos, breves visiones del campo argentino. En alguna ocasión se presenta un tipo de gaucho que no difiere esencialmente de los gauchos de *Don Segundo Sombra.* Así, en *Fabián Tolosa,* dice Güiraldes del gaucho: "Tenía una cara apacible, hablaba muy poco y era fuerte como un alambre en el trabajo". Más curioso es *Politiquería* (1916) donde parece por primera vez, el personaje Don Segundo Sombra. Ya tiene aquí Don Segundo su carácter y su estilo. Cuando lo retan se sacude al retador mediante una de sus típicas bromas. Semilla de la futura novela, el Don Segundo Sombra de *Politiquería* no deja de ser una imagen pasajera y fugaz.

[2] Véanse, para una idea general de la poesía gauchesca, el *Prólogo* de Jorge Borges y Adolfo Bioy Casares a *Poesía Gauchesca* (Fondo de Cultura Económica, México 1955); para obtener un buen panorama de la literatura gauchesca en general: Arturo Torres Ríoseco *The Epic of Latin American Literature,* University of California Press.

ser elegíaco".[3] Las razones de este cambio podrían encontrarse en la paulatina desaparición de la vida gauchesca, substituida por la nueva civilización industrail y citadina. *Don Segundo Sombra* pertenece a este género de elegías gauchescas.

El argumento externo de *Don Segundo Sombra* es muy sencillo y obedece claramente a esta tendencia cíclica que observamos ya en las obras de Güiraldes. La novela está relatada en primera persona por un muchacho (cuyo nombre nunca aparece) que, en las primeras páginas, tiene catorce años. Se desarrolla en un período de ocho años. "La novela comprende cuatro períodos importantes: el primero, durante el cual se narra el primer arreo y que dura algunos días, ocupa 61 páginas; el segundo representa tres años de aventuras gauchas y ocupa 120 páginas; el tercero, dos años que vive en casa de su tutor y se condensa en una línea; el cuarto, es una referencia, en otra línea, a otros tres años". (Fernando Alegría, *Breve historia de la novela hispanoamericana,* Andrea, México, 1960) Al comenzar la novela asistimos a la vida juvenil del relator que, encerrado en el ambiente limitado de la casa de sus tías, acaba por escaparse para dedicar su vida a las labores del gaucho. Primera aventura erótica y encuentro con Don Segundo Sombra. Admirado por la presencia moral de Don Segundo, el muchacho decide seguirle en sus aventuras campiranas. Asistimos a un arreo y al lento aprendizaje del joven protagonista. Sigue una serie de aventuras hasta que el muchacho sabe que su padre, a quien nunca llegó a conocer, le ha dejado la herencia de una estancia. Llega el muchacho a casa de su tutor cuyo hijo, que se llama precisamente Raucho, como el personaje de la primera novela, le inicia en el mundo de las lecturas y de la cultura. El muchacho quiere que Don Segundo se quede con él en la estancia. Pero Don Segundo Sombra sabe que su lugar está en el campo y la tierra. La despedida, en los últimos párrafos, es el momento más patético de la novela. Viendo alejarse a Don Segundo Sombra para quien "huella y vida eran una misma cosa", el protagonista da vuelta a su caballo y nos dice: "lentamente, me fui para las casas. Me fui, como quien se desangra". Se ha cumplido el ciclo: el muchacho, después de unos años de vida intensa en el campo al lado de Don Segundo, retorna con nostalgia a la vida de los estancieros; Don Segundo Sombra, cumpliendo el ciclo que le

[3] Véase Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, *op. cit.* p. X.

es propio regresa, después de un tiempo en la estancia de su ahijado, a su "huella" y a su "vida".

Escrita en forma de memorias —una forma, sea dicho al pasar que permite a Güiraldes hablar dos lenguajes: el popular y el culto— la novela no tiene más que un personaje: Don Segundo Sombra. Muchos han pensado que más que de un personaje se trata de un símbolo. Aceptémoslo con ciertas reservas, puesto que Don Segundo no deja nunca de vivir como un hombre de carne y hueso. ¿Qué simboliza? ¿Quién es Don Segundo Sombra?

No hay que olvidar el apellido de Don Segundo: Sombra. Sin duda Güiraldes tuvo la intención de presentarnos a Don Segundo como un ser idealizado, parte ficticio y parte real, que la palabra "sombra" designa con precisión y un cierto dejo de misterio. Lo que ya me parece menos seguro es que de este solo nombre y de un par de comentarios de Güiraldes en el texto debamos concluir que Don Segundo es más un ser ideal que un ser real, más un mito que un ser viviente. En *La novela hispanoamericana* escribe Ciro Alegría (citado por Fernando Alegría, *op. cit.*, p. 188): "el autor dice, al comenzar el libro, que Don Segundo 'es más una idea que un ser' y, al final, que 'es más una idea que un hombre' ". Y añade Ciro Alegría, en forma de crítica: "Pero de lo que se trata precisamente en la novela es que la idea que se haga ser, de que el personaje sea ser, no es preciso deshumanizarlo para que represente algo". La deducción de Ciro Alegría es falaz. El hecho de que Don Segundo Sombra sea *también* una idea, también un símbolo, no implica que deje de ser un hombre. Recordemos la cita completa y no sólo una frase de la novela. Dice el muchacho que relata la historia: "Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser". La cita completa del texto, considerada dentro de su contexto, es bien distinta de lo que pensaba Ciro Alegría. El joven muchacho ve en Don Segundo Sombra a quien acaba de vislumbrar (por primera vez y casi instantáneamente) un ser superior, no un ser deshumanizado; un ser digno de admiración, no un ser abstracto; un ser tan vivo que transciende la vida misma y no una imagen fría y muerta. Don Segundo Sombra vive; y vive, ante todo, como maestro de una forma de vida en la cual, desde sus primeros cuentos, desde *Rosaura,* desde *Raucho,* Güiraldes creyó

apasionadamente. Don Segundo es la concreción de una forma de la vida moral. Veamos algunas actitudes vitales de Don Segundo, para mejor precisar su imagen. Aparece ante los hombres como "el 'tapao', el misterio, el hombre de pocas palabras que inspira en la pampa una admiración interrogante". Hombre de pocas palabras. En efecto, Don Segundo habla poco, se diría que su voz es muchas veces el silencio así como su existencia está en la sombra. Cuando alguien le quiere retar en duelo, Don Segundo contesta, con este humor suyo que es parte integral de su sabiduría: "Cuando me quiera peliar, avíseme siquiera con unos tres días de anticipación"; cuando el muchacho falla en sus primeros ejercicios gauchescos le cae "un rebencazo casi insensible... sobre las paletas". Y comenta Don Segundo "¡Hacéte duro, muchacho!". Creo, sin embargo, que Don Segundo, humorístico, moralizador, filósofo de buena lección, queda sobre todo caracterizado en estas breves palabras del protagonista: "También por él supe de la vida, la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo en aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos". "Vida" y "huella" de la llanura que se extiende a perdida de vista, Don Segundo Sombra es, ante todo, un ser libre. "Era un espíritu anárquico y solitario, a quien la sociedad continuada de los hombres concluia por infligir un invariable cansancio". Opuesto a los hombres de la ciudad, confundido con la pampa de la cual es carne y es símbolo, Don Segundo es, al mismo tiempo —y aquí el recuerdo de Rousseau debe de estar presente— el hombre bueno que conoce la breve y honda lección de la naturaleza. Por esta su característica de hombre a fondo, Don Segundo es prácticamente incognoscible. Así puede comentar el narrador: "Pero ¡qué hombre que no concluiría nunca de conocer!"

Dejemos las caracterizaciones exteriores del personaje. Don Segundo Sombra, como todos los grandes solitarios, es, de vez en cuando, un gran contador de cuentos. Recordemos una de sus anécdotas. Van un día Jesús y San Pedro por los caminos. La mula de Nuestro Señor pierde una herradura. Entran en casa de un herrero y le preguntan cómo se llama: "Me llaman Miseria", dice el herrero. Cuando Jesús le dice a Miseria que pida tres gracias el herrero desoye los consejos de San Pedro que le recomienda que pida el Paraíso. El herre-

ro pide sucesivamente que se le conceda que quien se siente en su silla no pueda moverse de ella sin su permiso; que quien se suba a sus nogales, no pueda bajar de ellos sin su permiso; que quien entre en su tabaquera no pueda salir sin su permiso. Idos Jesús y San Pedro, el herrero se arrepiente de no haber pedido veinte años más de vida y mucho dinero y afirma, decidido, que entregaría su alma al diablo para obtener estas dos gracias. Y, en efecto, se presenta el diablo disfrazado de caballero Lili. Firma el herrero el pacto y el diablo le concede las dos gracias. Acaban los veinte años y regresa el diablo para pedirle al Miseria que cumpla su compromiso. El herrero hace que el diablo se siente en la silla y no lo deja marchar hasta que éste le concede veinte años más de vida y mucha plata. Vuelven a pasar los veinte años y vienen dos diablos a reclamar el alma de Miseria pero se suben a un nogal y el herrero no les permite que se bajen hasta obtener veinte años más de vida. Pasan los últimos veinte años y baja toda la corte infernal presidida por el mismo Satanás. Miseria decide tentar a Satanás diciéndole que no cree que sea capaz de convertirse en hormiga. El diablo, que es la vanidad misma, se convierte en hormiguita que lleva en su seno a todos los diablos. Mételos Miseria en su tabaquera, les pega con un martillo y muere. Cuando se presenta a las puertas del Cielo, San Pedro no puede concederle la entrada puesto que entregó el alma al diablo. Va Miseria a las puertas del Purgatorio pero le dicen que allí tan sólo pueden ir las almas que más tarde irán al cielo y que por lo tanto no es el Purgatorio lugar que le corresponda. Baja Miseria a los infiernos y los diablos, huyen despavoridos. Concluye Don Segundo Sombra; "y dicen que es por eso que, desde entonces, Miseria y Pobreza, son cosas de este mundo y nunca se irán a otra parte, porque en ninguna quieren admitir su existencia". La anécdota de Don Segundo es, como en toda gran filosofía vivida, una forma de explicar el mundo y la conducta de los hombres. Todo hombre es Miseria y es Pobreza. Así lo sabe el relator de la novela cuando comenta: "Sintiéndome merecedor de los mismos apodos que el herrero viejo, ensillé a la madrugada uno de mis tres caballos". Sabiduría popular, sabiduría hecha de apólogos y sobreentendidos, que nunca se explican pero que se viven. En breves palabras dice Güiraldes esta sabiduría sencilla y profunda de Don Segundo: "hombre práctico y paciente, sabía todos los

recursos del oficio". Y en este saber práctico residía su silenciosa lección moral y vital.

Algunas veces se ha comparado *Don Segundo Sombra* y el *Quijote*. La comparación me parece solamente externa. Don Segundo es, ante todo, un ser moral por intuición; Don Quijote es el que deshace entuertos por conciencia reflexiva del bien y del mal; Don Segundo no quiere, misioneramente, salvar a los hombres y se contenta con vivir su lección de soledad libremente deseada; Don Quijote lucha por establecer un orden que, en su locura aparente, es ante todo un orden racional; Don Segundo es, en suma, pensamiento vivido mientras que Don Quijote es, ante todo, un ideal de orden metafísico. Por todo ello es Don Quijote un ser que vive en el tiempo y quiere modificar, conciencia de la justicia, las cosas de esta tierra. Don Segundo acepta y en su aceptación trasciende el tiempo. En *Xaimaca* escribía Güiraldes que "hoy es siempre". La lección de Don Segundo es, paradójicamente, intemporal precisamente porque es válida en un tiempo concreto que Güiraldes supo eternizar. Cuando al final de la novela se separan los dos ciclos vitales y el muchacho retorna a sus orígenes mientras parte Don Segundo a su "huella", el comentario de Don Segundo resume toda su actitud eterna ante la vida que sucede y pasa: "Mirá... —le dice al muchacho— Si sos gaucho en de veras, no has de querer mudar, porque andequiera que vayas irás con tu alma por delante como madrina'e tropilla". La vida del hombre es una lenta adquisición de disciplina. El muchacho, discípulo de la sombra eterna de Don Segundo, ha aprendido a ser hombre en contacto con la vida purificadora de las grandes llanuras libres.

Su nueva vida de estanciero no podrá cambiar el "hoy es siempre", la permanencia interna aprendida y sabida que cierra todos los ciclos.

LA AVENTURA POÉTICA DE AGUSTÍ BARTRA

Por *Manuel DURÁN*

El poeta —lo ha dicho Mallarmé— es aquel que sabe más acerca de la muerte que los propios muertos. Podría también decirse que es quien sabe más acerca de la vida que ningún otro ser vivo. Y las dos afirmaciones pudieran resultar igualmente ciertas.

La poesía moderna se mueve, como lo ha observado acertadamente Octavio Paz, entre la soledad y la comunión. Los escritores que describen la soledad del hombre contemporáneo son, sin duda, los más numerosos. Lo que Camus ha llamado "la calumnia contra el mundo", la actitud que consiste en encerrarse en un orgulloso subjetivismo y después analizarse —con desconfianza, con fría desesperación— hasta que empiezan a disolverse "en sombra, en humo, en nada" las regiones más profundas del ser humano, es precisamente la actitud que parece predominar. Kafka se consideraba "muerto en vida", un verdadero superviviente. Von Hoffmansthal en su *Carta a Lord Chandos* se anticipa a las sensaciones desintegradoras de Roquetin en *La náusea* de Sartre: "Así como, una vez, a través de una lupa, vi cómo un fragmento de piel de mi dedo meñique parecía un campo lleno de agujeros y de surcos, en la misma forma veo ahora a los seres humanos y sus acciones. No puedo ya abarcarlos con la simplificadora mirada de la costumbre. Para mí todo se ha deshecho en partes, y estas partes a su vez en otras partes; ya nada se deja abarcar por una sola idea. Las palabras, aisladas, han empezado a flotar a mi alrededor; se han cristalizado en forma de ojos que me miraban, cuya mirada he tenido que contestar; torbellinos que me daban vértigo y, haciéndome girar sin pausa, me conducían al vacío". No cabe dudarlo: es ésta una voz fundamental para el espíritu del hombre moderno. Parece, a veces, que es ésta la única voz. Se oía ya en pleno romanticismo, en el siglo pasado; y en cier-

tos momentos de Baudelaire, Mallarmé, Nitzsche o Dostoiewski. Hemos llegado a creer que no había otra que tuviera sentido: ahí está *El extraño,* de Camus, *La náusea,* de Sartre, todo Kafka, casi todo Eliot. Coincide, por otra parte, con ciertas actitudes fundamentales mexicanas, con el gusto por la destrucción y la muerte, las calaveras de Posada, el nihilismo de *Muerte sin fin,* los terrores nocturnos de Villaurrutia.

Ahora llega, sin embargo, un nuevo poema de Agustí Bartra a recordarnos que esa voz con sabor a muerte no es la única posible hoy. Hay otra actitud, mucho más antigua, todavía, en el fondo, mucho más llena de prestigio. Es la actitud de la comunión, del amor a las cosas y a lo sagrado, que los poetas aprendieron cuando, hace muchos miles de años, el hombre primitivo inventaba los mitos, y era, a su vez, inventado por ellos. Es la actitud mítica y épica.

El poema de Bartra —del que hablaremos más adelante— es una recreación de los viejos mitos mexicanos en torno a Quetzalcóatl. Es, en esta forma, parte de su ya larga aventura poética, de su esfuerzo por dar nueva vida a los mitos antiguos. Pues los mitos han sido siempre el lugar de cita del hombre con lo sagrado, el centro mágico en que desaparece el sentimiento de soledad y de inutilidad que el hombre ha sentido a veces en todas las épocas, y se vuelve a establecer la comunicación con las cosas, con los hombres, con el sentido mismo de la vida. De ahí que importe ver cómo y en qué forma puede darse en la carrera de un poeta contemporáneo esta búsqueda de la comunidad, esa lucha victoriosa contra la soledad. Y no es que sea la voz de Bartra la única que proclama el reino de la comunidad y la posible derrota de las fuerzas desintegradoras. Desde sus brumas galesas o desde los bares neoyorquinos resonaba el vozarrón de Dylan Thomas:

And Death shall have no dominion.

Y Guillén, Paz, tantos otros, anuncian la posibilidad del contacto amoroso. Es, simplemente, que a veces creemos que los únicos que hallan salida a su soledad son los católicos fervientes o los comunistas convencidos; pero nos equivocamos. *Que mettre à la place de cet infini qu'exige ma pensée?... Sans les désirs, que faire de la vie?,* se quejaba Sénancour. Pero es precisamente el deseo, el deseo de comunicarse, de poseer

y ser poseído, de compartir los terrores nocturnos y la luz del mediodía, lo que mantiene en pie a estos poetas.

Hay en la aventura poética de Bartra tres etapas bien claras, jalonadas por tres grandes poemas. El dedicado a Quetzalcóatl es el último. Los otros dos son su recreación del mito de Odiseo y, antes su *Poema del Hombre.* Empecemos por éste, el primero, para tratar de ver claro el sentido de esta evolución, de esta flecha poética lanzada al espacio en pos del blanco de la comunión. Ello nos exige hablar, en primer término, de la aventura surrealista: el *Poema del Hombre* está escrito en un estilo muy cercano al surrealismo.

Ningún movimiento más criticado y menos entendido que el surrealismo, tal vez porque sus orígenes son ambiguos y parecen negar su finalidad. El surrealismo nace de una extraña mezcla: dadaísmo, culto a los sueños en el romanticismo alemán, análisis psicológico profundo del freudismo. Todo ello en el ambiente de caos desintegrador de la Primera Guerra Mundial y la primera posguerra. No es de extrañar que la intención misma, la de hallar una comunidad a través de las fuerzas ancestrales y colectivas de los sueños, la espontaneidad y lo maravilloso, fuera mal entendida poi muchos. Y es que en el surrealismo se funden y entrechocan el mayor subjetivismo —heredero en cierto modo de toda la tradición subjetiva simbolista, de sentido bien diverso— y una de las tentativas más valientes por vencer al subjetivismo *por dentro,* como el que mastica largamente un pedazo de pan acaba por quitarle el gusto a pan y hacerlo saber a dulce. *Mis* sueños son lo más auténticamente mío, lo más personal. Mas, por otra parte, todos los hombres sueñan. Recuerdos, cultura, rostros, ambiciones conscientes, todo se separa de los demás; pero mis sueños me unen a los demás, son como los de hace mil años.

El *Poema del Hombre* es un largo, lento sueño. Es un delirio sacudido por visiones, recuerdos y esperanzas. Es a la vez imprecación y canto. ("La poesía de Bartra —ha dicho Joan Fuster— es un puro cántico, es decir, un grito organizado"). La imprecación está ahí también (¿cómo no darle salida en un poema escrito en parte con recuerdos de un campo de concentración?), pero fundida en algo más vasto, en una esperanza todavía inconcreta:

Soy el niño y el guerrero de la noche, frente al mar y entre las
[sórdidas legiones que muerden cielo y huellan arena,

Mi corazón es una cisterna donde duerme un futuro de cantos.
Pocos me siguen,
nadie oye el gallo augural en medio de las terribles fraguas de
[la sombra.
Pero yo canto la visión de la sangre que huye de la cansada no-
[che para árboles de uñas y cruces de pájaros...

Mientras "vuela el pájaro de fuego de su boca" y se suceden las visiones, el poeta duerme: sabe que sólo en sueños es posible acercarse a los demás, transmitirles este mensaje, hecho de sueños, de deseos, de mitos religiosos sumergidos como gigantescos *icebergs* en las aguas turbias del sueño, para que sea aceptado y comprendido por todos:

Nadie ignora el sermón del fuego en la casa de las estrellas,
y todos saben que morir es como desnudarse castamente ante el
[mar...

Demasiadas estrellas contempladas al mismo tiempo, demasiadas imágenes compartidas, demasiados mitos religiosos devorados al alba o bajo el sol del mediodía unen a los hombres para que el odio y la desesperación sean eternos. Ahí están la belleza, y la palabra que la expresa, para que no perdure el rencor:

¡Cuerpo de la belleza en la aurora de la acción, oh cometas de la
[palabra, caballos de fulgor en la noche del poeta!
¡Río del poema—de cumbre a desembocaduras: sueño de los
[meandros, puentes de la metáfora, orgasmo de las cascadas del
[verbo!
Y a la Tierra que deletrea las estrellas al espíritu, en los estíos
[del amor,
hay que cantarla hundiendo el rostro en su regazo, entre el doble
[silencio de sus rodillas,
para que su hálito entre en nuestro corazón y sintamos en la
[sangre las montañas en marcha del tiempo...

El hombre que ha visto triunfar la locura y la muerte, que ha sido arrojado de su patria por la injusticia y el crimen y ha sabido de duros exilios, puede escoger entre transformarse en un amargado o en un filósofo. (Hay también otra posibilidad que a veces reúne a las dos anteriormente citadas: la actitud

revolucionaria). Bartra es un rebelde, pero no un amargado; tiene densidad filosófica y su condición de poeta lo incita a ahondar en el vasto campo donde se juntan la actitud filosófica y la poética: la región de los mitos. En el *Poema del Hombre* hallamos rasgos inconexos de una actitud de admirado respeto hacia los mitos. Pero es en su *Odiseo* donde Bartra empieza a hallar la clave mítica que le permite establecer sobre más seguras bases su intento de reconciliarse con la historia, con el presente, a través de la imaginación creadora y poética. Después de todo, Ulises es también un refugiado, perseguido por la ira de los dioses (de la historia, diríamos hoy).

Pero es importante subrayar que no todos los dioses están en contra de Odiseo. Y que él sabe, secretamente, que si no deja de ser quien es puede llegar a imponerse. "Si el mito de Ulises —afirma Bartra en su prólogo— ha prolongado hasta nuestros días su trascendente humanidad, no se debe al hecho de que se trate en él de un héroe esforzado, sino de un hombre que supo ser a la vez acción y testimonio. Si en él no hay división trágica es porque sabe que los dioses y su destino están de acuerdo. Con esta seguridad en su ánimo, podrá maravillarse a menudo, pero nunca será sorprendido, y aceptará las resistencias como un medio necesario para acrecentar su medida". Y es que en el espíritu mismo de los antiguos mitos está el aceptar el diálogo dramático, la oposición de voluntades, entre los mismos dioses, y a veces entre hombres y dioses. No hay en derredor de esos personajes una aplastante muralla de solidaridad que impida la rebelión o el diálogo. Y esta es la diferencia, la salvadora diferencia, entre estos mitos antiguos y otros mitos creados en nuestra época. Comparemos el mito de Prometeo, o el de Ulises, con *El castillo,* de Kafka, típico mito contemporáneo: resalta el carácter totalitario, asfixiante, de nuestro tiempo. El héroe de Kafka no entiende a sus dioses; su drama está basado precisamente en el malentendido. Las instrucciones que le llegan de lo alto son contradictorias, confusas, incoherentes. En ningún caso se le permite un diálogo franco, basado en un lenguaje común y en premisas bien establecidas. De ahí la desesperanza y la angustia infinitas de ciertos mitos modernos. La comunicación entre hombres y dioses se transforma en un trágico "juego de los disparates". Importaba recordar, como lo ha hecho Bartra, que las cosas no han sido siempre así. El Ulises de Bartra, libre recreación, vale

no solamente por los fragmentos satíricos (el de los lotófagos, en especial) o líricos *(Eolo, El incendio del mar, Himno de Ulises a la tierra)*, sino también, muy especialmente, por la fusión de dos rasgos —fidelidad y esperanza— que consigue dar a Ulises valiéndose de medios que no son —ni quieren serlo— exactamente los que empleó Homero. Lirismo y psicología se desarrollan en el libro de Bartra con mayor amplitud que en Homero. Lo cual es muy natural. No es que hayamos "progresado" como líricos y psicólogos desde la época de Homero; es que distribuimos nuestra atención en forma que no puede ser exactamente la misma. Muchos detalles implícitos en Homero han de ser explícitos hoy. A Homero le bastaba aludir para hacerse entender. Hoy exigimos más detalles interiores y exteriores.

Por una parte, estamos bastante lejos de los griegos para quienes Homero cantaba. Por otra, estamos demasiado metidos en nosotros mismos para que sea posible desatender los monólogos interiores, para que quepa olvidar algunos de los recursos fundamentales que emplea la literatura de hoy. Para recrear a Ulises, Bartra tenía que partir de Homero, pero también —y esto resultaba ineludiblemente— del hombre moderno, del lector de hoy. La gran preocupación era, había de ser, hacer a Ulises inteligible y concreto, como lo había sido para los antiguos griegos: "Sobre su cabeza, en lo alto, la gaviota volaba describiendo anchos círculos lentos, cerniéndose con las alas conpletamente extendidas, inmóviles y refulgentes. Cerníase y descendía lanzando, de vez en cuando, un chillido corto, como embriagada por la inmensidad del cielo y del mar. Mas para Ulises —que con la cabeza levantada seguía las evoluciones del ave— el mar ya no existía: sólo veía la pureza de un firmamento que era el simulacro de su paz, y la gaviota que se cernía en el azul trazando rápidos círculos, la gaviota que, chillando, se había súbitamente convertido en una noria de blancura que giraba vertiginosamente dentro de su alma..." Ver a Ulises por fuera y por dentro al mismo tiempo es hacerlo corpóreo, devolverle el peso y el perfil que los siglos habían borrado.

Mayor subjetivismo en la figura de Ulises, mayor sensualidad en las descripciones, contribuyen a aureolar de realidad la antigua figura. Y ello da mayor fuerza a lo que la figura quiere decirnos: "Pero la llama divina no proclamaba la embriaguez del retorno, sino la certidumbre de que la vida era

un comienzo sin fin entre la risa de las llanuras y el hielo áureo de las cumbres. Nada terminaba, nada moría jamás. Nacimiento y muerte, aparición y transformación, materia y espíritu, giraban en el ritmo de una fuerza que era siempre la misma, indiferente e indestructible. La ley de los astros era la ley de las semillas, y en el equilibrio de la naturaleza, el azar y el caos eran la forma externa de la libertad del amor. En el seno de la creación, inmortal era el instante que eternamente pasaba..." El hombre se reconcilia con los dioses, con la muerte, con lo vasto de la tierra, con el silencio de los espacios infinitos, porque sabe que seguirá el diálogo, que los dioses, en su excelsitud, se preocupan por el hombre y en cierto modo lo necesitan; que mil lazos unen al hombre y al árbol o a la roca, al fuego o a la lejana estrella. Cabe oponerse al destino y aceptarlo al mismo tiempo. Luchar contra las cosas —el mar rebelde, los vientos contrarios— y escuchar a los dioses es también ayudar a darles un sentido. Una montaña lejana puede de pronto asumir el rostro de la madre; y a veces el hombre —o la mujer— imitan a la roca: "Ser fiel ha sido endurecerme", afirma Penélope. O al agua: "Estoy avezado a difíciles despertares —contesta Ulises— y he sabido convertir en una paciencia serena y gigantesca la prisa de los azares. Los hombres, a esto, lo han llamado astucia. En realidad, lo único que hice fue dejar que todo me hablara, hombres y cosas, y después me levantaba a contestar con unas palabras o un gesto que pareciesen venir —y realmente venían— de muy lejos, de un gran anonimato misterioso, y caminasen hacia la certeza de un futuro soñado. A veces, se hacía necesaria la acción. Pero más que de conquistar, se trataba de no dejarse vencer, de no doblegarse ante la fuerza de lo efímero. Mi felicidad ha consistido en no permanecer; la tuya, en esperar".

"O eres todo el mundo o no eres nadie", ha dicho otro gran poeta catalán, Maragall, en *El conde Arnau.* Ulises —Nadie— es también "todo el mundo", todos los que "perseveran en su ser", todos los que esperan sin impaciencia que siga el diálogo con el destino y los dioses. Pero la lucha de Ulises es, en cierto modo, un combate indirecto y subjetivo: se combate a sí mismo, espera que llegue su hora y que ésta lo halle fiel a sí mismo. Le faltaba a Bartra dar un paso más en su aventura por los mitos antiguos. Si Ulises es el héroe *paciente,* no es por ello la paciencia siempre posible ni deseable. Sobre todo en épocas como la nuestra. Le faltaba a Bartra, el catalán uni-

versal, evocar al más universal de los mitos mexicanos, el de Quetzalcóatl, el rebelde *impaciente.*

Como Prometeo, Quetzalcóatl se rebela contra la injusticia de los dioses. Enseña a los hombres medios de hacerse poderosos. Si Ulises adquiere a veces la gracia y la prestancia de un semidiós, y se esfuerza por tender puentes entre lo humano y lo divino partiendo de la tierra, Quetzalcóatl es la más humana de las deidades, deja caer sus escalas de sabiduría desde las inaccesibles alturas divinas. El hombre cobra esperanza y aprende a llegar a ser el que es cuando sabe que un dios se compadece de su suerte y se dispone a ayudarlo. Cuando el poema de Bartra se divulgue resaltará claramente en qué forma ha conseguido el poeta penetrar hasta la entraña de lo mexicano. No es solamente por haber residido largos años en México, o por haber estudiado concienzudamente los textos de Sahagún, Garibay y Portilla.

Es que el mito de Quetzalcóatl es uno de los nudos centrales en que el pensamiento y la sensibilidad mexicanos entran en contacto con lo universal. Todo el poema está envuelto en un ambiente sobrehumano, telúrico, cósmico, inmenso y animado, telón de fondo que hace resaltar las figuras de los héroes:

Erguidos y ataviados de claras lontananzas
los vientos esperaban en los cuatro horizontes.
Por la luz desfilaban huestes de meteoros,
las islas sostenían sus coronas ciclónicas
y delicadas lúnulas sangraban sobre raudas
yacijas de crepúsculo. . .

Quetzalcóatl se encuentra con un orden hecho, establecido, en el cual los hombres sufren, impotentes, se destruyen unos a otros. El orden de los dioses representa con frecuencia para los hombres, desterrados y aislados, el caos y la muerte. Pero —para decirlo con frase de Novalis— "a través del caos brillan los ojos del orden". El héroe rebelde no se levanta contra todo; quiere simplemente que también los dioses recuerden que la justicia existe. Y si es preciso se opondrá a ellos, no por odio, sino por amor, los destruirá o los atacará para que a través de la lucha comprendan y cambien:

¡Oh! ¿Cuándo la visión
total de su destino descendería a su alma

como un ave de fuego,
y los cantos serían misión y cumplimiento,
no grito migratorio en monótonos cielos
ni árbol de primavera rayado por el rayo
en su gloria floral?

Las palabras, aves de sabiduría que despiertan al hombre, son las armas de Quetzalcóatl en su lucha contra la ceguera y el silencio que han paralizado a los dioses:

Digo las palabras para las ceremonias lustrales ante el alba de
[muros de oro,
o las que se alzan como lanzas brillantes apoyadas en los mil
[hombros de un canto,
o las artesanas que fundan una eterna capital de belleza y amor,
cronistas de fuegos y plumas y cosechas lejos del vuelo del
murciélago y del copal de temblorosos brazos...

Quetzalcóatl es el que evoca y anuncia, el que crea y exalta la conciencia de los hombres al darles las palabras, más preciosas que el fuego que Prometeo diera a los griegos. Las palabras, proyectan al hombre hacia los horizontes; el trabajo, el paciente esfuerzo cotidiano, les da estabilidad al anclarlos en la tierra fecunda. Los hombres se yerguen, dueños de su lugar en el mundo, en equilibrio entre la inquietud y la inmovilidad:

No sólo venimos a dormir, no sólo venimos a soñar en el mundo:
Venimos a vivir los días de nuestro sol de tierra,
y la hierba de primavera no necesita de nuestra muerte...
En verdad os digo, ¡oh hermanos en Tonatiuh!, que venimos a
[vivir los días de nuestro sol,
venimos a morar entre las cosas y a comprender que el tiempo
[gira siempre con las mismas imágenes
del cielo y de la tierra...

Para corregir la "desmesura sagrada", para contrapesar la inmensa fuerza con que los dioses aplastan a los hombres, es preciso, ante todo, que los hombres encuentren su lugar en el cosmos: la tierra, el trabajo, la conciencia, la palabra, la belleza. Si los hombres se yerguen, acabarán los dioses por retroceder:

En verdad os digo, ¡oh hermanos!, que los impasibles dioses
[mueren cuando el hombre nace a su destino
y que la dulzura de la primavera en los ojos de las núbiles anti-
[cipa la hecatombe de las piedras ensangrentadas
y derriba los altos silos de los huesos...

El trabajo, las artes, la palabra misma, son formas de ordenar el pedazo de cosmos que a los hombres les ha tocado en suerte: "lo real que nos modera, acrecienta y aloja..." Los hombres, "hijos del tiempo y combatiéndolo", enraizados en la tierra que los sustenta y los define, participan de una doble condición. Son, por esencia, testigos de las maravillas del mundo; deben definirse y purificarse "para que sin máscara podamos ser testigos de los partos de la luz..." Deben profundizar en sí mismos, pulirse sin cesar, explorar y ordenar el mundo que los rodea, para poder ser testigos de lo que los dioses han obrado y siguen obrando:

Decimos: montaña, girasol, pez, árbol, rayo, como si mencioná-
[ramos los motivos de la vasija pintada de nuestra alma...

El asombro, la admiración definen al hombre, ponen en tensión su mirada y su alma hacia todo lo que pasa. Pero, además, el hombre es deseo, pasión, embriaguez, canto, y su canto acabará por contagiar al universo entero:

Cantar es desembocadura,
pasmo de agua tranquila bajo los ojos aprobadores del firma-
[mento.
En el canto, las estrellas de la espera entran en lo inefable
[como levadura de eternidad...

El secreto de Quetzalcóatl es la invención del diálogo —que los hombres hablen entre sí y consigo mismos, que hablen con las cosas, que escuchen la voz de las cosas— y del ritmo, un ritmo que se engendra a sí mismo perpetuamente: "De mi fin nacerá mi principio". Cuando Quetzalcóatl huye acosado por sus enemigos sabe muy bien que los ritmos y las voces que ha desatado sobre el mundo de los hombres no podrán acallarse ya; que, por lo tanto, él, Quetzalcóatl, habrá de volver, una y otra vez. La victoria de sus enemigos resulta así ilusoria; las imágenes finales aluden a la resurrección. ¿Es

Quetzalcóatl el que ha de volver o son sus principios los que triunfarán un día? Poco importa. Lo decisivo es que ha empezado para los hombres —y quién sabe si también para los dioses— el reino de la esperanza. Como el final del *Poema del Hombre,* Quetzalcóatl, "en cuyo fin está su principio", que ha conocido el amor de Nanotzin —en cuyo vientre ha sembrado soles—, que ha sido mortalmente herido por Tezcatlipoca y se ha enfrentado a la Coatlicue, que ha llorado, exhausto, junto al árbol de piedra y ha conocido el exilio, permanece transfigurado:

En sí mismo internado y a la vez esparcido,
era del doble Reino aguijón destellante,
¡oh saeta nupcial de temblor infinito,
Estrella que los hijos de la luz y la sombra
en su pecho hundirían para que el mundo abriese
origen, boca, fuente...!

En el poema de Bartra vemos acontecer un movimiento exactamente contrario al que describía Von Hoffmansthal: las partes se recomponen, giran en torbellinos hasta ajustar sus ritmos a los de la totalidad cósmica. Bartra, que concibe la poesía como "un intento de reconquista total de la inocencia por el amor", ha conseguido aquí —a contrapelo de la tendencia central de la literatura contemporánea— recapturar a la vez las sensaciones violentas y telúricas de la vida mítica del México primitivo y la impresión de acorde pleno, de astros en marcha, en que el hombre se sabe parte de la naturaleza —allí y en todas partes, en el pasado y en el presente— y, seguro de sí mismo, enfrentarse con naturalidad, sin aspavientos, al paso del tiempo y a la presencia de la muerte. Lo que en el *Poema del Hombre* era la salvación de uno solo, del poeta, se convierte aquí en sentimiento de comunidad, en que el poeta —a la vez profeta y aprendiz de dios— señala a los demás el antiguo camino mítico y épico sembrado de palabras como flechas y de astros entreabiertos, el camino de la poesía épica tradicional, del contacto con lo sagrado y del acorde pleno con las fuerzas de la naturaleza.

LA TÉCNICA METAFÓRICA EN LA POESÍA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

Por *Concha ZARDOYA*

Introducción

ESTE estudio[1] presenta algunas de las peculiaridades metafóricas que caracterizan la poesía de diez grandes poetas españoles contemporáneos. A través de ellas es posible entrever un concepto del hombre —vinculado a su patria y a su época— y una visión del universo.

Rasgos comunes o rigurosamente personales, pero enraizados todos en el alma y la historia trágicas de España, asocian o diferencian —como veremos— a estos poetas entre sí.

Miguel de Unamuno

AL sumirnos en el denso mundo poético de Unamuno, percibimos que un fluido aliento vital circula constantemente por sus versos. Esta "vida fluida" no sólo riega intuiciones, sentimientos y pensamientos, sino que traspasa y colorea palabras y frases, el ritmo sonoro de todas ellas, y viértese en el poema, en el libro, en la obra total del poeta. La nota más perdurable de la poesía de Unamuno es, sí, su fuerte e intensa humanidad. En ella se encarnan el espíritu y el lenguaje. A ella se subordina la forma. Trasciende siempre desde el fondo: desde la angustia religiosa y metafísica, desde el misterio mismo de la creación poética. Es, pues, la "humanación" el rasgo metafórico más peculiar de la técnica poética unamuniana. Tiñen sus matices la visión lírica, las intuiciones e imágenes y, en algunos casos, hasta ocasionan variaciones semánticas. Tal "humanación" no se nos da como un recurso estilístico ni como un

---

[1] He aquí sólo una síntesis de él. En forma completa aparecerá en el libro —ahora en imprenta—, titulado *Poesía española contemporánea (Estudios temáticos y estilísticos)*.

simple juego metafórico, ni como un virtuosismo de la forma, sino como una proyección vital, recia y poderosa, de su "yo" irreductible, de su "yo" vasco e ibérico. Su ansia —su "ansión"— de supervivencia trasciende al estilo y crea esas formas humanadas, esas palabras poéticas vivas, operantes, con temblor de entraña y de corazón. La "humanización" es el fuerte vínculo interior que enlaza y da coherencia a todas las concepciones poéticas de Unamuno, ligando, además, prosa y verso. Todo es vivencia para él. Así vive múltiples vidas, en un anhelo infinito de serlo todo. Precisamente, para "derretir el espanto de la muerte",[2] su yo se trasfunde al cosmos, a todas las formas de la Naturaleza, a las ideas mismas, "porque las ve ateridas de frío".[3] Humana los campos, el mar, el cielo, los animales, las ciudades, las cosas, con su alma compasiva, con sus ojos visionarios: les da calor, vida, puesto que vive en todos y en cada uno. Y a todo transfiere sus problemas íntimos, su hambre de inmortalidad. No soporta el monólogo y, por medio de esta "humanación" metafórica, se crea un confidente y surge el autodiálogo, en el que sus voces interiores, y sus pasiones se dramatizan y viven en él trágicamente. A través de la "humanación", Unamuno reelabora viejos temas, los repristina y vitaliza; interpreta el paisaje español y, al contemplar el universo, traduce su contemplación en una visión antropomórfica del mundo, porque en éste vierte su propia persona, su cuerpo y su alma. Su espíritu *encarna* en todo y de aquí que todo adquiera humano cuerpo y humana voz, que realice acciones propias de los hombres. Arboles, nubes, pájaros, ríos, luceros, no dicen nada y lo dicen todo. El universo es la "inmensa metáfora divina"[4] que Unamuno interpreta en términos humanos. Su filosofía se le hace paisaje, contorno y dintorno. Debajo del cosmos palpitan creaciones antropomórficas que también se hallan insertas en el lenguaje. Es ésta una concepción helénica, sin duda,[5] pero Unamuno la impregna de su personal substancia: traspasa a la Naturaleza sus propios problemas anímicos, su

---

[2] Soneto LVI, *De Fuerteventura a París* (1925).

[3] "El desinterés intelectual", *La Nación*, Buenos Aires, 3-III-1911. En: Manuel García Blanco, *Don Miguel de Unamuno y sus poesías. Estudio y antología de poemas inéditos o no incluidos en sus libros.* Salamanca, Universidad de Salamanca, 1954, pág. 174.

[4] No. 504, *Cancionero. Diario poético* (1953).

[5] Cf. *Del sentimiento trágico de la vida,* 5a. ed. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1952, págs. 118-119.

angustia existencial, sus anhelos: su metagónica. Unamuno lo humana todo, porque así amplifica su vida, vive más y más, vive infinitamente. Sus versos propagan esta moral invasora, dominadora, casi agresiva de la "humanación", de la personalización, de la conscientización de todo lo que existe.

Elijamos, al azar, una, sólo una de sus estupendas "humanaciones": España, en este poema, tiene un cuerpo vivo que alienta, sufre y canta, que hiere y abraza, que sueña y hace soñar; España es una materia viva, es una "persona", es una madre que ríe y llora. La humanidad total de la patria emerge cálida y real, al volver el poeta de su destierro.

De regreso

Sales a recibirme, patria mía,
con los brazos abiertos, tus montañas,
con tu frente azul, libre de ceño,
riente y alta.
Con las brisas que saben mis secretos,
me vienes a besar toda la cara...

y a tu pecho me aprietas y el latido
siento del corazón de tus entrañas...
y de tus ojos a mis ojos, madre,
viene a caer una furtiva lágrima...[6]

Antonio Machado

ANTONIO Machado no se dejó deslumbrar por las conquistas más externas del modernismo, aunque no por esto dejó de admirar a Rubén Darío, quien era para él "maestro incomparable de la forma y de la sensación".[7] Prefirió seguir otro camino. Así lo declara en el prólogo de sus *Soledades:* "Pensaba yo —dice— que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu: lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo.

---

[6] En: Manuel García Blanco, *op. cit.,* pág. 379.

[7] Prólogo a las *Soledades* (1917), en *Poesías Completas,* 3a. ed. Buenos Aires, Losada, 1951, pág. 9.

Y aún pensaba que el hombre puede sorprender algunas palabras de un íntimo monólogo, distinguiendo la voz viva de los ecos inertes; que puede también, mirando hacia dentro, vislumbrar las ideas cordiales, las universales del sentimiento". A estos principios poéticos y estéticos aún añadió, más tarde, en 1931, otro de índole metafísica: "la poesía es la palabra esencial en el tiempo". Discrepaba de todos los poetas que tendían a una destemporalización de la lírica, "no sólo por el desuso de los artificios del ritmo, sino, sobre todo, por el empleo de las imágenes más en función conceptual que emotiva".[8] Su poesía, pues, se sumergía en las raíces de la vida, en las aguas vivas de la existencia humana. Las ideas del poeta no eran, para él, "categorías formales, cápsulas lógicas, sino directas intuiciones del ser que deviene de su propio existir". Esencialidad y temporalidad, por tanto, fueron las condiciones básicas de su lírica, y a ellas se adhirió su técnica. Imágenes y símbolos actúan siempre en esta doble dimensión. El tiempo, el sueño y el amor son los grandes temas de su honda poesía, a la que prestan consistente unidad. La angustia temporal subsiste en ella y deja advertir una concepción temporalista del mundo y de la vida. El tiempo de Machado no es abstracto, sino vivido: es tiempo personal, empapado de intimismo. Sus poemas se nos aparecen como un diálogo del hombre con su tiempo, desdoblado en personajes tales como la mañana, la noche, la tarde, el símbolo de la fuente y el agua, el reloj y las cosas. El tema del sueño presenta en Machado significaciones de gran profundidad: es forma de conocimiento y refugio intemporal contra el dolor de vivir; hay sueños del hombre y sueños de la Naturaleza y también las cosas sueñan; el sueño crea su propio mundo y los recuerdos también se sueñan. El tema del amor halla su exegeta en *Abel Martín y en Juan de Mairena,* quienes creen en la heterogeneidad de la sustancia. Leonor y Guiomar son las amadas que el poeta evoca melancólicamente desde la ausencia.

Aunque Antonio Machado reconocía que los filósofos eran creadores de grandes metáforas —el río de Heráclito, la esfera de Parménides, la lira de Pitágoras, la caverna de Platón, la paloma de Kant, etc.[9]—, no sintió mucha simpatía por ellas, según lo demuestran estas líneas suyas: "Sabed que en poe-

[8] "Poética". *Ibid.,* pág. 13.
[9] *Juan de Mairena.* Madrid, Espasa-Calpe, 1936, pág. 140.

sía..., no hay giro o rodeo que no sea una afanosa búsqueda del atajo, de una expresión directa; que los tropos, cuando superfluos, ni aclaran ni decoran, sino complican y enturbian; y que las más certeras alusiones a lo humano se hicieron siempre en el lenguaje de todos".[10] Sin embargo, alguna vez utilizó la metáfora, pero justamente para concentrar en ella el temblor lírico. Tal ocurre, por ejemplo, en el poema "Orillas del Duero" (IX) en que el poeta nos presenta una parca descripción realista de Soria: una cigüeña se asoma a un campanario; las golondrinas chillan; es una tibia mañana de primavera. Más allá de los pinos están los chopos, junto al Duero que corre mansamente. Alguna flor, entre las hierbas. Pero, de pronto, se entusiasma y, al final del poema, expresa su pasmo casi místico en una exclamación pura, en la que aparece la única nota lírica: la metáfora "espuma" concentra en sí color, temblor y belleza, al referirse a los álamos de la ribera:

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña
ante la azul lejanía,
sol del día, claro día!
¡Hermosa tierra de España!

(Nótese cómo la metáfora le lleva, le alza a la exclamación final, en la que la hermosura de la tierra soriana extiéndese, simbólicamente, a la de la patria entera. El puro pasmo ante unos árboles líricos, en la orilla de un río, le eleva a un arrobo mayor, a un éxtasis total).

Otras metáforas salpican los versos machadianos, pero nunca son ornamento ni decoración, sino centro de un núcleo expresivo. La juventud perdida es "pobre loba" muerta ("El viajero", I); recordando a Jorge Manrique, repristina las metáforas-símbolos del "río" —referido a la vida humana— y del "mar" —referido a la muerte: "Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera" (XIII); la música de trémolos sombríos del "Cante hondo", no es sólo un suspirar de oro, sino que se trueca en "surtidor de estrellas" (XIV); su paso, al caminar en el crepúsculo, es "espuela sonora" que repercute lejana (XVII); vuelve al recuerdo manriquiano, cuando imagina al poeta como "gota de mar" que ha de perderse en la mar in-

[10] *Ibíd.*, pág. 332.

mensa de la muerte, después de flotar como una rama (XVIII); la mano de un mendigo harapiento es "una rosa blanca" (XXVI); la amapola marchita es "negro crespón del campo" (XXXIII); la luna es "reluciente calavera" (LVI); la estrella Venus es una "pajarita de cristal"; España es "varona fuerte, madre santa", "ancha lira hacia el mar entre dos mares" (soneto VII de las *Poesías de la guerra);* la separación de su amor —Guiomar—, a causa de la contienda, le inspira el soneto V de la misma serie, el cual contiene unas metáforas conmovedoras y sencillas en los tercetos:

> La guerra dió al amor el *tajo* fuerte,
> y es la total angustia de la muerte,
> con la *sombra* infecunda de la *llama*
> y la soñada *miel* de amor tardío,
> y la *flor* imposible de la *rama*
> que ha sentido del *hacha* el *corte* frío.

Juan Ramón Jiménez.

Una síntesis de la trayectoria lírica de Juan Ramón Jiménez nos llevaría a considerar en ella tres grandes ciclos. El primero fue un éxtasis de amor, y en él se advierte una mayor riqueza figurativa y sensorial. El segundo fue una avidez de eternidad y se caracteriza por una lograda desnudez, por una clara transparencia de la palabra, pues el poeta ha descubierto el sentido de lo eterno. El tercero fue una necesidad de conciencia interior y culmina en *Dios deseado y deseante,* libro en que el poeta sostiene un diálogo-monólogo con un dios sentido como conciencia. Esta nueva vivencia le exige —como veremos— un lenguaje nuevo, personal, alegórico, circunlocutorio, ambivalente, pues capta poliédricamente las múltiples posibilidades simbólicas del hallazgo divino-poético.

En la primera fase de su devenir poético observamos, dentro de su técnica metafórica y estilística, algunos rasgos muy constantes: Juan Ramón, por ejemplo, materializa lo temporal, convirtiendo a la noche en una rueda; le interesan los valores cromáticos del paisaje exterior e interior, pero, entre las sensaciones, destacan también las sensaciones olfativas y acústicas: olores y músicas le sirven, a través del recuerdo, para revivir realidades del pasado; de ahí también que utilice con cierta

frecuencia sinestesias en las que se cruzan y trasponen estas sensaciones. Descubre estados psicológicos y sentimientos en el paisaje, en los astros, en los árboles y animales, en el agua y en las cosas. Todo sufre, todo llora, todo vive traspasado por su propia melancolía dolorosa. La belleza del mundo es, precisamente, el origen de la tristeza que siente el poeta. Todo se ha impregnado de su sensibilidad. Todo se ha identificado psicológicamente con él. El universo entero se ha sensibilizado. En consecuencia, el mundo puede ahora soñar como el poeta: los valles sueñan, sueñan los animales y sueñan las flores en *Arias tristes.* En *Jardines lejanos* triunfa la suntuosidad sensorial sobre la natural melancolía del poeta. Las notas cromáticas se entrecruzan con las musicales. Juan Ramón siente en torno suyo presencias invisibles: asimila cuanto le roza, cuanto ve, cuanto oye: llega a transfigurarse, es otro y sigue siendo el mismo. En *Pastorales* es aún más evidente la humanización del paisaje, pero su tristeza es ahora dulce. Alguna metáfora, de vez en cuando, acusa su color o su relieve: la luna de agosto, por ejemplo, es "sandía enorme"; luego, se humaniza en "pastora de plata" que guía manadas de nubes. La música pone en relación el mundo de los vivos y el de los muertos: vuelve a acentuarse el tono lúgubre. Mas en *Baladas de Primavera,* "Dios está azul" y la amapola del campo concentra en sí varios valores metafóricos: es "sangre de la tierra", "herida del sol", "boca de la primavera", "novia alegre de los labios granas", "mariposa de carmín en flor". Vuelve a colorear lo espiritual y lo psicológico y, así, yendo a caballo, exclama "¡Qué tranquilidad violeta!" Concretiza lo espiritual: el alma se hace presente en el paisaje, pues dice que "la choza del alma / se recoge y reza". El poeta, además, siéntese árbol que se deshoja, captando en sí toda la melancolía del otoño. En la *Soledad sonora* crea un poema sinestésico, cuya primera estrofa se repite con variaciones al final:

Le he puesto una rosa fresca
a la flauta melancólica:
cuando cante, cantará
con música y con aroma. . .

cuando llore, llorará
con música y con aroma.

En los *Poemas mágicos y dolientes* hay gran fuerza cromática: triunfa, por ejemplo, el amarillo en "Primavera amarilla", poema en que el mundo aparece ungido de amarillez. En *Poemas agrestes,* el paisaje confiere al alma del poeta calma y serenidad. Se inicia en los versos un suave realismo y lo sentimental se adelgaza. El poeta aspira, ahora, a una forma suprema —a la de la espiga— "que eleve a lo imposible / el alma", a una poesía "infinita, áurea, recta". En *Melancolía,* los paisajes, vistos desde el tren, se van, huyen, y el poeta empieza a darse cuenta de que las realidades exteriores también se escapan. Así, en *Poemas impersonales,* escribe:

Del amor y las rosas,
no ha de quedar sino los nombres.
¡Creemos los nombres!

Vamos a entrar pronto en el segundo ciclo de su quehacer poético. Pero antes pasará por una breve etapa de transición en la que gusta de un cierto modernismo sensorial. Al fin descubre la plenitud de lo mínimo en la *Frente pensativa.* Su alma, blanca y limpia, se levanta hacia Dios. Descubre, también, "el silencio de oro": paz y soledad sólo turbada por una campana y por el trino de un pájaro y, entonces, exclama: "¡Parece que lo eterno se coje con la mano!" Y descubre el sentido de lo eterno a través de la eternidad de la poesía:

¡Belleza que yo he visto,
no te borres ya nunca!
Porque seas eterna,
¡yo quiero ser eterno!

Cada minuto de ese silencio de oro es, acaso, toda la eternidad. Su soñar se hace más y más hondo: se adentra "por las sendas más ocultas / que ya no tienen retorno". Frente a Castilla —en los *Sonetos espirituales*—, al ver el surco que el arado abre, quiere arrancarse el corazón y sembrarlo allí para que, en la primavera, florezca "el árbol puro del amor eterno". Metafóricamente, su corazón, su vida, se ha identificado con este árbol que tiene sus raíces en la tierra y sus ramas en los cielos. Esta viva metáfora vuelve a aplicarla concretamente a su poesía, la cual se le revela como "árbol joven y eterno". Su existencia, así, se le desnuda y resplandece en excelsitud

de "su verdad divina". Su palabra poética sigue adelgazándose en *Eternidades,* más y más desnudándose, hasta no existir casi, como vemos en "Acción":

> No sé con qué decirlo,
> porque aún no está hecha
> mi palabra.

Aspira, por otra parte, a la máxima exactitud, que es como decir a la máxima desnudez:

> ¡Inteligencia, dame
> el nombre exacto de las cosas!
>
> ...Que mi palabra sea
> la cosa misma,
> creada por mi alma nuevamente.

El y su poesía se limpian, en consecuencia, lavados en el torrente del llanto. Casi se olvida, además, de la realidad exterior. *Piedra y cielo* nos demuestra que el poema es creación fresca y fragante. Cada verso está impregnado de diafanidad estética. La belleza es, para el poeta, una "mariposa de luz" que escapa de su mano, pero de la que queda algo: "la forma de su huida". Juan Ramón busca y consigue la pura, desnuda y esencial expresión lírica, exenta de anécdota y de retóricos asideros exteriores. Los poemas se levantan a una inaudita depuración, queriendo apenas aletear en torno a las esencias del mundo y el corazón del hombre.

El tercer ciclo de la producción juanramoniana está condicionado y marcado por la guerra civil española, por el signo del destierro, por la tragedia y ausencia de España. La poesía de Juan Ramón se ahonda, se vuelve filosófica y hasta desengañada. Sigue usando las viejas formas líricas tradicionales en Romances de *Coral Gables,* en *Voces de mi copla* y en *Canciones de la nueva luz,* pero se abandona al verse libre en *Animal de fondo* y en *Dios deseado y deseante,* títulos que integran una unidad completa. En ambos culmina el acendramiento lírico de Juan Ramón. En ellos, el poeta se ha libertado de toda medida rítmica y de todo vestigio de rima, entregándose al libre fluir de la palabra poética. Los poemas, por esta razón, dejan de ser unidades independientes y no sólo se enlazan

sino que, más bien, se continúan. Ambos, de este modo, son un largo poema de sostenido aliento: el diálogo-monólogo del poeta con un dios sentido como conciencia, con un dios a la vez deseado y deseante. Dios es sentido en lucha de amor y se identifica con la esencia del poeta y del hombre, con la esencia del todo. Es un dios uno y distinto, conciencia suma de lo hermoso, conciencia del poeta y, a la vez, de todos los humanos. Universo y alma coexisten en un centro total y único de conciencia plena. La vida del poeta ha llegado a su cima: a su dios deseado que le domina desde su cumbre. En cuanto al tiempo, su conciencia-dios es fijo presente, pura esencia de todas las edades. En el poeta se cumple la estación total de este dios y en él se realiza su intemporalidad. Vejez e infancia coinciden: el niño de Moguer se funde con el hombre en plenitud, los sueños tristes de la infancia con la conciencia actual. El poeta, más que *explicar* una experiencia místico-poética, la *vive* desde dentro. Y, al vivirla, ésta le exige adaptar su lenguaje a la extraordinaria circunstancia. El léxico capta las múltiples posibilidades simbólicas del hallazgo divino-poético, las matizaciones expresivas de la vivencia nueva, íntima, pero no menos universal e inefable. Juan Ramón renueva, pues, su vocabulario y sus imágenes. Algunas veces, éstas se transforman en símbolos para expresar el *misterio* de esta relación mutua entre el poeta y su dios-conciencia. La experiencia númica le lleva a crear el lenguaje alegórico, circunlocutorio, ambivalente y siempre poético, al que antes nos referíamos. Por una parte, acude a las metáforas simbólicas de la mística española, pero las repristina a la luz de su propia experiencia místico-poética que nada tiene que ver con el dogma ni la teología católica: "fuego", "llama", "antorcha", "la gracia", "el amor lleno", "el subir", "sol", "pozo", etc. Crea la "mañana oscura"—en la que irrumpe la luz de su dios—, en vez de la "noche oscura", y la "noche serena y señalada". Por la otra, abundantísimos neologismos y palabras compuestas extreman la expresividad de esta lengua místico-poética: "clariver", "nombradía", "mi vivida", "pleacielo", "pleadios", "rayeado movimiento", "pensamiento miriante", "inmanencia madreada", "amarillomar" (sobre verdemar), "dudón", "iomar", "desiertoriomar", "riomardesierto", "circumbre", "ultratierra" y "ultracielo" (sobre ultramar); "cuerpialma", "matinado", "conciencia plenitente", "olear", etc. Los participios activos confieren gran dinamismo a estos versos: "deseante",

"olas abrazantes", "éxtasis obrante", "conciencia plenitente", "mirante dios deseado y deseante", etc. A veces, utiliza el juego de palabras y consigue una expresividad muy elocuente. Juan Ramón Jiménez observa la misma actitud de los místicos en el empleo de recursos estilísticos, porque le acucia la misma necesidad ontológica y espiritual: revelar una experiencia místico-poética.

La diferencia fundamental que separa a Juan Ramón Jiménez de un San Juan de la Cruz, por ejemplo, además de la total ausencia en aquél de inspiración católica, es que su alma no se ha "desnudado", sino, más bien, se ha enriquecido. No se ha adelgazado, pulido y purificado, sino amplificado y engrandecido a fuerza de amor y sensibilidad. No se ha ajenado a cuanto es secular y temporal, sino, representándolo todo, ha asumido lo total. No se ha desasido de gustos y aficiones, sino que los ha integrado en sí y en sí mismo los ha radicado. Si para los místicos españoles y alemanes la "desnudez" era cualidad y estado imprescindibles para la unión del alma con Dios para Juan Ramón Jiménez es un estado de riqueza y plenitud lo que le lleva a la identificación con su dios-conciencia del todo. Si para San Juan de la Cruz Dios comenzaba a reinar en el "alma vacía y desnuda", para el poeta moguereño su dios le ha estado rodeando desde su infancia y sólo entra en él cuando su alma y su vida se han colmado de dones y han llegado a la máxima plenitud. Esta sustituye, pues, a la renuncia mística. Si el alma del místico debía quedar vacía, en oscuridad y pobreza, acendrada, desasida, resignada y libre, la de Juan Ramón Jiménez ha de expanderse en la luz, llenarse de sí y de todo lo creado, verterse en la obra, asirse y englobar el universo, enriquecerse jubilosa, vinculándose al todo, a sí misma y a su dios, en triple unión ontogénica. "Yo nada tengo que purgar" —dice Juan Ramón Jiménez en un poema. "Toda mi impedimenta no es sino la fundación para este hoy en que, al fin, te deseo" ("La transparencia, dios, la transparencia"). No se sume en la "noche oscura del alma", sino que "crea un mundo para su dios". Su dios es "gracia libre", "la gloria del gustar", "la eterna simpatía", "el gozo del temblor", "la luminaria del clariver", "el fondo del amor", "el horizonte que no quita nada", "la transparencia", "la conciencia" de ser. Y esta *conciencia* se da como una perfección final suma, tras el largo y sostenido crear —única ascesis para Juan Ramón Jiménez—, inexorable pero gozoso, en búsqueda siempre de lo hermoso. Pero esta

culminación no desemboca en el desasimiento ni en la recogida quietud que anhelaba el místico, sino en clara, vital y activa conciencia en identidad con su dios. Para Juan Ramón Jiménez no existe el "sosiego" místico: toda su vida ha sido un incesante crear y, creando, un incesante desear a ese dios que, también, le deseaba. Finalmente, esta entrega dinámica se confunde con el éxtasis místico. No hay aniquilamiento, sino lucidez total de la conciencia. No hay negación ni olvido de sí mismo, sino aceptación plenaria, en la "vividora luz" de "lo alto profundo", en la doble dimensión única de su "dios deseado y deseante".

Pedro Salinas

PEDRO Salinas consideró siempre que la poesía era "una aventura hacia lo absoluto".[11] Sus poemas nunca desmintieron tal creencia y bucearon por debajo de las palabras, ajenas, por lo demás, a toda falsa retórica, externa metáfora o rima demasiado sonora. Su poesía trata de desenmascarar los nombres, arrancándoles los disfraces de la apariencia que encubre la verdadera realidad del ser. Salinas decía que las palabras eran "antifaces leves". Así, aspiraba a descubrir, debajo de los accidentes sensoriales, lo que no cambia y permanece: el ser absoluto, la realidad absoluta y atemporal. Toda su poesía gravita hacia esa "otra" realidad. Sus tres primeros libros nos descubrían la trasrealidad del mundo y de las cosas; los dos siguientes, la trasrealidad del Amor. En todos ellos, el poeta pretendía asir lo inasible. Las realidades fugaces, en inexorable mutabilidad, no le permitían encontrar la permanencia, la realidad esencial, única y constante. Sólo lo logra en 1946, en *El contemplado,* largo canto a la hermosura del mar de Puerto Rico. Este mar se le vuelve revelación de una realidad última. No es una visión objetiva, sin embargo: es el mar contemplado por un alma que lo interpreta. La realidad externa del mar se identifica con la propia realidad interior del que contempla: contemplado y contemplante se unifican en una total realidad. En el perpetuo cambio del mar, en su inasible fugacidad, el poeta halla una realidad constante: la fugacidad se vuelve per-

[11] GERARDO DIEGO, *Poesía española contemporánea (1901-1934).* 2a. ed., Madrid, Taurus, 1959, pág. 318.

manencia. La contemplación mística del mar lleva al poeta a una comunión con la eternidad.

La técnica metafórica de Pedro Salinas está al servicio de esa "otra" realidad interior, de ese más allá del ser. Pedro Salinas trata, precisamente, de desenmascarar las apariencias. De ahí que huya de la vulgar metáfora, transposición, por lo general, de cualidades exteriores. Si usa alguna, ésta es íntima, asocia estados o sentimientos interiores, relaciona esencias.

Jorge Guillén

JORGE Guillén ha ordenado toda su producción lírica en dos obras únicas: *Cántico* y *Clamor.* La primera fue creciendo orgánicamente desde 1928 hasta cerrarse en la cuarta y última edición en 1950. *Clamor* aún está en gestación y el poeta nos ha entregado hasta la fecha un anticipo: *Maremágnum* (1957). Guillén afirmó en *Cántico* su personalidad indiscutible, porque lograba su concepción del mundo a través de una concepción de lo poético, siendo ambas absolutamente originales. Este *Cántico* lleva infuso un sentido de gracias y alabanzas a todo lo que *es.* Expresa el claro y luminoso júbilo del poeta ante todas las formas de la vida. Si la poesía era para Guillén *Cántico,* es porque —como dice en un verso— "todo en el aire es pájaro". El poeta vive un momento de plenitud que se sincroniza con la plenitud del mundo exterior. En este instante único, el aire —como un espíritu— rodea, envuelve todo lo creado. Así, cada ser siéntese "pájaro", es decir, criatura alada, elevada, gozosa, airosa, pura, más cerca del cielo que de la tierra, transportada a esa "cima de la delicia", gozo que ha llegado a sus ápices últimos, a esa plenitud de sentirse ser que está siendo, que *es.* Cima que es conciencia y es pasmo, aceptación y éxtasis. Todos los seres cercanos, inmediatos, sintiéndose aves, se resuelven en lejanía, en elevación, superados ya los límites terrestres, las limitaciones de la gravedad. Lo presente vuélvese lejano. Guillén ha descubierto así una metáfora intensa, concentrada, totalizadora: "todo en el aire es *pájaro".* Y todo es "pájaro" porque la vida, en sí, es bella: "Ser nada más. Y basta. / Es la absoluta dicha". Cada poema de *Cántico* resuma esa complacencia jubilosa de ser: "¿Qué es ventura? Lo que es". Por esto, la metáfora guilleniana no compara ni aso-

cia cualidades sino esencias, modos del ser, momentos existenciales. Prevalece, pues, en esta poesía el sustantivo; apenas si aparecen las formas adjetivas. Triunfa, también, el verbo *ser*. Guillén afirma la poesía de la realidad en todas las realidades. Poesía de la realidad, sí, pero que no quiere decir que sea "realista": Guillén trasmuta la realidad objetiva y material en realidad poética. Así, siendo tan real, su poesía da la sensación perfecta de un mundo purificado, esbelto, puro, platónico: "todo es realidad", pero "todo es prodigio". Sus metáforas —cuando existen— acumulan fulgores súbitos, gracias, aleluyas. Nos revelan el auge del amor a las cosas, al presente perdurable. Nos brindan presencias, velocidades. Nos alzan a mayor altura. Nos injertan empuje, ánimo, dicha, serenidad.

Si *Cántico* interpreta el mundo circundante en función del *ser, Clamor* tiende a la revelación pura del *vivir* del hombre, entrañable y dramática experiencia. *Maremágnum* —el anticipo que conocemos es un libro que se compromete con lo cotidiano y circunstancial, por vías más cerca de las estridencias y las disonancias que de la armonía. La experiencia cotidiana —emplazada ahora en el vivir histórico— se desnuda aquí valientemente hasta casi rozar —a veces— los bordes de lo antipoético, hasta cubrirse de voluntario prosaísmo. Todos los perfiles, turbios, caóticos, indecisos, del instante histórico que Guillén eliminó totalmente en su *Cántico,* se muestran en *Clamor* con verdad de "documento histórico". "Clamor" es sinónimo, aquí, de "acusación", ante las pavorosas circunstancias que vive la humanidad actual. El poeta acusa, increpa o se burla: las fuerzas oscuras que gobiernan al hombre de hoy, amenazan la vida, la plenitud del ser y la belleza. Reina el caos, el mare mágnum, el dolor antes negado por el poeta, la destrucción, la ruina, la pena sin fin. Los poemas guillenianos, en consecuencia, se hacen más extensos, pero si pierden concentración y poder sintético, ganan intensidad patética, dramatismo. Sus metáforas, ahora, no expresan la realidad ni la esencia, sino burda materia, ira, náusea. El mundo, ahora, no es pájaro sino un vagón, un mare mágnum veloz con estruendo de tren.

Federico García Lorca

García Lorca fue un incansable cultivador de la imagen poética, un constante aficionado a las traslaciones de sentido, un

infatigable creador de metáforas populares y cultas. Creía que "sólo la metáfora puede dar una suerte de eternidad al estilo".[12] Por otra parte, la imagen era para Lorca "un cambio de trajes, fines u oficios entre objetos e ideas de la Naturaleza".[13] Así, la metáfora era para él un salto ecuestre de la imaginación que unía mundos antagónicos en apariencia: astros con hombres, animales y plantas, y a la inversa. Sus más extrordinarias metáforas son las que yuxtaponen objetos muy alejados, pues todas las formas son dignas de canto y en todas hay belleza o expresión. Lo pequeño y lo grande son del mismo modo trascendentes. Por esto, en su mundo metafórico, el sol puede ser una naranja y una naranja puede ser el sol.

Si examinamos las peculiaridades de la técnica metafórica lorquiana, observamos que el poeta (1) dinamiza los objetos estáticos, aunque ejecuten acciones inusuales, ansiando romper los límites propios. El ser inanimado se transforma en fuerza dinámica: "las alamedas *se van*", "el valle *fué rodando* con perros y con lirios". (2) Vivifica todas las formas de la Naturaleza —cosas, minerales, vegetales, el paisaje—: "La iglesia *gruñe* a lo lejos / como un oso panza arriba"; el monte "*eriza* sus pitas agrias". (3) Lorca también humaniza y personifica, con tanta o mayor frecuencia, aquellas mismas formas: árboles y animales adquieren cualidades o estados psicológicos. Así dice de un chopo: "Hoy estás *abatido*. . ." Al personalizarse o humanizarse, es natural que, a veces, reciban epítetos metafóricos humanos: el chopo, en su vejez, es "rudo *abuelo* del prado". Los objetos inertes se contagian de humanidad: los faroles *tiemblan,* Granada *suspira* por el mar, en tanto que Sevilla se convierte en un *saetero* que "*dispara* la constante saeta de su río". Las canciones, por su parte, toman figuras de mujeres: la soleá es una mujer enlutada y pensativa; la petenera es mujer "cuya falda de moaré tiembla"; la siguiriya es una muchacha morena que camina "entre mariposas negras". La humanización del paisaje afecta tanto a la adquisición de estados psíquicos como a la incorporación de sentidos y acciones humanas. Lorca también humaniza lo sobrenatural: la Virgen, San José, ángeles y santos intervienen en la vida de los hombres, fraternizan con los gitanos e intervienen en sus reyertas. (Nótese que esta humanización implica una *desdivinización*).

---

[12] *Obras completas,* VII. Buenos Aires, Losada, 1946, pág. 91.
[13] *Ibíd.,* pág. 94.

El cielo y la luz también ejecutan acciones humanas. (4) En ocasiones, Lorca deshumaniza al hombre, pues éste asume características que no le son propias: se reviste de propiedades arbóreas y vegetales, porque se ha establecido una situación interna paralela entre él y ellos. (5) Otra peculiaridad metafórica muy típica de la poesía lorquiana es el fenómeno que llamamos intervalencia y plurivalencia. Todo se halla en viva fusión para Lorca. Un cambio de sangres, jugos, luces o símbolos circula por todo lo creado. Los diversos elementos del orbe pasan por los mismos procesos de sístoles y diástoles. Todo se intervale y plurivale, en un prodigioso anhelo de comunión cósmica. La clave de este fenómeno metafórico acaso se halle presente en su poema "Sur": "da lo mismo decir estrella que naranja, cauce que cielo". Esto significa que astros, flora, fauna, hombres y cosas participan, de una esencia común que los hace identificarse entre sí y equivalerse. A causa de tal plurivalencia metafórica, de tal panteísmo reversible, Lorca no es únicamente un "andaluz profundo", sino que es un poeta universalísimo al darnos en su obra esa total comunión cósmica, esa plenitud de ser y existir en todas sus formas. Por tal razón, en su poesía, tierra y agua se engarzan con cielo y astros. El hombre no queda aislado ni en una situación de dependencia con respecto a aquéllos, sino ligado a unos y otros, porque también participa él de esa esencia común: el ser en el cosmos. Los mundos —el de los hombres, el de los astros, animales y plantas— son más que tangentes, pues se tocan no en la superficie sino en lo profundo de la existencia, interfiriéndose y equivaliéndose. De ahí ese valor intervalente y plurivalente de la poesía lorquiana. (6) Las sinestesias son también abundantísimas en la poesía de Lorca: no sólo lo audible se convierte en visión y lo visible en audible, sino que para él son válidas las asociaciones sensoriales de todas clases, perceptibles por los diversos sentidos o debidas a la superposición de éstos. (7) Las metáforas e imágenes cromáticas no son menos abundantes —hemos contado unas treinta combinaciones— y confieren a la poesía lorquiana una extraordinaria plasticidad. (8) Otras muchas clases de metáforas e imágenes —volitivas, metonímicas, de posibilidad existencial, etc.— son evidentes también, junto a algunas casi indeterminables. Como todo gran poeta, Lorca tiende a lo misterioso, a lo increíble, a lo inesperado, a lo inexpresable: de ahí que muchas figuraciones metafóricas se nos escapan, si tratamos de aprehenderlas por vía racional. No hay

asociaciones claras en ellas, sino adivinaciones profundas de lo misterioso y de lo mítico. Sólo la intuición puede, en algunos casos, revelarnos su sentido, si es que tienen alguno.

Dámaso Alonso

DÁMASO Alonso se había manifestado, antes de la Guerra Civil, como un delicado poeta "puro", cuyas imágenes y metáforas aliaban un delgado intelectualismo y un fino sentimiento, conjugaban lo conceptual, lo plástico y lo musical. Pero, después de la tragedia española, juzga que es estéril y egoísta seguir escribiendo una lírica que sólo puedan descifrar unos cuantos privilegiados, mientras que millones de hombres quedan excluidos de esa amplificación del espíritu, de ese agua clara que es y debe ser la poesía. Piensa que hay que atraerlos, moverlos, hablándoles al alma. Publica *Oscura noticia* (1944), obra escrita en formas tradicionales y en la que, debajo de la perfección del verso, palpita una honda ansiedad humana. Debajo de bellas imágenes sentimos la vigilia del hombre, la incertidumbre que le acosa, su impaciencia. La diestra y hábil técnica del poeta encubre la vida, la terrible vida del hombre. Pero tal vida está alejada de la anécdota, hecha obra de arte. Humana es la raíz de este libro y humanas son las realidades que transparentan sus imágenes. Todas buscan la absoluta poesía, sin embargo, el venero de Dios. Hay poemas, en el libro, transidos del dolor de España: por ejemplo, las elegías a Unamuno y a García Lorca. En *Hijos de la ira* (1944) —escrito en verso libre—, el acento del poeta se vuelve profético, apasionado, apocalíptico. Su alma se siente lacerada por la injusticia y la corrupción. Su canto se vuelve estallido patético, grito acusador y, a veces, increpándose a sí mismo su miseria carnal, se eleva hasta un ascetismo de la más pura cepa española o, en otras ocasiones, desciende a una ternura humana y religosa conmovedora. La imagen se hace visionaria y el denuesto excluye toda expresión esbelta, toda palabra "pura". Los improperios irrumpen en avalancha, fustigan, arrancan piel y sangre en el cuerpo y en el alma. El poeta no se permite ni el menor virtuosismo poético, ni el más mínimo juego metafórico.

Hombre y Dios (1955) es la culminación de las tendencias presentadas por Dámaso Alonso en toda su obra anterior:

análoga tensión patética, aunque el temple espiritual parece distinto: el corazón está más abierto al recuerdo y a la esperanza. La angustia y el frenesí no desaparecen del todo, si bien se dejan disciplinar por la fe, la confianza o la esperanza en Dios. El poeta conquista estas afirmaciones y se deja persuadir por ellas: las acepta, no ciertamente para apaciguarse sino para renovar su lucha interior. Una de esas afirmaciones es creer que la "libertad es creación":

> Porque creando, uso de la libertad que me dió:
> en cada acto de mi libertad estoy creando.
> Creando estoy, estoy creando, segundo a segundo:
> cada acción de mi vida, flor nueva...

El lenguaje metafórico aparece desnudo de toda retórica y sólo expresa realidades interiores del alma en diálogo con su Dios.

Vicente Aleixandre

La visión y la imagen cósmica sobrerrealista es la peculiaridad metafórica más constante en la poesía de Vicente Aleixandre antes de la aparición de *Historia del corazón* (1954). *La Destrucción o el Amor* (1935) presenta un mundo en que los términos "destrucción" y "amor" se equivalen y se identifican esencialmente. El cosmos se presenta en este libro como un todo enigmático, misterioso, enorme. Animales, vegetales, minerales y sentimientos acosan al hombre como alimañas. Todo se acomete y lucha. Todo es amor, no obstante, y todo, amando, se destruye. El poeta se identifica con este mundo, en un anhelo de fusión cósmica. Los límites de lo humano, de la flora y de la fauna se desvanecen, fundiéndose en una especie de criatura total, indeterminada. Y tal criatura es el mundo: todo en que cada especie no se reconoce distinta sino dependiente y en contacto con otras. El mar siente a los peces como si fueran pájaros. Las espumas son cabelleras difusas. El corazón del hombre es león, ave, metal, y halla un espejo en las montañas. Esta primera visión aleixandrina del mundo aparece iluminada por un panteísmo que es pesimista porque el cosmos actúa como un disolvente del hombre: es su destructor. Pero *Sombra del Paraíso* (1944) nos presenta un mundo orde-

nado, sereno, radiante de belleza. El poeta retrocede a un mundo primigenio y sin mancha, en el que el alma y el cuerpo coinciden con el paisaje recién creado, con las plantas y los animales y están en hermandad con los astros. Es un Paraíso anterior al pecado, al instante en que el hombre empezó a cubrirse, a vigilarse, a darse intimidad. Invoca el principio del mundo, sin estratificaciones de cultura, a los seres de los orígenes que debieron balbucir las primeras preguntas que oyó la tierra. Las formas primitivas no se han enfriado aún ni se ha pulido todavía la fisonomía de lo creado. Todo conserva la huella caliente y hermosa del acto mágico de la creación. Todo irradia pureza, hermosura, concordancia, armonía. Es un mundo terrenal, sí, pero está coloreado por un intenso irrealismo que lo eleva a un plano de diamantina belleza: es el que debiéramos vivir y haber vivido. Es un Paraíso ya muerto, cuya sombra evoca el poeta nostálgica y visionariamente. *Mundo a solas* (1950) es un libro presidido por una desconsolada angustia: el mundo y el hombre se dan como negación, puesto que existe la muerte y ambos son incapaces de alcanzar el Paraíso, mundo no por venir sino que ya fue fugazmente. El hombre no existe; el mundo está solo, deshabitado o, tal vez, poblado por sombras de hombres que no fueron ni serán: reina la luna, astro de la muerte, flotando sobre ciudades apagadas y desiertas. El mundo se nos da como una oquedad, no de elementos naturales, sino de hombres.

Historia del corazón (1954) es una obra extensa y compleja. El contenido de su temática queda implícito en el título: es el vivir del poeta y, a través suyo, el vivir del hombre. Abarca los ciclos de la vida humana en poemas que recogen recuerdos o vivencias de la infancia, juventud, madurez y edad última. No es un vivir elementalmente jubiloso, sino conscientemente resignado a su finitud. El cosmos se asoma a este libro sólo como fondo del transitorio vivir del hombre. Cada poema se halla transido de esa conciencia de la fugacidad del tiempo y de la vida. Sin embargo, el poeta no se halla solo ante el mundo, sino en medio de los hombres y se siente dentro del gran corazón de la humanidad. Todos los poemas están impregnados de una honda conciencia de la solidaridad humana. No es menester vivir desesperadamente, angustiadamente, sino en concordancia con los demás, reconociéndose y aceptándose: el mundo real, ahora, no se contrapone al poeta ni tampoco lo destruye. No se trata de una penetración en la multitud, sino,

más bien, es una compenetración ontológica, una comunión integral. Es una aceptación de la vida tal como es. El lenguaje y el metaforismo poético de Aleixandre siguen su trayectoria de simplificación comenzada en *Sombra del Paraíso* y alcanzan formas cristalinas, sencillas, realísimas, en un ansia de hallar eco y comprensión en todos los corazones. La imagen visionaria sobrerrealista ha retrocedido a la realidad pura. Vicente Aleixandre se mueve ahora en el ámbito de un realismo lleno de ternura humana.

Rafael Alberti

La imagen más constante y sostenida de toda la poesía albertiana es el mar, sin duda alguna. Inspira el primer libro —*Marinero en tierra* (1924)—, está presente en todos los demás —hasta en los más culteranos— de algún modo, impregna las poesías del destierro e invade por completo *Pleamar* y *Arión* (1944). Es el mar del suroeste de España, evocado —primero— desde la Sierra de Rute y desde tierra adentro. Por último, aún siendo el mismo mar, es el mar —los mares— de España, dolorosamente añorado desde la costa argentina. La nostalgia, la melancolía y la tristeza tiñen estos poemas y libros del mar. En las obras en que éste no es tema propiamente dicho, frecuentísimas imágenes alusivas conservan su presencia viva. Siempre se ve o se oye el mar —en la superficie y en el fondo— en la obra de Alberti. El mar es, pues, tema unitario y elemento que relaciona libros de concepción diversa. Esta constante temática y metafórica impone una vigorosa unidad —dentro de tornasoladas variaciones— a una poesía de signo vario, que va de lo popular a lo social, de lo superculto gongorino a la imprecación airada, del superrealismo angélico a la honda queja del hombre desterrado.

Todo el metaforismo de *Marinero en tierra* gira en torno al mar, anáfora constante. El joven poeta —"marinero en tierra"— se siente como un *desterrado* del mar. Gime por él y por él quisiera volverse salinero de los esteros del mar, llenos de nieve salada. Y hasta pez querría tornarse. Y pregonara del mar que pregonara: "¡Algas frescas de la mar, / algas, algas!" Y pirata que robara la aurora de los cielos. El mar penetra en su sueño, en las surrealistas aguas de su subconsciencia. Convertido en jinete del mar, querría cabalgar sobre

un caballo de marina espuma, sobre la mar misma. En una autoelegía condecora su voz de poeta-marinero con insignias marinas.

En *La Amante* (1925), diario de viaje escrito en leves cancioncillas —de corte neopopularista como el libro anterior—, el poeta evoca el mar algunas veces al atravesar Castilla. De mar a mar es su viaje. Nostalgia del que ha dejado, anhelo y ansia del que pretende ver. Al fin expresa su alegría por haber hallado el Cantábrico.

En *Cal y Canto* (1927) —libro de temas clásicos en que aparece la sirena, Narciso, el jinete de jaspe— Alberti nos presenta un mar que se ha convertido en tema estético, pues no predomina el sentimiento directo, sino intelectualizado, convertido en materia artística. Cuanto se refiere al mar, aquí, es pasado por el tamiz neoculterano y neogongorino. La estilización reemplaza, ahora, el dolorido sentir, la nostálgica añoranza del mar. Así, el tema de la sirena —iniciado antes dentro de la canción popularista— se reviste aquí de tornasoladas metáforas y es elevado a un primer plano de poesía culta y alquitarada. El mar, sin embargo, se deja entrever muchas veces bajo el hipérbaton, la perífrasis, las metáforas y los neologismos: late en el fondo de estos versos elaborados a la sombra de Góngora. El vocabulario náutico o marino le sirve, precisamente, para trabajar su neoculteranismo con sello propio, aunque no afecte a la temática de los poemas directamente. Este vocabulario es especialmente característico en "Busca", poema en el cual teje una fina urdimbre, y en algunos otros. "Narciso", por ejemplo, no se contempla ni en río ni en fuente, sino en el mar: Alberti repristina la antigua figura mitológica, a la que otorga una condición marinera.

En *Sobre los ángeles* (1928), como es natural, el mar se introduce pocas veces en este mundo sobrerrealista de los ángeles albertianos. Si aparece, es una oscura fuerza pasional más entre tantas otras: entre la mentira, el desengaño, la rabia, la envidia...

El mar penetra en los versículos visionarios de *Sermones y moradas* (1930), libro que saca a luz los sótanos del alma. El poeta hace colaborar al mar en estas revelaciones de la subconsciencia, en este mundo también sobrerrealista como el anterior poblado por ángeles. El mar se corrompe en los sótanos psíquicos y se vuelve fuerza destructora.

En *Verte y no verte* (1934) —elegía al torero Ignacio

Sánchez Mejías—, el mar albertiano se introduce en el ámbito de la muerte. Así vemos sus aguas oscurísimas, por las cuales navega el poeta dolorosamente. Y el torero, simbólicamente, se pierde en el mar de sangre de su cogida.

Llegan los años de la expatriación. La visión albertiana del mar —y toda su poesía— se tiñe con el dolor del destierro definitivo. *Entre el clavel y la espada* (1940) contiene abundantes poemas, imágenes y metáforas en que se alza el mar. Su presencia es más conmovedora, acaso, en "Toro en el mar", elegía sobre un mapa perdido. Obvio es decir que el toro representa la imagen de España, toro que obsesiona al poeta, que muge y brama por encima del mar, desde un arenal de muertos.

El mar es sujeto de *Pleamar* (1944): mar amargo, mar de los destierros, a la que ofrece, en patéticos versos, a su hijita Aitana, niña nacida en el exilio.

Arión reúne los versos sueltos del mar: es el diálogo del poeta con el mar. Son sus reflexiones tristes, nostálgicas, ante éste. El mar de Cádiz se ha confundido con el mar de América. El mar se ha identificado con la Poesía. Es el mar de su tradición española. Mar que se humaniza o se deshumaniza, que se mete en su casa y vive con él, que usurpa su puesto y su cama. Mar al que transfiere su propia tragedia humana. Mar aterrado y aterrador, pues las puertas de los destierros y de los desastres están cerradas. Mar-existencia, mar-tragedia, más que mar-metáfora.

El mar abre, recorre y termina la obra completa del poeta gaditano, en múltiple metaforismo de existencia y vocación, pasando por todos los matices que van desde la gracia infantil y popular, y hasta el dolor y el llanto más patéticos y existenciales.

Miguel Hernández

El mundo poético de Miguel Hernández —como el de todo poeta verdadero— es un mundo transfigurado. Así, toda su obra no es más que la transfiguración poética de ásperas, fuertes y tremendas realidades. Todas las experiencias de su vida —desde las de pastor adolescente hasta las de preso condenado a la última pena— se transmutan en poesía por el milagro de una intuición lírica, purísima y en agraz, primero, y madurada, después, por el dolor y la muerte.

Hacia 1931, Hernández se sintió atraído, deslumbrado y

solicitado por el neogongorismo, entonces en boga, y le acució el deseo casi desafiador de probar fortuna en ese mundo de perfección poética. Se lanzó entonces a la conquista de esa maestría, de la forma, a la busca y captura de la belleza como fin último de la poesía y del arte. No fue un simple juego virtuosista, sino una victoria sobre sí mismo: el triunfo heroico de su inteligencia sobre su instinto y su temperamento. Mas su metaforismo se asentará en lo real y en lo inmediato: en la cercanía de la tierra y el cielo, no en un mundo puramente fabuloso. Rescatará el dinamismo de las formas barrocas, sí, pero contendrá su tremenda fuerza expresiva, arrolladora, en los límites del verso clásico y la domeñará con las difíciles ligaduras del hipérbaton. Publica *Perito en lunas* (1933) y, en él, consigue eliminar plenamente la rudeza originaria que cree poseer. Es el hombre de la tierra que aspira a las formas de expresión más cultas y alquitaradas, a las formas más elevadas del pensamiento y del arte. Desde este momento, toda su obra será un constante esfuerzo para elevar hasta su dignidad interior y hasta ese plano de alta hermosura, todas las cosas feas y tristes que cercaron su existencia. Ahora, más que pastor, es "lunicultor", "perito en lunas". Sin embargo, el ropaje neogongorino y barroco deja entrever, por debajo de sus metáforas, una vena de poesía original en busca de expresión propia. Ciertas peculiaridades y giros, ciertas imágenes violentas, heridoras, forjadas por una perceptibilidad muy masculina, anuncian a un poeta de ley en trance de superación, pero también delatan al hombre de la tierra, al pastor. Debajo de las metáforas de este libro, se identifican realidades vividas por el poeta en su Orihuela natal. Ni cíclopes ni ninfas, sino mitología de la tierra, cercana geografía.

Pero el libro que reveló al poeta fue *El rayo que no cesa* (1936). Un hondo y patente sentimiento amoroso riega la más profunda raíz de estos poemas, y una conciencia no menos seria y honda del dolor. Una intensa tonalidad dramática, preñada de patetismo, ensombrece la deslumbrante belleza de algunos sonetos y la dulce melancolía de otros. En metáforas e imágenes alienta esta desolada tristeza, presagios de muerte y, también, una concepción dionisíaca de la vida y un sentido sensual del amor. En ellas entrevemos, además, el primigenio sentido de la tierra tan ligado a toda la obra de este poeta que dice llamarse "barro", aunque Miguel se llame, y que "barro" es su profesión y su destino.

Adviene la Guerra Civil y Hernández se siente arrebatado por el viento que sacude al pueblo de España y, "sangrando por trincheras y hospitales", conquista su primera madurez. Publica *Vientos del pueblo* (1937) que, más que libro, es esto: viento, alud de versos épicos, arengas, gritos, dentelladas, cólera, explosión, ternura, llanto, pavorosas visiones de sangre y muerte. La técnica metafórica, influida por las tremendas circunstancias, se enriquece con imágenes visionarias, deshumanizadoras, humanizantes, magnificantes y, cromáticamente, el libro se tiñe de luces sombrías y sangrientas.

Termina la contienda y el poeta comienza su peregrinaje por las cárceles franquistas y sólo acabará con su muerte. Lenta y dolorosamente escribe su *Cancionero y romancero de ausencias.* Es un verdadero diario íntimo: las confesiones de un alma en soledad. Son poemas breves, escritos en pocas palabras, sinceras, desnudas, enjutas. El dolor ha secado las imágenes y la metáfora. Ni un rastro de leve retórica. Su dolor solo: el dolor del hombre acosado, el sombrío horizonte de los presos, el ir a la muerte cada madrugada. Canciones y romances lloran virilmente ausencias irremediables, el lecho, las ropas, una fotografía... La esposa y el hijo le arrancan las notas más intensas y entrañables. Ni un brillo en esta poesía requemada por el dolor, hecha ya desconsolada ceniza:

Cogedme, cogedme.
Dejadme, dejadme.

Fieras, hombres, sombras.
Soles, flores, mares.
Cogedme.

Dejadme.

El poeta canta y llora en baja o entrecortada voz o modula sus versos con el aliento: se ha acercado al centro mismo de la vida, de la poesía y de la muerte. Sus poemas transparentan sangre y abandono, desnuda intimidad desvalida.

Sólo la sombra. Sin astro. Sin cielo.
Seres. Volúmenes. Cuerpos tangibles
dentro del aire que no tiene vuelo,
dentro del árbol de los imposibles.

VIOLACIÓN EN CALIFORNIA

Por *Francisco AYALA*

—Lo que es en esta dichosa profesión mía —dijo a su mujer en llegando a casa el teniente de policía E. A. Harter— nunca termina uno, la verdad sea dicha, de ver cosas nuevas.

A cuyo exordio, ya ella sabía muy bien que había de seguir el relato, demorado, lleno de circunloquios y plagado de detalles, del caso correspondiente; pero, por supuesto, no antes de que el teniente se hubiera despojado del correaje y de pistola, hubiera colgado la guerrera al respaldo de su silla y, sentado ante la mesa, hubiera empezado a comer trocitos de pan con manteca mientras Mabel terminaba de traer la cena e, instalada frente a él, se disponía a escucharlo.

Sólo entonces hizo llegar, en efecto, a sus oídos medio atentos una nueva obertura que, en los términos siguientes, preludiaba un tema de particular interés:

—Los casos de violación son, claro está, plato de cada día —sentenció Harter—; pero ¿a que tú nunca habías oído hablar de la violación de un hombre por mujeres? Pues, hijita, hasta ese extremo hemos llegado, aunque te parezca mentira e imposible.

—¿Un hombre por mujeres?

—Un hombre violado por mujeres.

Después de una pausa, pasó el teniente a relatar lo ocurrido: cierto infeliz muchacho, un alma cándida, viajante de comercio, había sido la víctima del atentado que, sin aliento, acudió enseguida a denunciar en el puesto de policía. Según el denunciante —y su estado de excitación excluía toda probabilidad de una farsa—, dos mujeres a quienes, por imprudente galantería, había accedido a admitir en su coche mientras el de ellas, dizque descompuesto, quedaba abandonado en la carretera, lo obligaron, pistola en mano, a apartarse del camino y, siempre bajo la amenaza de las armas, llegados a lugar pro-

picio, esto es, en descampado y tras de unas matas, lo habían forzado a hacerles *eso* por orden sucesivo, a una primero y a la otra después. Sólo cuando hubo satisfecho sus libidinosas exigencias lo dejaron libre de regresar a su automóvil y huir despavorido a refugiarse en nuestros brazos.

—¿Y ellas, mientras?

—Eso le pregunté yo en seguida. Le dimos un vaso de agua para que se tranquilizara y, algo repuesto del susto, pudo por fin ofrecer indicaciones precisas acerca de ellas. Indicaciones precisas, detalles: eso es lo que deseábamos todos. ¿Te imaginas la expectación, querida? Yo ya me veía venir la reacción de los muchachos; me los conozco; era inevitable. Siempre que nos cae un caso pintoresco —y no escasean, por Dios— sucede lo mismo en la oficina: cada cual se hace el desentendido, finge ocuparse de alguna otra cosa, y sólo interviene de cuando en cuando con aire desganado y como por casualidad, para volver en seguida a hundir las narices en sus papelotes, dejándole a otro el turno. Una comedia bien urdida para sacarle a la situación todo el jugo posible, sin abusar, y sin perjuicio de nadie, bien entendido; pues para algo estoy ahí yo, que soy el jefe... "¿Y ellas?", preguntó el sargento Candamo, como lo has preguntado tú. "¿Y ellas?", pregunté yo también. Todos teníamos esa pregunta en los labios. El asunto prometía, desde luego, dar mucho juego. ¿Y ellas? Pues ellas, dos jovenzuelas entre dieciocho y veintitantos años, desaparecieron también echando gas en otro automóvil que tenían escondido un poco más allá, prueba evidente —como yo digo— de su premeditación. "Se largaron por fin aliviadas", comentó Lange; pero esta frase le valió una mirada severa, no sólo mía, sino de sus propios compañeros: no había llegado aún el momento; bien podía guardarse sus chuscadas, el majadero. Lo que procedía ahora era fijar bien las circunstancias para procurar, dentro de su cuadro, la identificación de aquellas palomas torcaces. No había duda, por lo pronto, de que el lance lo habían premeditado cuidadosamente. En primer lugar, las dos amigas, cada una en su respectivo automóvil, se dirigen al punto previamente elegido como escenario de su hazaña, y allí dejan, medio oculto entre los arbustos, el de una de ellas, volviendo ambas con el otro a la carretera. Se detienen, simulan una avería del motor, y cuando ven aparecer a un hombre solo en su máquina le hacen señas de que se detenga, piden su ayuda y consiguen que las suba para acercarlas

siquiera hasta la primera estación de servicio. ¿Cómo podía negarse a complacerlas nuestro galante joven? Charlan, ríen. Y la que está sentada junto a él le dice de improviso con la mayor naturalidad del mundo: "Mire, amigazo; la señorita, ahí detrás, tiene una pistola igual que esta —y le enseña una que ella misma acaba de extraer de su bolso— para volarle a usted los sesos si no obedece en seguida cuanto voy a decirle". Hace una pausa para permitir al pobre tipo que, aterrado, compruebe mediante el espejito retrovisor cómo, en efecto, el contacto frío que está sintiendo en la nuca proviene de la boca de una pistola; y acto seguido le ordena tomar la primer sendita a la derecha, esta, sí, por acá, eso es, y seguir hasta el lugar previsto. Allí, una vez consumada la violación, las dos damiselas abordan el automóvil que antes se habían dejado oculto, y regresan al punto donde abandonaron el otro con la supuesta avería, para desaparecer cada cual por su lado.

—¿Y no les hubiera sido mucho más fácil, y más seguro, me pregunto yo, en vez de tanta complicación, usar un solo coche y volverse a buscarlo luego en el de la víctima; digo, en el del muchacho, dejándolo así a pie al pobre gato?

—Sin duda; pero lo que hicieron fue eso otro, tal como te lo cuento. Váyase a saber por qué.

—De cualquier modo eso facilitará, supongo, la tarea de dar con ellas, ¿no? Los datos de dos automóviles...

—¿Qué datos, si el muy bobo no se fijó en nada? Primero, encandilado con las bellezas de carretera, apenas puede indicar que se trataba de un Plymouth no muy nuevo, azul oscuro, cree; ni número de matrícula, ni nada. Y respecto del segundo auto, con la nerviosidad de la situación, cuando quiso reparar ya ellas habían transpuesto.

—¡Qué bobo!

—"Y ¿por qué no las seguiste, siquiera a la distancia?", va y le pregunta el sargento Candamo. "Hasta que no me metí los pantalones y pude reaccionar, ya ellas se habían perdido de vista". También, hay que ponerse en el caso del infeliz. El se temía que no iban a dejarlo escapar así; se temía que, después de haber abusado de él, irían a matarlo. Se comprende: estaba azorado. En cambio, sí nos ha podido suministrar con bastante exactitud las señas personales de esas foragidas. Sobre este punto, figúrate, los muchachos lo han exprimido como limón.

—Y tú, que lo permitiste.

—Por la conveniencia del servicio. Podrán ellos haberse

regodeado (discretamente), no digo que no; pero es lo cierto que a los fines de la investigación cualquier insignificancia resulta en ocasiones inapreciable. Nadie sabe. De manera que los dejé estrujar el limón, apurarlo hasta el último detalle. Hojas y hojas han llenado con los datos; ahora, claro, será menester resumirlos para confeccionar un prontuario manejable. Al parecer, la que subió al lado suyo junto al volante era quien domina y manda. Y también la más bonita de las dos, para su gusto: una rubia pequeñita, muy blanca, ojos azules, y con tal vocecita de nena que cuando, pistola en mano, empezó a darle instrucciones, creyó él al principio que estaba de broma. Menuda broma. Hasta ese instante, la encantadora criatura había empleado un lenguaje mimosón, con mucho meneo de ojos. Ahora, afirma él, se le puso cruel y fría la mirada. El tiene que dramatizarlo, qué remedio. Aunque todo el personal a mis órdenes supo guardar la debida compostura, el denunciante quizás comenzaba a sentirse ridículo... En cuanto a la otra prójima, que apenas había hablado y apenas lo había mirado, era más alta (en fin, no mucho: estatura corriente) y algo más recia, tirando también a rubia, pero con los ojos oscuros, y uñas muy pintadas. Las dos, más o menos bien vestidas, sin que el imbécil haya sido capaz tampoco de agregar grandes particularidades sobre su vestimenta.

—¡Qué imbécil!

—Hay que ponerse en su pellejo. En realidad, no da la impresión de tonto, ni mucho menos. Es todavía un chiquillo, veinticuatro años. Y como viajante de comercio parece desempeñarse bien. Pero las circunstancias, hay que reconocerlo... "Y usted, un hombre como un castillo, en la flor de la edad, ¿necesita que ninfas semejantes lo obliguen por la fuerza a hacerles un favorcito?", le reprochó, medio indignado medio burlesco, el barbarote de Lange que hasta entonces no había vuelto a meter cuchara. Ante salida tan indiscreta (pero ya sabes como es Lange), nuestro joven denunciante se ruborizó un poco, tuvo una sonrisita de turbación, y terminó por protestar, sacando el pecho, de que él hubiera cumplido con mil amores y sin necesidad de coacción alguna lo que le exigían sus asaltantes. Confesó, incluso, que al recogerlas de la carretera, contraviniendo los consejos oficiales contra el llamado auto-stop (consejos cuya prudencia reconocía ahora demasiado tarde), no dejó de hacerse algunas ilusiones sobre los eventuales frutos que su gentileza pudiera rendirle. No; ¿qué había de necesitar

él intimidaciones para una cosa por el estilo? Sólo que aquel par de harpías lo que por lo visto querían era precisamente eso, la violencia, sin la cual —por lo visto— no le encontraban gracia al asunto. Más de una vez y más de dos les había pedido él que depusieran las inútiles armas, pues estaba muy dispuesto a complacerlas en cuanto desearan, pero que debían comprender cuán difícil le resultaría hacerlo bajo condiciones tales. De nada valieron, sin embargo, súplicas ni promesas, que sólo parecían excitar su rigor. Así, pues, una vez en el lugar previsto, y siempre bajo la amenaza de las dos pistolas, oyó que la rubita le ordenaba perentoriamente que, procediera a actuar en beneficio suyo; para cuyo efecto, pasó a su compañera la embarazosa pistola con instrucciones de disparar, diestra y siniestra, sobre el inerme joven si éste remoloneaba en cumplir dicho cometido, al tiempo que, por su parte, lo facilitaba, tendiéndose a la expectativa sobre la arena caliente. Es de saber que ninguna de las dos socias (dicho sea entre paréntesis) llevaba nada bajo la falda: más que evidente resulta, pues, la premeditación. Pero ¿cómo hubiera podido él ejecutar lo que se le pedía bajo intimidación tan grave? Te imaginarás, Mabel, que, por razones técnicas, forzar a un hombre es mucho más difícil que forzar a una mujer; y el pobre muchacho, que se apresuró a mostrar sus buenas disposiciones despojándose de la ropa, procuraba ganar tiempo e insistía en convencer a sus raptoras de que, para lo demás, aun con la mejor voluntad del mundo, y aunque lo mataran, no conseguiría hacer lo mandado si antes no lo exoneraban del mortal apremio. Hasta que, por fin, la rubita, alzándose del suelo, desgajó una rama y empezó a golpearle con fría furia sobre el flojo miembro, mientras que la otra se reía odiosamente. ¡Santo remedio! No hay duda de que el castigo, por triste que resulte admitirlo, hace marchar a los renuentes y perezosos. Ahora, el joven —a la vista estaba— podía responder ya a lo que se esperaba de él; y, en efecto, no dejó de aplicarse con ahinco a la obra, a pesar de que, entre tanto, la otra pájara, insultándolo y llamándole cagón, empezó a propinarle puntapiés y taconazos en el desnudo trasero, de los cuales —afirmó el denunciante— le quedaba todavía el dolor y, seguramente, la huella...

Con eso y todo —fíjate, mujer, cómo es la gente— aún presume el majadero (porque la presunción humana carece de límites), aún alardea y se jacta de sus viriles rendimientos, "no obstante lo adverso de la situación", dice él, tanto durante esa

primera prueba como en la segunda, cuando, cambiando de papeles, la saciada rubita se hizo cargo de las pistolas para dar ocasión a que su compinche se echara también sobre la arena... Cuando todo se hubo consumado, "entonces —declaraba el joven— fue que me entró el verdadero terror. Ahorita me matan, pensé". Y lo cierto es que no le faltaban motivos para temerlo. Pero, ya ves lo que son las cosas, no ocurrió así. Ellas se marcharon tan tranquilas, después de darle las gracias por todo con fina sorna. Y él, desgraciado, corrió a refugiarse en los brazos de mamá, es decir, en el puesto de policía, donde apenas si lograba explicarse cuando, como una tromba, entró por aquellas puertas.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora habrá que hacer toda clase de diligencias para buscar a las dos tipas. Por supuesto, yo no he consentido —ya me conoces—, no he permitido ni por un momento que al pobre inocente se le tome el pelo, como empezaban a hacerlo poco a poco los muchachos, no bien hubo soltado hasta el último detalle del lamentable episodio, con preguntas acerca de si en tal ocasión había perdido la virginidad o de qué castigo creía él que merecían sus violadoras. Pero la verdad es que no veo yo lo que pueda adelantar el cuitado con su denuncia, ni qué pensará sacar en limpio de todo esto. Si se las encuentra, y no dudo que daremos con ellas, presentarán su propia versión del asunto, date cuenta la especie de percantas que han de ser; afirmarán que todo fue una broma, que él tuvo la culpa, que las pistolas eran de juguete, o que no había tales, o quién sabe qué. Y la gente, cuando se entere, no hay duda que va a tomarlo en pura chanza... Pero yo estoy convencido, como te digo, de que cuanto ha contado el muchacho es rigurosamente exacto; y en manera alguna me parece que sea motivo de chanza. No, de ninguna manera. Muy al contrario, de la mayor preocupación. Encuentro en ello un signo de los tiempos, y un signo demasiado alarmante. Para mí, qué quieres que te diga, Mabel: eso es todo lo que me faltaba qué ver en este mundo: mujeres violando a un hombre.

Mabel se quedó callada, y luego de un rato dijo a su marido, que parecía absorto en la operación de pelar un durazno sobre el plato, vacío ya, de su *roast beef*:

—¿Sabes de qué me estoy acordando? Me estoy acordando de lo ocurrido con las hermanas López, allá en Santa Cecilia.

—¿Qué hermanas López?

—¿Cómo que qué hermanas López? Las López, ¿no te acuerdas? En Santa Cecilia.

Mabel era de Santa Cecilia, Nuevo México; allí la había conocido su futuro marido, el entonces cabo Harter.

—¿Cómo no vas a acordarte, hombre; si fue un escándalo tremendo?

Pero fue ella quien se acordó ahora de que el caso había sucedido durante los años de la guerra, cuando todavía Harter, incorporado a la Marina, estaba peleando en las islas del Pacífico.

—De todas maneras, raro sería que yo no te lo hubiera referido en alguna carta; durante aquellas semanas se habló más de eso en Santa Cecilia que de la guerra misma o de cualquier otro asunto. Bueno, poco importa.

Lo ocurrido era, en pocas palabras, que a las hermanas López, unas señoritas aburridas —"ya tú sabes cómo esas gentes son"— les vino la idea, para distraer su pesado encierro, de llamar por la ventana a Martín, el tonto del pueblo —¿tampoco se acordaba Harter del tonto Martín, irrisión de cuanto vago...? Habían llamado, pues, a Martín bajo pretexto de darle un traje desechado de su padre, pero con el sano propósito de estudiar *in anima vili* las peculiaridades anatómicas del macho humano, apagando mediante una exploración a mansalva la sed de conocimiento que torturaba a sus caldeadas imaginaciones. Pero sí; fíese usted de los deficientes mentales. *Anima vili,* quizás; pero no desde luego cuerpo muerto; el caso es que, tonto y todo, Martín se aficionó a los ávidos toqueteos de las señoritas; y pronto pudo vérsele en permanente centinela frente a su ventana. Allí, hilando baba de la mañana a la noche, pasaba el bobo su vida ociosa; impaciente, exigente, y nunca satisfecho con platos de comida ni con monedas. Tampoco parece que las amenazas lo ahuyentaran; y seguramente alguna otra ocasional concesión, lejos de calmarlo, aumentaba sus apetitos bestiales. Desde luego, los malpensados lo sonsacaban y los malintencionados lo empujaban. Gruñidos, risotadas y ademanes, y el brillo idiota de sus ojuelos —"pero, ¿no te acuerdas de él, hombre?"—, el resultado es que se descubrió el pastel, o por lo menos, amenazaba descubrirse; y se comprenderá el pánico que debió apoderarse de las pudibundas vestales... Finalmente, el día menos pensado, amaneció muerto Martín, y la autopsia pudo descubrir en su estómago e intesti-

nos pedacitos de vidrio. No hay que decir cuánto se murmuró, dando por hecho que las señoritas López lo habrían obsequiado con algún manjar especialmente confeccionado por sus manos primorosas; pero, ¿cómo probar nada? Ni ¿quién iba a acusarlas? ¿sobre qué base? Nada impedía tampoco que el tonto se hubiera tragado una de esas mortales albóndigas que echan a los perros para exterminarlos; o cualquier otra cosa: de un pobre idiota puede suponerse todo. Y por lo demás, la historia con las López no había pasado nunca de habladurías, chisme y soeces maledicencias. Con que todo se quedó ahí.

—Y ¿tú crees?...

—Pues ¿quién sabe? Hoy día estarán hechas unas viejas beatas, las famosas hermanas López.

—Tú te has acordado de esa historia añeja a propósito de la violación de hoy.

—Ya ves: tu joven viajante de comercio ha salido mejor librado que aquel pobre Martín.

—Lo que tú quieres decirme con eso es que, después de todo, no hay nada nuevo bajo el sol de California.

SE ACABO DE IMPRIMIR ESTA REVISTA EL DIA 3 DE MAYO DE 1961 EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A., AVENIDA REPUBLICA DE GUATEMALA NUM. 96. MEXICO, D. F. SIENDO SU TIRADA DE 2.050 EJEMPLARES

NUESTRO TIEMPO

Modesto Seara Vázquez — *El Congo.* La tragedia de un pueblo.
Demetrio Aguilera Malta — El problema limítrofe ecuatoriano-peruano.
Lázaro Cárdenas — La Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz. El discurso inaugural.
Jorge Carrión — La voz y el derecho de América Latina.
Luis Padilla Nervo — Presencia de México en las Naciones Unidas. El caso de Cuba.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Luis Abad Carretero — Dos biólogos frente a frente.
Frederic H. Young — El neo-platonismo empírico.
Álvaro Fernández Suárez — Las fijaciones sociales: afectividades, rutinas, creencias.

PRESENCIA DEL PASADO

Segundo Serrano Poncela — La sombra de Tácito.
Rosa Arciniega — El paraíso en el nuevo mundo.
Marcelino C. Peñuelas — La *vida* de Torres Villarroel. Acotaciones al margen.
Lothar Knauth — Benito Mussolini, dictador teatral.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Giuseppe Valentini — Las mañanitas del atardecer.
Frank Dauster — La poesía de Salvador Novo.
Donald F. Fogelquist — Una visita a Eduardo Barrios.
Ramón Xirau — Ciclo y vida en "Don Segundo Sombra".
Manuel Durán — La aventura poética de Agustí Bartra.
Concha Zardoya — La técnica metafórica en la poesía española contemporánea.
Francisco Ayala — Violación en California.

Printed in Mexico